

# **Una Página de Amor**

**Émile Zola**

## PRIMERA PARTE

### I

La lamparilla, en su cuernacilla azulada, ardía sobre la chimenea, tras un libro cuya sombra oscurecía la mitad de la habitación. Daba una claridad tranquila que recortaba el velador y el canapé, perfilaba los amplios pliegues de los cortinones de terciopelo y azuleaba el espejo del armario de palisandro colocado entre las dos ventanas. La armonía burguesa de la pieza, el azul del tapizado de los muebles y de la alfombra, a esta hora nocturna, adquirirían una indecisa suavidad de nube. Frente a las ventanas, en la parte en sombra, la cama, igualmente cubierta de terciopelo, formaba una masa negra, iluminada solamente por la palidez de las sábanas. Elena, con las manos cruzadas, respiraba suavemente en una actitud tranquila de madre y de viuda.

En medio del silencio, el reloj dio la una. Los rumores del barrio habían muerto. Hasta estas alturas del Trocadero, París enviaba tan sólo su lejano ronquido. La leve respiración de Elena era tan suave, que no llegaba a agitar la línea casta de su pecho. Dormitaba en un sueño delicioso, tranquilo y firme, con su perfil correcto, sus cabellos castaños firmemente anudados, la cabeza inclinada, como si se hubiese dormido mientras estaba escuchando. Al fondo de la habitación, la puerta de un gabinete, abierta de par en par, agujereaba la pared con su cuadro en tinieblas.

No subía el menor ruido. Dio la media. El sueño que embargaba y anonadaba la habitación entera hacía más débil el latido del péndulo. La lamparilla dormía, los muebles dormían; encima del velador, junto a una lámpara apagada, dormía una labor femenina. Elena, dormida, conservaba su grave gesto de bondad.

Cuando dieron las dos, esta paz se turbó; de las tinieblas del gabinete salió un suspiro. Luego hubo un arrugar de ropas y volvió el silencio. Pero ahora se percibía una respiración oprimida. Elena no se movía. Mas de repente se incorporó. Un balbuceo confuso de niño que sufre acabó de despertarla. Se llevó las manos a las sienes, todavía adormilada, cuando un grito apagado la hizo saltar sobre la alfombra.

— ¡Juana!... ¡Juana!... ¿Qué te pasa? ¡Contesta! —ordenó.

Y, como la chiquilla se callara, murmuró, mientras corría para coger la lamparilla:

— ¡Dios mío!, no se sentía bien; no debí acostarme.

Entró precipitadamente en la pieza vecina, donde reinaba un pesado silencio. La mariposa, anegada en aceite, daba una claridad temblorosa que sólo reflejaba, en el techo, una mancha redonda. De momento Elena, inclinada sobre la camita de hierro, nada pudo distinguir. Luego, en la azulada claridad, en medio de las sábanas rechazadas, vio a Juana rígida, con la cabeza traspuesta, los músculos del cuello firmes y tensos. Una contracción desfiguraba el pobre y adorable rostro, cuyos ojos abiertos estaban fijos en el remate de las cortinas.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío, se está muriendo!

Y, dejando la lamparilla, palpó a su hija con manos temblorosas. No logró encontrar el pulso. El corazón parecía detenerse. Los bracitos y las piernecillas se tensaban violentamente. Entonces, aterrorizada, se sintió enloquecer y balbuceó:

— ¡Mi niña se muere! ¡Socorro!... ¡Mi niña! ¡Mi niña!

Regresó a su dormitorio dando vueltas, tropezando, sin saber hacia dónde iba; luego volvió al gabinete y se lanzó de nuevo hacia el lecho sin dejar de pedir socorro. Había cogido a Juana en sus brazos y le besaba los cabellos, recorriendo con las manos todo el cuerpo suplicándole que contestara. Una palabra, tan sólo una palabra. ¿Dónde le dolía? ¿Quería un poco de la medicina del otro día? Tal vez el aire la reanimaría... Y se empeñaba en querer oírla hablar.

— ¡Dime, Juana, dime! ¡Por favor!

¡Dios mío!, sin saber qué hacer; así, de repente, en medio de la noche. Ni siquiera una luz. Sus ideas se barajaban; seguía hablando a su hija, preguntando y respondiendo por ella. Sería algo del estómago o de la garganta; no sería nada; debía calmarse. Hacía un gran esfuerzo para conservar la serenidad; pero la impresión que le causaba su hija, rígida entre sus brazos, le revolvía las entrañas. La veía convulsa y sin aliento; intentaba razonar, resistir al impulso de gritar; pero de pronto, a pesar suyo, gritó.

Cruzó el comedor y la cocina llamando:

— ¡Rosalía! ¡Rosalía!... ¡De prisa, un médico!... Mi niña se muere...

La criada, que dormía en un cuartucho detrás de la cocina, lanzó una exclamación. Elena se había vuelto corriendo. Pataleaba en camisa, sin que pareciera notar el frío de la glacial noche de febrero. ¡Esta criada dejaría morir a su hija! Apenas había transcurrido un minuto; fue de nuevo a la cocina, volvió a su cuarto. Rápidamente, a tientas, se puso una falda y echó un chal sobre sus hombros. Tropezaba con los muebles, llenaba con la violencia de su desesperación aquella pieza donde durmiera una paz tan recoleta. Luego, en

zapatillas, dejando las puertas abiertas, descendió ella misma los tres pisos con la idea de que sólo ella lograría traer un médico.

Cuando la portera hubo tirado del cordón, Elena se encontró en la calle, zumbándole los oídos, perdida la cabeza. Descendió rápidamente por la calle de Vineuse y llamó a casa del doctor Bodin, que ya había cuidado a Juana. Una sirvienta, al cabo de una eternidad, vino a decirle que el doctor había ido a atender a una mujer que estaba de parto. Elena se quedó como atontada en la acera. No conocía a otro doctor en Passy. Por unos instantes, recorrió las calles mirando las fachadas. Soplaban un airecillo helado; caminaba con sus zapatillas sobre una nieve ligera que había caído por la tarde. Veía ante ella constantemente a su hija y se le ocurrió la angustiosa idea de que era ella la que la estaba matando si no lograba un médico en seguida. Entonces, al subir por la calle de Vineuse, se colgó del cordón de una campanilla. Podía preguntar, y quizá le darían alguna dirección. Llamó de nuevo porque no se apresuraban bastante en abrir. El viento aplastaba la ligera falda contra sus piernas y los mechones de su pelo volaban a su merced.

Por fin, un criado vino a abrir y le dijo que el doctor Deberle estaba acostado. ¡Había llamado en casa de un doctor! Esto quería decir que el cielo no la abandonaba. Empujó al criado para entrar, repitiendo:

— ¡Mi niña! ¡Mi niña se muere!... Dígale que venga.

Estaba en un hotelito lleno de tapices. A empujones, subió al piso luchando con el sirviente, contestando, a todas sus observaciones, que su niña se estaba muriendo. Llegados a una habitación, se avino a esperar; pero, en cuanto oyó que el médico se levantaba, se acercó y le habló a través de la puerta.

— ¡De prisa, señor, se lo ruego!... ¡Mi niña se muere!

Cuando el médico apareció, de americana, sin corbata, le atrajo hacia sí sin permitir que acabara de vestirse. Él la había reconocido. Habitaba en la casa de al lado y era su inquilina. También en ella, cuando él le hizo cruzar un jardín para acortar el camino pasando por una puerta de comunicación que había entre las dos viviendas, algo despertó en su memoria repentinamente.

—Es verdad —murmuró—; es usted médico, y yo lo sabía... Ya ve usted cómo me volví loca. Démonos prisa.

En la escalera quiso que él pasara delante. No hubiese llevado a su casa al Santísimo con mayor devoción. Arriba, Rosalía había permanecido junto a Juana y había encendido la lámpara colocada encima del velador. En cuanto el médico entró, cogió esta lámpara para iluminar vivamente a la niña, que conservaba una rigidez dolorosa; sólo la cabeza había resbalado, y rápidas convulsiones crispaban su rostro. Durante un minuto, nada dijo, frunciendo los labios. Elena le miraba ansiosa. Cuando el médico se dio cuenta de esta

mirada de madre que le imploraba, murmuró:

—No será nada... Pero no debemos dejarla aquí: necesita aire.

Elena, con gesto pronto, se la llevó en brazos. Hubiese besado las manos de este médico por sus buenas palabras; una dulce calma se apoderó de ella. Pero, en cuanto puso a Juana en su gran lecho, este pobre cuerpecillo de chiquilla se agitó en violentas convulsiones. El médico había quitado la pantalla de la lámpara y una blanca claridad llenaba la estancia. Fue a abrir una ventana y ordenó a Rosalía que sacara el lecho fuera de las cortinas. Elena, angustiada de nuevo, balbuceaba:

— ¡Pero es que se muere, señor!... Véalo, véalo... ¡Ni me parece la misma!

Él no contestó, siguiendo el acceso con atenta mirada. Luego dijo:

—Entre en la alcoba; sujétele las manos para que no se arañe... Así, suavemente, sin violencia... No se inquiete; es necesario que la crisis siga su curso.

Y los dos, inclinados sobre la cama, sujetaban a Juana, cuyos miembros se distendían con bruscas sacudidas. El médico había abrochado su americana para ocultar el cuello desnudo. Elena permanecía oculta, envuelta en el chal que había echado sobre sus hombros. Pero Juana, debatiéndose, tiró de un extremo del chal y desabrochó el cuello de la americana. Ni siquiera se dieron cuenta: ni el uno ni el otro se veían.

Entre tanto, el acceso declinó. La pequeña pareció hundirse en un gran decaimiento. El médico, aun cuando tranquilizaba a la madre sobre la marcha de la crisis, seguía preocupado. No dejaba de mirar a la enferma y acabó haciendo breves preguntas a Elena, que permanecía de pie al lado de la cama.

— ¿Qué edad tiene la niña?

—Once años y medio, doctor.

Hubo un silencio. Bajando la cabeza, se inclinó para levantar el párpado cerrado de Juana y mirar la mucosa. Luego siguió su interrogatorio, sin levantar los ojos hacia Elena.

— ¿Tuvo convulsiones siendo más pequeña?

—Sí, señor; pero estas convulsiones desaparecieron hacia la edad de seis años... Es muy delicada. Hace algunos días que se la ve intranquila. Ha tenido calambres, momentos de ausencia...

— ¿Sabe usted si hubo enfermedades nerviosas en su familia?

—Lo ignoro... Mi madre murió del pecho.

Dudaba, avergonzada, sin querer confesar la existencia de una abuela encerrada en un manicomio. Toda su ascendencia era trágica.

—Tenga cuidado —dijo de pronto el médico—: va a sufrir un nuevo ataque.

Juana acababa de abrir los ojos. Por un instante miró a su alrededor con aire extraviado, sin pronunciar una palabra. Luego su mirada quedó fija y su cuerpo se inclinó hacia atrás con los miembros tensos y rígidos. De pronto palideció con una palidez lívida y las convulsiones volvieron a manifestarse.

—No la suelte —dijo el doctor—. Cójale la otra mano.

Corrió hacia el velador sobre el cual, al entrar, había dejado un pequeño botiquín. Volvió con un frasco que hizo respirar a la chiquilla. Pero esto causó el efecto de un terrible latigazo. Juana dio tal sacudida, que escapó de las manos de su madre.

— ¡No, no, nada de éter! —gritó ésta, advertida por el olor—. El éter la pone como loca.

Apenas los dos lograron mantenerla sujeta. Hacía violentas contracciones, apoyada en los talones y en la nuca, como plegada en dos. Luego caía de nuevo, agitándose en un balanceo que la lanzaba hacia los dos bordes de la cama. Tenía los puños apretados, con el pulgar doblado hacia la palma; por momentos los abría y con los dedos separados buscaba coger objetos en el vacío para retorcerlos. Encontró el chal de su madre y lo agarró fuertemente. Pero lo que por encima de todo atormentaba a Elena era, como decía, que no reconocía a su hija. Su pobre ángel, de carita tan dulce, tenía los rasgos traspuestos, los ojos perdidos en las órbitas, mostrando su nácar azulado.

—Haga algo, se lo ruego —murmuró—. Ya no me quedan fuerzas, señor.

Acababa de acordarse de que la hija de una de sus vecinas, en Marsella, había muerto ahogada en una crisis parecida. Tal vez el médico la engañaba para tranquilizarla. A cada segundo le parecía recibir en la cara el último hálito de Juana, cuya entrecortada respiración se detenía. Entonces, desgarrada, trastornada por la compasión y el terror, lloró. Sus lágrimas cayeron sobre la desnudez de la niña, que había rechazado los cobertores.

Entre tanto, el doctor, con sus dedos largos y flexibles, presionaba ligeramente la base del cuello. La intensidad del acceso disminuyó. Juana, después de algunos movimientos más pausados, quedó inerte. Estaba en medio de la cama, con el cuerpo tendido, los brazos estirados, la cabeza sostenida por la almohada e inclinada sobre el pecho. Elena se agachó y la besó largamente en la frente.

— ¿Se terminó? —preguntó a media voz—. ¿Cree usted que habrá nuevos

ataques?

El médico hizo un gesto evasivo; luego respondió:

—En todo caso, los otros serán menos violentos.

Había pedido a Rosalía un vaso y una jarra de agua. Llenó la mitad de un vaso, cogió dos nuevos frascos y contó unas gotas. Con el auxilio de Elena, que levantaba la cabeza de la niña, introdujo entre sus dientes apretados una cucharada de esta poción. Ardía intensamente la lámpara y, con su blanca llama, iluminaba el desbarajuste de la habitación, cuyos muebles estaban en desorden. Las ropas que Elena, al acostarse, había echado al respaldo de una butaca, habían caído al suelo y barrían la alfombra. El doctor, que había pisado un corsé, lo recogió para no tropezar de nuevo con él. Un perfume de verbena emanaba de la cama deshecha y las esparcidas ropas. Era como una exhibición violenta de toda la intimidad de una mujer. El doctor fue por sí mismo a buscar una jofaina, empapó un paño y lo aplicó en las sienes de Juana.

—Va usted a resfriarse, señora —dijo Rosalía, que estaba tiritando—. Tal vez se podría cerrar la ventana. El aire es muy frío.

—No, no —gritó Elena—; deje la ventana abierta... ¿Verdad, doctor?

Entraban pequeñas bocanadas de aire agitando las cortinas. Ella ni las notaba, a pesar de que el chal se había deslizado por completo de sus hombros, descubriendo el nacimiento del pecho. Por la espalda, el moño, deshecho, dejaba colgar los locos mechones, que llegaban hasta su cintura. Había descubierto sus brazos desnudos para estar más presta, olvidándose de todo y sin más preocupación que la de su hija. Ante ella, el atareado médico tampoco pensaba en su chaqueta abierta ni en el cuello de su camisa que Juana acababa de arrancar.

—Levántela un poco —dijo—. No, así no... Deme usted la mano.

Le cogió la mano y la puso él mismo bajo la cabeza de la niña, a la que quería hacer tomar una cucharada del medicamento. Luego la llamó a su lado. Se servía de ella como de una enfermera y ella obedecía religiosamente, viendo que su hija parecía más tranquila.

—Acérquese... Va usted a apoyar la cabeza de la niña sobre su hombro mientras yo la ausculto.

Elena hizo lo que le mandaban. Entonces él se inclinó por encima de ella para poner su oído sobre el pecho de Juana. Había rozado con la mejilla el hombro desnudo de Elena y, auscultando el corazón de la hija, habría podido oír los latidos del de la madre. Cuando se incorporó, su aliento se mezcló con el de ella.

—Bueno, aquí no ocurre nada —dijo tranquilo, cosa que alegró a la madre

—. Acuéstela de nuevo; no hay por qué atormentarla más.

Pero se produjo un nuevo acceso, que fue mucho menos grave. Juana dejó escapar algunas palabras entrecortadas. A cortos intervalos, dos nuevos accesos abortaron. La niña había caído en una postración que parecía inquietar de nuevo al doctor. La había acostado con la cabeza muy alta, el cobertor subido hasta la barbilla, y durante cerca de una hora permaneció allí velándola, como si aguardara el tono normal de la respiración. Al otro lado de la cama, Elena esperaba igualmente, sin moverse.

Poco a poco se mostró en el rostro de Juana una gran calma. La lámpara la iluminaba con una luz dorada. Su rostro recobraba su óvalo adorable, un tanto alargado, con la gracia y la finura de una cabrita. Sus hermosos ojos cerrados tenían los anchos párpados azulados y transparentes, y bajo ellos se adivinaba el fulgor sombrío de la mirada. Su fina nariz sopló ligeramente y su boca, un poco grande, adquirió una vaga sonrisa. Dormía así, sobre la mata de su pelo desparramado, negro como la tinta.

—Esta vez ya pasó todo —dijo el médico a media voz.

Se volvió arreglando sus frascos y preparándose para marcharse. Elena se le acercó suplicante.

— ¡Oh doctor! —murmuró—. No me abandone. Espere unos minutos. Pues, si se produjeran nuevos accesos... Es usted quien la ha salvado.

Con un gesto indicó que ya no había nada que temer. No obstante, se quedó para tranquilizarla. Elena había mandado a Rosalía que se acostara. Pronto, al amanecer, apuntó un día dulce y gris sobre la nieve que blanqueaba los tejados. El doctor fue a cerrar la ventana. Los dos intercambiaron escasas palabras, en voz baja, en medio de aquel gran silencio.

—Le aseguro que no tiene nada grave —dijo—. Únicamente, a su edad, necesita muchos cuidados... Procure, sobre todo, que lleve una vida tranquila, feliz, sin sobresaltos.

Al cabo de un instante, Elena dijo a su vez:

—Es tan endeble, tan nerviosa... No soy siempre dueña de ella. Cualquier tontería le produce alegrías o tristezas que me inquietan por su intensidad... Me quiere con una pasión, con unos celos que la hacen sollozar cuando acaricio a otro niño.

Él inclinó la cabeza, repitiendo:

—Sí, sí, endeble, nerviosa, celosa... El doctor Bodin es quien la cuida, ¿verdad? Le hablaré de ella. Estableceremos un tratamiento enérgico. Está en la edad en que se decide la salud de una mujer.



Viéndole tan afectuoso, Elena sintió un impulso de agradecimiento.

— ¡Ay, doctor! ¡Cómo le agradezco tanta molestia como se ha tomado!

Luego, como había alzado la voz, fue a inclinarse por encima de la cama con miedo de haber despertado a Juana. La niña dormía, muy sonrosada, con una leve sonrisa en los labios. En la habitación en calma, flotaba cierta languidez. Una somnolencia recoleta y como tranquilizada se había apoderado de nuevo de los tapices, los muebles, los vestidos dispersos. Todo se sumía y apaciguaba en el amanecer que entraba por las dos ventanas.

Elena estaba de nuevo de pie al lado de la cama. El doctor permanecía al otro extremo. Entre ellos estaba Juana, durmiendo con su ligero respirar.

—Su padre estaba enfermo a menudo —dijo suavemente Elena, volviendo al interrogatorio—. Yo siempre he estado bien.

El doctor, que no la había mirado todavía, levantó los ojos y no pudo evitar una sonrisa al verla tan fuerte y sana. Ella sonrió también con su magnífica sonrisa serena. Su buena salud la hacía feliz.

Entre tanto, él no dejaba de mirarla. Jamás había visto una belleza tan correcta. Alta, magnífica, era una Juno de pelo castaño con reflejos de oro. Cuando volvía lentamente la cabeza, su perfil adquiría una pureza grave, de estatua. Sus ojos, grises, y sus blancos dientes le iluminaban la cara. Tenía la barbilla redonda y un poco fuerte, lo que le daba un aspecto juicioso y firme. Pero lo que sorprendía al doctor era la soberbia desnudez de esta madre. El chal se había escurrido más todavía, descubriendo el pecho y mostrando los brazos, que quedaban desnudos. Una gran mata de pelo, color de oro bruñido, caía sobre sus hombros y se perdía entre los senos. Pese a su falda mal sujeta, estando despeinada y sin arreglar, conservaba una majestad, una altivez honesta y un pudor que la mantenían casta bajo aquella mirada de hombre, en la que se acrecentaba una gran turbación.

Por un momento, ella le examinó también. El doctor Deberle era un hombre de treinta y cinco años, de cara afeitada, un tanto alargada, de penetrante mirada y labios finos. Al mirarle, se dio cuenta también de que su cuello estaba desnudo. Permanecieron así, frente a frente, con la pequeña Juana dormida entre ellos. Pero aquel espacio, que un momento antes parecía inmenso, se diría que se estrechaba. La respiración de la niña era demasiado leve. Entonces Elena, con mano pausada, se subió el chal y se cubrió con él, mientras el doctor abrochaba el cuello de su chaqueta.

—Mamá, mamá... —balbuceó Juana en su sueño.

Se estaba despertando. Cuando hubo abierto los ojos, vio al médico y se inquietó.

— ¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó.

Pero ya su madre la estaba besando.

—Duerme, querida; has estado un poco enferma... Es un amigo.

La niña parecía sorprendida. No se acordaba de nada. El sueño se apoderaba de ella y se durmió murmurando con acento mimoso:

— ¡Oh! Tengo sueño... Buenas noches, mamita... Si es tu amigo, también lo será mío.

El médico había hecho desaparecer su botiquín y, saludando silenciosamente, se retiró. Elena escuchó un instante la respiración de la niña. Luego, sentada al borde de la cama, se distrajo con la mirada y el pensamiento perdidos. La lámpara, que seguía encendida, palidecía en la plena claridad del día.

## II

Al día siguiente, Elena pensó que sería correcto dar las gracias al doctor Deberle. La forma violenta con que le había obligado a seguirla, la noche entera que él había pasado al lado de Juana, la intranquilizaban, pensando que se trataba de una atención que excedía de la ordinaria visita de un médico. No obstante, dudó un par de días, pues era una gestión que la molestaba por motivos que no podía explicar. Estas vacilaciones la obligaron a pensar en el doctor; y una mañana le encontró y se escondió de él como una chiquilla. En seguida se arrepintió de este gesto de timidez. Su carácter, tranquilo y recto, protestaba contra este desasosiego que penetraba en su vida, por lo que decidió que aquel mismo día iría a dar las gracias al doctor.

La crisis de la pequeña había tenido lugar por la noche del martes al miércoles y ya estaban en sábado. Juana se encontraba completamente repuesta. El doctor Bodin, que había acudido muy inquieto, habló del doctor Deberle con el respeto de un pobre y viejo médico de barrio por un joven colega rico y ya famoso. Contó, no obstante, sonriendo con cierta malicia, que la fortuna procedía de papá Deberle, hombre a quien todo Passy veneraba. El hijo no había tenido más trabajo que el de heredar un millón y medio y una clientela magnífica. Un muchacho muy competente, por cierto, se apresuró a añadir el doctor Bodin, con el que se sentiría muy honrado de celebrar consulta a propósito de la preciosa salud de su amiguita Juana.

Hacia las tres, Elena y su hija bajaron y sólo tuvieron que dar unos cuantos pasos por la calle Vineuse para llamar a la puerta del hotel vecino. Las dos

iban todavía de riguroso luto. Fue un ayuda de cámara, de frac y corbata blanca, quien les abrió. Elena reconoció el amplio vestíbulo adornado con tapices de Oriente. No había más que unas jardineras, llenas con profusión de flores, a derecha e izquierda. El criado les había hecho entrar en un pequeño salón cuyo tapizado y cuyos muebles eran de color gualda. Seguía de pie, aguardando. Entonces Elena le dijo su nombre:

—Señora Grandjean.

El criado abrió la puerta de un salón amarillo y negro y, cediéndoles el paso, repitió:

—Señora Grandjean.

Elena, ya en el umbral, tuvo un gesto de retroceso. Acababa de percibir al otro extremo, en el ángulo de la chimenea, una joven dama sentada en un estrecho canapé que la amplitud de sus faldas ocupaba enteramente. Frente a ella, una persona de edad, que no se había quitado el sombrero ni el chal, estaba de visita.

—Perdón —murmuró Elena—. Yo deseaba ver al doctor Deberle.

Y cogió de nuevo la mano de Juana, a la que había hecho pasar delante de ella. La sorprendía y cohibía aparecer así ante esta joven señora. ¿Por qué no había preguntado por el doctor? No obstante, bien sabía que estaba casado.

Precisamente la señora Deberle acababa de explicar algo, con voz apresurada y un tanto chillona:

— ¡Oh! ¡Es maravilloso, maravilloso!... ¡Se muere con un realismo!... Mire: se coge el corpiño de ese modo, echa hacia atrás la cabeza y se queda completamente verde... Le juro que tiene usted que verla, señorita Aurelia...

Luego se levantó y, acompañada por el suave crujir de sus vestidos, se acercó a la puerta y dijo con una gracia encantadora:

—Le ruego que pase, señora... Mi marido no está aquí... Pero le aseguro que es para mí un placer, un verdadero placer... Esta debe de ser la linda señorita que se puso tan enferma la otra noche... Se lo ruego, siéntese un momento...

Elena hubo de aceptar una butaca en tanto que Juana se sentaba tímidamente en el borde de una silla. La señora Deberle se había hundido de nuevo en su pequeño canapé, añadiendo con una graciosa sonrisa:

—Es mi día... Sí, recibo los sábados... Y por eso Pedro hace pasar aquí a todo el mundo. La semana pasada me trajo a un coronel aquejado por la gota.

— ¡Qué loca eres, Julieta! —murmuró la señorita Aurelia, una señorita de edad, vieja amiga sin recursos que la había visto nacer.

Hubo un breve silencio. Elena echó una mirada al lujo del salón, a las cortinas y a los asientos, negro y oro, que despedían un fulgor de astro. Múltiples flores se abrían encima de la chimenea, encima del piano, sobre los veladores; por los cristales de las ventanas penetraba la luz clara del jardín, del que se distinguían los árboles sin hojas y la tierra desnuda. Hacía mucho calor, un calor uniforme de calorífero; en la chimenea, un leño solitario se convertía en brasas. Luego, con otra mirada, Elena comprendió que el resplandor llameante del salón constituía un marco cuidadosamente estudiado. La señora Deberle tenía los cabellos de un negro de tinta y un cutis de una blancura de leche. Era menuda, regordeta, pausada y graciosa. Entre todo aquel oro, bajo el tupido peinado que llevaba, su pálida tez se doraba con un reflejo bermejo. Elena la encontró verdaderamente adorable.

—Las convulsiones son algo terrible —prosiguió la señora Deberle—. Mi pequeño Luciano las tuvo durante sus primeros años... ¡Cómo debió usted de asustarse, señora! En fin, afortunadamente, esta querida niña parece completamente restablecida.

Y, arrastrando las frases, contemplaba a su vez a Elena, sorprendida y encantada por su gran belleza. Jamás había visto ninguna mujer de tan majestuoso porte, con aquellos negros ropajes que envolvían la alta y severa silueta de la viuda. Su admiración se traducía en una sonrisa involuntaria, mientras cambiaba una mirada con la señorita Aurelia. Ambas la examinaban de manera tan ingenuamente encantada, que Elena tuvo que corresponderles con una ligera sonrisa.

La señora Deberle se reclinó suavemente en su canapé y, cogiendo el abanico que colgaba de su cintura, preguntó:

— ¿No estuvo usted ayer en el estreno del «Vaudeville», señora?

—No voy nunca al teatro... —contestó Elena.

— ¡Oh! La pequeña Noemí estuvo maravillosa... Muere con un realismo... Se coge así el corpiño, echa la cabeza hacia atrás y se pone completamente verde... ¡Es de un efecto prodigioso!

Durante unos momentos discutió el juego escénico de la actriz, que por cierto alababa. Luego pasó a los demás éxitos de París: una exposición de cuadros en la que había visto telas inusitadas; una novela estúpida de la que se hacía mucha propaganda; una osada aventura de la que habló con la señorita Aurelia con disimuladas palabras. Pasaba así de uno a otro tema sin parar, con rapidez, viviéndolos todos, sintiéndose en su propio ambiente. Elena, ajena a este mundo, se limitaba a escuchar, colocando de vez en cuando una palabra, un breve comentario.

Se abrió la puerta y anunció el criado:

—La señora de Chermette... La señora Tissot...

Entraron dos señoras vestidas con gran lujo. La señora Deberle avanzó rápidamente a su encuentro, y la cola de su vestido de seda negra, cargada de adornos, era tan larga que, cada vez que giraba sobre sí misma, tenía que apartarla con un golpe de tacón. Durante un momento hubo un rápido rumor de voces aflautadas.

—Qué amables son ustedes... No se las ve nunca...

—Venimos por lo de la lotería... Usted ya sabe...

—Claro, claro...

— ¡Oh!, no podemos ni sentarnos... Nos quedan todavía veinte visitas por hacer...

— ¡Vamos! No van ustedes a salir huyendo...

Las dos damas acabaron por sentarse al borde de un diván. Entonces las voces aflautadas se elevaron con mayor agudeza.

— ¿Eh? ¿Ayer en el «Vaudeville»?

— ¡Oh! ¡Soberbio!

— ¿Vieron ustedes cómo se desabrocha y cómo sacude sus cabellos? Todo el efecto está en esto.

—Dicen que toma algo para ponerse verde.

—No, no; los gestos están muy estudiados... Pero hacía falta dar con ellos.

—Es prodigioso.

Las dos señoras se habían levantado y desaparecieron. El salón recobró su cálida calma. Sobre la chimenea, los jacintos exhalaban su penetrante perfume. Por un instante se oyó llegar del jardín la violenta querrela de una bandada de gorriones que se abatían sobre el césped. La señora Deberle, antes de sentarse de nuevo, fue a levantar el transparente de tul bordado de una ventana que estaba frente a ella y ocupó de nuevo su puesto nimbada por el oro más pálido del salón.

—Le ruego que me perdone —dijo—. Está una literalmente invadida...

Y, muy afectuosa, habló pausadamente con Elena. Se diría que conocía en parte su historia, informada sin duda por los comadreos de la casa que le pertenecía. Con un atrevimiento lleno de tacto, que parecía en gran parte debido a la amistad, le habló de su marido, de su espantosa muerte en un hotel, el Hôtel du Var, de la calle Richelieu.

—Y acababan ustedes de desembarcar, ¿no es eso? Nunca había estado

usted en París... Debió de ser horrible; un luto entre desconocidos, al día siguiente de un largo viaje, cuando no se sabe siquiera dónde establecerse...

Elena, lentamente, inclinaba la cabeza. Sí, había pasado horas verdaderamente terribles. La enfermedad que debía arrebatarse a su marido se había declarado súbitamente, al día siguiente de su llegada, en el momento en que iban a salir juntos. No conocía ni una calle; ignoraba incluso el nombre del barrio en que se encontraba; y durante ocho días permaneció encerrada con aquel moribundo, escuchando debajo de su ventana los rumores de todo París, sintiéndose sola, abandonada, perdida en lo más profundo de su soledad. Cuando, por primera vez, volvió a poner los pies en la calle, ya era viuda. El recuerdo de aquella gran habitación desnuda, llena de frascos de medicina, en la que ni siquiera las maletas habían sido abiertas, la hacía estremecer todavía.

—Me han dicho que su marido casi le doblaba a usted la edad... — preguntó la señora Deberle con gesto del mayor interés, mientras que la señorita Aurelia aguzaba el oído con el fin de no perderse ningún detalle.

— ¡Oh no! —respondió Elena—. Apenas contaba seis años más que yo.

Y se dejó llevar a narrar la historia de su matrimonio en pocas palabras: el gran amor que su marido había sentido por ella, cuando vivía con su padre, el sombrerero Mouret, en la calle des Petites-Maries de Marsella; la testaruda oposición de los Grandjean, una familia de ricos refinadores a la que exasperaba la pobreza de la muchacha; una boda triste y furtiva, después de los requerimientos legales, y su precaria vida, hasta el día en que falleció un tío que les había legado alrededor de diez mil francos de renta. Fue entonces cuando Grandjean, que sentía una gran antipatía por Marsella, decidió que vendrían a instalarse en París.

—Entonces, ¿a qué edad se casó usted? —preguntó todavía la señora Deberle.

—A los diecisiete años.

—Debía de estar usted muy bonita.

La conversación decayó. Elena hizo como si no comprendiera.

—La señora Manguelin —anunció el criado.

Apareció una mujer joven, discreta, cohibida. La señora Deberle apenas se levantó. Se trataba de una de sus protegidas, que venía a darle las gracias por un favor. No se quedó más que algunos minutos y se retiró haciendo una reverencia.

Entonces la señora Deberle reanudó la conversación hablando del reverendo Jouve, que ambas conocían. Se trataba de un humilde ecónomo de Notre-Dame-de-Grâce, la parroquia de Passy; pero por su caridad era el

sacerdote más querido y respetado del barrio.

— ¡Oh! ¡De verdadera unción! —murmuró con un gesto devoto.

—Ha sido muy bueno para con nosotras —dijo Elena—. Mi marido le había conocido en otros tiempos en Marsella... En cuanto se enteró de mi desgracia, quiso encargarse de todo. Fue él quien nos instaló en Passy.

— ¿No tiene un hermano? —preguntó Julieta.

—Sí, su madre se volvió a casar... El señor Rambaud también conocía a mi marido... Ha instalado un gran almacén de aceites y productos del Midi en la calle Rambuteau; creo que gana mucho dinero.

Luego añadió jovialmente:

—Ese sacerdote y su hermano constituyen toda mi corte.

Juana, que se aburría sentada en el borde de su silla, miró a su madre con un gesto de impaciencia. Su fino rostro de cabritilla sufría, como si lamentara cuanto se estaba diciendo. Había momentos en que parecía olfatear los perfumes pesados y violentos del salón, lanzando oblicuas miradas a los muebles, desconfiada, advertida de vagos peligros por su exquisita sensibilidad. Luego volvía las miradas hacia su madre con una adoración tiránica.

La señora Deberle se dio cuenta de la inquietud de la niña.

—He aquí —dijo— una pequeña señorita que se aburre y está cansada de comportarse razonablemente como una persona mayor... Mira, sobre este velador hay libros ilustrados.

Juana fue a coger un álbum, pero por encima del libro se escapaban sus miradas hacia su madre con expresión suplicante. Elena, conquistada por el ambiente amable en que se encontraba, no se movía; era de temperamento tranquilo y le agradaba quedarse sentada durante horas. No obstante, cuando el criado anunciaba una tras otra a tres damas: la señora Berthier, la señora Guiraud y la señora Levasseur, estimó que debía levantarse. Pero la señora Deberle exclamó:

—Quédese, por favor; quiero presentarle a mi hijo.

El círculo se ensanchaba delante de la chimenea. Todas aquellas señoras hablaban a un tiempo. Había una que decía estar rendida y contaba que, desde hacía cinco días, no se acostaba antes de las cuatro de la mañana. Otra se lamentaba amargamente de las nodrizas: no había manera de encontrar una que fuese honrada. Luego la conversación recayó sobre las modistas. La señora Deberle sostenía que una mujer no podía vestir bien a las demás: era necesario que fuese un hombre. Entonces dos de las damas cuchichearon a

media voz y, al producirse un silencio, se oyeron tres o cuatro palabras; todas se echaron a reír, abanicándose con lánguida mano.

—El señor Malignon —anunció el criado.

Entró un joven alto, vestido muy correctamente, que fue saludado con ligeras exclamaciones. La señora Deberle, sin levantarse, le tendió la mano diciendo:

— ¿Qué me dice de ayer en el «Vaudeville»?

— ¡Infecto! —contestó.

— ¿Cómo infecto?... Ella estuvo maravillosa; cuando se coge el corpiño, echa la cabeza hacia atrás...

— ¡Quite usted!... Es de un repugnante realismo.

Entonces se entabló la discusión. Eso de «realismo» se dice pronto; pero el joven no lo aceptaba en ninguna de sus formas.

— ¡Nada! —decía, levantando la voz—. ¿Comprenden ustedes? ¡Nada! Esto degrada el arte.

Por este camino, ¡se acabaría viendo cada cosa en los escenarios! ¿Por qué Noemí no llevaba las consecuencias hasta el final? Y esbozó un gesto que escandalizó a todas las señoras. ¡Uf! ¡Qué horror! De todos modos, como la señora Deberle logró colocar su frase sobre el prodigioso efecto que conseguía la actriz y la señora Levasseur contó que una espectadora se había desmayado en la galería, se convino que había sido un gran éxito. Esta palabra cerró del todo la discusión.

Sentado en su butaca, el joven alargaba sus piernas entre las faldas que le rodeaban. Parecía ser amigo íntimo de casa del doctor. Maquinalmente había cogido una flor de una jardinera y la estaba mordisqueando.

La señora Deberle le preguntó:

— ¿Ha leído usted la novela...?

No la dejó que terminara y contestó, con aires de superioridad:

—Sólo leo un par de novelas al año.

En cuanto a la exposición del Círculo de Bellas Artes, verdaderamente no valía la pena molestarse. Luego, cuando todos los temas de conversación del día estuvieron agotados, fue a apoyarse en el respaldo del canapé de Julieta, con la que cambió algunas palabras en voz baja, mientras las demás señoras conversaban animadamente entre ellas.

— ¡Vaya!, ya se ha marchado —exclamó la señora Berthier volviéndose—.



Hace cosa de una hora le encontré en casa de la señora Robinot.

—Sí, y se va a casa de la señora Lecomte —dijo la señora Deberle—. ¡Oh!, es el hombre más ocupado de París.

Y, dirigiéndose a Elena, que había seguido la escena, continuó:

—Un muchacho muy distinguido al que queremos mucho... Tiene intereses con un agente de cambio. Además, es muy rico, y siempre está al corriente de todo.

Las señoras se iban.

—Adiós, querida; ya sabe: el miércoles cuento con usted.

—Sí, eso es; el miércoles.

—Dígame: ¿irá usted a esta fiesta? Una nunca sabe con quién va a encontrarse. Yo iré si va usted.

— ¡Bueno!, iré; se lo prometo. Muchos saludos al señor de Guiraud.

Cuando la señora Deberle volvió, encontró a Elena de pie en medio del salón. Juana se apretaba contra su madre, a la que había cogido una mano, y con dedos trémulos y acariciadores la atraía con pequeños tirones hacia la puerta.

— ¡Ah!, es verdad —murmuró la dueña de la casa.

Llamó al criado.

—Pedro, diga a la señorita Smithson que traiga a Luciano.

Durante la espera, la puerta se abrió de nuevo, familiarmente, sin que anunciara a nadie. Una bonita muchacha de dieciséis años entró seguida de un viejecito de cara mofletuda y sonrosada.

—Buenos días, hermana —dijo la joven besando a la señora Deberle.

—Buenos días, Paulina... Buenos días, papá —contestó ésta.

La señorita Aurelia, que no se había movido del lado de la chimenea, se levantó para saludar al señor Letellier. Tenía un gran almacén de sedas en el bulevar des Capucines. Desde la muerte de su esposa, paseaba a su segunda hija por todas partes, en busca de un buen partido.

— ¿Fuiste ayer al «Vaudeville»? —preguntó Paulina.

— ¡Oh, maravilloso! —repitió Julieta maquinalmente, de pie ante un espejo, mientras se arreglaba un rizo rebelde.

Paulina hizo un mohín de niña mimada:

—Es desesperante eso de ser soltera. ¡No puede una ver nada!... Fui con

papá hasta la puerta, a medianoche, para enterarme de cómo habían ido las cosas.

—Sí —dijo el padre—. Nos encontramos con Malignon. Dijo que estaba muy bien.

— ¡Vaya! —exclamó Julieta—. Estaba aquí ahora mismo y dijo que le parecía infecto. Con él, nunca se sabe...

— ¿Has tenido muchas visitas? —preguntó Paulina pasando bruscamente a otro tema.

— ¡Oh, de locura! Todas esas señoras... No estuvimos de vacío ni un momento... Estoy muerta...

Luego, recordando que olvidaba hacer una presentación formal, se interrumpió:

—Mi padre y mi hermana... La señora Grandjean...

Y, al iniciarse una conversación sobre los niños y las enfermedades que tanto inquietaban a las madres, se presentó la señorita Smithson, una aya inglesa, que traía a un muchacho de la mano. La señora Deberle le dirigió rápidamente unas palabras en inglés para reñirla por haberse hecho esperar.

— ¡Ah, he aquí a mi pequeño Luciano! —exclamó Paulina, que se puso de rodillas ante el niño con gran frufrú de faldas.

—Suelta, suelta —dijo Julieta—. Acércate, Luciano; ven a decir buenos días a esta señorita.

El chiquillo avanzó cohibido. No tendría más de siete años; era bajito y gordo e iba vestido con coquetería de muñeca. Cuando vio que todo el mundo le miraba sonriendo, se detuvo y, con expresión de sorpresa en sus ojos azules, examinó a Juana.

—Vamos... —murmuró la madre.

Él la consultó con una mirada y dio otro paso. Mostraba esa patosidad de los muchachos, el cuello metido en los hombros, los labios gruesos y mohínos y un aire de disimulo en las cejas, ligeramente fruncidas. Seguro que Juana, con su traje de luto, sería y pálida, le intimidaba.

—Hija mía, tú también debes ser amable —dijo Elena al notar la actitud estirada de su hija.

La pequeña no había soltado la mano de su madre y pasaba los dedos por su piel entre la manga y el guante. Con la cabeza gacha esperaba a Luciano con el gesto inquieto de una chiquilla arisca y nerviosa, dispuesta a escapar ante una caricia...

No obstante, cuando su madre la empujó suavemente, acabó por dar un paso a su vez.

—Señorita, tendrá usted que besarle —dijo riendo la señora Deberle—. Con él, siempre son las señoras las que tienen que comenzar... ¡Oh, es tan bobalicón...!

—Bésale, Juana —dijo Elena.

La niña levantó los ojos hacia su madre y luego, como vencida por el aire atontado del pequeño muchacho, sintiendo una súbita ternura ante su carita azorada, su rostro se iluminó como al impulso de una gran pasión interior.

—De buena gana, mamá.

Y, cogiendo a Luciano por los hombros, levantándole casi, le besó fuertemente en ambas mejillas. Entonces él también quiso besarla.

— ¡Estupendo! —exclamaron todos los asistentes.

Elena saludó y se encaminó hacia la puerta acompañada por la señora Deberle.

—Espero, señora —dijo—, que querrá usted expresar toda mi gratitud al señor doctor... La otra noche me sacó de una mortal inquietud.

— ¿No está por ahí Enrique? —interrogó el señor Letellier.

—No; volverá tarde —respondió Julieta.

Y, viendo que la señorita Aurelia se levantaba para salir con la señora Grandjean, añadió:

—Pero usted se queda a cenar con nosotros; es cosa convenida.

La solterona, que esperaba esta invitación todos los sábados, se decidió a quitarse el chal y el sombrero. Se ahogaba uno en el salón y el señor Letellier, que había abierto una ventana, se quedó plantado ante ella interesado por una lila en que iban apareciendo ya unos capullos. Paulina jugaba al corro con Luciano, entre las sillas y las butacas que las visitas habían dejado en desorden.

Ya en el umbral, la señora Deberle tendió la mano a Elena y, con un gesto lleno de amistosa confianza, le dijo:

—Permítame. Mi marido me había hablado de usted y ya me era usted simpática. Su desgracia, su abandono... En fin, me alegra mucho haberla conocido y cuento con que seguiremos tratándonos.

—Se lo prometo y le doy las gracias —dijo Elena, muy conmovida por este impulso afectuoso en una señora que le había parecido tener un poco la

cabeza a pájaros.

Con las manos cogidas todavía, se miraron de frente sonriéndose. Julieta, con un ademán mimoso, confesó la razón de su súbita amistad:

—Es usted tan bonita, que hay que quererla a la fuerza.

Elena se echó a reír divertida, pues su belleza la tenía sin cuidado. Llamó a Juana, que seguía con la mirada absorta en los juegos de Luciano y Paulina. Pero la señora Deberle retuvo todavía a la chiquilla y prosiguió:

—Desde ahora, ya sois amiguitos. Decíos «Hasta pronto».

Y los dos pequeños se mandaron cada uno un beso con la punta de los dedos.

### III

Todos los martes, Elena recibía a cenar al señor Rambaud y al reverendo Jouve. Fueron ellos quienes, en los primeros tiempos de su viudez, habían forzado su puerta y puesto su cubierto en la mesa, con una franqueza amistosa, para sacarla, por lo menos una vez por semana, de la soledad en que vivía. Pronto estas cenas del martes, se habían convertido en una verdadera institución. Los invitados aparecían como quien cumple con un deber, a las siete en punto y con su habitual y tranquilo alborozo.

Aquel martes, Elena, sentada junto a la ventana, trabajaba en una labor de costura aprovechando la última claridad del crepúsculo y esperando a sus invitados. Pasaba allí sus días en una plácida paz. A aquellas alturas no llegaban los ruidos. Le gustaba esta amplia habitación, tan tranquila, con su lujo burgués, su palisandro y su terciopelo azul. Cuando sus amigos la instalaron, sin que ella se ocupara de nada, sufrió un poco las primeras semanas por este gran lujo con que el señor Rambaud había logrado realizar su ideal de arte y comodidad, con gran admiración por parte del sacerdote, que se había negado a intervenir; pero acabó por sentirse muy satisfecha en aquel ambiente, que le parecía sólido y sencillo como su corazón. Los pesados cortinajes, los muebles sombríos y costosos, contribuían a su tranquilidad. La única diversión que se permitía durante sus largas horas de labor era la de echar una mirada al amplio horizonte del gran París, que extendía ante ella el mar agitado de sus tejados. El rincón de su soledad se abría sobre esta inmensidad.

—Ya no veo claro, mamá —dijo Juana, que estaba sentada junto a ella en una sillita baja.

Dejó caer su labor mirando aquel París que iba desapareciendo entre grandes sombras. Generalmente, era poco revoltosa. Su madre tenía que enfadarse para obligarla a salir; obedeciendo la severa orden del doctor Bodin, la llevaba dos horas al bosque de Boulogne todos los días. Este era su único paseo; no habían descendido tres veces al centro de París, no más de tres veces en dieciocho meses. En ningún sitio parecía que la niña se encontrara más a gusto que en su gran habitación azul. Elena había tenido que renunciar a que aprendiera música. Un organillo que sonara en el silencio del barrio la ponía temblorosa y con los ojos húmedos. Ayudaba a su madre a coser pañales para los pobres del reverendo Jouve.

Era ya de noche cuando Rosalía entró con una lámpara. Parecía muy sofocada; era su momento de intensa actividad en la cocina. La cena del martes era el único acontecimiento de la semana que revolvía la casa.

— ¿Es que estos señores no van a venir esta noche, señora? —preguntó.

Elena miró el reloj.

—Son las siete menos cuarto. Están por llegar.

Rosalía era un obsequio del reverendo Jouve. La había recogido en la estación de Orléans el día de su llegada, de manera que no conocía ni pizca de París. Se la había mandado un viejo condiscípulo del seminario, párroco de un pueblo de la Beauce. Era bajita y regordeta, con la cara redonda bajo su apretada cofia, con los cabellos ásperos y negros, la nariz aplastada y los labios rojos. Triunfaba con ciertos platos delicados, pues había crecido en la abadía, al lado de su madrina, el ama del señor cura.

— ¡Ah!, he aquí al señor Rambaud —dijo mientras iba a abrir, antes de que él llamara.

El señor Rambaud, alto y corpulento, apareció mostrando su ancha cara de notario de provincia. A los cuarenta y cinco años, tenía ya el pelo completamente gris; pero sus grandes ojos azules conservaban la expresión sorprendida, ingenua y dulce de un niño.

—Y aquí está el señor cura. Ya estamos todos —dijo Rosalía, abriendo la puerta de nuevo.

Mientras el señor Rambaud, después de haber estrechado la mano de Elena se sentaba sin decir nada, sonriendo como hombre que se siente en su propia casa, Juana se lanzó al cuello del sacerdote.

— ¡Hola, amiguito! —dijo—. He estado muy malita.

— ¿Muy malita, querida?

Los dos hombres se inquietaron, sobre todo el cura, un hombrecillo seco,

con una cabeza muy gorda, sin gracia, vestido con abandono, cuyos ojos medio entornados se agrandaron y se llenaron de una hermosa y tierna claridad. Juana le abandonaba una de sus manos dando la otra al señor Rambaud. Ambos la sostenían y la cubrían con sus miradas ansiosas. Elena tuvo que contar su crisis. El sacerdote estuvo a punto de enfadarse porque no le habían advertido. Y la agobiaron a preguntas: por lo menos, ¿la cosa había terminado?, ¿la niña no tenía ya nada? La madre sonreía.

—La quieren ustedes más que yo; acabarán por asustarme. No, la niña no ha vuelto a sentir nada; solamente algún dolor en los miembros y cierta pesadez de cabeza... Pero vamos a combatir todo esto enérgicamente.

—La cena está servida —vino a anunciar la criada.

Los muebles del comedor eran de caoba: una mesa, un aparador y ocho sillas. Rosalía corrió las cortinas de reps rojo. Colgada del techo una muy sencilla lámpara de porcelana blanca, con su cerco de cobre, iluminando los cubiertos, los platos simétricamente colocados y el humeante potaje. Cada martes, la cena daba lugar a las mismas conversaciones. Pero este día, naturalmente, se habló del doctor Deberle. El reverendo Jouve hizo de él un gran elogio, a pesar de que no era muy religioso. Le citó como hombre de carácter firme, de buen corazón, caritativo, muy buen padre y buen marido; y citó del mismo los mejores ejemplos. En cuanto a la señora Deberle, era excelente, pese a sus maneras un tanto vivarachas, debido a su singular educación parisiense. En una palabra: un matrimonio encantador. Elena pareció alegrarse; había juzgado del mismo modo a la pareja, y lo que le decía el sacerdote la hacía continuar unas relaciones que, en principio, la asustaban un poco.

—Vive usted demasiado encerrada —dijo el reverendo Jouve.

—Sin duda —apoyó el señor Rambaud.

Elena los miraba con su tranquila sonrisa, como para decirles que ellos le bastaban y que temía toda nueva amistad. Pero sonaron las diez y el sacerdote y su hermano cogieron los sombreros. Juana acababa de dormirse en una butaca de la habitación. Se inclinaron un instante bajando la cabeza con gesto satisfecho y contemplando la placidez de su sueño. Luego se fueron de puntillas y en la antecámara, bajando la voz, dijeron:

—Hasta el martes.

—Me olvidaba... —susurró el sacerdote, volviendo a subir unos peldaños —. La tía Fétu está enferma. Debería usted ir a verla.

—Mañana iré —respondió Elena.

Al sacerdote le gustaba mandarla a visitar a sus pobres. Ambos sostenían

en voz baja toda suerte de conversaciones sobre asuntos que consideraban comunes y respecto a los cuales se entendían con medias palabras, y jamás hablaban delante de la gente. Al día siguiente, Elena salió sola. Evitaba llevar consigo a Juana desde que la niña había permanecido durante dos días temblorosa al regresar de una visita de caridad a casa de un anciano paralítico. Una vez en la calle siguió por la de Vineuse, tomó la calle Raynouard y se metió por el pasaje des Eaux, rara escalinata estrangulada entre los muros de los jardines vecinos, una callejuela escarpada que descendía hasta el muelle desde las alturas de Passy. Al final de esta pendiente, la tía Fétu habitaba una buhardilla en una casa destartada que sólo iluminaba un ventanuco redondo y que llenaban un lecho miserable, una mesa coja y una silla de paja desportillada.

— ¡Ah, mi buena señora, mi buena señora! —se puso a gemir en cuanto vio entrar a Elena.

La tía Fétu estaba acostada. Rolliza pese a la miseria, como hinchada y de rostro abotargado, estiraba con las manos entumecidas el jirón de sábana que la cubría. Tenía unos ojos penetrantes, una voz llorosa, una humildad chillona que transformaba en un alud de palabras.

— ¡Ay, mi buena señora! Se lo agradezco. ¡Hay que ver cómo sufro! Es como si unos perros me comiesen el costado... ¡Oh!, seguro que hay un animal en mis tripas. Vea, ahí está: usted puede verlo. A la piel no le ocurre nada, el mal está por dentro... ¡Oh! ¡Ay, ay! Hace dos días que no cesa. ¿Cómo será posible sufrir tanto, Dios mío?... ¡Ah, gracias, mi buena señora! Usted no olvida a la gente pobre. Esto le será tomado en cuenta; sí, le será tomado en cuenta...

Elena se había sentado. Luego, viendo un puchero de tisana humeante sobre la mesa, llenó una taza que estaba al lado y lo acercó a la enferma. Cerca del puchero había un paquete de azúcar, dos naranjas y otras golosinas.

— ¿Vinieron a verla? —preguntó.

—Sí, sí, una señorita. Pero ellas no lo entienden... No es nada de esto lo que me hace falta. ¡Ah!, si por lo menos tuviera un poquito de carne, la vecina me haría un caldo... ¡Ay!, ahora me muerde más fuerte. De verdad, se diría que es un perro... ¡Ah!, si tuviese un poco de caldo...

Pese a los sufrimientos que la retorcían, seguía con mirada atenta los movimientos de Elena, que hurgaba en su bolsillo. En cuanto la vio poner encima de la mesa una moneda de diez francos, se lamentó más y mejor, haciendo esfuerzos para incorporarse, y, debatiéndose, alargó el brazo y la moneda desapareció mientras repetía:

— ¡Dios mío! Es otro ataque. No, así no puedo durar... Dios se lo pagará,

mi buena señora. Yo le diré que se lo pague... Vea, son como lanzadas que me atraviesan todo el cuerpo... El señor cura ya me dijo que usted vendría. No hay como usted para hacer el bien. Voy a comprar un poco de carne... Y ahora desciende hacia los muslos. Ayúdeme; no puedo más, no puedo más...

Intentaba volverse. Elena se quitó los guantes, la cogió lo más suavemente posible y la volvió a acostar. Mientras estaba inclinada todavía, la puerta se abrió, y quedó tan sorprendida al ver entrar al doctor Deberle, que el rubor subió hasta sus mejillas. ¡También él hacía visitas de las que no hablaba!

—Es el señor médico —balbuceó la vieja—. Son ustedes todos muy buenos; que el cielo los bendiga a todos.

El doctor había saludado discretamente a Elena. La tía Fétu, desde que había entrado el doctor, no gemía tan fuerte. Mantenía tan sólo un leve quejido silbante y continuo de chiquillo que sufre. Había adivinado que la buena señora y el doctor se conocían y no les perdía de vista, yendo de uno a otro con un callado esfuerzo que se reflejaba en las mil arrugas de su cara. El doctor le hizo algunas preguntas y le percutió el costado derecho. Luego, volviéndose hacia Elena, que había vuelto a sentarse, murmuró:

—Son cólicos hepáticos. Estará levantada dentro de unos días.

Y, arrancando una hoja de su carnet, en la que había escrito algunas líneas, dijo a la tía Fétu:

—Tenga. Haga llevar esto a la farmacia de la calle Passy y tome usted cada dos horas una cucharada de la medicina que le darán.

Entonces, de nuevo, la vieja prorrumpió en bendiciones. Elena permaneció sentada. El doctor pareció complacerse mirándola, hasta que sus ojos se encontraron. Luego la saludó y se retiró el primero, por discreción. No había bajado un piso aún cuando ya la tía Fétu volvió a sus gemidos.

— ¡Ah, qué médico más estupendo!... Con tal de que su remedio me sirva de algo... Debí machacar cera con diente de león: esto quita el agua que hay en el cuerpo... ¡Ah, ya puede usted decir que conoce un médico bueno de verdad! ¿Hace ya mucho tiempo que le conoce?... Dios mío, tengo una sed... Tengo fuego en la sangre... Está casado, ¿verdad? Se merece una buena mujer y unos buenos hijos... En fin, me gusta que la gente buena se conozca.

Elena se había levantado para darle de beber.

—Bueno, adiós, tía Fétu —dijo—. Hasta mañana.

—Eso es. ¡Qué buena es usted!... Si, por lo menos, tuviese un poco de ropa... Vea mi camisa: está partida por la mitad. Estoy acostada en un estercolero... Pero no importa: Dios se lo pagará todo.



Al día siguiente, cuando Elena llegó, el doctor Deberle estaba también en casa de la tía Fétu. Sentado en la silla, redactando una receta mientras la anciana seguía hablando con su volubilidad lacrimosa.

—Ahora, señor, es como un plomo... Seguro que tengo plomo en este costado. Pesa cien libras y ya no puedo ni volverme.

Pero, en cuanto vio a Elena, ya no paró.

— ¡Ah!, es la buena señora... Ya se lo decía al querido señor: vendrá; aunque el cielo se cayese, ella vendría de todos modos... Una verdadera santa, un ángel del paraíso, guapa; tan guapa, que dan ganas de ponerse de rodillas en la calle para verla pasar... Mi buena señora, las cosas no van mejor. Ahora tengo un plomo ahí... Sí, le he contado todo lo que usted ha hecho por mí. El emperador no podría hacer más... ¡Ah!, habría que ser muy malo para no quererla, muy malo...

Mientras ella soltaba estas frases, agitando la cabeza sobre la almohada, con sus pequeños ojos medio cerrados, el doctor sonreía a Elena, que se sentía muy turbada.

—Tía Fétu —dijo quedamente—, le he traído un poco de ropa...

—Gracias, muchas gracias; Dios se lo pagará... Es como este querido señor, que hace más bien a la gente pobre que todos los que debieran hacerlo por su profesión... Usted no sabe que me ha cuidado durante cuatro meses y me ha dado las medicinas, y caldo y vino... No se encuentran muchos ricos así, tan decentes con todo el mundo. Otro ángel de Dios... ¡Oh! ¡Ay, ay! Tengo toda una casa sobre el vientre...

Ahora era el médico quien se sentía turbado. Se levantó queriendo ceder la silla a Elena; pero ésta, aun cuando había venido con la idea de pasar allí un cuarto de hora, rehusó diciendo:

—Gracias, señor; tengo mucha prisa.

Entre tanto, la tía Fétu, sin dejar de agitar la cabeza, había alargado el brazo, y el paquete de ropa desapareció en el fondo de la cama. Luego prosiguió:

— ¡Oh!, ya puede decirse que hacen ustedes una buena pareja... Digo esto sin querer ofender, porque es verdad... Quien ha visto a uno, ha visto al otro. ¡La gente buena se comprende!... ¡Dios mío! Deme la mano para darme la vuelta... Sí, sí, se comprenden...

—Hasta la próxima, tía Fétu —dijo Elena, que cedió el puesto al doctor—. No creo que venga mañana.

No obstante, volvió al día siguiente. La vieja estaba adormilada. En cuanto

despertó y la reconoció, con su traje de luto y sentada en la silla, exclamó:

—Ha venido... De verdad, no sé lo que me hizo tomar, que estoy más tiesa que un bastón... ¡Ah!, hemos hablado de usted. Me ha preguntado un montón de cosas; que si estaba usted triste por lo general, que si pone usted siempre la misma cara... ¡Es tan buen hombre!

Hablaba más despacio; parecía esperar que en la cara de Elena se reflejara el efecto de sus palabras, con ese aire angustiado y mimoso de los pobres que quieren complacer a todo el mundo. Sin duda creyó ver en la frente de la buena señora una arruga de desagrado, pues su gorda cara, abotargada, tensa y encendida, se apagó de súbito. Prosiguió, tartamudeando:

—Siempre estoy durmiendo. Puede que esté envenenada... Había una mujer, en la calle de l'Annonciation, a la que un farmacéutico mató dándole una droga por otra.

Aquel día, Elena se entretuvo cerca de media hora en casa de la tía Fétu, escuchándole hablar de Normandía, donde había nacido y donde se bebía tan buena leche. Después de un silencio, preguntó con negligencia:

— ¿Hace mucho tiempo que conoce usted al doctor?

La anciana, echada de espaldas, levantó a medias los párpados y los cerró de nuevo.

— ¡Ah, sí, ya lo creo! —respondió a media voz—. Su padre me cuidó en el 48 y él le acompañaba.

—Me han dicho que su padre era un santo varón.

—Sí, sí... Un poco chalado... El hijo, ¿sabe usted?, es mejor todavía. Cuando te toca, parece que tenga las manos de terciopelo.

Hubo un nuevo silencio.

—Le aconsejo que haga cuanto le diga —siguió Elena—. Es muy sabio. Fue él quien salvó a mi hija.

—Seguro —exclamó la tía Fétu animándose—. Se le puede tener confianza. Resucitó a un muchacho cuando ya se lo iban a llevar... ¡Oh!, no me impedirá usted que lo diga: no hay dos como él. Después de todo, tengo mucha suerte; siempre voy a caer entre lo mejor de la gente decente... Por esto doy gracias a Dios todas las noches. No los olvido a ninguno de los dos; ¡oh, sí!, siempre están ustedes unidos en mis oraciones... Que Dios los proteja y les conceda todo cuanto puedan desear. ¡Qué les colme de sus dones! ¡Qué les guarde un puesto en su paraíso!

Se había incorporado y, con las manos juntas, parecía implorar al cielo con un fervor extraordinario. Elena la dejó seguir así largo rato, e incluso le

sonreía. La charlatana humildad de la anciana acabó por mecerla y adormecerla de una manera muy dulce. Al marcharse le prometió una cofia y un vestido para el día en que se levantara.

Durante toda la semana, Elena se dedicó a la tía Fétu. La visita que le hacía cada tarde se incorporó a sus costumbres. Sobre todo, había cogido cierta afición al pasaje des Eaux. Esta callejuela, escarpada, le gustaba por su frescor y su silencio, por su pavimento siempre limpio, que los días de lluvia lavaba un torrente que se despeñaba desde las alturas. Cuando llegaba a él, tenía desde lo alto una extraña sensación viendo cómo se hundía la pendiente abrupta del pasaje, por lo general desierto y apenas conocido de los habitantes de las calles vecinas. Luego se aventuraba, entraba por el arco que forma la casa que bordea la calle de Raynouard y descendía a pasitos cortos los siete tramos de amplios peldaños a lo largo de los cuales discurría un arroyo de guijarros que ocupaba la mitad del estrecho pasadizo. Las tapias de los jardines, a derecha e izquierda, se hinchaban comidos por una lepra gris; los árboles extendían sus ramas, llovía la hojarasca y la yedra extendía el ropaje de su tupido manto; y todo ese verde, que sólo dejaba ver retazos azules del cielo, producía una luz verdosa muy suave y discreta. A la mitad del descenso se detenía para respirar y se interesaba por el farol allí colgado, escuchando las risas en los jardines, tras las puertas que jamás había visto abiertas. A veces subía una anciana, ayudándose con la barandilla de hierro, negra y reluciente, sujeta a la muralla de la derecha; una señora se apoyaba en su sombrilla como si fuese un bastón; una panda de chiquillos bajaba a toda velocidad, pisando fuerte con los zapatos. Pero casi siempre estaba ella sola, y le resultaba encantadora esta escalera recoleta y umbrosa, semejante a un camino hundido en el bosque. Una vez abajo, levantaba los ojos. La vista de esta pendiente tan recia, por la que acababa de aventurarse, le infundía un poco de miedo.

Entraba en casa de la tía Fétu con el frescor y la paz del pasaje des Eaux en sus vestidos. Este agujero de miseria y dolor ya no la lastimaba. Se movía como en su casa, abriendo el redondo tragaluz para renovar el aire, cambiando la mesa de lugar cuando la molestaba. La desnudez de aquel desván, los muros encalados, los muebles lisiados, la devolvían a una existencia de simplicidad que a veces había soñado siendo muchacha. Pero lo que sobre todo la encantaba era la emoción enternecida en que allí vivía; su papel de enfermera, las continuas lamentaciones de la anciana; todo cuanto veía y sentía la hacía estremecerse con una inmensa compasión. Acabó esperando con verdadera impaciencia la visita del doctor Deberle. Le interrogaba sobre el estado de la tía Fétu; luego, por un momento, hablaban de otras cosas, de pie, uno junto al otro, mirándose a la cara. Cierta intimidad se establecía entre ellos. Se sorprendían descubriendo que tenían gustos iguales. A menudo se comprendían sin abrir los labios, con el corazón repleto de la misma caridad desbordante. Y nada era más dulce para Elena que esta simpatía que se iba

ligando fuera de las circunstancias ordinarias y a la que cedía sin resistencia, enternecida por la compasión. Primero el doctor le había dado miedo; en su salón hubiese mantenido la frialdad desconfiada propia de tu naturaleza; pero allí se encontraban lejos del mundo, compartiendo la única silla, casi felices por estas cosas feas y pobres que los acercaban enterneciéndoles. Al cabo de la semana se conocían como si hubiesen vivido años uno al lado del otro. El cuchitril de la tía Fétu se llenaba de luz en esta comunión de su bondad.

Entretanto la anciana se reponía muy lentamente. El médico la sorprendía y la acusaba de mimarse demasiado cuando le contaba que ahora tenía plomo en las piernas. Se quejaba constantemente, permanecía acostada de espaldas, agitando la cabeza, y cerraba los ojos como para dejarlos en libertad. Incluso un día pareció que se dormía; pero por debajo de los párpados, por un extremo de sus ojillos negros, los espiaba.

Al fin tuvo que levantarse. Al día siguiente, Elena le trajo el vestido y la cofia que le había prometido. Cuando llegó el doctor, la vieja, de repente exclamó:

— ¡Dios mío! ¡La vecina, que me encargó que cuidara de su cocido!

Salió y cerró la puerta tras ella dejándolos solos. Primero continuaron su conversación sin darse cuenta de que estaban encerrados. El doctor insistía para que Elena bajara de vez en cuando a pasar la tarde en su jardín, en la calle Vineuse.

—Mi esposa —dijo— tiene que devolverle la visita y le repetirá mi invitación... Le sentaría muy bien a su hija.

—Si no es que me niegue, ni exijo que se me invite con grandes cumplidos —dijo ella riéndose—. Únicamente, me da miedo ser indiscreta... En fin, ya veremos.

Siguieron y, al fin, el doctor se sorprendió.

— ¿Dónde demonios habrá ido? Hace un cuarto de hora que salió por el cocido.

Entonces Elena vio que la puerta estaba cerrada. Esto no la hirió de momento. Estaba hablando de la señora Deberle, de la que hacía un gran elogio a su marido. Pero, como el doctor no dejaba de volver la cabeza hacia la puerta, acabó por sentirse turbada.

—Es muy raro que no vuelva —murmuró a su vez.

Su conversación decayó. Elena, no sabiendo qué hacer, abrió el tragaluz, y cuando se volvió evitaron mirarse. Risas de niños entraron por el ventanuco que recortaba, muy alto, una luna azul en el cielo. Estaban completamente solos, libres de toda mirada, sin que pudieran ser vistos más que por aquel

agujero redondo. Los niños callaron a lo lejos; un silencio estremecido reinó. A nadie se le ocurriría ir a buscarlos en aquel desván olvidado. Su confusión aumentaba. Entonces Elena, descontenta de sí misma, miró fijamente al doctor.

—Estoy abrumado por las visitas —dijo éste de pronto—, y, puesto que no vuelve, me marchó.

Y se fue. Elena se había sentado. La tía Fétu entró inmediatamente con un torrente de palabras.

— ¡Ah!, no puedo ni arrastrarme; he tenido un desmayo... Entonces, ¿el buen señor se fue? Claro, aquí no hay comodidad alguna. Los dos son unos ángeles del cielo, perdiendo el tiempo con una desgraciada como yo. Pero Dios es bueno y se lo pagará... Hoy el plomo se me ha bajado a los pies. He tenido que sentarme en un peldaño... Y no me di cuenta de nada; como no hacían ustedes ningún ruido... En fin, me gustaría tener unas sillas. Si, por lo menos, tuviese una butaca... Mi colchón es muy malo. Cuando vienen ustedes, me da vergüenza... Toda la casa es de ustedes, y yo me echaría al fuego si fuese necesario. Bien lo sabe Dios, que muy a menudo se lo digo... ¡Oh, Dios mío! ¡Haced que el buen señor y la buena señora vean satisfechos todos sus deseos! En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Elena, escuchándola, experimentaba una turbación singular. El rostro abotargado de la tía Fétu la inquietaba. Nunca había sentido semejante malestar en la estrecha pieza. Notaba su sórdida pobreza, sufría por la falta de aire, por toda la degradación allí encerrada. Se apresuró a alejarse, fastidiada por las bendiciones con que la tía Fétu la perseguía.

Otra tristeza la aguardaba en el pasaje des Eaux. En medio del pasaje, bajando a la derecha, se encuentra en la tapia una especie de excavación, algún pozo abandonado, cerrado con una reja. Desde hacía un par de días, al pasar, oía, viniendo del fondo de ese agujero, los maullidos de un gato. Cuando subía, los maullidos volvieron a empezar, pero tan lastimosos que hacían pensar que el gato estaba agonizando. Al pensar que el pobre animalito, tirado al viejo pozo, se estaba muriendo lentamente de hambre, se quebró de pronto el corazón de Elena. Apretó el paso, pensando que durante largo tiempo no osaría arriesgarse a lo largo de la escalera, por miedo a oír esos maullidos de muerte.

Era precisamente martes. Por la noche, a las siete, cuando Elena estaba terminando un pequeño justillo, sonaron los dos campanillazos habituales y Rosalía abrió la puerta diciendo:

—Hoy es el señor cura quien llega primero... ¡Ah!, aquí tenemos al señor Rambaud.

La cena fue muy alegre. Juana seguía mejor cada día y los dos hermanos, que la mimaban, lograron que comiese un poco de ensalada, que le gustaba mucho, pese a la prohibición formal del doctor Bodin. Luego, cuando pasaron a la habitación, la niña, atrevida, se colgó del cuello de su madre murmurando:

—Te lo ruego, madrecita: llévame mañana a casa de esa viejecita.

Pero el sacerdote y el señor Rambaud fueron los primeros en reprenderla. No se la podía llevar a casa de los pobres porque no sabía comportarse. La última vez había tenido dos desmayos, y durante tres días, incluso dormida, sus hinchados ojos lloriqueaban.

—No, no —insistía—. No lloraré: lo prometo.

Entonces, su madre la besó diciendo:

—Es inútil, querida; la viejecita ya está buena... No volveré a salir y me quedaré todo el día contigo.

#### IV

La siguiente semana, cuando la señora Deberle devolvió a la señora Grandjean su visita, se comportó con una amabilidad llena de halagos. Y en el umbral, cuando ya se iba, le dijo:

—Ya sabe usted que me lo ha prometido... El primer día que haga buen tiempo, baja usted al jardín y se trae a Juana. Es una prescripción del doctor.

Elena sonreía.

—Sí, sí, estamos de acuerdo. Cuente con nosotras.

Tres días después, una tarde luminosa de febrero, descendió, en efecto, con su hija. La portera les abrió la puerta de comunicación. Al fondo del jardín, en una especie de invernadero transformado en pabellón japonés, encontraron a la señora Deberle, que tenía a su lado a su hermana Paulina, las dos con las manos desocupadas, con las labores de bordado encima de una mesita, donde las habían abandonado sin acordarse más de ellas.

— ¡Ah, cuánta amabilidad de su parte! —dijo Julieta—. Tenga, siéntese usted ahí... Paulina, empuja esta mesa... ¿Ve usted? Hace todavía un poco de fresco, y desde este pabellón vigilaremos perfectamente a los niños... Vamos, jugad hijos míos. Y andaos con cuidado de no caer.

El amplio ventanal del pabellón estaba abierto y habían corrido a ambos lados las vidrieras en su marco, de modo que el jardín se extendía a nivel,

como si estuviera en el umbral de una tienda de campaña. Era un jardín burgués, con césped en el centro y macizos de flores a los lados. Una sencilla verja lo cerraba por la calle Vineuse, sólo que había crecido allí una cortina tal de verdor, que desde la calle ninguna mirada podía atravesarla. Yedras, clemátides y madreselvas se pegaban y enroscaban a la verja, y tras este primer muro de follaje se levantaba otro, hecho de lilas y codesos. Incluso en invierno, las hojas perennes de las yedras y el entrecruzado de las ramas eran bastante para tapar la vista. Pero el gran encanto estaba al fondo, donde algunos árboles de alto oquedal, unos soberbios olmos, cubrían la negra pared de una casa de cinco pisos. En el estrangulamiento de las construcciones vecinas, ponían la ilusión de un rincón de parque, pareciendo agrandar desmesuradamente este jardincillo parisiense, que era barrido como si se tratara de un salón. Entre dos olmos pendía un columpio cuya tabla había enverdecido la humedad.

Elena miraba, inclinándose para ver mejor.

— ¡Oh, es un agujero! —dijo negligentemente la señora Deberle—. Pero en París los árboles son tan escasos... Nos hace felices tener media docena que sean nuestros.

—No, no; están ustedes muy bien aquí. Esto es encantador.

Aquel día de sol ponía en el cielo pálido un polvillo de luz dorada. Había, entre las ramas sin hojas, una suave lluvia de rayos de sol. Los árboles bermelleaban, las finas yemas violáceas hacían más tierno el tono gris de la corteza y sobre el césped, a lo largo de las avenidas, en las hierbas y en la gravilla, había puntos de luz ahogados y difundidos por una ligera bruma a ras de suelo. No había ni una flor; nada más que la alegría del sol sobre la tierra desnuda anunciaba la primavera.

—Ahora, se ve todavía un poco triste —prosiguió la señora Deberle—. Ya verá usted: en junio está hecho un verdadero nido. Los árboles impiden que los vecinos puedan curiosear y entonces nos sentimos verdaderamente en nuestra casa.

Pero se interrumpió para gritar:

— ¡Luciano! ¿Quieres hacer el favor de no tocar el agua?

El chiquillo, que hacía los honores del jardín a Juana, acababa de llevarla ante una fuente, bajo la escalinata, y allí le había dado la vuelta al grifo, acercando la punta de sus zapatos para mojarlos. Era un juego que le encantaba. Juana, muy formal, le miraba como se mojaba los pies.

—Espera —dijo Paulina levantándose—; voy a hacer que se esté quieto.

Julieta la retuvo.

—No, no, tú eres más alocada que él. El otro día parecía como si hubieseis tomado un baño los dos... Es curioso que una muchacha mayor no pueda estar un momento tranquila.

Y, volviéndose:

— ¿Me oyes, Luciano? Cierra el grifo en seguida.

El niño, azorado, quiso obedecer. Pero dio la vuelta al revés a la llave y el agua corrió con una fuerza y un ruido que acabaron de hacerle perder la cabeza. Se echó para atrás, salpicado de agua hasta los hombros.

— ¡Cierra el grifo en seguida! —repitió su madre, cuyas mejillas se sonrojaron con una oleada de sangre.

Juana, callada hasta entonces, se acercó a la fuente con toda clase de precauciones, mientras Luciano rompía a llorar ante aquella agua furiosa que le daba miedo y no sabía detener. Ella apretó su faldita entre las piernas, alargó sus desnudas muñecas para no mojarse las mangas y cerró el grifo sin recibir ni una sola salpicadura. De inmediato el diluvio cesó. Luciano, sorprendido, lleno de respeto, se tragó las lágrimas y levantó sus grandes ojos hacia la señorita.

—Verdaderamente, este niño me saca de quicio —dijo la señora Deberle, que había palidecido y parecía muy fatigada.

Elena creyó que debía intervenir.

—Juana, cógelo de la mano. Jugad a pasearos.

Juana cogió la mano de Luciano y, muy formalitos, se fueron por las avenidas dando pasitos. Ella era mucho más alta que el niño, por lo que éste tenía que levantar el brazo; pero este juego majestuoso que consistía en dar vueltas ceremoniosamente en torno del césped parecía absorberlos a uno y otro y dar una gran importancia a sus personas.

Juana, como una verdadera señora, tenía la mirada vaga y ausente. Luciano, de vez en cuando, no podía evitar lanzar una mirada a su compañera. No se decían ni una palabra.

—Son divertidos —murmuró la señora Deberle, sonriente y tranquila—. Hay que confesar que su Juana es una chiquilla encantadora... Se la ve tan obediente, tan juiciosa...

— ¡Oh!, cuando está en casa de los demás —contestó Elena—. Tiene momentos terribles. Pero, como me adora, procura ser juiciosa para no darme pena.

Y ambas siguieron hablando de niños. Las chicas eran más precoces que los muchachos. No obstante, no había que fiarse del aire embobado de



Luciano. Antes de un año, en cuanto se espabilara un poco, sería muy atrevido. Y, sin transición aparente, acabaron hablando de una mujer que habitaba un pequeño chalet enfrente y en cuya casa ocurrían cosas que... verdaderamente... La señora Deberle se detuvo para decir a su hermana:

—Paulina, vete un momento al jardín.

La jovencita salió tranquilamente y se quedó bajo los árboles. Estaba acostumbrada a que la echaran fuera siempre que en una conversación aparecía algo demasiado fuerte de lo que no se podía hablar delante de ella.

—Ayer yo estaba en la ventana —prosiguió Julieta— y vi perfectamente a esa mujer... Ni siquiera corre las cortinas... ¡Es de una indecencia! Los niños podrían verlo.

Hablaba muy bajito, con aire escandalizado y, no obstante, con una leve sonrisa en la comisura de los labios. Después, levantando la voz, gritó:

—Paulina, ya puedes volver.

Bajo los árboles, Paulina miraba al aire con gesto indiferente, esperando que su hermana hubiese terminado.

Entró en el pabellón y cogió de nuevo su silla mientras Julieta seguía dirigiéndose a Elena:

— ¿Usted, señora, nunca ha visto nada?

—No —respondió ésta—: mis ventanas no dan al chalet.

Aun cuando había habido una laguna para la jovencita en la conversación, escuchaba, pálida y con rostro de virgen, como si hubiese comprendido.

— ¡Bueno! —dijo mirando todavía al aire a través de la puerta—. Hay una multitud de nidos en los árboles.

Entre tanto, la señora Deberle había cogido de nuevo su labor de bordado para darse cierto aplomo. Daba un par de puntadas cada minuto. Elena, que no podía permanecer sin hacer nada, pidió permiso para traer su labor la próxima vez. Con un ligero aburrimiento, se volvió y examinó el pabellón japonés. Las paredes y el techo, estaban tapizados con telas de brocado de oro, con vuelos de grullas, mariposas y flores deslumbrantes, paisajes en los que azules barcas navegaban por ríos amarillos. Había asientos y jardineras de madera, de hierro, finas esterillas sobre el suelo y, abarrotando los muebles de laca, todo un mundo de chucherías, pequeños bronce, cacharritos, raros juguetes abigarrados de vivos colores. En el fondo, una figura grotesca en porcelana de Sajonia, con las piernas replegadas, el vientre desnudo y desbordante, rebosaba una alegría enorme y balanceaba furiosamente la cabeza al más ligero impulso.

— ¡Qué feo es! ¿verdad? —exclamó Paulina, que había seguido las miradas de Elena—. Dime, hermanita: ¿te das cuenta de que todo lo que has comprado es de pacotilla? El flamante Malignon llama a tu pabellón japonés un bazar de «todo a peseta»... Por cierto que me he encontrado a tu flamante Malignon. Iba con una señora; ¡bueno!, una señora... La pequeña Florence, del «Variétés».

—Dime dónde, para que pueda tomarle el pelo —preguntó Julieta con interés.

—Por el bulevar... ¿Es que hoy no va a venir?

Pero no recibió ninguna contestación. Las señoras se inquietaban por los niños, que habían desaparecido. ¿Adónde se habrían metido? Cuando los llamaron se levantaron dos voces.

— ¡Estamos aquí!

Allí estaban, en efecto, en medio del césped, sentados sobre la hierba y ocultos por un bonetero.

— ¿Qué estáis haciendo ahí?

—Hemos llegado al albergue —dijo Luciano—. Estamos descansando en nuestra habitación.

Por un momento los contemplaron muy divertidas. Juana se prestaba al juego, complacida. Cortaba hierba a su alrededor, sin duda para preparar el almuerzo. El baúl de los viajeros estaba representado por un pedazo de madera que habían cogido del fondo de un macizo. Ahora se hablaban. Juana se entusiasmaba repitiendo, convencida, que estaban en Suiza y que iban a partir para visitar los ventisqueros, cosa que parecía dejar estupefacto a Luciano.

— ¡Anda! ¡Ahí le tenemos! —dijo de pronto Paulina.

La señora Deberle se volvió y vio a Malignon, que bajaba la escalinata. Apenas le concedió tiempo para saludar y sentarse.

— ¡Bien! Es muy amable de su parte ir por el mundo diciendo que en mi casa no hay más que pacotilla.

— ¡Ah, sí, este saloncito! —respondió él tranquilamente—. Claro que se trata de chatarra. No tiene usted ni un solo objeto que valga la pena mirar.

Ella estaba muy indignada.

—Pero ¿y la figura de Sajonia?

—Nada, nada, todo esto es de una ramplonería... Hace falta tener gusto. No quiso usted encargarme de la decoración...

Entonces ella le interrumpió muy colorada y llena de indignación.

— ¡Podemos hablar de su gusto! ¡Tiene gracia su gusto! Le han Visto a usted con una señora...

— ¿Qué señora? —preguntó él sorprendido ante la violencia del ataque.

—Bonita elección; le felicito. Una mujerzuela que todo París...

Pero se calló viendo a Paulina. Se había olvidado de ella.

—Paulina —dijo—, vete un momento al jardín.

— ¡Ah, no! Al final se cansa una —declaró la jovencita, que se rebelaba—. Siempre me estáis fastidiando.

—Vete al jardín —repitió Julieta con más severidad.

La joven se fue gruñendo. Luego se volvió para añadir:

—Por lo menos, daos prisa.

En cuanto ella no estuvo, la señora Deberle cayó de nuevo sobre Malignon. ¿Cómo era posible que un joven distinguido como él pudiese mostrarse en público con la tal Florence? Seguro que había cumplido los cuarenta, y era tan fea que daba miedo; desde las primeras representaciones ya la tuteaba toda la platea.

— ¿Habéis terminado? —chilló Paulina, que estaba paseándose bajo los árboles con gesto mohíno—. Yo me aburro.

Pero Malignon se defendía. No conocía a esa Florence; nunca le había dirigido la palabra. Podían haberle visto con una dama, pues algunas veces acompañaba a la esposa de uno de sus amigos. Por otra parte, ¿quién era la persona que le había visto? Hacían falta pruebas, testigos.

—Paulina —preguntó bruscamente la señora Deberle levantando la voz—, ¿no es verdad que le viste con Florence?

—Sí, sí —respondió la joven—. En el bulevar, delante de casa Bignon.

Entonces la señora Deberle, victoriosa ante la sonrisa confundida de Malignon, gritó:

—Ya puedes volver, Paulina. Esto ha terminado.

Malignon tenía un palco para el día siguiente en las «Folies Dramatiques». Lo ofreció galantemente sin parecer que guardaba rencor a la señora Deberle; por otra parte, siempre estaban peleándose. Paulina quiso saber si ella podría ir a ver la comedia que se representaba, y como Malignon reía moviendo la cabeza, dijo que la cosa era muy tonta y que los autores deberían escribir comedias para las jovencitas. Sólo le permitían ver la Dame blanche y el teatro

clásico.

Mientras tanto, las señoras habían dejado de vigilar a los niños. De pronto, Luciano lanzó unos gritos terribles.

— ¿Qué le hiciste, Juana? —preguntó Elena.

—No le he hecho nada, mamá —respondió la chiquilla—. Ha sido él, que se ha tirado al suelo.

La verdad es que los niños acababan de partir hacia los famosos ventisqueros. Como Juana pretendía que habían llegado a las montañas, ambos levantaban los pies muy arriba para poder trepar por las rocas. Pero Luciano, agotado por este ejercicio, había dado un paso en falso y se había quedado tendido en medio de un arriate. Una vez en el suelo, muy ofendido, había cogido una rabieta de chiquillo y se había echado a llorar.

—Levántalo —gritó de nuevo Elena.

—No quiere, mamá. Se está revolcando.

Juana retrocedía, molesta y enfadada, viendo a un muchacho tan mal educado. No sabía jugar, y seguro que acabaría manchándola. Adoptó un gesto de duquesa a la que se ha puesto en ridículo. Entonces la señora Deberle, irritada por los gritos de Luciano, dijo a su hermana que le levantara y le hiciera callar. Paulina no deseaba otra cosa. Corrió, se echó al suelo al lado del niño y durante un momento se revolcó con él. Pero el niño se defendía y no quería que le cogieran. Pero Paulina se levantó y, manteniéndole cogido de los brazos, le dijo para calmarle:

— ¡Cállate, chillón! Vamos a columpiarnos.

Luciano se calló en el acto. Juana dejó su gesto grave y una ardiente alegría iluminó su rostro. Los tres corrieron hacia el columpio; pero fue Paulina la que se sentó en la banqueta.

—Empujadme —dijo a los niños.

La empujaron con todas las fuerzas de sus manitas; pero era muy pesada y apenas lograban moverla.

— ¡Venga, empujad! —repetía ella—. Pero ¡qué tontos son! No saben.

En el pabellón, la señora Deberle acababa de sentir un ligero escalofrío. Pese al sol, encontraba que ya no hacía calor. Había rogado a Malignon que le acercara un albornoz blanco, de cachemira, que estaba colgado de una falleba. Malignon se había levantado para colocárselo encima de los hombros. Ambos charlaban familiarmente de cosas que en nada interesaban a Elena, de modo que, inquieta por el temor de que Paulina, sin querer, hiciera caer a los niños, se fue hacia el jardín dejando que Julieta y el joven siguieran discutiendo

sobre una moda de sombreros que los apasionaba.

En cuanto Juana vio a su madre, se le acercó mimosa, convirtiendo su ademán en una súplica:

— ¡Oh mamá, mamá!... —murmuraba.

—No, no —respondió Elena, que la comprendió en el acto—. Ya sabes que te está prohibido.

A Juana le encantaba columpiarse. Decía que era como si se convirtiera en un pájaro. Este viento que le daba en la cara, este súbito vuelo este vaivén seguido y rítmico como un aleteo, le causaban la deliciosa emoción de un paseo por las nubes. Creía subir hacia lo alto; pero estas cosas siempre terminaban mal. Una vez la encontraron aferrada a las cuerdas del columpio, desvanecida, con los ojos abiertos, llenos del espanto del vacío. Otra vez se había caído, rígida como una golondrina herida por una perdigonada.

— ¡Oh mamá! —insistió—. Un poco nada más, sólo un poquito...

Su madre, para que la dejara en paz, la sentó al fin sobre la banqueta. La niña, radiante de satisfacción, tenía una expresión entusiasta y un ligero temblor de gozo agitaba sus muñecas desnudas. Y, viendo que Elena la balanceaba muy suavemente:

—Más fuerte, más fuerte —exclamaba.

Pero Elena no le hacía caso y no soltaba la cuerda. También ella se entusiasmaba, con las mejillas sonrosadas, vibrando con los empujones que ella misma daba a la banqueta. Su habitual seriedad iba convirtiéndose en cierta camaradería con su hija.

—Ya basta —dijo, cogiendo a Juana en brazos.

—Entonces, colúmpiate tú; por favor, colúmpiate —dijo la niña, que se había quedado colgada de su cuello.

La entusiasmaba ver volar a su madre, como ella decía, y le gustaba más mirarla que columpiarse ella misma. Pero Elena le preguntó riendo quién iba a empujarla, ya que cuando ella jugaba la cosa iba en serio e iba a subirse más alto que los árboles. Precisamente en aquel instante apareció el señor Rambaud, acompañado de la portera. Había conocido a la señora Deberle en casa de Elena y creyó que podía presentarse al no encontrar a ésta en su departamento. La señora Deberle se mostró muy amable, complacida por la simplicidad del buen señor. Luego se enfrascó de nuevo en una viva discusión con Malignon.

— ¡Nuestro buen amigo va a empujarte! ¡El buen amigo va a empujarte! —gritaba Juana, saltando alrededor de su madre.

— ¿Quieres callarte? No estamos en nuestra casa —dijo Elena fingiendo un aire de seriedad.

— ¡Vaya! —murmuró el señor Rambaud—. Si esto las divierte, estoy a su entera disposición. Puesto que estamos en el campo...

Elena se dejaba tentar. Cuando era jovencita se columpiaba horas y horas, y aquellos lejanos recuerdos despertaban en ella un oscuro deseo. Paulina, que con Luciano se había sentado al borde del césped, intervino con sus modales libres de muchacha emancipada.

—Sí, sí; el señor va a empujarla... Después me empujará a mí. ¿Verdad, señor, que querrá empujarme?

Esto decidió a Elena. Bajo la fría corrección de su gran belleza, su juventud estalló con una ingenuidad encantadora. Se manifestaba sencilla y alegre como una colegiala. Además, nada tenía de gazmoña. Riéndose, dijo que no quería enseñar las piernas y pidió una cuerdecilla con la que se ató las faldas por encima de los tobillos. Después, puesta de pie encima de la banqueta, con los brazos abiertos sujetándose en las cuerdas, gritó alegremente:

— ¡Vamos, señor Rambaud!... Suavemente para empezar.

El señor Rambaud había colgado su sombrero en una rama. Su cara ancha y bondadosa se iluminó con una sonrisa paternal. Se aseguró de la solidez de las cuerdas, miró a los árboles y se decidió a dar un ligero empujón. Elena acababa de quitarse el luto. Llevaba un traje gris adornado con nudos de cinta color malva. Erguida, pasaba lentamente, a ras de tierra, como acunada.

— ¡Venga, venga! —dijo.

Entonces el señor Rambaud, con los brazos hacia delante, cogió la tablilla al pasar y le imprimió un movimiento más vivo. Elena subía y a cada impulso iba más alto en el espacio; pero el ritmo conservaba cierta gravedad. Se la seguía viendo correcta, un tanto seria, muy claros sus ojos en el hermoso rostro silencioso; sólo las aletas de su nariz hinchaban como para tragar el viento. No se había alterado ni un pliegue de sus faldas. Una de las trenzas de su moño se estaba deshaciendo.

— ¡Venga, venga!

Una brusca sacudida la levantó. Subía hacia el cielo, cada vez más arriba. Una brisa se desprendía de ella y soplaba sobre el jardín: pasaba tan rápida, que no se la distinguía con claridad. Ahora sonreía, su cara estaba sonrosada y sus ojos brillaban como estrellas. La trenza desprendida golpeaba su cuello. Pese a la cuerdecilla que las ataba, las faldas se agitaban dejando al descubierto la blancura de los tobillos. Se la notaba tranquila, respirando a sus

anchas, viviendo en el aire como si estuviera en su elemento.

— ¡Venga, venga!

El señor Rambaud, bañado en sudor, con la faz colorada, desplegó toda su fuerza. Hubo un chillido. Elena seguía subiendo más y más.

— ¡Oh mamá, mamá! —repetía Juana en pleno éxtasis.

Se había sentado en el césped y contemplaba a su madre con las manitas apretadas contra el pecho, como si fuera ella la que tragaba toda aquella brisa que soplabá. Le faltaba aliento. Instintivamente seguía con una cadencia de los hombros las amplias oscilaciones del columpio. Y gritaba:

— ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

Su madre seguía elevándose. En lo alto, sus pies rozaban las ramas de los árboles.

— ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! ¡Oh..., más fuerte, mamá!

Pero Elena estaba ya en pleno cielo. Los árboles se doblegaban y crujían como bajo el vendaval. Sólo se veía el torbellino de sus faldas, que crujían con un son de tempestad. Cuando descendía, con los brazos extendidos y el pecho hacia delante, agachaba un poco la cabeza y parecía planear por un momento; luego un nuevo impulso la arrebatava, echada hacia atrás la cabeza abandonada, huidiza y transida, cerrando los párpados. Este era su placer, estas subidas y bajadas que le causaban vértigo. En lo alto, penetraba en el sol, en este sol rubio de febrero, del que llovía como un polvo de oro. Sus cabellos castaños, de reflejos ambarinos, se encendían, y se hubiese dicho que toda ella estaba ardiendo, mientras los nudos de las cintas de seda malva, semejantes a flores de fuego, relucían sobre su vestido blanquecino. A su alrededor nacía la primavera, los brotes violáceos ponían su fino tono de laca bajo el azul del cielo.

Entonces Juana juntó las manos. Su madre le parecía una santa, con su nimbo de oro, volando hacia el paraíso. Y siguió balbuceándose con su voz quebrada:

— ¡Oh mamá! ¡Oh mamá!

Entre tanto, la señora Deberle y Malignon, interesados, avanzaban bajo los árboles. A Malignon le parecía que aquella señora era muy valiente, y la señora Deberle dijo con gesto asustado:

—Estoy segura de que a mí me fallaría el corazón.

Elena debió de oírla, pues, desde lo alto de las ramas, dejó caer estas palabras:

— ¡Oh!, mi corazón es fuerte... ¡Venga, venga ya, señor Rambaud!

Su voz, en efecto, seguía tranquila. Parecía no preocuparse por los dos hombres que allí estaban. No cabe duda de que no los tomaba en cuenta. La mata de su pelo se había soltado; la cuerdecilla debió de escurrirse y sus faldas hacían el mismo ruido que una bandera. Estaba subiendo.

Pero de pronto exclamó:

—Basta, señor Rambaud, ¡basta!

En la escalinata acababa de aparecer el doctor Deberle. Se acercó, besó tiernamente a su esposa, levantó a Luciano y le besó en la frente. Luego miró a Elena sonriente.

— ¡Basta, basta! —siguió diciendo ésta.

—Pero ¿por qué? —preguntó el doctor—. ¿Soy yo quien estorba?

Ella no contestó. Se había puesto seria. El columpio, lanzado con todo su impulso, no se paraba; seguía con sus amplias oscilaciones regulares, que todavía levantaban a Elena muy arriba. Y el doctor, sorprendido y encantado, la admiraba, viéndola tan magnífica, alta y fuerte, con su pureza de estatua antigua, balanceada así, muellemente, bajo el sol primaveral. Pero ella parecía irritada, y bruscamente saltó.

— ¡Espere! ¡Espere! —gritó todo el mundo.

Elena lanzó un sordo quejido. Había caído sobre la gravilla y no podía levantarse.

— ¡Qué imprudencia, Dios mío! —dijo el doctor con la cara pálida.

Todos se agruparon a su alrededor. Juana lloraba tan fuerte, que el señor Rambaud, pese a que él mismo desfallecía, tuvo que cogerla en brazos. Mientras tanto, el doctor interrogaba ansiosamente a Elena.

—Es en la pierna derecha donde se hizo usted daño, ¿verdad? ¿No puede usted ponerse de pie?

Y, como ella seguía aturdida, sin contestar, él preguntó de nuevo:

— ¿Le duele?

—Un dolor sordo, aquí, en la rodilla —dijo ella penosamente.

Entonces él mandó a su esposa a que fuera por el botiquín y unos vendajes, mientras repetía:

—Hay que verlo, hay que verlo... Seguro que no será nada.

Luego se arrodilló sobre la gravilla. Elena le dejaba hacer. Pero, en cuanto



acercó las manos, se incorporó con un esfuerzo y apretó las faldas alrededor de los tobillos.

—No, no —murmuró.

—No obstante, hay que verlo —insistió él.

Elena se estremecía ligeramente y con voz muy baja repuso:

—No quiero... No es nada.

El la miró, sorprendido de pronto. El rubor le subía a la cara; durante un instante, sus ojos se encontraron y parecieron leer hasta el fondo de sus almas. Entonces, turbado él también, se levantó con lentitud y quedó a su lado, sin volver a insistir en reconocerla.

Elena, con un gesto, había llamado al señor Rambaud y le dijo al oído:

—Vaya a buscar al doctor Bodin y cuéntele lo que me ha ocurrido.

Diez minutos más tarde, cuando llegó el doctor Bodin, se puso de pie con un valor sobrehumano y, apoyándose en él y en el señor Rambaud, subió a su casa.

Juana los seguía, sacudida por los sollozos.

—Le espero —había dicho el doctor Deberle a su colega—. Venga usted a tranquilizarnos.

En el jardín se conversó animadamente. Malignon decía que las mujeres tienen todas la cabeza a pájaros. ¿Por qué diablos se le había ocurrido saltar a esa señora? A Paulina, fastidiada por una aventura que la privaba de una diversión, la parecía imprudente hacerse columpiar con tanta fuerza. El médico no hablaba y parecía preocupado.

—Nada grave —dijo el doctor Bodin al descender—. Un simple esguince... Tendrá que permanecer tendida en su canapé por lo menos durante quince días.

El señor Deberle dio unos golpecitos amistosos en el hombro de Malignon. Quiso que su mujer entrase en la casa, pues decididamente hacía ya demasiado fresco. Y, cogiendo a Luciano, se lo llevó con él, cubriéndole de besos.

## V

Las dos ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par, y en el abismo que se abría al pie de la casa, levantada a pico en lo alto, París extendía

su inmensa llanura. Estaban dando las diez y la hermosa mañana de febrero tenía la suavidad y el perfume de la primavera.

Elena, tendida en su canapé, con la rodilla todavía vendada, leía ante una de las ventanas. Ya no le dolía; pero desde hacía ocho días se veía clavada allí sin poder trabajar ni siquiera en su labor de costura habitual. Sin saber qué hacer, había cogido un libro olvidado sobre la mesita, a pesar de que no leía jamás. Era el libro que utilizaba todas las noches para disimular la lamparilla, el único que en dieciocho meses había sacado de la pequeña biblioteca abastecida por el señor Rambaud a base de obras honestas. Por lo general, las novelas le parecían falsas y pueriles. Esta, el Ivanhoe de Walter Scott, primero la había aburrido mucho; luego le había entrado una rara curiosidad. Lo estaba terminando, conmovida a veces, acometida de cierta lasitud que hacía que se le cayera de las manos durante largos minutos, con la mirada perdida en el vasto horizonte.

Aquella mañana, París ponía una pereza sonriente en despertar. Una neblina, que seguía el cauce del Sena, cubría las dos orillas. Era como un vaho ligero y lechoso que el sol, que se agrandaba poco a poco, iba iluminando. No se distinguía nada de la ciudad, bajo aquella muselina flotante, color del tiempo. En las hondonadas, la nube más densa se obscurecía con un tono azulado, mientras que en los espacios más amplios se producían transparencias de extremada finura, polvo dorado por el que se adivinaba la profundidad de las calles; más en lo alto, cúpulas y flechas desgarraban la bruma, irguiendo sus siluetas grises, envueltas todavía por los jirones de nube que horadaban. Por momentos, masas de humo amarillo se desprendían como bajo el pesado aletazo de un pájaro gigante y luego se fundían en el aire, que parecía absorberlas. Y por encima de esta inmensidad, de este nubarrón descendido y dormido sobre París, un cielo muy puro, de un azul pálido, casi blanco, desplegaba su bóveda profunda. El sol ascendía con una polvareda suave de rayos. Una claridad rubia, de ese rubio inconcreto de la infancia, se quebraba en lluvia, llenando el espacio con su tibieza temblorosa. Era una fiesta, una soberana paz y una alegría tierna de infinito, mientras que la ciudad, acribillada de saetas de oro, perezosa y soñolienta, no acababa de decidirse a mostrarse bajo sus encajes.

Desde hacía ocho días, Elena tenía como diversión este gran París extendido ante ella. Jamás llegaba a cansarla. Era insondable y cambiante como un océano, cándido por la mañana y llameante por la tarde, apropiándose las alegrías y las tristezas de los cielos que reflejaba. Un rayo de sol lo anegaba en polvo de oro, un nubarrón lo ensombrecía levantando tempestades. Se renovaba constantemente: era de una plácida calma, color naranja, o lleno de vendavales que, en menos de una hora lo ensombrecían todo con un color plomizo, o vivo y brillante que encendían una claridad en la

cresta de cada techumbre, o lleno de chaparrones que ahogaban el cielo y la tierra, borrando el horizonte en el hundimiento del caos. Elena gozaba en él todas las melancolías y todas las esperanzas del mar abierto; creía incluso notar en el rostro su fuerte soplo, su olor amargo, y el rumor constante de la ciudad le traía la ilusión de la marea creciente, azotando las rocas de un acantilado.

El libro resbaló de sus manos. Estaba soñando, con la mirada perdida. Cuando lo soltaba así, era por la necesidad de no seguir, de comprender y de esperar. Le complacía no satisfacer de inmediato su curiosidad. El relato hinchaba su pecho con una emoción que la ahogaba. Precisamente esta mañana, París, sentía la misma alegría y la misma turbación de su corazón. Había en ello un gran encanto: ignorar, adivinar a medias, abandonarse a una lenta iniciación, con la obscura sensación de que su juventud volvía a comenzar.

¡Cuán engañosas eran estas novelas! Hacía bien en no leerlas jamás. Eran historias para cabezas vacías que no captan el verdadero sentido de la vida. Y, no obstante, se sentía seducida; pensaba inevitablemente en el caballero Ivanhoe, tan apasionadamente amado por las dos mujeres: Rebeca, la bella judía, y la noble lady Rowena. Le parecía que ella hubiese amado con la altivez y la paciente serenidad de esta última. ¡Amar, amar! Esta palabra, que no llegaba a pronunciar pero que vibraba en ella, la sorprendía y la hacía sonreír. A lo lejos, unos copos pálidos nadaban sobre París, arrastrados por la brisa, semejantes a una bandada de cisnes. Grandes lienzos de niebla se desplazaban. Por un momento, apareció la orilla izquierda, temblorosa y velada como una ciudad fantástica vista entre sueños; pero una masa de vapor se derrumbó, y esta ciudad fue absorbida bajo el desbordamiento de una inundación. Entretanto, los vapores extendidos por igual sobre los barrios, formaban un hermoso lago de aguas blancas y unidas. Únicamente, una corriente más densa marcaba con una curva gris el cauce del Sena. Lentamente, sobre estas aguas blancas, tan tranquilas, las sombras parecían hacer navegar unos bajeles de rosadas velas, que la joven seguía con mirada soñadora. ¡Amar, amar! Y sonreía de su sueño flotante.

No obstante, Elena cogió de nuevo su libro. Había llegado al episodio del asalto al castillo, cuando Rebeca cuida a Ivanhoe herido y le informa sobre el curso de la batalla que va siguiendo por la ventana. Se sentía inmersa en una famosa ficción, por la que se paseaba como por un jardín ideal, de frutos dorados y en el que satisfacía todas sus ilusiones. Luego, al final de la escena, cuando Rebeca envuelta en su velo, expresa su ternura junto al caballero dormido, Elena dejó caer de nuevo su libro, con el corazón tan repleto de emociones que le era imposible continuar.

¡Dios mío! Pero ¿es que todas estas cosas eran verdad? Y, reclinada en su

canapé, entumecida por la inmovilidad que se veía obligada a mantener, contemplaba París sumergido y misterioso, bajo el dorado sol. Entonces, evocada por las páginas de la novela, se irguió su propia existencia. Se vio de jovencita, en Marsella, en casa de su padre el sombrerero Mouret. La calle des Petites-Maries estaba negra, y la casa con su tina de agua hirviendo para la fabricación de los sombreros, exhalaba, incluso cuando hacía buen tiempo, un olor insípido a humedad. Vio también a su madre, siempre enferma, que la besaba con sus labios pálidos, sin hablar. Nunca había visto un rayo de sol en su habitación de niña. A su alrededor había mucho trabajo y se ganaba, con mucho esfuerzo, una holgura de obrero. Y esto era todo: hasta que llegó su boda, nada se interpuso en esta sucesión de días semejantes. Una mañana, al volver con su madre del mercado, había rozado con su cesta llena de legumbres al joven Grandjean. Carlos se había dado la vuelta y las había seguido. Allí estaba toda la novela de sus amores. Durante tres meses se lo encontró constantemente, humilde y torpe, sin atreverse a acercársele. Tenía ella diecisiete años y se sentía un tanto orgullosa de este enamorado que, ella lo sabía, pertenecía a una familia rica. Pero lo encontraba feo, se burlaba a menudo de él y dormía tranquilamente por las noches en la sombra de la gran casa húmeda. Luego los habían casado. Este matrimonio la sorprendía todavía. Carlos la adoraba; por la noche, cuando ella se acostaba, se arrodillaba en el suelo para besar sus pies desnudos. Ella sonreía amistosa y le reñía por ser tan chiquillo. Comenzó entonces una vida gris. No recordaba que, durante doce años, se hubiese producido el menor incidente. Ella se sentía tranquila y muy feliz, sin fiebre en la carne ni en el corazón, absorta en las preocupaciones cotidianas de un matrimonio pobre. Carlos seguía besando sus pies de mármol mientras ella se mostraba con él indulgente y maternal. Nada más. Y, de pronto, vio la habitación del Hôtel du Var, su marido muerto y su traje de viuda tendido sobre una silla. Había llorado, igual que llorara aquella noche de invierno en que había muerto su madre. Luego habían pasado los días. Al cabo de dos meses, se sentía de nuevo feliz y muy tranquila, en compañía de su hija. ¡Dios mío! ¿Era esto todo? Entonces, ¿qué decía este libro cuando hablaba de los grandes amores que iluminan toda una existencia?

Por el horizonte, sobre el lago dormido, corrían largos estremecimientos. Luego, el lago, de pronto, pareció reventar; se producían grietas y, de un extremo a otro, los crujidos anunciaban el desastre. El sol, más alto, en el esplendor triunfante de sus rayos, atacaba victoriosamente la niebla. Poco a poco, el gran lago parecía secarse, como si algún desagüe invisible hubiese vaciado el llano. Los vapores, hasta hacía un momento tan profundos, adelgazaban, se hacían transparentes y tomaban las vivas coloraciones del arco iris. Toda la orilla izquierda era de un azul tierno, que oscurecía, haciéndose violáceo en el fondo, hacia el lado del Jardín de las Plantas. Sobre la orilla derecha, el barrio de las Tullerías tenía el rosa pálido de una tela color carne,

mientras que hacia Montmartre era como un resplandor de brasa, como carmín ardiendo en oro; luego, más a lo lejos, los arrabales obreros se ensombrecían con un tono color ladrillo, cada vez más apagado, pasando hasta el gris azulado de la pizarra. No se adivinaba todavía la ciudad temblorosa y huidiza, como uno de esos fondos submarinos que la vista adivina en las aguas transparentes, con sus bosques terroríficos de altas hierbas, sus hormigueos llenos de horror, sus monstruos apenas entrevistos. Entretanto, las aguas seguían bajando. No eran más que finas muselinas desparramadas, y a medida que las muselinas iban desapareciendo, la imagen de París se acentuaba y salía del sueño.

¡Amar, amar! ¿Por qué esta palabra volvía a ella con tal dulzura mientras contemplaba la desaparición de la niebla? ¿Acaso no había amado a su marido, al que cuidara como a un niño? Pero un punzante recuerdo despertó; el de su padre, que habían encontrado ahorcado tres semanas después de la muerte de su esposa, en el fondo de un gabinete donde seguían colgados los trajes de aquella. Allí agonizaba, rígido, la cara hundida en una falda, envuelto por esos trajes que exhalaban un poco el perfume de quien siempre había adorado. Luego; en su evocación, se produjo un salto brusco; pensó en detalles hogareños, en las cuentas del mes que la misma mañana había repasado con Rosalía, y se sintió muy orgullosa de su buen orden. Había vivido más de treinta años con una dignidad y una firmeza absolutas. Sólo le apasionaba la justicia. Cuando interrogaba su pasado, no encontraba una hora de debilidad y se veía siguiendo con paso regular una ruta siempre derecha e igual. Los días podían pasar, ella seguiría su camino tranquila, sin que sus pies tropezaran con ningún obstáculo. Y esto hacía más severa su cólera y menosprecio contra estas existencias mentirosas cuyo heroísmo turba los corazones. La única verdadera era la suya, que se desarrollaba en medio de tan amplia paz. Ya sobre París quedaba tan sólo una tenue humareda, una suave gasa temblorosa, pronta a desaparecer; y una súbita ternura se apoderó de ella. ¡Amar, amar! Todo la hacía volver a la caricia de esta palabra, incluso el orgullo de su honestidad. Su sueño se hizo tan ligero, que dejó de pensar, bañada por la primavera y con los ojos humedecidos.

Iba Elena a tomar de nuevo su libro, cuando París apareció lentamente. No había habido ni un soplo de viento: fue como una evocación. La última gasa se desprendió, se alzó y se desvaneció en el aire. La ciudad se extendía sin una sombra, bajo el sol triunfante. Ella se quedó con el mentón apoyado en una mano, contemplando este despertar colosal.

Todo un valle sin fin, de construcciones apiñadas. Sobre la línea perdida de las lomas, destacaba la aglomeración de los tejados, mientras se adivinaba el oleaje de las casas encrespase a lo lejos, tras los repliegues del terreno, hacia una campiña que no se veía ya. Era el mar abierto con lo infinito y

desconocido de sus olas. París se desplegaba tan grande como el cielo. Bajo esta mañana radiante, la ciudad, amarilla de sol, parecía un campo de espigas maduras; y el inmenso cuadro tenía una gran simplicidad, hecha de dos tonos solamente: el azul pálido del aire y el reflejo dorado de los tejados. La lluvia de estos rayos primaverales daba a las cosas una gracia pueril. Tan pura era la luz, que se distinguían con nitidez los más pequeños detalles. París, en el caos inextricable de sus piedras, lucía como un cristal. De vez en cuando, no obstante, por esta serenidad resplandeciente e inmóvil, un soplo pasaba; y entonces se veían barrios en los que las líneas se suavizaban y temblaban, como si se las hubiese mirado a través de alguna llama invisible.

Elena, primero, se interesó por las amplias extensiones que se desarrollaban bajo sus ventanas, por la pendiente del Trocadero y el despliegue de los muelles. Tenía que asomarse para ver el cuadro desnudo del Campo de Marte, cerrado al fondo por la barra sombría de la Escuela Militar. Abajo, en la amplia plaza y en las aceras, a los dos lados del Sena, distinguía a los transeúntes, una multitud activa de puntos negros, arrastrados por un movimiento de hormiguero; la caja amarilla de un ómnibus lanzaba un destello; los camiones y los fiacres cruzaban el puente, grandes como juguetes de niño, con sus caballos delicados que parecían piezas mecánicas y a lo largo de los taludes cubiertos de césped, entre los demás paseantes, una criada de delantal blanco, manchaba la hierba de luz. Luego, Elena levantó los ojos; pero la multitud se desmigaba y se perdía, los mismos coches se convertían en granos de arena; no quedaba más que el esqueleto gigantesco de la ciudad, como vacía y desierta, viviendo solamente por la sorda trepidación que la agitaba. Allí, en el primer plano, a la izquierda, brillaban los techos rojos; las altas chimeneas de la Manutención humeaban con lentitud, mientras en el otro lado del río, entre la Explanada y el Campo de Marte, un ramillete de grandes olmos formaba un rincón de parque, del que se veían claramente las ramas desnudas, las cimas redondeadas, salpicadas ya de puntos verdes. En medio, el Sena se ensanchaba y señoreaba, encajonado en sus taludes grises, donde los toneles descargados, las siluetas de las grúas de vapor, y los volquetes alineados, ponían un decorado de puerto de mar. Elena volvía constantemente hacia esa lámina de agua resplandeciente, por donde pasaban las barcas, semejantes a pájaros color de tinta. Invenciblemente, con una larga mirada, remontaba la soberbia corriente. Era como un galón de plata que cortaba París en dos. Esta mañana, el agua se revolcaba en el sol, y en el horizonte no podía haber luz más espléndida. La mirada de la joven encontró primero el puente de los Inválidos, luego el puente de la Concordia, luego el puente Royal; los puentes seguían, parecían acercarse, se superponían, construyendo extraños viaductos de muchos pisos, agujereados con arcos de todas formas; mientras que el río, entre estas construcciones ligeras, mostraba los extremos de su traje azul, cada vez más perdidos y estrechos. Levantó otra vez los ojos; a lo lejos,

la corriente se separaba entre la desbandada confusa de las casas; los puentes, a los dos lados de la Cité, parecían hilos tendidos de una orilla a otra; y las torres de Notre-Dame, completamente doradas, se alzaban como los límites del horizonte, más allá de los cuales, el río, las construcciones, los macizos de árboles no eran más que polvo de sol. Entonces, deslumbrada, abandonó este corazón triunfante de París, en el que parecía llamear toda la gloria de la ciudad. En la orilla derecha, en medio del arbolado de los Campos Elíseos, las grandes vidrieras del Palacio de la Industria mostraban sus blancuras de nieve; más lejos, tras la techumbre achatada de la Magdalena, parecida a una losa funeraria, se alzaba la masa enorme de la «Opéra»; y seguían otros edificios con sus cúpulas y torres, la columna Vendôme, San Vicente de Paúl, la torre Saint-Jacques, y más cerca, los cubos macizos de los pabellones del nuevo Louvre y de las Tullerías, medio hundidos en un bosque de castaños. En la orilla izquierda, la cúpula de los Inválidos chorreaba dorados; más allá, las dos torres desiguales de San Sulpicio palidecían en la luz; y más atrás todavía, a la derecha, las nuevas agujas de Santa Clotilde, el Panteón azulado, sentado firmemente sobre un altozano, dominando la ciudad, desarrollando en pleno cielo su fina columnata, inmóvil en el aire, con el tono de seda de un globo cautivo.

Elena, paseando perezosamente su mirada, abrazaba ahora París entero. Surcábalo llanuras que se adivinaban por el movimiento de sus tejados; la colina de los molinos subía como un oleaje bullicioso de viejas pizarras, mientras que la línea de los grandes bulevares descendía como un arroyo, en el que se hundía una infinidad de casas de las que no se veían ni siquiera las tejas. A esta hora matutina, el sol oblicuo no iluminaba las fachadas vueltas hacia el Trocadero. Ninguna ventana se iluminaba. Únicamente las claraboyas, por encima de los tejados, lanzaban su brillo, centellas vivas de mica, en el rojo barro cocido circundante. Las casas permanecían grises, de un gris caldeado por los reflejos: pero unos destellos de luz agujereaban los barrios, con sus largas calles que se hundían ante Elena, cortando las sombras con sus rayos de sol. Sólo a la izquierda, las lomas de Montmartre y las alturas del Père-Lachaise rompían con sus gibas el inmenso horizonte llano y romo sin una fractura. Los detalles tan netos en los primeros planos, los innumerables dientes formados por las chimeneas, los pequeños sombreados negros de millares de ventanas, se desvanecían coloreándose de amarillo y azul, confundiéndose en una mezcla de ciudad sin fin cuyos arrabales, fuera del alcance de la vista, parecían prolongar unas playas de guijarros sumergidas en una bruma violácea, bajo la gran claridad desparramada y vibrante del cielo.

Elena estaba mirando muy seria, cuando Juana entró alegremente.

— ¡Mira, mamá, mira!

La niña llevaba un gran ramillete de alelíos amarillos. Contó, entre risas

que había espiado la vuelta de Rosalía con las provisiones, para buscar en el cesto. Disfrutaba siempre registrándolo.

—Mira, mamá... En el fondo había esto... Huele un poco. ¡Qué olor más bueno!

Las flores leonadas, atigradas de púrpura, exhalaban un perfume penetrante, que embalsamaba toda la estancia. Entonces, Elena, con un gesto apasionado, atrajo hacia su pecho a Juana, mientras el ramillete de alelíos caía sobre sus rodillas. ¡Amar, amar! Cierto: ella amaba a su niña. ¿Acaso no era ya suficiente, este gran amor que había llenado su vida hasta entonces? Este amor debía bastarle, con su dulzura y su serenidad, con su perennidad que no podía interrumpir ningún cansancio. Y estrechó contra sí más y más a su hija, como para apartar malos pensamientos que amenazaban separarla de ella. Mientras, Juana se abandonaba a aquella dicha inesperada de los besos. Con los ojos húmedos, se acariciaba ella misma frotándose a los hombros de su madre, con un movimiento mimoso de su delicado cuello. Luego le pasó un brazo por la cintura y se quedó allí, muy formalita, con la mejilla apoyada en su seno. Entre ellas se mezclaba el perfume penetrante de los alelíos.

No hablaron durante largo rato. Juana, sin moverse, preguntó al fin en voz baja:

—Mamá, ¿ves a lo lejos, junto al río, esa cúpula rosa?... ¿Qué es?

Era la cúpula del Instituto. Elena miró un instante, pareció reflexionar y dijo dulcemente:

—No lo sé, hija mía.

La pequeña se conformó con esta respuesta y el silencio prosiguió. Pero muy pronto hizo otra pregunta:

— ¿Y allí, ahí cerca, esos bonitos árboles? —repuso mostrando con el dedo una perspectiva del jardín de las Tullerías.

— ¿Esos bonitos árboles? —murmuró la madre—. A la izquierda, ¿verdad?... No lo sé, hija mía.

— ¡Ah! —dijo Juana; y después de una breve reflexión añadió, con gesto grave—: No sabemos nada.

En efecto, no sabían nada de París. Desde hacía dieciocho meses lo tenían bajo los ojos a todas horas y no conocían ni una piedra. Sólo tres veces habían descendido a la ciudad; pero vueltas a casa, con dolor de cabeza ante tanta agitación, no habían encontrado nada en medio del barullo enorme de las calles.

Juana, no obstante, era terca a veces.



— ¡Ah!, esto sí que vas a decírmelo —insistió—. Estos cristales blancos... Es algo muy grande, debes saberlo.

Y señalaba el Palacio de la Industria. Elena dudaba.

—Es una estación... No; creo que se trata de un teatro —dijo. Luego sonrió y besó los cabellos de Juana, repitiendo su respuesta acostumbrada—: No lo sé, hija mía.

Entonces siguieron mirando París sin tratar de reconocerlo. Era algo muy agradable eso de tenerlo allí y seguir ignorándolo. Seguía siendo lo infinito y lo desconocido. Era como si ellas se hubiesen detenido en el umbral del mundo, del que disfrutaban el eterno espectáculo, negándose a descender hasta él. A menudo, París las inquietaba, cuando les mandaba su hálito cálido y turbador. Pero aquella mañana tenía una alegría y una inocencia de niño, y su misterio sólo les soplaba a la cara su ternura.

Elena cogió de nuevo su libro, mientras Juana, apretada contra ella, seguía mirando. En el cielo resplandeciente e inmóvil, no se levantaba ninguna brisa. Los humos de la Manutención subían completamente rectos en ligeras vedijas que se perdían en lo alto. Y, al ras de las casas, pasaban unas ondas sobre la ciudad, como la vibración de la vida encerrada en ella. La voz sonora de las calles tomaba, bajo el sol, una suavidad feliz. Pero un ruido atrajo la atención de Juana. Era una bandada de palomas blancas, salida de algún palomar vecino y que cruzaba el aire, delante de la ventana; la nieve voladora de sus alas llenaba el horizonte y ocultaba la inmensidad de París.

Con los ojos levantados de nuevo y vagos, Elena soñaba profundamente. Era lady Rowena, y amaba con la paz y la profundidad de un alma noble. Aquella mañana de primavera, aquella gran ciudad, tan dulce, aquellos primeros alelíos que le perfumaban las rodillas, habían, poco a poco, derretido su corazón.

\*\*\*\*

## SEGUNDA PARTE

### I

Una mañana, Elena se entretenía ordenando su pequeña biblioteca, cuyos libros revolvía desde hacía algunos días, cuando entró Juana saltando y palmoteando.

— ¡Mamá! —gritó—. ¡Un soldado, un soldado!

— ¿Cómo? ¿Un soldado? —dijo Elena—. ¿Qué quieres decir con eso de un soldado?

Pero la niña tenía uno de sus accesos de loca alegría y saltaba más y más repitiendo:

— ¡Un soldado! ¡Un soldado!

No daba más explicaciones.

Entonces, como había dejado la puerta de la habitación abierta, Elena se levantó y quedó muy sorprendida al ver, en efecto, a un soldado, un soldadito, en el recibidor. Rosalía había salido; Juana debió de estar jugando en el rellano, pese a la formal prohibición de su madre.

El soldadito, muy turbado ante la aparición de esta señora tan bella y tan blanca, con su peinador adornado de encajes, restregando el suelo con uno de los pies, dijo balbuceando precipitadamente:

—Perdón... dispense...

Y, no encontrando otra cosa que decir, iba retrocediendo hasta la pared sin dejar de arrastrar los pies. No pudiendo ir más lejos y viendo que la señora esperaba con una involuntaria sonrisa, registró precipitadamente su bolsillo derecho, del que sacó un pañuelo azul, una navaja y un pedazo de pan. Miró cada uno de los objetos y los guardó de nuevo. Luego pasó al bolsillo izquierdo; allí había un pedazo de cuerda, dos clavos mohosos, unas estampas envueltas en un trozo de periódico. Lo volvió a guardar todo y se golpeó los muslos con aires de ansiedad. Y balbuceó aturdido:

—Perdón... dispense...

Pero de pronto se apretó con un dedo la punta de la nariz y soltó una carcajada. ¡Qué imbécil!, ahora se acordaba. Desabrochó dos botones de su capote y buscó en su pecho, en el que hundió el brazo hasta el codo. Por fin sacó una carta que sacudió fuertemente, como para quitarle el polvo, antes de entregársela a Elena.

— ¿Una carta para mí? —dijo ésta—. ¿Está usted seguro?

El sobre traía, en efecto, su nombre y dirección, escritos con una gruesa letra campesina, con palos y ganchos que se derrumban como un castillo de naipes. En cuanto logró comprender el escrito, detenida a cada paso por los giros y la ortografía, volvió a sonreír. Se trataba de una carta de la tía de Rosalía, que le mandaba a Ceferino Lacour, salido quinto en el sorteo «pese a las dos misas dichas por el señor cura». Teniendo en cuenta que Ceferino estaba prendado de Rosalía, rogaba a la señora permitiera a los muchachos que se vieran el domingo. Había tres páginas en las que esta petición se repetía en términos parecidos y cada vez más embrollados, con un esfuerzo constante

para decir algo que no llegaba a decirse. Luego, antes de firmar, parecía que lo había encontrado de pronto y había escrito: «El señor cura da su permiso», aplastando allí la pluma en medio de una constelación de borrones.

Elena dobló la carta lentamente. Mientras la descifraba, había levantado dos o tres veces la cabeza para echar una ojeada al militar. Seguía pegado a la pared y sus labios se movían como queriendo apoyar cada frase con un ligero movimiento de la barbilla; sin duda se sabía la carta de memoria.

—Entonces, ¿es usted Ceferino Lacour? —dijo Elena.

Él se echó a reír, agitando la cabeza.

—Entre usted, amigo. No se quede ahí fuera.

El soldado se decidió a obedecerla, pero se mantuvo de pie junto a la puerta, mientras Elena se sentaba. Le había visto mal en la sombra de la antesala. Debía ser de la misma talla que Rosalía; tal vez un centímetro menos le hubiese librado del servicio. Con sus cabellos rojos, cortados al rape y sin un pelo en la barba, mostraba su cara redonda, cubierta de pecas, agujereada por dos ojos menudos, como abiertos con berbiquí. Su capote nuevo, demasiado grande, le redondeaba más. Con las piernas separadas, enfundadas en su pantalón rojo, balanceando ante sí su quepis de larga visera, resultaba divertido y enternecedor con su gordura de hombrecito bobalicón, que olía a la arada por debajo del uniforme.

Elena quiso interrogarle y obtener algunos informes.

— ¿Hace ocho días que salió usted de la Beauce?

—Sí, señora.

—Y ya está usted en París. ¿No le fastidia?

—No, señora.

Iba cogiendo valor y examinaba la habitación, muy impresionado por los cortinones de terciopelo azul.

—Rosalía no está —repuso Elena—, pero no puede tardar. Su tía me informa de que es usted su prometido.

El soldadito no contestaba; bajó la cabeza riéndose con gesto cohibido y volvió de nuevo a restregar la alfombra con la punta del pie.

—Entonces, ¿va a casarse usted con ella cuando acabe el servicio? —prosiguió la joven.

—Seguro —dijo poniéndose muy colorado—, seguro. Es cosa prometida.

Y, conquistado por el aire benévolo de la señora, dándole vueltas al quepis

entre sus dedos, se decidió a hablar.

— ¡Oh, no hace poco de esto!... Cuando éramos unos chiquillos, íbamos juntos de pecorea. Buenos varazos nos ganábamos; eso sí que es verdad... He de decirle que los Lacour y los Pichon somos de la misma vereda, unos al lado de los otros... Entonces, claro... Rosalía y yo fuimos criados, casi, con la misma gamella. Luego murieron todos los suyos. La tía Margarita le daba de comer. Pero ella, la muy pícara, ya se las apañaba...

Se detuvo, comprendiendo que iba entusiasmándose, y preguntó con voz vacilante:

—Quizá ella ya se lo contó todo, ¿no?

—Sí, pero siga, siga —contestó Elena, que le escuchaba divertida.

—En fin —prosiguió él—, que estaba fuertota, y eso que no abulta más que un comino; pero ¡se quitaba el trabajo de encima que había que verla! Un día arreó un sopapo a quien yo me sé... ¡Pero qué sopapo! Me salió un moretón en el brazo que me duró ocho días... Sí, así empezó la cosa. En el campo todo el mundo nos casaba, y no habíamos cumplido los diez años que ya nos habíamos dado mano y palabra... Y esto ata mucho, señora, ata mucho.

Y se llevaba la mano al corazón, separando mucho los dedos. Sin embargo, Elena se había puesto seria de nuevo. La idea de introducir a un militar en la cocina la inquietaba. El señor cura podía permitirlo, pero a ella le parecía un tanto arriesgado. En el campo se es muy liberal y los novios no pierden el tiempo. Elena dejó entrever sus escrúpulos, y cuando Ceferino se dio cuenta, pensó que iba a reventar de risa; pero se aguantó por respeto.

— ¡Oh señora, señora! Bien se ve que no la conoce usted. ¡Buenos cachetes me ha costado!... ¡Dios mío! A los mozos nos gusta gastar una broma, usted ya me comprende. A veces, la pellizcaba. Ella se volvía y... ¡plaf!, en pleno morro... Era cosa de su tía, que no paraba de decirle: «Créeme, hija mía, no te dejes hacer cosquillas, que eso no trae suerte». El cura se metía de por medio, y puede que por esto nuestra amistad ha durado siempre... Teníamos que casarnos después del sorteo. Luego las cosas se pusieron mal y... ¡qué te zurzan! La Rosalía dijo que vendría a servir a París para juntar una dote mientras esperaba... Y eso es todo.

Se contoneaba, pasándose el quepis de una a otra mano. Pero, como Elena callaba, creyó entender que dudaba de que él le tuviera ley. Esto le hirió profundamente y exclamó con ardor:

— ¿Se figura usted que voy a engañarla?... ¿No le dije que eso está jurado? Me casaré con ella, tan cierto como que ahora es de día... y estoy dispuesto a firmarlo... Sí; si usted quiere, voy a firmarle un papel ahora

mismo.

Una gran emoción le envalentonaba. Caminaba por la habitación como buscando con los ojos la tinta y la pluma que no encontraba. Elena procuraba calmarle, pero él no cesaba de repetir:

—Me gustaría firmarle un papel... ¿Qué le importa a usted? Entonces se quedaría usted más tranquila.

Pero, precisamente en este instante, Juana, que había desaparecido de nuevo, entró saltando y batiendo palmas.

— ¡Rosalía! ¡Rosalía! ¡Rosalía! —iba cantando, con una tonadilla bulliciosa que acababa de inventar.

Por las puertas abiertas llegaba, en efecto, la respiración de la criada que subía cargada con su cesta. Ceferino se escondió en un rincón de la pieza; una risa silenciosa hendía su boca de una oreja a otra y sus ojos de taladro brillaban con malicia campesina. Rosalía entró directamente en la habitación, como tenía por costumbre, para mostrar las provisiones de la mañana a su ama.

—Señora —dijo—, he comprado coliflores... Véalas... Dos por dieciocho perras; no es caro...

Tendía su cesta entreabierta cuando, al levantar la cabeza, vio a Ceferino, que sonreía burlón. El estupor la clavó en la alfombra. Pasaron dos o tres segundos; seguro que, con el uniforme, no le había reconocido de pronto. Sus redondos ojos se agrandaron, su carita regordeta se puso pálida, mientras sus negros y duros cabellos se agitaban.

— ¡Oh! —dijo simplemente.

Y, con la sorpresa, soltó la cesta. Las provisiones rodaron por la alfombra; coliflores, cebollas y manzanas. Juana, encantada, se echó al suelo en medio de la habitación, corriendo tras las manzanas, por debajo de las butacas y el armario de luna. Mientras, Rosalía, que seguía parada, repetía sin moverse:

—Pero ¡cómo!... ¿Eres tú?... ¿Y qué haces aquí?, ¿qué haces?

Se volvió hacia Elena y preguntó:

— ¿Es usted, señora, quién le dejó entrar?

Ceferino no soltaba prenda, contentándose con guiñar los ojos maliciosamente. Entonces, unas lágrimas enternecidas subieron a los ojos de Rosalía, y para dar fe de su alegría al verle de nuevo, no se le ocurrió nada mejor que burlarse de él.

— ¡Vamos! —repuso—. ¡Pues sí que está guapo! ¡Hecho una facha!

Hubiese podido pasar a tu lado y ni siquiera te hubiese dicho «¡Qué Dios te ampare!» ¡Cómo te han puesto! Parece que lleves tu garita a la espalda. Y mira cómo me lo han pelado, que parece el perro de aguas del sacristán... ¡Dios mío, qué feo eres, pero qué feo!

Ceferino, picado, se decidió a abrir la boca.

—No tengo yo la culpa, puedes estar segura... Ya me gustaría verte, si te mandaran a la mili...

Habían olvidado por completo dónde se encontraban, la habitación, Elena y Juana, que seguía recogiendo las manzanas. La criada se había plantado ante el soldadito con las manos cruzadas sobre el delantal.

—Entonces, ¿todo marcha bien por allí? —preguntó.

— ¡Claro que sí! Sólo que la vaca de los Guignard está enferma. Vino el veterinario y les dijo que estaba llena de agua.

—Si está llena de agua, está lista... Y, aparte de esto, ¿todo marcha bien?

—Sí, sí... El guarda jurado se ha roto un brazo... El tío Canivet se ha muerto... El señor cura perdió la bolsa, en la que traía treinta sueldos, volviendo de Grandval... Por lo demás, todo va bien.

Se callaron. Se estaban mirando con ojos brillantes y apretaban los labios, que se movían lentamente con una mueca de ternura. Debía de ser su manera de besarse, pues ni siquiera se habían dado la mano. Pero Rosalía salió pronto de su éxtasis y se desesperó viendo sus legumbres por el suelo. ¡Bonito espectáculo! ¡Vaya cosas que le hacía hacer! La señora debió hacerle esperar en la escalera. Mientras gruñía, se agachaba, metiendo dentro del cesto las manzanas, las cebollas y las coliflores, con gran enfado de Juana, que no quería que la ayudasen. Y, como se iba a la cocina sin volverse a mirar a Ceferino, Elena, vencida por la discreta sencillez de los enamorados, la retuvo para decirle:

—Escuche, hija mía; su tía me ha pedido que permita a este mozo que venga a verla los domingos... Que venga por la tarde, y usted procure que el servicio no se resienta demasiado.

Rosalía se detuvo y volvió simplemente la cabeza. Estaba muy contenta, pero mantenía su aire gruñón.

— ¡Oh, señora! Seguro que va a estorbarme —exclamó.

Y por encima del hombro echó una mirada a Ceferino y le hizo de nuevo su mueca de ternura. El soldadito permaneció un momento inmóvil, la boca hendida por una muda sonrisa. Luego se retiró andando de espaldas y llevando el quepis sobre el corazón. Ya estaba cerrada la puerta y él seguía saludando

en el rellano.

—Mamá, ¿es el hermano de Rosalía? —preguntó Juana.

Elena se sintió perpleja ante esta pregunta. Lamentaba la autorización que acababa de conceder por un impulso súbito de bondad, de la que ella misma se sorprendía. Pensó unos segundos y contestó:

—No, es su primo.

— ¡Ah! —dijo la niña muy seria.

La cocina de Rosalía daba sobre el jardín del doctor Deberle, a pleno sol. Durante el verano, por la ventana, muy amplia, entraban las ramas de los olmos. Era la habitación más alegre del departamento, toda blanca de luz, tan iluminada incluso, que Rosalía había tenido que poner una cortina de percal azul, que echaba por la tarde. Lamentaba sólo la pequeñez de esta cocina, que se alargaba en forma de pasadizo; el fogón a la derecha y una mesa y un aparador a la izquierda. Pero había sabido colocar tan acertadamente muebles y utensilios que se había agenciado un rinconcito, junto a la ventana, donde podía trabajar por las tardes. Su orgullo consistía en mantener cacerolas, ollas y platos de una pulcritud maravillosa. De modo que, cuando entraba el sol, un resplandor irradiaba de las paredes: los utensilios de cobre lanzaban destellos de oro, el hierro fundido redondeces resplandecientes como lunas de plata, en tanto que los azulejos, azules y blancos del fogón, ponían su nota pálida en aquel incendio.

El sábado siguiente, por la noche, oyó Elena tal revuelo, que decidió ir a ver qué pasaba.

— ¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Se pelea usted con los muebles?

—Estoy lavando, señora —contestó Rosalía, despeinada y sudorosa, agachada por el suelo, frotando los baldosines con toda la fuerza de sus cortos brazos.

Estaba terminando e iba secando. Jamás había dejado la cocina tan bonita. Una novia hubiese podido dormir en ella: todo estaba blanco como para una boda. La mesa y el aparador parecían lijados de nuevo a fuerza de puños. Era de admirar el buen orden; las cacerolas y los pucheros por orden de tamaños, cada cosa en su clavo, incluso la sartén y la parrilla que relucían sin rastro de humo. Elena se quedó un momento mirando en silencio y luego se retiró con una sonrisa.

Desde entonces, cada sábado hacía una limpieza parecida, pasando cuatro horas entre el polvo y el agua. Rosalía quería mostrar a Ceferino, el domingo, cómo era de limpia. Este día recibía. Una tela de araña la hubiese avergonzado. Cuando todo resplandecía a su alrededor, esto la ponía cariñosa

y la hacía cantar. A las tres se lavaba las manos de nuevo y se ponía una cofia con cintas. Luego, echando a medias la cortina de percal, con lo que obtenía una claridad de gabinete de señora, esperaba a Ceferino, todo puesto en orden, mientras en el aire flotaba un perfume de tomillo y laurel.

A las tres y media exactamente, llegaba Ceferino. Se paseaba por la calle mientras no sonaba la media en los relojes del barrio. Rosalía escuchaba las pisadas de sus gruesos zapatones por la escalera y le abría cuando se detenía en el descansillo. Le tenía prohibido que tocara el cordón de la campanilla. Cada vez cambiaban las mismas palabras:

— ¿Eres tú?

— Sí, soy yo.

Y se quedaban frente a frente, con sus ojos chispeantes y sus labios fruncidos. Luego Ceferino seguía a Rosalía; pero ella no le permitía entrar hasta que le había descargado de su chacó y su sable. No quería esto en su cocina, y chacó y sable pasaban al fondo de una alacena. Entonces ella sentaba a su enamorado junto a la ventana, en el rincón que se había agenciado, y ya no le permitía que se moviera.

—Estate quieto... Me mirarás hacer la cena de la señora, si quieres.

Pero casi nunca llegaba con las manos vacías. Solía ocupar la mañana recorriendo con sus camaradas el bosque de Meudon, arrastrando los pies en sus correrías sin objeto, ocioso y aspirando el aire a pleno pulmón, con la vaga añoranza de su terruño. Para ocupar los dedos, cortaba varitas, que tallaba y adornaba con toda clase de arabescos mientras iba caminando. Su paso se hacía cada vez más lento, se detenía junto a las cunetas, con el chacó en la nuca, sin quitar los ojos de su navaja que iba cortando la madera. Luego, como no acababa de decidirse a tirar sus varitas, las traía por la tarde a Rosalía, que se las quitaba de las manos chillando un poco, porque esto ensuciaba la cocina. La verdad es que iba coleccionándolas y guardaba debajo de la cama un paquete en el que las había de todas las dimensiones y todos los dibujos.

Un día apareció con un nido lleno de huevos que había colocado al fondo de su chacó, debajo del pañuelo. Decía que las tortillas con huevos de pájaro estaban muy ricas. Rosalía tiró este horror, pero conservó el nido que fue a reunirse con las varitas. Además, llevaba siempre los bolsillos llenos hasta reventar. Sacaba cosas curiosas: guijarros transparentes cogidos en las orillas del Sena, viejas herraduras, bayas silvestres que se secaban, desechos irreconocibles que los traperos no habían querido. Las estampas, sobre todo, eran su pasión. A lo largo de sus caminatas, recogía los papeles que habían envuelto chocolates o jabón, sobre los cuales se veían negros y palmeras, danzarinas egipcias y ramilletes de rosas. Las tapas de las viejas cajas rotas,



con sus señoras rubias y soñadoras, los grabados barnizados y el papel de plata de los pirulís tirados en las ferias de los alrededores, eran sus grandes hallazgos que le llenaban el corazón. Todo este botín desaparecía en sus bolsillos, envueltos en un pedazo de periódico los trozos más hermosos. Y el domingo, cuando Rosalía tenía un momento que perder, entre una salsa y un asado, le mostraba sus estampas. Si las quería, para ella eran; únicamente que, como el papel de alrededor no siempre estaba limpio, él recortaba las imágenes, cosa que le divertía en grande. Rosalía se enfadaba con las briznas de papel que volaban hasta los platos; y era cosa de ver con qué astucia de campesino experimentado acababa por apoderarse de las tijeras. A veces, para librarse de él, ella se las daba inesperadamente.

Entre tanto, un dado de manteca chirriaba en una sartén. Rosalía vigilaba la salsa con una cuchara de palo en la mano, mientras Ceferino, con la cabeza inclinada y los hombros ensanchados por sus charreteras rojas, recortaba unas estampas. Le habían cortado el pelo tan al rape que se le veía la piel del cráneo y por su cuello amarillo, que boqueaba por detrás, se le veía la piel tostada del pescuezo. Durante cuartos de hora enteros, ambos no decían nada. Cuando Ceferino levantaba la cabeza, miraba cómo Rosalía tomaba un poco de harina, picaba perejil, echaba sal y pimienta con aire profundamente interesado. Entonces, de vez en cuando, dejaba escapar una palabra:

— ¡Diantre! ¡Qué bien huele!

La cocinera, en plena tarea, no se dignaba contestar en seguida. Después de un largo silencio, decía a su vez:

—Tiene que cocer a fuego lento, ¿sabes?

Sus conversaciones no iban mucho más lejos. Ni siquiera hablaban de su tierra. Cuando se les ocurría algún recuerdo, se comprendían con media palabra y se reían por dentro toda la tarde: esto les bastaba. Cuando Rosalía despedía a Ceferino, a los dos les parecía que se habían divertido de lo lindo.

—Anda, vete, que voy a servir a la señora.

Le devolvía su chacó y su sable, le empujaba delante de ella y luego servía a la señora con una alegría que hacía resplandecer sus mejillas, mientras él, zarandeando los brazos, volvía al cuartel cosquilleándole por dentro el buen olor a tomillo y laurel que se llevaba consigo.

Al principio, Elena pensó que debía vigilarlos. Llegaba a veces de improviso para dar una orden. Siempre encontraba a Ceferino en su rincón, entre la mesa y la ventana, junto a la pila de gres que le obligaba replegar las piernas. En cuanto aparecía la señora, se levantaba como poniéndose firme y permanecía de pie. Si la señora le dirigía la palabra, apenas contestaba más que con cumplidos y gruñidos respetuosos. Poco a poco Elena se tranquilizó

viendo que jamás les estorbaba y que mostraban en su cara su calma de enamorados pacientes.

Incluso Rosalía parecía más avispada que Ceferino. Llevaba ya algunos meses en París y se iba espabilando, pese a que sólo conocía tres calles: la calle de Passy, la de Franklin y la de Vineuse. Él, en el regimiento, seguía siendo un pazguato. Rosalía juraba a su señora que se estaba «embruteciendo», pues en el campo Ceferino, indudablemente, era más listo. Era a causa del uniforme, decía Rosalía: todos los mozos a los que tocaba ser soldados se ponían más tontos que una berza. En efecto: Ceferino, aturdido por su nueva forma de vida, andaba con los ojos abiertos de par en par y se contoneaba igual que un pato, sus charreteras conservaba la tosquedad campesina; el cuartel no había enseñado todavía ni el lenguaje florido ni las maneras envalentonadas del recluta parisiense. ¡Oh! la señora podía estar tranquila; no sería precisamente él quién pensara en aprovecharse.

Tanto era así, que Rosalía se sentía maternal. Le sermoneaba mientras preparaba el asado, le daba buenos consejos sobre los tropiezos que debía evitar. Él obedecía, subrayando cada consejo con un gesto vigoroso de la cabeza. Todos los domingos tenía que jurarle que había ido a misa y que rezaba sus oraciones por la mañana y por la noche. Le exhortaba a que fuese limpio y le cepillaba al marcharse, le cosía un botón de la guerrera y le pasaba revista de pies a cabeza sin permitir que nada fallara. Se preocupaba de su salud y le daba recetas para toda clase de enfermedades. Ceferino, para agradecer sus cuidados, se ofrecía para llenarle la pila, cosa a la que se negó largo tiempo Rosalía por temor a que le mojara el suelo. Pero un día subió los dos cubos sin dejar caer ni una gota en la escalera, y desde entonces fue él quien todos los domingos llenaba la pila. Prestábale otros servicios y realizaba todas las faenas pesadas; sabía ir a la frutería a buscar la mantequilla cuando a ella se le había olvidado. Acabó ayudándola en la cocina. Empezó mondando las legumbres, y luego ella le dejó que picara la carne. Al cabo de seis semanas, no es que preparara las salsas, pero las vigilaba con la cuchara de palo en la mano. Rosalía le había convertido en su ayudante, y a veces soltaba una carcajada viéndole, con sus pantalones rojos y su cuello amarillo, moverse ante el fogón con una rodilla al brazo como un verdadero pinche de cocina.

Un domingo Elena fue a la cocina. Sus zapatillas apagaban el ruido de sus pasos y se quedó en el umbral sin que la criada ni el soldado la hubiesen oído. Ceferino, en un rincón, estaba ante la mesa con un tazón de caldo humeante en frente. Rosalía, que se encontraba de espaldas a la puerta, le iba cortando finas rebanadas de pan.

—Anda, come, hijo mío —le decía—. Caminas demasiado, y eso te debilita... Toma, ¿te basta con esto o quieres más?

Y le animaba con su mirada tierna e inquieta. Él, gordinflón, a sus anchas con el tazón en la mano, se zampaba una rebanada en cada buche. Su cara, amarilla por tantas pecas, se coloreaba con el vapor que le bañaba... Murmuró:

— ¡Diantre! ¡Menudo caldo! ¿Qué le echas para que esté tan rico?

—Espera —dijo ella—; si te gustan los puerros...

Pero al volverse vio a la señora y lanzó un ligero chillido. Ambos quedaron petrificados. Luego Rosalía se excusó con un torrente súbito de palabras.

—De verdad, señora, que se lo doy de mi parte... Después, yo no hubiese tomado el caldo... ¡Se lo juro por lo más sagrado! Le he dicho: «Si te apetece mi parte del caldo, te lo voy a dar...». Anda, habla de una vez; bien sabes que es así como ha ocurrido...

Temerosa ante el silencio de la señora, creyó que se habría enfadado y prosiguió con una voz que parecía iba a quebrarse:

—Se moría de hambre, señora; me había robado una zanahoria cruda... ¡Los alimentan tan mal! Además, piense la señora que ha ido hasta el quinto infierno por la orilla del río, qué sé yo hasta dónde... Usted misma, señora, me habría dicho: Rosalía, dale una taza de caldo...

Entonces Elena, ante el soldadito que seguía con la boca llena sin atreverse a tragar, no pudo conservar la seriedad y contestó amablemente:

—Bueno, hija mía: cuando este mozo tenga hambre, habrá que invitarle a cenar; esto es todo... Tienen permiso.

Ante ellos acababa de experimentar aquella misma ternura que ya una vez le hizo olvidar su rigorismo. ¡Eran tan felices en esta cocina! La cortina de percal, echada a medias, dejaba entrar el sol poniente. Los cobres incendiaban la pared del fondo, iluminando con un reflejo rosado la penumbra de la estancia y en esta sombra dorada se veían sus caritas, tranquilas y claras como lunas. Sus amores tenían una firmeza tan tranquila, que no llegaban a alterar el buen orden de los cacharros. Se complacían con los buenos olores del fogón, satisfecho el apetito y el corazón ahíto.

—Oye, mamá —preguntó Juana aquella noche después de madura reflexión—: el primo de Rosalía nunca la besa; ¿por qué?

— ¿Y por qué quieres que se besen? —contestó Elena—. Ya se besarán el día de su santo.

Aquel martes, al terminar la sopa, Elena aguzó el oído diciendo:

— ¿Oyen ustedes qué diluvio? Esta noche, mis pobres amigos, van a quedar ustedes empapados.

—Son sólo unas gotas —dijo el sacerdote, cuya vieja sotana estaba ya mojada por los hombros.

—Me espera una buena caminata —dijo el señor Rambaud—; pero, de todos modos, volveré andando; me gusta eso... Además, traje mi paraguas.

Juana reflexionaba, mirando muy seria su última cucharada de fideos. Luego habló lentamente:

—Rosalía decía que no vendrían ustedes a causa del mal tiempo... Mamá dijo que sí vendrían... Son ustedes muy amables viniendo siempre.

Todos sonreían alrededor de la mesa; Elena inclinó la cabeza afectuosamente, dirigiéndose a los dos hermanos. Fuera, el aguacero seguía con su rumor sordo y el brusco vendaval hacía crujir las persianas. Parecía como si volviera el invierno. Rosalía había corrido cuidadosamente las cortinas de reps rojo; el comedorcito, bien cerrado, iluminado por la tranquila claridad de la lámpara que colgaba, completamente blanca, adquiría, en medio de las sacudidas del huracán, una dulzura de tierna intimidad. Sobre el aparador de caoba, unas porcelanas reflejaban la luz tranquila. En esta paz, los cuatro comensales hablaban sin prisas, aguardando que a la criada le diera la gana servirles, mientras contemplaban la hermosa pulcritud de los servicios.

— ¡Ah!, tanto peor si los hice esperar —dijo familiarmente Rosalía entrando con una fuente—. Son filetes de lenguado al horno para el señor Rambaud, y esto hay que prepararlo en el último momento.

El señor Rambaud aparentaba ser un tanto glotón, para divertir a Juana y darle gusto a Rosalía, que estaba muy orgullosa de su talento de cocinera. Se volvió hacia ella preguntando:

—Vamos a ver: ¿qué ha puesto usted hoy? Porque siempre me trae las sorpresas cuando se me acabó el apetito.

— ¡Oh! —contestó la muchacha—, tres platos como siempre... Después de los filetes de lenguado, tendrán ustedes pierna de cordero con coles de Bruselas... Y esto será todo, de verdad.

Pero el señor Rambaud miraba a Juana con el rabillo del ojo. La niña se divertía mucho, ahogando su risa con las manos juntas y moviendo la cabeza para indicar que la criada los engañaba. Entonces chasqueó la lengua con un mohín de duda, y Rosalía fingió enfadarse.

—No me creen ustedes porque la señorita se está riendo... Está bien, fíense de esto y guárdense el apetito, y ya verán cómo tendrán que sentarse de nuevo a la mesa cuando lleguen a sus casas.

Cuando la criada se hubo marchado, a Juana, que reía más fuerte, le entraron unas ganas terribles de hablar.

—Eres demasiado glotón —comenzó—. He estado en la cocina y...

Se interrumpió.

—Pero no hay que decirlo, ¿verdad, mamá?... No hay nada, nada más. Me reía para engañarte.

Esta escena se repetía todos los martes y siempre tenía el mismo éxito. A Elena le encantaba el buen humor con que el señor Rambaud se prestaba a este juego, pues no ignoraba que durante mucho tiempo había vivido, con frugalidad provenzal, con una anchoa y media docena de aceitunas para todo el día. En cuanto al abate Jouve, jamás sabía lo que estaba comiendo; incluso le gastaban bromas sobre su ignorancia y sus distracciones. Juana le miraba con sus ojos brillantes y, cuando se hubo servido:

—Está muy buena la pescadilla —dijo al sacerdote.

—Muy buena, querida —murmuró éste—. ¡Anda, es verdad que es pescadilla! Creía que era rodaballo.

Y, como viera que todo el mundo se reía, preguntó ingenuamente el motivo. Rosalía, que acababa de entrar, parecía muy ofendida. ¡Vamos! Incluso el cura de su pueblo sabía mucho más de comida: podía decir la edad de un ave, con un error de menos de ocho días, con sólo trincharla, y no le hacía ninguna falta entrar en la cocina para saber lo que había para comer, pues con el olor le bastaba. ¡Dios mío! si ella hubiese servido en casa de un párroco como el señor cura, a estas horas no sabría ni darle la vuelta a una tortilla. Y el sacerdote se excusaba perplejo, como si la falta total del sentido de la buena mesa fuese en él un defecto del que no se esperaba poder corregir. Pero la verdad es que le preocupaban otras muchas cosas.

—Esto es pierna de cordero —dijo Rosalía poniendo el guiso encima la mesa.

Todo el mundo se echó a reír de nuevo, y el sacerdote el primero. Adelantó su enorme cabeza guiñando sus pequeños ojillos.

—Sí, seguro que es pierna de carnero —dijo—. Creo que la habría reconocido.

La verdad es que aquel día el cura estaba más distraído que de costumbre. Comía de prisa, como hacen los hombres a los cuales la comida molesta y que

en su casa comen de pie; luego esperaba a los demás, distraído y contestando tan sólo con sonrisas. A cada momento echaba a su hermano una mirada en la que se adivinaban su deseo de animarle y su ansiedad. El mismo señor Rambaud tampoco parecía tener su tranquilidad habitual; pero su turbación se demostraba con una necesidad de charlar y removerse en su silla, cosa muy ajena a su carácter, naturalmente reflexivo. Después de las coles de Bruselas, como Rosalía se retrasara en traer el postre, se produjo un silencio. En el exterior el chaparrón aumentaba su violencia y un torrente de agua parecía azotar la casa. Entonces Elena se dio cuenta de que el clima no era el mismo y que, entre los hermanos, algo había que no se atrevían a decir. Los miró solícita y acabó por murmurar:

— ¡Dios mío, qué lluvia más horrible! ¿No es verdad? Diríase que los fastidia y que, a los dos, los pone enfermos.

Pero ellos lo negaron y se apresuraron a tranquilizarla. Y, como Rosalía se presentara en aquel momento trayendo una inmensa fuente, el señor Rambaud exclamó, para ocultar su emoción:

— ¡Lo que yo decía! ¡Ahí va la sorpresa!

Aquel día la sorpresa consistía en unas natillas de vainilla, uno de los éxitos de la cocinera. Había que ver la ancha y muda sonrisa con que la puso encima de la mesa. Juana palmoteaba diciendo:

— ¡Yo lo sabía! ¡Yo lo sabía!... Había visto los huevos en la cocina.

—Pero yo ya no tengo apetito —repuso el señor Rambaud con un aire desesperado—. No podría probar ni un bocado.

Entonces Rosalía se puso muy seria y, conteniendo su enfado, dijo muy digna:

— ¡Cómo! ¡Unas natillas que hice sólo para usted! ¡Intente usted no gustarlas! ¡Inténtelo!...

Él se resignó y tomó una gran parte del dulce. El sacerdote seguía distraído. Dobló su servilleta y se levantó de la mesa antes de terminar el postre, como hacía a menudo. Por un momento se paseó con la cabeza inclinada sobre el hombro; después, cuando vio que Elena se levantaba de la mesa, lanzó una mirada de inteligencia al señor Rambaud y se llevó a la joven hacia el dormitorio. Tras ellos, por la puerta que había quedado entreabierta, se oyeron en seguida sus voces lentas, sin que se distinguieran las palabras.

—Date prisa —decía Juana al señor Rambaud, que parecía como si no pudiese terminar una galleta—. Quiero enseñarte mi trabajo.

Él no se daba ninguna prisa. Cuando Rosalía empezó a quitar la mesa, no tuvo más remedio que levantarse.

—Espera, mujer, espera... —murmuraba mientras la niña intentaba llevárselo hacia el dormitorio.

Se apartaba de la puerta cohibido y amedrentado. Después, como el sacerdote levantara la voz, le acometió una debilidad tal, que tuvo que sentarse de nuevo ante la mesa ya levantada. Había sacado un periódico de su bolsillo.

—Voy a hacerte un cochecito —dijo.

Con esto, Juana abandonó el proyecto de ir hacia el dormitorio. Resultaba maravilloso ver cómo el señor Rambaud sabía sacar toda clase de juguetes de un pedazo de papel. Sabía hacer pajaritas, barcos, birretas de obispo, cochecitos, jaulas. Pero aquel día los dedos le temblaban y no lograba dejar bien terminados los pequeños detalles. Al más pequeño ruido que saliera de la habitación vecina, agachaba la cabeza. Mientras, Juana, muy interesada, se había puesto de codos en la mesa, a su lado.

—Después me harás una pajarita para engancharla al coche.

El abate Jouve permanecía de pie al fondo de la habitación, en el claroscuro que creaba la pantalla. Elena ocupaba su puesto habitual ante el velador; y como los martes no gastaba cumplidos con sus invitados, reanudó su trabajo, de modo que sólo se veían sus pálidas manos cosiendo un gorrito para niño, en el círculo fuertemente iluminado.

—Entonces, Juana, ¿ha dejado de ser un motivo de inquietud? —preguntó el sacerdote.

Elena bajó la cabeza antes de contestar.

—El doctor Deberle parece completamente tranquilo —dijo—. Pero la pobrecita está muy nerviosa todavía. Ayer la encontré desvanecida en su silla.

—Le falta ejercicio —replicó el sacerdote—. Vive usted demasiado encerrada. No llevan ustedes una vida normal, como todo el mundo.

Se calló y hubo un silencio. Sin duda, había encontrado el camino que buscaba; pero antes de hablar meditó un instante. Cogió una silla y, sentándose al lado de Elena, prosiguió:

—Escuche, hija mía; hace tiempo que deseo hablar con usted formalmente... La vida que usted lleva no es buena. A su edad, nadie se encierra como hace usted: y este retiro es tan malo para su hija como para usted... Está lleno de peligros; peligros para la salud y, además, otra clase de peligros...

Elena había levantado la cabeza, como sorprendida.

— ¿Qué quiere usted decir, amigo mío? —preguntó.

— ¡Dios mío! Conozco poco el mundo —prosiguió el sacerdote con cierto embarazo—, pero me consta que una mujer está expuesta a todo cuando se queda sin defensa... En fin, está usted demasiado sola, y esta soledad en la que parece complacerse no es sana, créame. Llegará un día en que lo lamente.

—No me quejo y me encuentro muy a gusto como estoy —exclamó ella con cierto ímpetu.

El viejo sacerdote zarandó suavemente su gruesa cabeza.

—Es cierto que todo esto es muy agradable y comprendo que se sienta completamente feliz. Pero, en esa pendiente de la soledad y el ensueño, nadie sabe hasta dónde puede llegarse... ¡Claro que la conozco y sé que es usted incapaz de obrar mal!... Pero más tarde o más temprano puede que su tranquilidad se acabe. Una mañana, de pronto, puede que este vacío que deja usted a su alrededor y dentro de sí misma se encuentre ocupado por un sentimiento doloroso e inconfesable.

El rostro de Elena, en la sombra, se había puesto colorado. Entonces, el sacerdote, ¿había leído en su corazón?, ¿conocía aquella inquietud que crecía en ella, aquella agitación interior que llenaba su vida y que ella misma no se atrevía a confesarse? Su labor cayó sobre su regazo. Una gran laxitud la acometió, como si esperara del sacerdote cierta complicidad devota que por fin le permitiera confesar en voz alta y precisar ciertas cosas inconcretas que pretendía ocultar en el fondo de su ser. Puesto que él lo sabía todo, podía preguntarle y trataría de contestarle.

—Me pongo en sus manos, amigo mío —murmuró—. Ya sabe usted que siempre le hice caso.

Entonces el abate guardó un momento de silencio y luego, lenta y gravemente, dijo:

—Hija mía, debe usted casarse de nuevo.

Se quedó muda, con los brazos lacios, ante el estupor que le produjo semejante consejo. Esperaba otras palabras; no éstas, que no comprendía. No obstante, el sacerdote seguía exponiendo las razones que debían decidirla al matrimonio.

—Piense que es usted joven todavía... No puede seguir por más tiempo en este rincón escondido de París, sin atreverse apenas a salir, ignorándolo todo de la vida. Debe usted incorporarse otra vez a la vida común, so pena de lamentar amargamente, más tarde, su aislamiento. Usted no se da cuenta de cómo este aislamiento influye en usted; pero sus amigos notan su palidez y no están tranquilos...

Se detenía a cada frase, esperando que ella le interrumpiera y discutiera su



propuesta. Pero Elena permanecía fría, como helada por la sorpresa.

—Claro que tiene usted una hija —continuó—, y esto es siempre delicado... Pero piense tan sólo en que, en interés de su misma Juana, el brazo de un hombre le sería de gran utilidad... ¡Oh!, ya sé que sería necesario encontrar a alguien absolutamente bueno, que fuese un verdadero padre...

No le dejó que acabara. Bruscamente habló con una rebeldía y una repulsión extraordinarias:

—No, no; no quiero... ¿Qué clase de consejo me está usted dando?... ¡Nunca! ¿Oye usted, amigo mío? ¡Nunca!

Todo su corazón se sublevaba y ella misma se asustaba de la violencia de la negativa. La propuesta del sacerdote acababa de remover en ella ese rincón oscuro en el que se negaba a leer, y la pena que sentía le dio a entender, al fin, la gravedad de su mal. Sentía el azoramiento pudoroso de una mujer que siente cómo se desliza el último velo que la cubre.

Entonces, bajo la mirada clara y sonriente del viejo abate, se defendió:

— ¡Pero si no quiero! ¡Si yo no amo a nadie!

Y, como él seguía mirándola, creyó que estaba leyendo la mentira en su cara; se puso colorada y balbuceó:

—Piense usted... Acabo de quitarme el luto hace quince días... No, eso es imposible.

—Hija mía —dijo tranquilamente el sacerdote—, antes de hablarle lo he pensado mucho. Creo que en ello estriba su felicidad... Cállese... de todos modos, a usted le incumbe decidir.

La conversación decayó. Elena procuraba detener el torrente de protestas que le subían a los labios. Cogió de nuevo su labor y dio algunas puntadas con la cabeza agachada. En medio del silencio se oyó la voz aflautada de Juana que decía en el comedor:

—No se engancha una pajarita a un coche; se engancha un caballo... ¿Acaso no sabes hacer caballos?

— ¡Ah, no! Hacer caballos es demasiado difícil —contestó el señor Rambaud—. Pero, si tú quieres, voy a enseñarte cómo se hacen los coches.

Siempre terminaba así el juego, Juana, muy atenta, miraba a su amiguito doblar el papel en una infinidad de cuadritos; luego lo intentaba a su vez, pero se equivocaba y daba patadas en el suelo. No obstante, ya sabía hacer barquitos y birretas de obispo.

—Mira —repetía pacientemente el señor Rambaud—: haces cuatro picos

así, luego los doblas...

Al cabo de un instante, con el oído atento, debió de adivinar algunas palabras que se decían en la habitación vecina; sus manos temblaron más y la lengua se le embarullaba de tal modo, que se comía la mitad de las palabras.

Elena, que no lograba tranquilizarse, reanudó la conversación.

— ¿Y casarme con quién? —preguntó de pronto al sacerdote abandonando su labor encima de la mesita—. Usted ha pensado en alguien, ¿verdad?

El abate Jouve, que se había levantado y paseaba lentamente por la habitación, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sin detenerse.

—Pues bien: ¡dígame quién es! —añadió.

Por un instante el abate se quedó de pie ante ella; luego levantó ligeramente los hombros murmurando:

— ¿Para qué?, puesto que usted se niega.

—No importa; quiero saberlo —dijo—. ¿Cómo podría tomar una decisión sin saberlo?

Él no respondió en seguida; permanecía de pie mirándola de frente. Una sonrisa un tanto triste arqueaba sus labios. Y casi en voz baja, acabó diciendo:

— ¡Cómo! ¿No lo ha adivinado usted?

No; no lo adivinaba. Buscaba, asombrada. Entonces él hizo un gesto simplemente, con un movimiento de cabeza, indicó el comedor.

— ¡Él! —exclamó Elena, ahogando la voz.

Se puso muy seria y dejó de protestar violentamente. En su cara no se reflejaban más que la sorpresa y la pena. Largo rato permaneció con los ojos mirando al suelo, pensativa. No, de verdad: jamás lo hubiese adivinado. Y, no obstante, no encontraba ninguna objeción. El señor Rambaud era el único hombre en cuya mano hubiese puesto lealmente la suya, sin temor alguno. Conocía su bondad, no se burlaba de su prosaísmo. Pero, pese a todo su afecto por él, la idea de que él la amase le helaba el corazón.

Mientras, el abate había vuelto a sus paseos de uno a otro extremo de la habitación, y al pasar delante de la puerta del comedor llamó suavemente a Elena.

—Mire, venga a ver.

Ella se levantó y miró.

El señor Rambaud había acabado por sentar a Juana en su misma silla. Él, que primero estaba apoyado en la mesa, acababa de dejarse caer a los pies de

la chiquilla. Estaba de rodillas ante ella y la rodeaba con uno de sus brazos. Sobre la mesa había un cochecito del que tiraba una pajarita, y además barquitos, cajas, birretas de obispo.

—Entonces, ¿tú me quieres mucho? —decía—. Repite que me quieres mucho.

—Claro que sí. Te quiero mucho, ya lo sabes.

Él dudaba, como estremeciéndose, igual que si tuviera que arriesgar una declaración de amor.

—Y si yo quisiera quedarme para siempre aquí, contigo, ¿qué contestarías?

—Me pondría muy contenta; jugaríamos juntos, ¿verdad? Sería muy divertido.

—Para siempre, ¿comprendes?; me quedaría para siempre.

Juana había cogido un barco y lo iba transformando en el morrión de un guardia. Murmuró:

— ¡Ah!, pero haría falta que mamá lo permitiera.

Esta respuesta pareció sumirle de nuevo en sus ansiedades. Su suerte se estaba decidiendo.

—Claro está —dijo—. Pero, si tu mamá lo permitiera, tú no dirías que no, ¿no es eso?

Juana, que terminaba encantada su morrión de guardia, se puso a tararear una de sus tonadas:

—Diría sí, sí, sí... Diría sí, sí, sí... ¡Mira qué bonito es mi sombrero!

El señor Rambaud, emocionado hasta las lágrimas, se incorporó sobre sus rodillas y la besó, mientras ella le echaba los brazos al cuello. Había encargado a su hermano que pidiera el consentimiento de Elena; él trataba de obtener el de Juana.

—Ya lo ve usted —dijo el sacerdote con una sonrisa—: la niña sí quiere.

Elena permaneció seria. Ya no discutía. El abate había reanudado su defensa e insistía sobre los méritos del señor Rambaud. ¿No era un padre a la medida para Juana? Ella le conocía, no dejaría nada al azar fiándose de él. Y como ella siguiera guardando silencio, añadió con gran emoción y gran dignidad que, si se había encargado de semejante gestión, no había sido pensando en su hermano, sino en ella y en su felicidad.

—Lo creo; sé lo mucho que usted me aprecia —dijo vivamente Elena—. Espere, quiero contestar a su hermano delante de usted.

Daban las diez. El señor Rambaud entró en el dormitorio. Ella fue a su encuentro alargando la mano y diciendo:

—Le doy las gracias por su ofrecimiento, amigo mío, y le quedo muy agradecida. Hizo usted bien en hablar...

Ella le miraba tranquila, a la cara, y mantenía su gruesa mano entre las suyas. Él, tembloroso, no se atrevía a levantar la vista.

—Únicamente pido que me deje reflexionar —siguió—. Es posible que necesite mucho tiempo.

— ¡Oh!, todo el que usted quiera; seis meses, un año, y más todavía — balbuceó, tranquilizado, feliz de que ella no le pusiera inmediatamente en la calle.

Entonces ella sonrió débilmente añadiendo:

—Quiero que sigamos siendo amigos. Continuará usted viniendo como hasta ahora; pero prométame que esperará a que sea yo quien hable primero de estas cosas... ¿Estamos de acuerdo?

Él había retirado su mano y buscaba nerviosamente su sombrero, aceptándolo todo con una ininterrumpida inclinación de cabeza. Luego, en el momento de salir, recobró la palabra:

—Óigame —murmuró—: desde ahora usted sabe que yo estoy aquí, ¿no es verdad? Pues bien, sepa usted que yo seguiré aquí ocurra lo que ocurra. Esto es cuanto el cura debió explicarle... Dentro de diez años, si así lo prefiere, no tendrá usted más que hacerme una seña. Yo obedeceré.

Y fue él quien cogió de nuevo la mano de Elena estrechándola hasta casi romperla. Ya en la escalera, los dos hermanos se volvieron como de costumbre, diciendo:

—Hasta el martes.

—Sí, hasta el martes —contestó Elena.

Cuando entró de nuevo en la habitación, el rumor de un nuevo aguacero que sacudía las persianas la puso triste. ¡Dios mío!, ¡qué lluvia más persistente!, ¡y cómo iban a calarse sus amigos! Abrió la ventana y echó una ojeada a la calle. Bruscas ráfagas apagaban los mecheros de gas. En medio de los charcos pálidos y de los destellos de la lluvia, percibió la vencida espalda del señor Rambaud, que se marchaba, feliz y bailoteando en la oscuridad, sin que pareciera preocuparse de aquel diluvio.

Juana, no obstante, estaba muy seria desde que había oído algunas de las últimas palabras de su buen amigo. Acababa de quitarse sus botines y permanecía en camisa al borde de la cama, reflexionando profundamente.

Cuando su madre entró para besarla, la encontró así.

—Buenas noches, Juana. Dame un beso.

Luego, como la niña pareciera no oírla, Elena se agachó junto a ella y, cogiéndola por la cintura, le preguntó a media voz:

— ¿Te gustaría que viviera con nosotros?

Juana no pareció sorprenderse de la pregunta. Sin duda estaba pensando en estas cosas. Lentamente dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Pero ¿comprendes? —siguió la madre—, estaría siempre aquí, de noche, de día, en la mesa, en todas partes.

Una inquietud iba en aumento en los claros ojos de la pequeña. Puso su mejilla en el hombro de su madre, la besó en el cuello y acabó por preguntarle al oído, con un estremecimiento:

—Mamá, ¿y podría besarte?

Un ligero rubor subió hasta la frente de Elena. No supo qué responder a esta pregunta de chiquilla. Por fin murmuró:

—Sería como tu padre, querida.

Entonces los bracitos de Juana se pusieron rígidos y estalló en grandes sollozos. Tartamudeaba:

— ¡Oh no, no, no quiero!... ¡Oh, mamá! Te lo ruego: dile que no quiero, vete a decirle que yo no quiero...

Se ahogaba. Se había lanzado sobre el pecho de su madre y la cubría de besos y lágrimas. Elena trató de calmarla, repitiéndole que todo se arreglaría. Pero Juana quería inmediatamente una contestación definitiva.

— ¡Oh!, di que no, madrecita, di que no... ¿No ves que yo me moriría? ¡Jamás! ¿Verdad? ¡Jamás!

—Está bien; no, te lo prometo. Sé juiciosa y acuéstate.

Durante algunos minutos todavía, en silencio y apasionadamente la niña se apretó entre sus brazos como si no pudiese desprenderse de ella, como si la defendiera contra aquellos que querían quitársela.

Por fin, Elena pudo acostarla; pero tuvo que velar junto a ella parte de la noche. Unas sacudidas la agitaban en su sueño y cada media hora abría los ojos para asegurarse de que su madre estaba allí; luego volvía a dormirse pegando sus labios contra su mano.

### III

Fue un mes deliciosamente suave. El sol abrialeño había enverdecido el jardín con una hierba tierna y fina que parecía de encaje. Sobre la verja, los tallos locos de las clemátides echaban sus brotes finos, en tanto que los capullos de las madreelvas exhalaban su perfume delicado, casi azucarado. A ambos lados del césped, cuidado y recortado, los geranios rojos y los alhelíes blancos llenaban de flores los macizos. El bosquecillo de olmos del fondo, entre el estrangulamiento de las construcciones vecinas, arrojaba el jardín con sus verdes ramas, cuyas pequeñas hojas se estremecían al menor soplo del aire.

Durante más de tres semanas, el cielo permaneció azul, sin una nube. Era como un milagro de la primavera que festejaba la nueva juventud, el florecimiento que Elena llevaba en su corazón. Todas las tardes bajaba al jardín acompañada de Juana. Tenía ya su puesto asignado, junto al primer olmo de la derecha. Una silla la aguardaba, y al día siguiente encontraba todavía sobre la gravilla las hilachas que había sembrado la víspera.

—Está usted en su casa —repetía todas las tardes la señora Deberle, que sentía hacia ella una de esas pasiones de las que vivía durante seis meses—. Hasta mañana. Procurará venir más pronto, ¿verdad?

Y Elena, en efecto, se sentía como en su casa. Poco a poco se acostumbraba a ese rincón de verdor y esperaba el momento de instalarse en él con una impaciencia infantil. Lo que le encantaba de este jardín burgués era, por encima de todo, la limpieza del césped y de los macizos. Ni una hierba olvidada estropeaba la simetría del follaje. Las avenidas, rastrilladas todas las mañanas, ofrecían a los pies la suavidad de una alfombra. Vivía allí, tranquila y reposada, sin sufrir de los excesos de la savia. Nada turbador le llegaba de estos macizos tan limpiamente dibujados ni de estos mantos de hiedra de la que el jardinero quitaba, una a una, todas las hojas amarillentas. Bajo la sombra recoleta de los olmos, en este parterre discreto que la presencia de la señora Deberle perfumaba con una pizca de almizcle, podía imaginarse en un salón, y la sola vista del cielo, cuando levantaba la cabeza, le recordaba el aire libre y la hacía respirar ampliamente.

A menudo pasaban ambas la tarde solas, sin ver a nadie. Juana y Luciano jugaban a sus pies. Se producían largos silencios. Luego, la señora Deberle, a la que la meditación desesperaba, hablaba horas seguidas, contentándose con el callado acuerdo de Elena, recomenzando de nuevo al menor signo de aprobación. Se trataba de interminables historias relativas a las señoras de su intimidad, de proyectos de recepciones para el próximo invierno, de reflexiones de cotorra charlatana a propósito de los acontecimientos del día,

todo el caos mundano que se acumulaba bajo aquella frente estrecha de mujer bonita, todo ello barajado con bruscas efusiones de cariño hacia los niños y con frases emocionadas que exaltaban los encantos de la amistad. Elena se dejaba estrechar las manos. No siempre escuchaba; pero, en el ambiente de ternura en que constantemente vivía, se sentía muy emocionada por las caricias de Julieta, a la que encontraba de una gran bondad, de una bondad de ángel.

Otras veces se presentaba una visita. En estos casos la señora Deberle se sentía encantada. Desde Semana Santa había olvidado sus sábados, como correspondía a esta época del año. Pero temía la soledad y la satisfacía que viniesen a verla, sin cumplidos, en su jardín. Su gran preocupación, entonces, era la de escoger la playa en la que pasaría el mes de agosto. A cada visita empezaba de nuevo la misma conversación; explicaba que su marido no la acompañaría y luego preguntaba a todo el mundo, pues no podía decidirse en su elección. No lo hacía por ella, sino por Luciano. Cuando el bello Malignon llegaba, se sentaba a horcajadas en una silla rústica. Aborrecía el campo y decía que había que estar loco para desterrarse de París con el pretexto de ir a resfriarse a orillas del océano. No obstante, discutía sobre las playas; todas eran infectas, y declaraba que, aparte Trouville, no había absolutamente nada que fuera un poco decente. Elena oía todos los días la misma discusión sin fatigarse, satisfecha incluso con esta monotonía de sus días que la mecía y adormecía en un mismo pensamiento. Al cabo de un mes, la señora Deberle no sabía todavía a dónde ir.

Una tarde cuando Elena ya se retiraba, Julieta le dijo:

—Mañana tengo que salir a la fuerza; pero no deje usted de bajar por eso... Espéreme, que no tardaré en volver.

Elena aceptó y pasó una tarde deliciosa, sola en el jardín. Por encima de su cabeza sólo oía el batir de las alas de los gorriones que revoloteaban por los árboles. Todo el encanto de este rincón lleno de sol la penetraba. A partir de este día, sus mejores tardes fueron aquellas en que su amiga la abandonaba.

Sus relaciones con los Deberle se hicieron cada vez más estrechas. Almorzó en su casa como una amiga a la que se retiene en el momento sentarse a la mesa. Cuando se retrasaba bajo los olmos y Pedro descendía la escalinata para decir: «La señora está servida», Julieta le rogaba que se quedara, y ella cedía a veces. Eran cenas familiares animadas con la turbulencia de los niños. El doctor Deberle y Elena parecían unos buenos amigos cuyos temperamentos apacibles, un tanto fríos, simpatizaban. De modo que Julieta exclamaba a menudo:

— ¡Oh, qué bien se entenderían ustedes dos! A mí, tanta tranquilidad me desespera.

Todas las tardes, el doctor volvía de sus visitas hacia las seis. Encontraba a las señoras en el jardín y se sentaba junto a ellas. Al principio Elena había hecho ademán de retirarse en seguida para dejar al matrimonio solo. Pero Julieta se había enfadado tanto de esta brusca retirada, que ahora siempre se quedaba. Compartía la vida íntima de aquella familia, que parecía siempre muy unida. Cuando llegaba el doctor, su esposa le ofrecía siempre la mejilla con el mismo gesto afectuoso y él la besaba; después Luciano se encaramaba por sus piernas, él le ayudaba a subir y lo mantenía sobre sus rodillas mientras seguía hablando. El niño le cerraba la boca con las manitas, le tiraba del pelo en medio de una frase, se portaba tan mal, que él acababa por dejarlo en el suelo diciéndole que jugase con Juana. Elena sonreía viendo estos juegos y, apartando por un momento la vista de su labor, envolvía con una mirada tranquila al padre, a la madre y al niño. El beso del marido no la molestaba en absoluto y las travesuras de Luciano la enternecían. Se hubiese dicho que la tranquila paz de aquel matrimonio era para ella como un descanso.

Entre tanto, el sol poniente amarilleaba las altas ramas. De la palidez celeste descendía una especie de serenidad. Julieta, que tenía la manía de hacer preguntas incluso a las personas que menos conocía, interrogaba a su marido constantemente, muchas veces sin aguardar su respuesta.

— ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

Entonces él hablaba de sus visitas, hacía referencia a unos conocidos que había saludado, le informaba sobre una tela o un mueble que había entrevisto en un escaparate. A menudo, mientras hablaba, sus ojos se cruzaban con los de Elena. Ni uno ni otro volvían la cabeza; se miraban frente a frente, como si vieran hasta el fondo de sus corazones; luego sonreían bajando lentamente los párpados. La nerviosa vivacidad de Julieta, que procuraba disimular con una languidez estudiada, no les permitía hablar mucho rato entre ellos, pues se entrometía en todas las conversaciones. No obstante, intercambiaban palabras, frases lentas y superficiales que parecían cobrar un significado profundo que se prolongaba más allá del sonido de las voces. A cada palabra, se manifestaban mutuamente su aprobación con un ligero movimiento de la cabeza, como si todos sus pensamientos les fuesen comunes. Había un entendimiento absoluto, íntimo, que surgía del fondo de su ser y que les hacía compenetrarse incluso en sus silencios. A veces Julieta detenía sus palabras de cotorra parlanchina, como avergonzada de estar siempre hablando, y decía a Elena:

—La estamos aburriendo. Hablamos de cosas que no le interesan en absoluto.

—Nada de eso —respondía Elena alegremente—. No se preocupen por mí. Yo no me aburro jamás... Me encanta escuchar y no decir nada.



No mentía. Era durante esos largos silencios cuando mejor apreciaba el encanto de encontrarse allí. Con la cabeza inclinada sobre su labor, levantando la vista de vez en cuando para cambiar con el doctor aquellas largas miradas que los unían el uno al otro, se encerraba complacida en el egoísmo de su emoción. Se confesaba ahora que entre ella y él existía un sentimiento secreto, algo muy dulce, tanto más dulce cuanto nadie en el mundo podía compartirlo con ellos. Pero guardaba su secreto apaciblemente sin que su honestidad se alarmara, pues nada malo la agitaba. ¡Qué bueno era con su esposa y su niño! Todavía le quería más cuando hacía saltar a Luciano o besaba a Julieta en la mejilla. Desde que le veía en su casa, su amistad había aumentado. Ahora ella era como de la familia y no se le ocurría que pudiesen alejarla. En su secreta intimidad le llamaba Enrique, naturalmente, de tanto oír a Julieta llamarle así. Cuando sus labios decían «doctor», un eco, en el fondo de su ser, repetía «Enrique».

Un día el doctor la encontró sola bajo los olmos. Julieta salía casi todas las tardes.

— ¡Vaya!, ¿mi mujer no está ahí? —dijo.

—No. Me está abandonando —respondió ella riéndose—. Verdad es que usted ha vuelto más pronto.

Los niños jugaban en el otro extremo del jardín. Se sentó a su vera. Su conversación a solas no los turbaba en absoluto. Durante cerca de una hora hablaron de mil cosas sin sentir ni por un instante el deseo de aludir al sentimiento que llenaba su corazón. ¿Para qué hablar de eso? ¿Acaso no sabían lo que podrían decirse? No tenían que hacerse ninguna confesión. A su felicidad le bastaba con estar juntos, con estar de acuerdo en todo, con gozar sin zozobras de su soledad, en este mismo sitio donde cada tarde él besaba a su esposa.

Aquel día le gastó una broma sobre la furia con que ella trabajaba.

— ¿Sabe usted —dijo— que ni siquiera sé de qué color son sus ojos? Los tiene usted siempre fijos en su aguja.

Ella levantó la cabeza y le miró, como hacía siempre, frente a frente.

— ¿Es que le agrada gastar bromas? —interrogó en voz baja.

Pero él prosiguió:

— ¡Ah!, son grises... Grises con un reflejo azul, ¿no es eso?

Esto era cuanto se atrevían a decir, pero las palabras, cualesquiera que fuesen, adquirirían una dulzura infinita. A partir de este día, a menudo la encontró sola al anochecer. A pesar suyo, sin que se diesen cuenta, su intimidad se hacía entonces mayor. Hablaban con la voz demudada, con

inflexiones acariciadoras que no tenían cuando los escuchaban. Y, no obstante cuando llegaba Julieta, trayendo la fiebre parlanchina de sus correrías por París, nunca los molestaba, y podían seguir la conversación comenzada sin tener que turbarse ni apartar sus sillas. Parecía como si aquella hermosa primavera, en aquel jardín donde las lilas florecían, prolongase en ellos el primer arrebató de la pasión.

Hacia fines de mes, la señora Deberle se sintió preocupada por un gran proyecto. De pronto se le ocurrió la idea de dar un baile infantil. La estación estaba ya muy avanzada, pero esta idea llenó de tal modo su cabeza, que se lanzó en seguida a los preparativos con su turbulenta actividad. Quería hacer algo que estuviese realmente bien. Sería un baile de disfraces. Desde entonces no se habló más que de su baile, en su casa, en casa de los demás, por todas partes. Se celebraron en el jardín conversaciones interminables. El bello Malignon encontraba el proyecto un poco «tontaina»; no obstante, se dignó interesarse por él y prometió traer a un cantante cómico conocido suyo.

Una tarde, aprovechando que todo el mundo estaba a la sombra de los árboles, Julieta planteó el grave problema de los disfraces de Luciano y Juana.

—Lo estoy dudando mucho —dijo—. He pensado en un Pierrot de raso blanco.

— ¡Oh, qué vulgar! —declaró Malignon—. Por lo menos, aparecerán una docena de Pierrots en su baile. Espere; habría que dar con algo...

Se puso a reflexionar profundamente mientras chupaba el puño de su junco. Paulina, que llegaba en aquel momento, exclamó:

—A mí me apetece disfrazarme de doncella de comedia.

— ¡Tú! —dijo la señora Deberle sorprendida—, ¡pero si tú no vas a disfrazarte! ¿Te figuras que eres una niña, grandísima tonta?... Vas a hacerme el favor de venir con un traje blanco.

— ¡Anda! Pues eso me hubiese divertido —murmuró Paulina, a la que, a pesar de sus dieciocho años y sus redondeces de muchacha, le encantaba jugar con los niños pequeños.

Mientras, Elena, que seguía trabajando al pie de su árbol, levantaba a veces la cabeza para sonreír al doctor y al señor Rambaud, que charlaban de pie junto a ella. El señor Rambaud había acabado por entrar en la intimidad de los Deberle.

— ¿Y a Juana? —preguntó el doctor—. ¿De qué va usted a vestirla?

Pero le interrumpió una exclamación de Malignon:

— ¡Ya sé! ¡Un marqués Luis XV!

Y esgrimía su junco con gesto triunfal. Y, como no provocara grandes entusiasmos a su alrededor, pareció sorprendido.

—Pero ¡cómo!, ¿no se dan ustedes cuenta? Es Luciano quien recibe a sus invitados, ¿no es eso? Entonces, le colocan ustedes a la puerta del salón vestido de marqués con un gran ramo de rosas a su lado y él hace una reverencia a las damas que van llegando.

—Es que —objetó Julieta— habrá docenas de marqueses.

— ¿Y esto qué importa? —dijo Malignon tranquilamente—. Cuantos más marqueses haya, más divertido va a resultar. Les digo a ustedes que es un hallazgo... Es necesario que el dueño de la casa sea un marqués; de lo contrario, su baile será infecto.

Parecía tan convencido, que la misma Julieta acabó por entusiasmarse también. En efecto, un disfraz de marquesito Pompadour en satén blanco, recamado de pequeños ramilletes, estaría delicioso.

— ¿Y Juana? —repitió el doctor.

La chiquilla había venido a apoyarse en el hombro de su madre con este gesto mimoso que tanto le gustaba adoptar. Cuando Elena iba a abrir los labios, murmuró:

— ¡Oh mamá!, ya sabes lo que me prometiste...

— ¿Qué? —preguntaron a su alrededor.

Entonces, en tanto que su hijita le suplicaba con la mirada, Elena respondió sonriente:

—Juana no quiere que se sepa cuál será su disfraz.

— ¡Es verdad! —exclamó la niña—. Si el disfraz ya se sabe, no produce ningún efecto.

Por un momento esta coquetería regocijó a los circunstantes y el señor Rambaud empezó a hacerla rabiar. Desde hacía algún tiempo, Juana se mostraba esquiva con él y el pobre hombre, desesperado, no sabiendo cómo lograr de nuevo los favores de su amiguita, la zahería con sus bromas para acercarse a ella.

Mirándola, repitió varias veces:

—Voy a decirlo. Yo voy a decirlo.

La niña se puso pálida. Su dulce carita enfermita adquirió una hosca dureza, con la frente surcada por dos grandes arrugas y la barbilla alargada y nerviosa.

—Tú —tartamudeó—, tú no dirás nada.

Y, como él simulara todavía que iba a hablar, se lanzó sobre el señor Rambaud gritando alocadamente:

— ¡Cállate! ¡Quiero que te calles!... ¡Lo quiero! Elena no había tenido tiempo de prevenir aquel acceso, uno de esos accesos de cólera ciega que a veces acometían de una manera terrible a la pequeña. Dijo severamente:

—Juana, vete con cuidado, que no te castigue.

Pero Juana no la escuchaba ni la oía. Temblando de pies a cabeza, pataleando, ahogándose, repetía: «¡Lo quiero! ¡Lo quiero!», con una voz cada vez más ronca y desgarrada, y con sus manos crispadas había cogido del brazo al señor Rambaud y se lo retorció con una fuerza extraordinaria. En vano la amenazó Elena. Entonces, no pudiendo dominarla por la severidad, muy apenada por esta escena delante de todo el mundo, se contentó con murmurar en voz baja:

—Juana, me causas mucha pena.

Inmediatamente la niña soltó su presa y volvió la cabeza. Cuando vio a su madre con la cara compungida y los ojos conteniendo el llanto, estalló en un sollozo y se lanzó a su cuello balbuceando:

—No, mamá... No, mamá...

Le pasaba las manos por la cara para impedir que llorara. Su madre la apartó lentamente. Entonces, con el corazón en un puño, desesperada, la pequeña dejóse caer sobre un banco que estaba a pocos pasos y rompió a llorar con más fuerza. Luciano, a quien siempre se la presentaban como un modelo, la contempló sorprendido y ligeramente encantado.

Como Elena recogiera su labor, pidiendo excusas por semejante escena, Julieta le dijo que, ¡por Dios!, a los chiquillos hay que perdonárselo todo; por el contrario, la niña tenía tan buen corazón, y la pobrecita lo sentía tanto, que ya estaba de sobras castigada. La llamó para besarla; pero Juana rechazó el perdón y siguió en su banco, ahogada en lágrimas.

El señor Rambaud y el doctor se habían acercado. El primero se inclinó y preguntó emocionado, con su bondadosa voz:

—Vamos a ver, querida: ¿por qué estás enojada? ¿Qué te he hecho yo?

— ¡Oh! —dijo la niña apartando las manos y mostrando su carita alterada—. Has querido quitarme a mi mamá.

El doctor, que escuchaba, se puso a reír. El señor Rambaud no comprendió de momento.

— ¿Qué estás diciendo?

—Sí, sí, el martes pasado... ¡Oh, bien lo sabes!... Te pusiste de rodillas preguntándome qué diría si tú te quedabas en casa.

El doctor ya no sonreía. Sus labios, descoloridos, temblaron. Por el contrario, el rubor había subido a las mejillas del señor Rambaud, que bajó la voz y balbuceó:

—Pero tú dijiste que jugaríamos siempre juntos.

—No, no, yo no sabía —repuso la niña con violencia—. No quiero, ¿comprendes?... No vuelvas a hablar de ello jamás, jamás, y seremos amigos.

Elena, de pie, con su labor en una canastilla, había oído estas últimas palabras.

—Vamos, sube, Juana. Cuando se llora, no hay que molestar a la gente.

Saludó, empujando a la pequeña ante ella. El doctor, muy pálido, la miraba fijamente. El señor Rambaud estaba consternado. En cuanto a la señora Deberle y a Paulina, con la ayuda de Malignon, habían cogido a Luciano y le hacían dar vueltas, discutiendo con viveza, sobre sus espaldas, sobre el traje de marqués Pompadour.

Al día siguiente, Elena estaba sola bajo los olmos. La señora Deberle, que recorría medio París organizando su baile, se había llevado a Luciano y a Juana. Cuando el doctor volvió, más pronto que de costumbre, descendió rápidamente la escalinata, pero no se sentó. Daba vueltas alrededor de Elena, arrancando trocitos de corteza de los árboles. Inquieta por esta agitación, ella levantó un momento los ojos; luego dio una nueva puntada con mano un tanto temblorosa.

—Parece que el tiempo se está estropeando —dijo turbada por el silencio—. Esta tarde, casi hace frío...

—Sólo estamos en abril —murmuró él, esforzándose en tranquilizar su voz.

Pareció que iba a alejarse, pero volvió y le preguntó bruscamente:

—Entonces, ¿va usted a casarse?

Esta brutal pregunta la sorprendió hasta tal punto, que dejó caer su labor. Estaba pálida. Por un supremo esfuerzo de voluntad conservó su rostro de mármol, mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos. No contestó y, entonces él se mostró suplicante:

— ¡Oh, se lo ruego! Una palabra, una palabra nada más... ¿Va usted a casarse?

—Sí, tal vez... ¿Qué puede importarle? —dijo al fin en un tono glacial.

— ¡Pero eso es imposible!

— ¿Por qué? —dijo ella sin dejar de mirarle.

Entonces, bajo esta mirada que le clavaba sus palabras en los labios, tuvo que callarse. Durante un instante permaneció allí, llevándose las manos a las sienes; luego, como estaba ahogándose y temía ceder a un acceso de violencia, se alejó mientras ella simulaba seguir trabajando tranquilamente en su labor.

Pero el encanto de aquellas plácidas tardes estaba ya roto, y aun cuando, al día siguiente, se mostró tierno y sumiso, Elena se sentía intranquila en cuanto se quedaba sola con él. Ya no existía aquella familiaridad, aquella confianza serena que los dejaba, uno al lado del otro, sin la menor turbación, con la alegre satisfacción de saberse juntos. Pese al cuidado que él ponía en no alarmla, la miraba a veces sacudido por un estremecimiento súbito, con el rostro inflamado por una oleada de sangre. Ella misma había perdido su tranquila placidez; sentía escalofríos y permanecía, lánguidamente, con las manos cansadas e inocentes. Toda clase de cóleras y deseos parecían haber despertado en ambos.

Elena llegó a no permitir que Juana se alejase. En todo momento, el doctor encontraba entre ellos este testigo que le vigilaba con sus grandes y límpidos ojos. Pero lo que más hacía sufrir a Elena era la sensación de sentirse cohibida ante la señora Deberle. Cuando ésta volvía con los cabellos al viento y la llamaba «mi querida amiga» al contarle sus correrías, ya no la escuchaba con el mismo aire sonriente y tranquilo; en el fondo de su ser bullía un tumulto de sentimientos que se resistía a concretar, sentía como vergüenza, rencor. Luego, su naturaleza honesta se sublevaba; tendía la mano a Julieta sin poder reprimir el estremecimiento físico que los dedos tibios de su amiga le provocaban a flor de piel.

Entretanto, el tiempo se había estropeado. Los chubascos obligaron a que las señoras se refugiaran en el pabellón japonés. El jardín, con su hermosa pulcritud, se convertía en un lago, y nadie se atrevía a pasear por las avenidas por temor a llenarse los zapatos de barro. Cuando un rayo de sol lucía entre dos nubarrones, el follaje empapado se secaba y en las lilas había perlas pendientes en cada una de sus flores. Bajo los olmos caían gruesas gotas.

—Por fin, está decidido para el sábado —dijo un día la señora Deberle—. ¡Ah querida, ya no puedo más!... ¿De acuerdo? Estén ustedes a las dos en punto. Juana abrirá el baile con Luciano.

Y en un arranque de cariño, encantada con los preparativos de su baile, besó a los dos chiquillos; luego, riéndose cogió a Elena por el brazo y le dio también un par de fuertes besos en las mejillas.

—Es como un premio para mí —dijo alegremente—. Creo que me lo merezco. Si usted supiera lo que he corrido... Ya verá usted como será un éxito.

Elena permaneció fría, mientras el doctor las miraba por encima de la rubia cabeza de Luciano, que se había colgado de su cuello.

#### IV

En el vestíbulo del hotelito estaba Pedro de pie, vestido de frac y con corbata blanca, abriendo la portezuela de los coches a medida que iban llegando. Entraba un soplo de aire húmedo y el reflejo amarillento de la tarde lluviosa iluminaba el estrecho zaguán, atestado de cortinajes y plantas verdes. Eran las dos de la tarde y la claridad disminuía como si se tratara de un triste día de invierno.

Pero, en cuanto el criado empujaba la puerta del primer salón, una fuerte iluminación cegaba a los invitados. Se habían cerrado las persianas y corrido cuidadosamente las cortinas y no se filtraba un solo destello del cielo oscuro; las lámparas colocadas encima de los muebles, las bujías que ardían en la lámpara y en los apliques de cristal, parecían iluminar una capilla ardiente. Al fondo del saloncito, cuyos cortinajes reseda apagaban un poco el esplendor de las luces, resplandecía el gran salón, negro y oro, decorado igual que para el baile que la señora Deberle daba todos los años por el mes de enero.

Entretanto, los niños empezaban a llegar, mientras Paulina, muy atareada, hacía alinear filas de sillas en el salón delante de la puerta del comedor que había sido desmontada y substituida por un telón rojo.

—Papá —chilló—, échame una mano; si no me ayudas, no terminaremos nunca.

El señor Letellier, que contemplaba la araña con las manos a la espalda, se apresuró a hacerlo. Paulina trasladaba por sí misma las sillas. Había obedecido a su hermana poniéndose un traje blanco, sólo que su corpiño, con un escote cuadrado, dejaba ver todo el pecho.

—Ahora ya estamos listos —repuso—. Ya pueden venir... Pero ¿en qué está pensando Julieta? No acaba de vestir a Luciano.

Precisamente, la señora Deberle apareció acompañando al marquesito. Todas las personas presentes prorrumpieron en exclamaciones. ¡Oh! ¡Era un encanto! Estaba muy gracioso con su casaca de raso blanco, recamada de ramilletes, con su gran chaleco bordado en oro y el calzón de seda color

cereza. Su barbilla y sus delicadas manos desaparecían entre los encajes. Una espada de juguete, con un gran lazo rosa, golpeaba su cadera.

—Vamos, haz los honores —le dijo su madre conduciéndole hacia la primera estancia.

Llevaba ocho días ensayando la lección. Se apoyó gallardamente en sus pequeñas pantorrillas, con la cabeza empolvada un tanto inclinada y su tricornio bajo el brazo izquierdo. A cada invitado que llegaba le hacía una reverencia, le ofrecía el brazo, saludaba y volvía sobre sus pasos. Todos reían a su alrededor mientras él permanecía muy serio, con una pizca de descaro. De este modo condujo a Margarita Tissot, una chiquilla de cinco años que llevaba un delicioso vestido de lechera, con el tarro de la leche colgando de la cintura; lo mismo hizo con las dos pequeñas Berthier, Blanca y Sofía, una de las cuales iba de Locura y la otra de Doncella; se atrevió incluso con Valentina de Chermette, una chica mayor, de catorce años, a la que su madre disfrazaba siempre de Española; y como él era tan poquita cosa, parecía que fuese ella quien le llevaba. Pero su apuro fue grande ante la familia Levasseur, compuesta de cinco señoritas que se presentaron en fila, según su talla, la más joven de unos dos años apenas y la mayor de diez. Las cinco disfrazadas de Caperucita Roja, con la toquilla y el vestido de raso amapola a franjas de terciopelo negro sobre el que destacaba el ancho delantal de encaje. Valientemente se decidió, tiró su sombrero y, cogiendo a las dos mayores por ambos brazos, hizo su entrada en el salón seguido por las otras tres. Todos se regocijaron mucho, sin que él perdiera en absoluto su gentil empaque de hombrecito.

Entretanto, la señora Deberle reñía a Paulina en un rincón.

— ¡Será posible! ¡Escotarte de ese modo!

— ¡Anda! Pues ¿qué he hecho yo? Papá no me ha dicho nada —respondió tranquilamente Paulina—. Si quieres, me pongo un ramillete.

Cogió un puñado de flores naturales de una jardinera y se lo metió entre los senos. Pero ya unas señoras, unas mamás con lujosos vestidos de fiesta, rodeaban a la señora Deberle felicitándola por su baile. Como pasara Luciano, su madre le arregló un bucle de sus empolvados cabellos, mientras él se ponía de puntillas para preguntar:

— ¿Y Juana?

—Va a venir en seguida, querido... Ten cuidado, no vayas a caerte... Apresúrate, ahí tienes a la pequeña Guiraud... ¡Ah!, va de Alsaciana.

El salón iba llenándose, las filas de sillas ante el telón rojo estaban casi todas ocupadas y se oía la algarabía de las voces infantiles. Los muchachos



llegaban en bandadas. Ya había tres Arlequines, cuatro Polichinelas, un Fígaro, varios Tiroleses y Escoceses. El pequeño Berthier iba de paje. El pequeño Guiraud, un chiquillo de dos años y medio, llevaba un traje de Pierrot que le hacía tan gracioso, que todo el mundo le levantaba al pasar para besarle.

— ¡He aquí a Juana! —dijo de pronto la señora Deberle—. ¡Oh, está adorable!

Hubo un murmullo y las cabezas se inclinaron en medio de leves chillidos. Juana se había parado en el umbral del primer salón, mientras su madre, todavía en el vestíbulo, se despojaba de su abrigo. La niña lucía un vestido de japonesa, magníficamente singular. El traje, bordado con flores y pájaros raros, le llegaba hasta los pies diminutos y los cubría. Por debajo de la ancha cintura, al abrirse, los faldones dejaban ver una enagua de seda verdosa, jaspeada de amarillo. Nada podía tener un más raro encanto que su carita fina bajo el alto moño cruzado de largas agujas, con su barbilla y sus ojos de cabrita, pequeños y relucientes, que le daban todo el aire de una auténtica muchacha de Yeddo que se moviera envuelta de un perfume de benjuí y de té. Se había quedado allí, azarada, con la languidez enfermiza de una flor lejana que sueña en su país natal.

Pero, tras ella, apareció Elena. Ambas, al pasar bruscamente de la luz pálida de la calle a este vivido fulgor de las bujías, parpadeaban, como cegadas, sin dejar de sonreír. Aquel aliento cálido, aquel perfume del salón en el que dominaba la violeta, les ahogaba un poco y hacía enrojecer sus frescas mejillas. Todos los invitados, al entrar, tenían el mismo gesto de sorpresa y de vacilación.

— ¿Bueno, Luciano? —dijo la señora Deberle.

El niño no había visto a Juana. Se precipitó y la cogió del brazo olvidándose de hacer la reverencia. A uno y otro se les veía tan delicados, tan tiernos, el Marquesito con su casaca de pequeños ramilletes, la Japonesa con su traje bordado de púrpura, que parecían dos estatuillas de Sajonia, finamente pintadas y doradas que, de pronto, hubiesen cobrado vida.

— ¿Sabes? Te estaba esperando —murmuró Luciano—. Me fastidia esto de dar el brazo... ¡Va! Nos quedamos juntos.

Y se instaló con ella en la primera fila de sillas, olvidándose por completo de sus deberes de dueño de la casa.

—De verdad que estaba intranquila —repetía Julieta a Elena—. Temía que Juana estuviera indispuesta.

Elena se excusaba, no se acaba nunca con los chicos. Estaba todavía de pie, en un rincón del salón, entre un grupo de señoras, cuando notó que el

doctor avanzaba tras ella. Acababa de entrar, en efecto, separando el telón rojo, tras el cual había metido de nuevo la cabeza para dar una última orden. Pero, de pronto, se detuvo. También él adivinaba la presencia de Elena, pese a que ésta no se había vuelto. Vestida con traje de granadina negra, jamás su belleza había sido más majestuosa. Él se estremeció, sintiendo el frescor que ella traía de la calle, y que parecía exhalar de sus hombros y de sus brazos desnudos, bajo la tela transparente.

—Enrique no ve a nadie —dijo Paulina riendo—. ¡Eh, buenos días, Enrique!

Entonces él se acercó y saludó a las señoras. La señorita Aurelia, que se encontraba allí, le retuvo un instante para enseñarle, de lejos, a un sobrino suyo que había traído. Él permanecía complacido. Elena, sin decir palabra, le tendió una mano enguantada de negro que él no se atrevió a estrechar con demasiada fuerza.

— ¡Cómo! —exclamó la señora Deberle reapareciendo—. Te buscaba por todas partes... Son cerca de las tres. Podríamos comenzar.

— ¡Qué duda cabe! —dijo él—. En seguida.

El salón estaba lleno en este momento. Alrededor de la estancia, bajo la gran claridad de la araña, los padres ponían como un friso oscuro con sus trajes de ceremonia; algunas señoras, agrupando sus sillas, formaban sociedad aparte; los hombres, inmóviles a lo largo de las paredes, ocupaban los espacios libres, mientras que, en la puerta del salón vecino las levitas más numerosas, se empujaban y se encaramaban. Toda la luz caía sobre el mundillo alborotador del centro de la amplia estancia. Había allí cerca de un centenar de niños, mezclados con la abigarrada alegría de sus trajes claros en los que el azul y el rosa destacaban. Era como un manto de cabecitas rubias, con todos los matices del rubio, desde el ceniza fino hasta el oro rojo, y un despertar de lazos y flores; toda una mies de cabelleras rubias que las risas hacían ondular igual que la brisa. A veces, entre aquella algarabía de cintas y de encajes, de sedas y terciopelos, una carita aparecía: una naricita rosa, dos ojos azules, una boca sonriente o enfurruñada que parecían extraviadas. Los había que no alzaban dos palmos del suelo que se escurrían entre los grandullones de diez años y a los que sus madres buscaban de lejos sin poder hallarlos. Algunos muchachos se quedaban perplejos, con gesto embobado, al lado de las chiquillas preocupadas en ahuecar sus faldas. Otros se mostraban ya más atrevidos, empujando a codazos a las chicas sin conocerlas y burlándose de ellas descaradamente. Pero las niñas seguían siendo las reinas de la fiesta y en grupos de tres o cuatro se removían en las sillas hasta romperlas y hablando tan alto que no había manera de entenderse. Todos los ojos estaban fijos en el telón rojo.

— ¡Atención! —dijo el doctor, que fue a dar tres ligeros golpes a la puerta del comedor.

El telón rojo se abrió lentamente y en el marco de la puerta apareció un teatro de títeres. Entonces, reinó el silencio. De pronto, Polichinela surgió de entre bastidores lanzando un «¡Cuic!» tan feroz, que el pequeño Guiraud le contestó con una exclamación de susto y alegría. Se trataba de una de esas comedias espantosas en las que Polichinela, después de haber aporreado al Alguacil y haber matado al Guardia, pisotea con furiosa alegría todas las leyes divinas y humanas. A cada bastonazo que partía las cabezas de madera, el público, implacable, lanzaba agudas carcajadas; cada estocada que taladraba los pechos, cada escaramuza, en que los adversarios golpeaban sus cráneos como si se tratara de calabazas huecas, el destrozo de brazos y piernas del que los personajes salían hechos papilla, provocaban nuevas risotadas, que estallaban por todas partes sin llegar a extinguirse. Finalmente, cuando Polichinela aserró el cuello del Guardia apoyándose en el borde del escenario, se llegó al colmo, pues la operación causó tanto entusiasmo, que las filas de los espectadores se empujaban y se caían unas encima de otras. Una niña de cuatro años, rosa y blanca, estrechaba beatíficamente sus manitas contra su corazón, tan divertida le parecía la cosa. Otras aplaudían, mientras los chicos se reían con la boca abierta, en un tono grave que acompañaba a los trinos aflautados de las señoritas.

— ¡Cuánto se divierten! —murmuró el doctor.

Había vuelto a colocarse cerca de Elena que se divertía lo mismo que los niños. Colocado tras ella, se embriagaba con el olor que subía de su cabellera. Después de un bastonazo más violento que los demás se volvió para decirle:

— ¿Sabe usted que resulta muy divertido?

Ya los chiquillos, excitados, intervenían en la comedia y daban la réplica a los actores. Una muchachita, que debía conocer el drama, explicaba lo que iba a suceder. «Dentro de un momento él mata a su mujer. Ahora le van a ahorcar...». La más pequeña de las Levasseur, la que tenía dos años, gritó de pronto:

— ¡Mamá! ¿Van a ponerlo a pan y agua?

Todo eran reflexiones y comentarios hechos en voz alta. Entretanto Elena buscaba por entre los niños.

—No veo a Juana —dijo—. ¿Se estará divirtiendo?

Entonces el doctor se inclinó y avanzó la cabeza junto a la suya murmurando:

—Mírela allí entre aquel Arlequín y aquella Normanda. Mire las horquillas

de su moño... Se ríe con toda su alma.

Permaneció inclinado, sintiendo en su mejilla la tibieza del rostro de Elena.

Ninguna confesión se les había escapado hasta entonces; este silencio les permitía seguir en una especie de familiaridad que sólo, desde algún tiempo, turbaba cierta imprecisa inquietud. Pero, en medio de tanta risa, ante tanto chiquillo, ella misma se sentía niña y se abandonaba, en tanto que la respiración de Enrique caldeaba su nuca. Los sonoros bastonazos le producían un estremecimiento que henchía su pecho, y se volvía hacia él brillándole los ojos.

— ¡Dios mío, qué bobada! —decía—, hay que ver cómo se pegan...

Él, trémulo, respondía:

— ¡Oh!, tienen la cabeza dura.

Era todo cuanto se le ocurría. Ambos se sentían como chiquillos. La vida poco ejemplar de Polichinela los enternecía. Luego, al final del drama, cuando aparece el Diablo y hay una gran batalla con una degollina general, Elena, al inclinarse hacia atrás, aplastó la mano de Enrique en el respaldo de su butaca, en tanto que el público de pequeñuelos gritaba batiendo palmas, haciendo crujir las sillas con su entusiasmo.

El telón rojo había caído. En medio del alboroto, Paulina anunció a Malignon, con su frase acostumbrada:

—He aquí al bello Malignon.

Llegaba, jadeante y tropezando con las sillas.

— ¡Anda! ¡A quién se le ocurre cerrarlo todo! —exclamó sorprendido y titubeando—. Parece que entre uno en una casa donde haya un muerto.

Y, volviéndose hacia la señora Deberle, que se acercaba, le dijo:

— ¡Bien puede usted presumir de haberme hecho correr! Estoy buscando a Perdiguét, ya sabe usted, mi cantante, desde la mañana... Pero, como no pude dar con él, les traigo al gran Morizot...

El gran Morizot era un aficionado que divertía los salones presentando juegos de prestidigitación. Le agenciaron un velador y ejecutó sus juegos más bonitos, sin que lograra, ni mucho menos, entusiasmar a los espectadores. Los pobres chiquillos se habían puesto muy serios. Los más pequeños se dormían chupándose el dedo. Otros, los mayores, volvían la cabeza sonriendo a sus padres, que discretamente disimulaban sus bostezos, de manera que, cuando el gran Morizot se decidió a llevarse su velador, fue un alivio para todos.

— ¡Oh, es muy bueno! —murmuró Malignon en la nuca de la señora

Deberle.

Pero el telón rojo se había levantado de nuevo y un mágico espectáculo había puesto de pie a los niños.

Bajo la luz brillante de la lámpara central y de dos candelabros de diez brazos, el comedor aparecía con su larga mesa puesta y servida como para una cena de gala. Había cincuenta cubiertos. En medio y a los dos extremos, en unas jardineras bajitas, se desparramaban unos ramos de flores separados por anchas compoteras en las que se acumulaban las «sorpresas» relucientes, envueltas en sus papeles dorados y de colorines. Había, además, grandes tartas montadas, pirámides de frutas escarchadas, montañas de emparedados y, más allá, toda una teoría de fuentes con dulces y pasteles: bizcochos borrachos, bocaditos de nata, bollos alternando con las galletas y crocantes con las pastas de almendra. Las jaleas temblaban en sus copas de cristal; las natillas, en sus cuencos de porcelana. Ya las botellas de champaña de un palmo de alto, hechas a la medida de los comensales, iluminaban alrededor de la mesa con el resplandor de sus cascos de plata. Se diría que era una de esas meriendas gigantescas que los niños deben de imaginar en sus sueños, una merienda servida con la formalidad de una cena para personas mayores, evocación mágica de la mesa de los padres, sobre la que se hubiese volcado el cuerno de la abundancia de los pasteleros y de los vendedores de juguetes.

— ¡Vamos! Den el brazo a las señoras —dijo la señora Deberle, sonriendo ante el éxtasis de los niños.

No hubo manera de organizar el desfile. Triunfalmente, Luciano había cogido el brazo de Juana y caminaba el primero. Los otros, tras él, se empujaban un poco. Fue necesario que las mamás interviniesen a colocarlos. Y allí se quedaron, sobre todo tras los más pequeños a los que vigilaban para evitar cualquier accidente. En realidad, los invitados, parecieron de momento muy azarados; se miraban sin atreverse a tocar todas aquellas cosas buenas, ligeramente inquietos viendo este mundo al revés, de los niños sentados a la mesa y los padres de pie. Al fin, los mayores se envalentonaron y alargaron las manos. Luego, cuando las mamás intervinieron, cortando las tartas montadas y sirviendo a su alrededor, la merienda se animó y pronto se convirtió en ruidosa. La hermosa simetría de la mesa sucumbió como ante una violenta ráfaga; todo circulaba al mismo tiempo en medio de los brazos tendidos que vaciaban los platos a su paso. Las dos pequeñas Berthier, Blanca y Sofía, reían ante sus platos en los que había de todo: mermeladas, natillas, pasteles y fruta. Las cinco señoritas Levasseur acaparaban un ángulo de las golosinas, mientras que Valentina, orgullosa de sus catorce años, se hacía la señora juiciosa y se ocupaba de sus vecinas. Entretanto, Luciano, para mostrarse galante, descorchó una botella de champaña con tan poca fortuna, que poco faltó para que no vertiera su contenido en sus calzones de seda color cereza. Fue todo un

problema.

— ¿Quieres dejar tranquilas las botellas? Soy yo quien descorcha el champaña —chilló Paulina.

Se agitaba de manera extraordinaria, divirtiéndose por su cuenta. En cuanto llegaba un sirviente, le cogía la chocolatera y disfrutaba llenando las tazas con una rapidez de mozo de café. Luego, paseaba los helados y los vasos de jarabe y lo soltaba todo para cebar a cualquier chiquilla a la que había olvidado, partiendo de nuevo y preguntando a unos y a otros:

— ¿Y tú qué quieres, gordinflón? ¿Cómo? ¿Un bollo?... Espera, voy a acercarte las naranjas... Ahora comed, grandísimos tontos, ya jugaréis después.

La señora Deberle, más tranquila, decía que había que dejarles solos, que ellos mismos sabrían arreglarse. En un extremo de la habitación, Elena y algunas señoras se reían contemplando el espectáculo de la mesa. Todos aquellos hociquitos color de rosa roían con sus bonitos dientes blancos. Nada era tan divertido como ver sus buenas maneras de niños bien educados olvidadas a veces por las acometidas de jóvenes salvajes. Cogían los vasos con las dos manos para beber hasta el fondo, se embadurnaban la cara y manchaban sus trajes. El jaleo aumentaba y los últimos platos eran asaltados. La misma Juana bailaba en su silla oyendo tocar una cuadrilla en el salón, y cuando su madre se acercó para reprocharle que hubiese comido demasiado, dijo:

— ¡Oh mamá! Hoy me siento tan bien...

Pero la música había puesto de pie a otros niños. Poco a poco la mesa iba quedando desguarnecida y pronto quedó solamente un gordo bebé en su centro. Parecía importarle muy poco el piano. Con una servilleta al cuello, con la barbilla apoyada en la mesa, de tan pequeño como era, abría unos ojos enormes y avanzaba la boca, cada vez que su madre le presentaba una cucharada de chocolate. La jícara iba vaciándose y él se dejaba secar los labios, sin dejar de tragar y abriendo los ojos cada vez más grandes.

— ¡Diantre! ¡Cómo traga el hombrecito! —dijo Malignon, que lo miraba con gesto soñador.

Fue entonces cuando se celebró el reparto de las «sorpresas». Los niños, al levantarse de la mesa, se llevaban cada uno, uno de los grandes envoltorios de papel dorado que se apresuraban en desenvolver; de ellos salían juguetes, sombreros grotescos de papel de seda, pájaros y mariposas. Pero la gran satisfacción eran los petardos. Cada «sorpresa» contenía un petardo que los muchachos lanzaban valientemente felices por el ruido, mientras las señoritas cerrando los ojos, intentaban reiteradamente hacerlos estallar. Por un momento

sólo se oyó el fragor de esta mosquetería. Y en medio del estrépito los niños volvieron al salón, donde el piano tocaba sin parar las diferentes figuras de la cuadrilla.

—Muy a gusto me comería un bollo —murmuró la señorita Aurelia sentándose.

Entonces, ante la mesa libre, cubierta todavía por la desbandada de esta colosal merienda, se instalaron las señoras. Eran unas diez las que habían esperado prudentemente para comer, y, como no había manera de echar mano de ningún criado, fue Malignon quien se apresuró a servir las, vació la chocolatera, inspeccionó el fondo de las botellas e incluso logró encontrar algunos helados. Pero, sin dejar de mostrarse galante, volvía siempre a comentar la singular idea que habían tenido de cerrar las persianas.

—Positivamente —repetía—, estamos en un panteón.

Elena se había quedado de pie, hablando con la señora Deberle. Esta iba a volver al salón y ella se disponía a seguirla, cuando notó que la tocaban suavemente. El doctor sonreía tras ella. No la dejaba un momento.

— ¿No va usted a tomar nada? —le preguntó.

Bajo esta frase banal se escondía una súplica tan viva, que Elena se sintió muy turbada. Comprendió claramente que le estaba hablando de otra cosa. Poco a poco una excitación se iba apoderando de ella en medio del júbilo que la rodeaba. Todo aquel mundo saltarín y bullicioso le producía fiebre. Con las mejillas coloradas y los ojos brillantes rehusó de momento:

—No, gracias, no quiero nada.

Luego, como él insistiera, sintiendo mayor desasosiego y queriendo desembarazarse de él, accedió:

— ¡Bueno! Una taza de té.

El doctor, presuroso, trajo la taza. Sus manos temblaban al presentárselo y, mientras ella bebía, se le acercó con los labios hinchados y trémulos por la confesión que subía desde su corazón. Entonces ella retrocedió, le tendió la taza vacía y escapó mientras él la ponía encima de un aparador, dejándole solo en el comedor con la señorita Aurelia, que iba comiendo lentamente mientras examinaba metódicamente las bandejas.

El piano tocaba muy fuerte en el fondo del salón. De un extremo al otro, el baile se desarrollaba con una comicidad adorable. Se había formado un corro en torno de la cuadrilla en la que danzaban Juana y Luciano. El marquesito embarullaba un tanto las figuras; la cosa no marchaba bien más que cuando tenía que coger a Juana; entonces la asía con toda el alma y empezaba a girar. Juana se balanceaba como una dama molesta porque ve que le arrugan el traje;

luego, arrebatada por el placer, giraba a su vez levantándole del suelo. La casaca de satén blanco bordada de ramilletes se confundía con el vestido bordado con flores y pájaros y las dos figuritas de vieja Sajonia adquirirían la gracia y la originalidad de una porcelana de vitrina.

Terminada la cuadrilla, Elena llamó a Juana para arreglarle el vestido.

—Ha sido él, mamá —decía la pequeña—. Me estruja y se pone insoportable.

Alrededor del salón, los padres sonreían. Cuando el piano comenzó de nuevo, toda la chiquillería empezó de nuevo a brincar. Sentían, no obstante, cierta desconfianza viendo cómo los miraban; permanecían formales y se abstenían de saltar para parecer correctos. Algunos sabían bailar, pero la mayor parte desconocían las figuras y se removían sin avanzar, no sabiendo qué hacer de sus miembros. Pero Paulina intervino.

—Tendré que meterme yo... ¡Qué pazguatos!

Se metió en medio de la cuadrilla, cogió a dos por la mano, uno a la derecha y otro a la izquierda y dio tal impulso a la danza que crujieron las maderas del entarimado. No se oía más que la desbandada de los piecezuelos dando taconazos a destiempo mientras solamente el piano seguía marcando el compás. También otras personas mayores intervinieron. La señora Deberle y Elena, viendo a unas chiquillas avergonzadas que no se atrevían a entrar, las introdujeron en el centro del barullo. Ambas componían las figuras, empujaban a los caballeros, formaban las rondas y las madres les pasaban a los más chiquitines para que les hicieran saltar un instante, sujetándolos con ambas manos. Entonces el baile llegó a lo mejor. Los bailarines se las prometieron felices, riéndose y empujándose igual que si se tratara de un pensionado atacado de una locura alegre gracias a la ausencia del maestro. Nada podía haber de más transparente alegría que aquel carnaval de chiquillos, retazos de hombres y mujeres que barajaban en aquel mundo en miniatura las maneras de todos los pueblos, las fantasías de la novela y del teatro. Los disfraces no quitaban a los labios sonrosados, a los ojos azules, a aquellas tiernas caritas, su frescor infantil. Se diría que era la gran gala de un cuento de hadas, con los Amorcillos disfrazados para los esponsales de algún príncipe encantado.

—Se ahoga uno —decía Malignon—. Me voy a respirar un poco.

Salió, abriendo de par en par la puerta del salón. La luminosidad de la calle entró entonces como un chorro de luz pálida que hizo más triste el resplandor de las lámparas y las bujías. Cada cuarto de hora, Malignon abría y cerraba las puertas.

Pero el piano no cesaba. La pequeña Guiraud, con su mariposa negra de



Alsaciana sobre sus cabellos rubios, bailaba en brazos de un Arlequín dos veces mayor que ella. Un Escocés hacía girar tan rápidamente a Margarita Tissot, que ésta perdió por el camino su cántaro de Lechera. Las dos Berthier, Blanca y Sofía, que eran inseparables, saltaban juntas, la Doncellita en brazos de la Locura, cuyos cascabeles tintineaban. No se podía echar una mirada al baile sin tropezar con una señorita Levasseur; las Caperucitas Rojas parecían multiplicarse; por todas partes se veían gorritos y trajes de satén color amapola, con franjas de terciopelo negro. Mientras tanto, para bailar más a gusto, los muchachos y las chicas mayores se habían refugiado al fondo del otro salón. Valentina de Chermette, envuelta en su mantilla de Española, ejecutaba estudiados pasos frente a un joven señorito que había comparecido vestido de frac. De pronto se oyeron grandes carcajadas y se llamó a todo el mundo para que viesan: tras una puerta, en un rincón apartado, al pequeño Guiraud, el Pierrot de dos años, y una pequeñita de sus mismos años, vestida de Aldeana, estaban abrazados, apretándose muy fuerte por miedo a caerse y daban vueltas solos, los muy solapados, mejilla contra mejilla.

—No puedo más —dijo Elena apoyándose de espaldas en la puerta del comedor.

Se abanicaba, muy sofocada por los saltos que también ella había dado. Su pecho se levantaba bajo la granadina transparente de su corpiño. Todavía notaba, sobre sus hombros, la respiración de Enrique que seguía siempre tras ella. Entonces comprendió que iba a hablar; pero ya no tenía fuerzas para escapar de nuevo a su confesión. Él se acercó y dijo, muy bajo, junto a su cabellera:

— ¡La quiero! ¡Oh, la quiero!

Fue como un hálito ardoroso que la quemó de la cabeza a los pies. ¡Dios mío!, él había hablado y ya no podría seguir fingiendo la paz tan dulce de la ignorancia. Ocultó su rostro arrebolado tras el abanico. Los chiquillos, en el arrebato de las últimas cuadrillas, daban más fuerte con los tacones. Sonaban risas argentinas, voces como de pájaro que dejaban escapar ligeros chillidos de placer. Un fresco aliento subía de esta ronda de inocentes lanzada a un galopar de pequeños diablos.

— ¡La quiero! ¡Oh, la quiero! —repitió Enrique.

Ella se estremeció todavía y no quiso oír más. Con la cabeza trastornada se refugió en el comedor. Pero en esta pieza no había nadie; únicamente el señor Letellier dormía tranquilamente en una silla. Enrique la había seguido; se atrevió a cogerla por las muñecas, a riesgo de un escándalo, con una cara tan alterada por la pasión, que la hizo estremecerse. Enrique repetía sin cesar:

—La quiero... La quiero...

—Déjeme —murmuró ella débilmente—, déjeme; está usted loco...

¡Y este baile, al lado, que seguía con la desbandada de los piecezuelos! Se oían los cascabeles de Blanca Berthier acompañando las notas ahogadas del piano. La señora Deberle y Paulina batían palmas para marcar el compás. Era una polca. Elena pudo ver, al pasar, a Juana y Luciano sonrientes, con las manos en la cintura. Entonces, con un brusco movimiento, se desprendió y huyó a una habitación contigua, una despensa en la que entraba la luz del día.

Esta súbita claridad la deslumbró. Tuvo miedo, no podía volver a penetrar en el salón con aquella emoción que debía traslucirse en su cara. Cruzando el jardín, subió a su casa para tranquilizarse, perseguida por los rumores danzarines del baile.

## V

Al encontrarse de nuevo en la dulzura claustral de su cuarto, Elena sintió que se ahogaba. La habitación la sorprendió, tan tranquila, tan bien cerrada, tan adormecida bajo los cortinajes de terciopelo azul, en tanto irrumpía en ella el sofoco ardiente de la emoción que la agitaba. ¿Era ésta su habitación, este rincón muerto en cuya soledad le faltaba el aire? Violentamente abrió una de las ventanas y se acodó en ella, frente a París.

La lluvia había cesado y las nubes huían como un monstruoso rebaño que, a la desbandada, se hundiese entre las brumas del horizonte. Encima de la ciudad había aparecido un agujero azul que iba ensanchándose lentamente. Pero Elena, con los codos temblorosos sobre la barandilla, sin aliento todavía, debido a la rapidez con que había subido, no veía nada, sintiendo solamente su corazón, cuyos fuertes latidos levantaban su pecho. Respiraba profundamente, pareciéndole que aquel inmenso valle, con su río y sus dos millones de vidas, que toda aquella ciudad gigante, con sus cerros lejanos, no contenía aire bastante para devolverle la regularidad y la tranquilidad de su aliento.

Permaneció allí algunos minutos, fuera de sí, como sumida en una crisis que se había apoderado de ella por entero. Era como un gran torrente de pensamientos y sentimientos confusos, cuyo murmullo no le permitía escucharse ni comprenderse a sí misma. Sus oídos zumbaban y sus ojos veían anchas manchas claras que viajaban lentamente. Se sorprendió examinando sus manos enguantadas y recordó que había olvidado coserle un botón al guante de la mano izquierda. Luego habló en voz alta y repitió muchas veces, con voz cada vez más baja: «La quiero... La quiero... ¡Dios mío, cómo la quiero...!».

Con un gesto instintivo, hundió el rostro en sus manos juntas, apoyando la yema de los dedos contra sus párpados cerrados, como queriendo aumentar la oscuridad de la noche en la que se sumía. Un deseo de anularse, de no volver a ver, de encontrarse sola en el fondo de las tinieblas, se apoderaba de ella. Su respiración se calmaba. París le lanzaba al rostro su poderoso aliento; pero ella lo sentía allí y no queriendo mirarlo de ningún modo, le atemorizaba la idea de separarse de la ventana, dejando de tener bajo ella aquella ciudad cuya magnitud la tranquilizaba.

Pronto se olvidó de todo; pero, a pesar suyo, volvía a surgir ante ella la escena de la confesión. Sobre un fondo negro como la tinta, se dibujaba Enrique con una nitidez singular, tan real que llegaba a percibir los pequeños estremecimientos de sus labios nerviosos. Se estaba acercando, se inclinaba. Entonces, alocadamente se echaba atrás; pero, a pesar de todo, seguía sintiendo un fuego que rozaba sus hombros y oía una voz que repetía: «La quiero... La quiero...».

Luego, cuando con un esfuerzo supremo lograba rechazar la visión, la veía repetirse más lejana, agrandándose lentamente, y era de nuevo Enrique persiguiéndola en el comedor, con las mismas palabras: «La quiero... La quiero...», cuya repetición adquiría en ella la sonoridad inagotable de una campana. Sólo oía estas palabras, vibrando con intensidad en todos sus miembros y desgarrándole el corazón. No obstante, intentaba reflexionar, se esforzaba todavía en huir de la imagen de Enrique. Pero él había hablado, y ya jamás se atrevería a mirarle cara a cara. Su brutalidad de hombre había destruido toda ternura. Evocaba las horas en que él la amaba sin tener la crueldad de decírselo, esas horas pasadas en el fondo del jardín, en la serenidad de la naciente primavera. Pero ¡Dios mío!, él había hablado y ese pensamiento se obstinaba, se hacía tan grande y tan pesado, que un rayo destruyendo París ante sus ojos no le habría parecido de igual importancia. Había en su corazón un impulso de protesta indignada, de cólera orgullosa, mezclada a una sorda e invencible voluptuosidad que le subía de las entrañas y la embriagaba. Había hablado y seguiría hablando, surgiendo obstinadamente con esas ardientes palabras: «La quiero... La quiero...», que se llevaban toda su pasada vida de esposa y de madre.

No obstante, dentro de esta evocación, tenía conciencia de las vastas extensiones que se le ocultaban, tras la noche que la cegaba. Un clamor potente subía de esas oleadas vivientes que se ensanchaban y la envolvían. Los ruidos, los olores, incluso la luminosidad, le daban en el rostro, pese a sus manos nerviosamente apretadas. En ciertos instantes, rápidos detalles parecían taladrar sus párpados cerrados, y a través de esos resplandores adivinaba los monumentos, las flechas y las cúpulas que se dibujaban en la luz difusa del ensueño. Entonces separó las manos, abrió los ojos y quedó deslumbrada. El

cielo iba despejándose. Enrique había desaparecido.

Sólo se percibía, en el fondo, una barrera de nubes que apretujaban un derrumbamiento de rocas calcáreas. Ahora, por el aire puro de un azul intenso, cruzaba sólo el ligero vuelo de unas nubes blancas, navegando lentamente, como flotillas de velas que hinchara el viento. Al norte, sobre Montmartre, había una red de extremada finura, como de hilos de seda, pálida, tendida allí, en aquel rincón del cielo, como a la espera de una pesca incierta en aquel mar en calma. Pero, al poniente, sobre los cerros de Meudon, que Elena no podía ver, un jirón de la tormenta debía cubrir todavía el sol, pues París, pese a que despejara, permanecía sombrío y mojado, difuso a través del vaho de los techos que iban secándose. Era una ciudad de tono uniforme, de un gris azulado de pizarra, que los árboles manchaban de negro y muy visible no obstante, gracias a sus vivos contornos y a los millares de ventanas de las casas. El Sena tenía el brillo opaco de un viejo lingote de plata. En ambas orillas, los monumentos aparecían embadurnados de hollín: la torre Saint-Jacques, como carcomida por la herrumbre, levantaba su antigualla de museo, mientras el Panteón, por encima del barrio sombrío que dominaba, adquiría un perfil de gigantesco catafalco. Únicamente la cúpula de los Inválidos conservaba el brillo de sus dorados, que parecían lámparas encendidas en pleno día, de una melancolía soñadora en medio de aquel luto crepuscular que revestía la ciudad. Faltaban los planos; París, velado por una nube, se perfilaba en el horizonte como un dibujo al carbón, colosal y delicado, vigorosamente trazado bajo el cielo límpido.

Ante esta ciudad sombría, Elena imaginaba que no conocía a Enrique. Ahora que su imagen había dejado de perseguirla, se sentía más fuerte. Una íntima rebelión le impulsaba a negar esa posesión que, en pocas semanas la había llenado de ese hombre; no, no le conocía: ignoraba todo lo suyo, sus actos, sus pensamientos; ni siquiera podría asegurar que poseyera una gran inteligencia. Puede que le faltara todavía más corazón que mente. Agotaba de ese modo todos los supuestos, llenando su alma con la amargura que encontraba en cada uno de ellos, tropezando siempre con su ignorancia, con ese muro que la separaba de Enrique y que no le permitía conocerle. No sabía nada, nunca sabría nada. Únicamente le imaginaba brutal, soplándole sus ardientes palabras, ocasionándole la única turbación que hasta ese momento había roto el feliz equilibrio de su vida. ¿De dónde procedía, para turbarla de ese modo? De pronto pensó que, sólo seis semanas antes, ella no existía para él, y esta idea le resultó insoportable. ¡Dios mío!, ¡no ser el uno para el otro, cruzarse sin verse, puede que sin encontrarse jamás! Había juntado sus manos desesperadamente y las lágrimas humedecían sus ojos.

Miró entonces Elena fijamente las lejanas torres de Notre-Dame. Un rayo de sol, cruzando como un dardo entre dos nubes, las doraba. Se sentía la

cabeza pesada, como demasiado repleta de ideas tumultuosas que chocaban entre sí. Era como una angustia; hubiese querido interesarse por París, encontrar de nuevo la calma paseando sobre el océano de los tejados su mirada tranquila de todos los días. ¡Cuántas veces, a aquella misma hora, lo desconocido de la gran ciudad en la calma de la tarde, la había mecido en un sueño de ternura! Entre tanto, París se iluminaba ante ella con los rayos del sol. Al primer rayo, caído sobre Notre-Dame, habían sucedido otros, aclarando la ciudad. El astro, en su declive, resquebrajaba las nubes. Los barrios se extendieron en un abigarramiento de sombras y luces. Por un momento, toda la ribera izquierda pareció de un gris de plomo, mientras que luces redondas salpicaban la ribera derecha extendiéndose al borde del río como la piel atigrada de un animal gigantesco. Luego, las formas cambiaban y se desplazaban, al impulso del viento que arrastraba las nubes. Había, sobre el tono dorado de los tejados, como negras capas que viajaban todas en el mismo sentido, con el mismo deslizamiento dulce y silencioso. Las había enormes, navegando con el aire majestuoso de un barco almirante, rodeadas de otras más pequeñas que mantenían la simetría de una escuadra en orden de batalla. Una sombra inmensa, alargada, abriendo unas fauces de reptil, cubrió un momento París, al que parecía querer devorar. Y cuando se hubo perdido al fondo del horizonte, reducida al tamaño de un gusano, un rayo de sol compuesto por mil diminutos destellos que salían como lluvia por la grieta de una nube, cayó sobre el hueco vacío que acababa de dejar. Se veía el polvillo dorado deslizándose como arena finísima, ensanchándose en un amplio cono, lloviendo sin descanso sobre el barrio de los Campos Elíseos que iba salpicando con una claridad danzarina. Largo rato esa lluvia de centellas duró con su espolvoreo continuo de fuego de artificio.

Pero la pasión era fatal y Elena ya no se defendía. Sentía que había agotado todas sus fuerzas contra su propio corazón. Enrique podría hacerla suya: ella se entregaba. Entonces, al dejar de luchar, sintió un placer infinito. ¿Por qué seguir resistiendo? ¿Acaso no había esperado bastante? El recuerdo de su vida pasada la llenaba de desprecio y violencia. ¿Cómo había podido vivir en aquella frialdad de la que antes se sentía tan orgullosa? Se recordaba a sí misma, de muchacha, en Marsella, en la calle des Petites-Maries, en aquella casa en la que siempre había estado tiritando; se recordaba casada, helada junto a ese niño grande que besaba sus pies desnudos, refugiándose en la preocupación de los menudos quehaceres de una buena ama de casa; se recordaba a cualquier hora de su existencia, siguiendo con paso igual el mismo camino, sin una emoción que turbara su tranquilidad y, ahora, esa uniformidad, ese sueño del amor en que había estado sumida la exasperaba. ¡Pensar que se había creído dichosa viéndose a sí misma caminar durante treinta años con el corazón mudo, no contando para colmar el vacío de su existencia más que con su orgullo de mujer honrada! ¡Ah, qué farsa esta

rigidez, esta escrupulosidad de lo honesto que la mantenía reducida al goce estéril de las beatas! ¡No, no! ¡Ya era bastante: quería vivir! Y una terrible ironía se apoderaba de ella al pensar en su sensatez. ¡Su sensatez! En realidad, le daba pena esta sensatez que durante su ya larga vida no le había proporcionado un placer comparable al que experimentaba desde hacía una hora. Había rechazado la posibilidad de una caída, había tenido la imbécil jactancia de creer que podría seguir así hasta el final, sin que sus pasos tropezaran siquiera con una piedra... ¡Pues no! Ahora era ella la que reclamaba la caída, y la hubiese querido inmediata y profunda. Toda su rebelión terminaba en este deseo imperativo. ¡Oh, fundirse en un abrazo, vivir en un instante cuanto jamás había vivido!

No obstante, en el fondo de sí misma una gran tristeza lloraba. Era una opresión interior que le producía una sensación de vacío y oscuridad. Entonces discutió consigo misma: ¿No era libre acaso? Al querer a Enrique, no engañaba a nadie y disponía a su antojo de su cariño. ¿Acaso no la excusaba todo? ¿Cuál había sido su vida desde hacía dos años? Comprendía que todo la había reblandecido y preparado para la pasión: su viudez, su absoluta libertad, su soledad. La pasión debió incubarse en ella durante las largas veladas pasadas entre sus dos viejos amigos, el sacerdote y su hermano, esos hombres sencillos cuya serenidad la acunaba; se incubaba mientras ella se encerraba tan severamente fuera del mundo, frente a París, que rugía en el horizonte; se incubaba cada vez que se apoyaba en esta ventana, arrebatada por uno de esos ensueños que antes ignoraba y que poco a poco la volvían tan cobarde. Un recuerdo acudió a su mente; el de aquella clara mañana de primavera, con la ciudad blanca y limpia como bajo un cristal, un París de un rubio infantil, que había contemplado tan perezosamente, tendida en su diván, con un libro caído sobre sus rodillas. Aquella mañana despertó el amor apenas con un estremecimiento que no sabía cómo nombrar y contra el cual se sentía muy fuerte. Hoy se encontraba en el mismo lugar, pero la pasión victoriosa la devoraba, mientras ante ella un sol en su ocaso incendiaba la ciudad. Le parecía que un día había bastado, que ésta era la tarde purpúrea de aquella mañana límpida, y le parecía sentir todas aquellas llamas ardiendo en su corazón.

Pero el cielo había cambiado. El sol, descendiendo hacia los cerros de Meudon, acababa de apartar las últimas nubes con su resplandor. Una gloria de llamas inflamaba el azul. En el fondo del horizonte, el derrumbamiento de las rocas calcáreas que ocultaban las lejanías de Charenton y de Choisy-le-Roi acumuló unos bloques de carmín ribeteado de laca viva; la flotilla de nubéculas navegaba lentamente en el azul, por encima de París, cubriéndose de velas purpurinas; mientras que la pequeña red, la redecilla de blanca seda tendida encima de Montmartre, apareció de pronto convertida en un tul de oro, en cuyas mallas regulares iban a prenderse las estrellas desde su aparición. Y

bajo esta ardiente bóveda, se extendía la ciudad completamente amarilla, rayada por grandes sombras. Abajo, en la amplia plaza, a lo largo de las avenidas, los coches y los ómnibuses se cruzaban en medio de una polvareda anaranjada, entre la multitud de los transeúntes, cuyo negro hormigueo iba dorándose y aclarándose con gotas de luz. Unos seminaristas, en apretadas hileras seguían por el muelle de Billy, poniendo una cola de sotanas, color ocre, en la claridad difusa. Más allá, los coches y los peatones se perdían, y sólo se adivinaba muy lejos, sobre algún puente, una hilera de carruajes cuyas linternas centelleaban. A la izquierda, las altas chimeneas de la Manutención, rectas y rosadas, soltaban grandes torbellinos de un humo suave, de un tono delicado de carne; mientras que al otro lado del río, los hermosos olmos del muelle de Orsay, formaban una masa sombría, agujereada por los rayos del sol. El Sena, por cuyas riberas se deslizaban los rayos oblicuos discurría con olas danzarinas en las que el azul, el amarillo y el verde se rompían en abigarrados remolinos; pero, río arriba, ese pintarrajeado de mar oriental adquiriría un tono único de oro más y más deslumbrador; se diría un lingote surgido en el horizonte de algún crisol invisible, ensanchándose con un revoltijo de colores vivos, a medida que se enfriaba. Sobre esta fundición centelleante, los puentes escalonados, estrechando sus ligeras curvas parecían una barra gris que iba a perderse en un amontonamiento incendiado de casas en cuya cima, las dos torres de Notre-Dame parecían dos rojas antorchas. A derecha e izquierda llameaban los monumentos, las vidrieras del Palacio de la Industria, en medio de la arboleda de los Campos Elíseos, parecían un lecho de tizones ardiendo; más lejos, tras el tejado achatado de la Magdalena, la masa enorme de la «Opéra» parecía un bloque de cobre; y los demás edificios, la cúpula y las torres, la columna Vendôme, San Vicente de Paúl, la torre Saint-Jacques y, más cerca, los pabellones del nuevo Louvre y de las Tullerías, se coronaban de llamas, levantando en cada encrucijada gigantescas hogueras. La cúpula de los Inválidos ardía con un fuego tan chisporroteante que era de temer que de un momento a otro se hundiera, cubriendo todo el barrio con las pavesas de su armazón. Más allá de las torres desiguales de San Sulpicio, el Panteón se destacaba sobre el cielo con un brillo opaco, tal un palacio real incendiado que se consumiera en brasas. Entonces, París entero, a medida que el sol descendía, se iluminó con las llamaradas de sus monumentos. Corrían destellos de luz por las crestas de los tejados, mientras en los valles dormían los negros humos. Todas las fachadas de cara al Trocadero enrojecían, lanzaban el destello de sus vidrios, verdadera lluvia de chispas que subían de la ciudad, como si algún fuelle estuviera activando sin cesar esta fragua inmensa. Llamadas que renacían sin cesar surgían de los barrios vecinos, donde las calles se cruzaban sombrías y calcinadas. Incluso en las lejanías de la llanura, desde el fondo de un rojo ceniciento que cubría los arrabales destruidos y todavía calientes, brillaban fugaces resplandores, salidos de

cualquier hoguera súbitamente reavivada. Pronto fue todo un horno, París ardía. El cielo enrojecía más y más y las nubes sangraban encima de la ciudad inmensa, rojo y oro.

Elena, bañada por esas llamaradas, se entregaba a la pasión que la consumía, mirando arder París, cuando una manita la hizo estremecer al posarse sobre su hombro. Era Juana, que la estaba llamando.

— ¡Mamá! ¡Mamá! —Y, cuando se hubo vuelto, añadió—: ¡Vaya, por fin! ¿Es que no me oyes? Te he estado llamando diez veces.

La niña, disfrazada todavía de Japonesa, tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas por el placer. No dio tiempo a su madre para responder.

— ¡Vaya manera de abandonarme! Te estuvieron buscando por todas partes y, si no fuera por Paulina, que me ha acompañado hasta el pie de la escalera, jamás me hubiese atrevido a cruzar la calle.

Y con un gentil ademán acercó la carita a los labios de su madre, preguntando sin transición:

— ¿Me quieres?

Elena la besó, pero sin poner atención. La sorprendió y sintió cierta impaciencia al verla volver tan pronto. ¿Hacía realmente ya más de una hora que se había escapado del baile? Para responder a las preguntas de la chiquilla, que se mostraba inquieta, dijo que, en efecto, había sentido un ligero malestar. El aire le sentaba bien y necesitaba un poco de calma.

— ¡Oh!, no tengas miedo, estoy demasiado cansada —murmuró Juana—. Voy a quedarme aquí y seré muy juiciosa... Pero puedo hablar, ¿verdad, madrecita?

Se instaló junto a Elena, apretándose contra ella, feliz de que no la desnudaran todavía. Su traje bordado de púrpura y su enagua de seda verdosa la encantaban, y bajaba su delicada carita para oír sonar sobre su moño los colgantes de las largas agujas que lo atravesaban. Entonces, un torrente de palabras presurosas salió de sus labios. Lo había mirado todo, lo había visto todo y todo lo recordaba, pese a su aire bobalicón que parecía no comprender nada. Ahora se desquitaba de haber tenido que ser juiciosa, con la boca cosida y los ojos indiferentes.

— ¿Sabes, mamá?, quien hacía funcionar a Polichinela era un viejecito de barba gris. Le vi muy bien cuando se separó la cortina... El pequeño Guiraud no hacía más que llorar, ¡si será tonto! Entonces le dijeron que el Guardia vendría a echarle agua en la sopa, y tuvieron que llevárselo de tanto como gritaba... Igual con la merienda: Margarita se manchó a más no poder su vestido de lechera con la mermelada. Su mamá la secó chillando: «¡Qué niña



más sucia!», pero es que se había puesto mermelada hasta en los cabellos... Yo no decía nada, pero me divertía con locura viéndolas lanzarse sobre los pasteles. Son muy maleducadas, ¿verdad, madrecita?

Durante unos segundos se interrumpió, absorta por algún recuerdo, y luego preguntó con gesto reflexivo:

—Dime, mamá: ¿tú has comido de esos pasteles amarillos que tenían dentro una crema blanca? ¡Oh, cómo estaban!, ¡qué buenos! Todo el rato mantuve la bandeja a mi lado.

Elena no escuchaba el parloteo de la chiquilla. Pero Juana hablaba para desahogarse, la cabeza demasiado llena de cosas. Empezó de nuevo dando una abundancia extraordinaria de detalles sobre el baile. Los hechos más insignificantes cobraban una importancia enorme.

—Tú, ni te has dado cuenta; pero, en cuanto empezaron, se me desabrochó la cintura. Una señora que no conozco me puso un alfiler. Le dije: «Muchas gracias, señora...». Entonces, Luciano, bailando, se ha pinchado. Me ha preguntado: «¿Qué diantre llevas ahí delante que pica?». Yo ya ni me acordaba, y le contesté que no llevaba nada. Fue Paulina quien se dio cuenta y volvió a colocar el alfiler como era debido... ¡No! ¡No puedes formarte una idea! Todo el mundo se empujaba, y un chico muy bestia dio tal golpe al trasero de Sofía, que por poco se cae. Las señoritas Levasseur saltaban a pies juntillas. Seguro que no es así como hay que bailar... Pero lo mejor, ¿comprendes?, ha sido el final. Tú no estabas allí y no puedes saberlo. Nos cogimos por los brazos y dimos vueltas en corro; era para morirse de risa. Había personas mayores que también daban vueltas. ¡De verdad! ¡Te juro que no miento!... ¿Por qué no quieres creerme, madrecita?

El silencio de Elena acabó por enojarla. Se apretó más y le sacudió la mano. Luego, viendo que sólo obtenía breves palabras, fue callándose ella también poco a poco, cayendo en una especie de ensueño, pensando en aquel baile que llenaba su joven corazón. Entonces las dos, madre e hija, permanecieron mudas ante aquel París incendiado. Les resultaba todavía más desconocido así, iluminado por las nubes sangrientas, parecido a una ciudad de leyenda que expía sus pecados bajo una lluvia de fuego.

— ¿Se bailó en corro? —preguntó de pronto Elena, como si despertara sobresaltada.

—Sí, sí —murmuró Juana, absorta a su vez.

— ¿Y el doctor? ¿Bailó también?

— ¡Ya lo creo! Daba vueltas conmigo... Se me llevó y me preguntaba: «¿Dónde está mamá? ¿Dónde está?». Luego me dio un beso.

Elena tuvo una sonrisa inconsciente. Sonreía de su propia ternura. ¿Es que necesitaba conocer a Enrique? Le parecía más dulce ignorarle, ignorarle siempre y acogerle como aquel a quien se espera desde hace mucho tiempo. ¿Por qué tenía que sorprenderse e inquietarse? Él se había encontrado en el momento preciso en su camino. Esto era lo bueno. Su franco carácter lo aceptaba todo. Una tranquilidad se apoderaba de ella, nacida de la idea de amar y ser amada. Y se decía que sería lo suficientemente fuerte para no estropear su felicidad.

No obstante, la noche llegaba y cruzó el aire un viento frío. Juana, en sus sueños, tuvo un escalofrío. Reclinó la cabeza sobre el pecho de su madre y, como si la pregunta se refiriese a sus profundas reflexiones, murmuró por segunda vez:

— ¿Me quieres?

Entonces Elena, sonriendo siempre, le cogió la cabeza entre las dos manos y por un instante pareció que estuviera buscando algo en su rostro.

Luego puso largamente los labios cerca de su boca, encima de una ligera señal rosada. Era allí, estaba segura, donde Enrique había besado a la niña.

La oscura arista de los cerros de Meudon recortaba ya el disco lunar del sol. Sobre París, los oblicuos rayos se habían alargado todavía más. La sombra de la cúpula de los Inválidos, desmesuradamente agrandada, ahogaba todo el barrio de Saint-Germain, mientras la «Opéra», la torre Saint-Jacques, las columnas y las flechas rayaban de negro la orilla derecha. La silueta de las fachadas, las depresiones de las calles, los islotes elevados de los tejados, ardían con una intensidad más opaca. En los cristales oscurecidos, los destellos inflamados se morían, como si las casas se hubiesen derrumbado hechas brasas. Sonaban lejanas campanas y un clamor resonaba y se apaciguaba. Y el cielo, dilatándose al acercarse la noche, redondeaba su manto violeta, rayado de oro y púrpura, por encima de la ciudad enrojecida. De pronto se produjo como una formidable reanudación del incendio; París lanzó una última llamarada que iluminó incluso los lejanos arrabales. Luego pareció como si cayera una ceniza gris y los barrios permanecieron de pie, ligeros y negruzcos como carbones extintos.

\*\*\*\*\*

## TERCERA PARTE

### I

Una mañana de mayo, Rosalía salió corriendo de su cocina, sin soltar siquiera la rodilla que tenía en la mano, y, con su familiaridad de sirvienta consentida, dijo:

— ¡Venga cuanto antes, señora!... El señor cura, que está abajo en el jardín del doctor, no hace más que remover la tierra.

Elena no se movió; pero Juana se había lanzado ya, para ver. A su regreso exclamó:

— ¡Si será tonta Rosalía! No remueve la tierra ni mucho menos. Está con el jardinero, que va colocando plantas en un carrito... La señora Deberle está cortando todas sus rosas.

—Deben de ser para la iglesia —dijo tranquilamente Elena, absorta en su labor de tapicería.

Algunos minutos más tarde, sonó la campanilla y apareció el reverendo Jouve. Venía a anunciarles que no contasen con él el próximo martes. Sus tardes estarían ocupadas con las ceremonias del mes de María. El párroco le había encargado del adorno de la iglesia. Sería algo soberbio. Todas las señoras le daban flores. Estaba esperando dos palmeras de cuatro metros para colocarlas a derecha e izquierda del altar.

— ¡Oh mamá... mamá! —murmuró Juana, que escuchaba maravillada.

—Pues bien, amigo mío —dijo Elena sonriendo—, puesto que usted no va a poder venir, seremos nosotras quienes iremos a visitarle... Le ha trastornado usted los sesos a Juana con eso de las flores.

No es que fuera muy devota; no iba siquiera a misa, con el pretexto de la salud de su hija, que siempre salía de las iglesias con escalofríos. El viejo sacerdote evitaba hablarle de religión. Decía simplemente, con una tolerancia llena de bondad, que las almas buenas se salvan solas gracias a su prudencia y su caridad. Algún día, Dios llegaría a su corazón.

Hasta el día siguiente por la tarde, Juana no pensó en otra cosa que en el mes de María. Hacía preguntas a su madre, imaginaba la iglesia llena de rosas blancas, con millares de cirios, voces celestiales y olores suaves. Quería estar muy cerca del altar, ver el vestido de encaje de la Virgen, un vestido que, según decía el abate, valía una fortuna. Pero Elena la calmaba, amenazándola con no llevarla si ya se ponía enferma antes.

Por fin, por la noche, salieron después de cenar. Las noches eran todavía frescas. Al llegar a la calle de la Anunciación, donde se encuentra Nuestra Señora de la Gracia, la niña tiritaba.

—La iglesia tiene calefacción —dijo la madre—. Nos pondremos cerca de una boca de aire caliente.

En cuanto hubo empujado la puerta acolchada, que volvió a cerrarse suavemente, les envolvió una atmósfera tibia, en tanto que estallaban los cánticos y una gran claridad. La ceremonia había empezado. Elena, viendo que la nave central estaba ya llena, intentó seguir por uno de los laterales. Pero le costó Dios y ayuda acercarse al altar. Llevaba a Juana de la mano y avanzaba pacientemente; luego, renunciando a ir más lejos, cogió las dos primeras sillas libres que se le presentaron. Una columna les ocultaba la mitad del coro.

—No veo nada, mamá —murmuró la pequeña, fastidiada—. Estamos muy mal.

Elena la hizo callar. Entonces la niña se enfurruñó. Ante ella sólo veía la enorme espalda de una señora vieja. Cuando su madre se volvió, la encontró de pie encima de la silla.

— ¿Quieres bajarte? —dijo ahogando la voz—. Eres insoportable.

Pero Juana se obstinaba.

—Oye, mamá; es la señora Deberle... Está allí, en el centro. Nos hace señas.

Una viva contrariedad dio lugar en Elena a un movimiento de impaciencia. Zarandó a la pequeña, que se negaba a sentarse. Después del baile, durante tres días, había evitado volver a casa del doctor pretextando mil ocupaciones.

—Mamá —prosiguió Juana con la obstinación de los chiquillos—, te está mirando y te da los buenos días.

Entonces Elena no tuvo más remedio que volverse y saludar. Las dos mujeres cambiaron una inclinación de cabeza. La señora Deberle, con un traje de seda de mil rayas, adornado de encajes blancos, ocupaba el centro de la nave, a dos pasos del coro, muy lozana y llamativa. La acompañaba su hermana Paulina, que se puso a gesticular vivamente con la mano. Seguían los cánticos y la voz anchurosa de la multitud rodaba por una escala descendente, mientras que las notas sobreagudas de los chiquillos salpicaban aquí y allá el ritmo monótono y cadencioso del cántico.

—Te dicen que vayamos, ¿no lo ves? —siguió Juana victoriosa.

—Es inútil. Aquí estamos perfectamente.

— ¡Oh mamá!... Vayamos a encontrarlas... Tienen dos sillas.

—No, bájate y siéntate de una vez.

No obstante, como aquellas señoras insistían con sus sonrisas, sin

preocuparse en absoluto del ligero escándalo que provocaban, antes al contrario, satisfechas al ver que la gente se volvía a mirarlas, Elena tuvo que ceder. Empujó a Juana, encantada, y trató de abrirse paso con manos temblorosas por la indignación contenida. No era tarea fácil. Las beatas no querían molestar y la miraban de arriba abajo furiosas, con la boca abierta, sin dejar de cantar. Maniobró así durante cinco largos minutos en medio de una tempestad de voces que cada vez resonaba más fuerte. Cuando no podía pasar, Juana miraba todas estas bocas vacías y negras y se apretaba contra su madre. Por fin alcanzaron el espacio dejado libre ante el coro y no tuvieron que dar más que algunos pasos.

—Vengan ya —murmuró la señora Deberle—. El señor cura me dijo que vendrían ustedes y les he guardado dos sillas.

Elena dio las gracias, hojeando en seguida su libro de devociones, para cortar, cuanto antes, la conversación. Pero Julieta proseguía con sus maneras mundanas; estaba allí a sus anchas, tan encantadora y charlatana como en su salón. De modo que, inclinándose hacia ella, prosiguió:

—Ya no se la ve a usted nunca. Mañana hubiese ido a su casa... Espero que no se habrá puesto usted enferma...

—No, gracias... He tenido que hacer muchas cosas...

—Oiga: mañana tienen ustedes que venir a cenar... En familia, solamente nosotras.

—Es usted demasiado amable. Ya veremos.

Pareció recogerse y seguir los cánticos, decidida a no seguir contestando. Paulina había cogido a Juana a su lado para que compartiera con ella una boca de aire caliente sobre la que se estaba cociendo lentamente, con una satisfacción beatífica de friolera. Las dos, envueltas por el aire tibio que subía, se empinaban curiosas, examinándolo todo: el techo bajo, dividido en artesonados de ebanistería, las columnas achatadas, unidas por cimbras de las que pendían las lámparas, el púlpito de roble esculpido; y, por encima de las cabezas ondulantes que la ola del cántico agitaba, sus miradas alcanzaban los sombríos rincones de las naves laterales, hasta las perdidas capillas donde relucía el oro y hasta el baptisterio que cerraba una verja, cerca de la puerta principal. Pero volvían siempre al resplandor del coro, pintado de vivos colores y centelleante de dorados. Una araña de cristal llameante descendía de la bóveda; inmensos candelabros alineaban filas de cirios que salpicaban con una lluvia de estrellas simétricas el fondo en tinieblas de la iglesia, haciendo destacar, con su luz, el altar mayor, semejante a un gran ramillete de follaje y de flores. En lo alto, en una gavilla de rosas, una Virgen, vestida de satén y de encaje y coronada de perlas, tenía sobre su brazo un Niño Jesús de larga

túnica.

—Oye: ¿tienes calor? —preguntó Paulina—. Se está estupendamente.

Pero Juana, en éxtasis, contemplaba a la Virgen en medio de las flores. Sintió un estremecimiento; temió dejar de ser sensata y bajó los ojos tratando de interesarse por el embaldosado blanco y negro, para no echarse a llorar. Las frágiles voces de los monaguillos hacían vibrar como leves soplos sus cabellos.

Entretanto, Elena, sin levantar la vista de su devocionario, se apartaba cada vez que sentía el roce de los encajes de Julieta. No estaba preparada para este encuentro. Pese al juramento que se había impuesto de amar a Enrique santamente, sin pertenecerle jamás, sentía: un malestar pensando que traicionaba a aquella mujer, tan confiada y tan satisfecha a su lado. Sólo tenía una idea: jamás iría a aquella cena, y buscaba cómo podría romper poco a poco aquellas relaciones que herían su lealtad. Pero las voces solemnes de los chantres, a pocos pasos de ella, no la dejaban reflexionar. No encontraba nada y se dejaba mecer por el cántico, sintiendo un bienestar devoto que hasta entonces jamás había sentido en una iglesia.

— ¿Le han contado la historia de la señora Chermette? —preguntó Julieta, cediendo de nuevo a su comezón por hablar.

—No, no sé nada.

—Pues bien, imagínese... ¿Ha visto usted a su hija mayor, tan alta para sus quince años? Se trata de casarla el año próximo, y con ese morenito que siempre está metido en las faldas de su madre... Y se habla y se habla...

— ¡Ah! —dijo Elena, que no escuchaba.

La señora Deberle dio otros detalles. Pero de pronto cesaron los cánticos, los órganos gimieron y se pararon. Entonces se calló, sorprendida por el estallido de su voz, en medio del silencio recogido que se estaba haciendo. Un sacerdote acababa de aparecer en el púlpito. Hubo como un estremecimiento y luego habló. No, seguro, Elena no iría jamás a esa cena. Con los ojos fijos en el sacerdote, se imaginaba esa primera entrevista con Enrique, que estaba temiendo desde hacía tres días; le veía pálido de cólera, reprochándole que se hubiese encerrado en casa; y temía no saber demostrar la suficiente frialdad. En su imaginación el sacerdote había desaparecido y captaba solamente algunas frases, una voz penetrante caída de lo alto, que decía:

—Fue un momento inefable aquel en que la Virgen, inclinando la cabeza, respondió: «He aquí la esclava del Señor...».

¡Oh!, sería valiente; acababa de recobrar todo su juicio. Disfrutaría el placer de ser amada, pero jamás confesaría su amor, pues le parecía evidente

que la paz tenía ese precio. ¡Y cuán profundamente le amaría sin decirlo, contentándose con una palabra de Enrique, con una mirada cambiada de vez en cuando, siempre que la casualidad los acercara! Era un sueño que la llenaba de una idea de eternidad. La iglesia, a su alrededor, le resultaba amiga y dulce. El sacerdote decía:

—El ángel desapareció, María se extasió en la contemplación del divino misterio que se operaba en ella, inundada de luz y de amor...

—Habla muy bien —murmuró la señora Deberle inclinándose—. Y es muy joven; apenas treinta años, ¿no le parece?

La señora Deberle estaba conmovida. La religión le gustaba porque la consideraba como una emoción de buen gusto. Dar flores a las iglesias, tener pequeños asuntos con los sacerdotes, gente educada, discreta y de la cual emanaba un olor agradable; ir lujosamente ataviada a la iglesia, donde parecía que otorgase una protección mundana al Dios de los pobres, le procuraba satisfacciones particulares, tanto más cuanto que su marido no practicaba, de modo que sus devociones adquirirían el sabor de la fruta prohibida. Elena la miró y le contestó tan sólo con una inclinación de cabeza. Las dos ponían cara de éxtasis y sonreían. Se produjo un gran ruido de sillas y de pañuelos; el sacerdote acababa de dejar el púlpito lanzando este último grito:

— ¡Oh, ensanchad vuestro amor, piadosas almas cristianas! Dios se ha entregado a vosotros, vuestro corazón está lleno de su presencia, vuestra alma está colmada por sus favores.

El órgano resonó en seguida. Las letanías de la Virgen desgranaron sus súplicas de ardiente ternura. De las naves laterales, de entre la sombra perdida de las capillas, se elevaba un cántico lejano y sordo, como si la tierra respondiera a las voces angélicas de la escolanía. Un hálito pasaba por encima de las cabezas, alargando las llamas erectas de los cirios, mientras que, en su gran ramillete de rosas, en medio de las flores que iban marchitándose exhalando su último perfume, la divina Madre parecía inclinar la cabeza para sonreír a su Jesús.

Elena se volvió de pronto, acometida por una inquietud instintiva:

— ¿No te sientes enferma, Juana? —preguntó.

La niña, muy pálida, con los ojos húmedos, como traspuesta por el torrente de amor de las letanías, contemplaba el altar, viendo cómo las rosas se multiplicaban y caían como una lluvia. Murmuró:

— ¡Oh no, mamá!... Te aseguro que estoy contenta, muy contenta... — Luego preguntó—: ¿Dónde está nuestro buen amigo?

Se refería al abate. Paulina le distinguió: estaba en un sitio del coro. Pero

hubo que aupar a Juana.

— ¡Ah!, ya le veo. Nos está mirando y pone menuditos sus ojos.

Según Juana, el sacerdote, «ponía menuditos sus ojos» cuando se reía por dentro. Elena le hizo entonces un gesto amistoso con la cabeza. Fue para ella como una certeza de paz, un último motivo de serenidad que hacía de la iglesia un lugar querido y la adormecía en una felicidad llena de tolerancia. Los incensarios se balanceaban delante del altar, ligeras humaredas se elevaban; se celebró la bendición, y una custodia, como un sol, se levantó lentamente por encima de las frentes abatidas hacia el suelo. Elena seguía prosternada en una especie de feliz embotamiento.

—Vámonos, que ya se acabó.

Un remover de sillas y un arrastrar de pies retumbaba bajo la bóveda. Paulina había cogido a Juana de la mano. Mientras iba delante con la niña, le preguntó:

— ¿No has ido jamás al teatro?

—No. ¿Es que es todavía más bonito?

La pequeña, con el corazón henchido de suspiros, inclinaba la barbilla como para declarar que no era posible que hubiese nada más bello.

Pero Paulina no contestó; acababa de detenerse ante un sacerdote con sobrepelliz que pasaba, y, cuando estuvo a pocos pasos:

— ¡Oh! ¡Qué hermosa cabeza! —dijo en voz alta y con tanta convicción, que hizo que dos devotas se volvieran a mirarla.

Entretanto, Elena se había incorporado. Estaba de pie, junto a Julieta, sin poder dar un paso, en medio de la multitud que se disolvía con dificultad. Llena de ternura, como fatigada y sin fuerzas, no experimentaba la menor turbación sintiéndola junto a ella. Por un momento, sus desnudas muñecas, se rozaron, y las dos mujeres sonrieron. Se ahogaban. Elena quiso que Julieta pasase la primera, para protegerla. Parecía haber recobrado toda su intimidad.

— ¿Estamos de acuerdo, verdad? —preguntó la señora Deberle—. Contamos con usted mañana por la noche.

Elena ya no tuvo fuerza de voluntad para decir que no. Ya vería en la calle. Por fin, salieron entre las últimas. Paulina y Juana las esperaban en la acera de enfrente. Pero una voz llorosa las detuvo:

— ¡Ah, mi buena señora! ¡Cuánto tiempo hacía que no tenía la suerte de verla!

Era la tía Fétu. Estaba mendigando en la puerta de la iglesia. Cortando el



paso a Elena como si la hubiese estado esperando, prosiguió:

— ¡Ah!, he estado muy enferma, siempre ahí, en el vientre, ¿sabe Usted? ... Ahora es casi como si me golpearan con un martillo... Y sin un céntimo, mi querida señora... No me atrevía a hacer que se lo dijeran... ¡Qué Dios se lo pague!

Elena acababa de deslizarle una moneda en su mano, prometiéndole que se ocuparía de ella.

— ¡Vaya! —dijo la señora Deberle, que había permanecido de pie en el pórtico—, alguien está hablando con Paulina y Juana... ¡Pero si es Enrique!

—Sí, sí —repuso la tía Fétu, que paseaba sus maliciosas miradas sobre las dos damas—, es un buen doctor... Le estuve viendo durante toda la ceremonia; no ha salido de la acera; seguro que las aguardaba... ¡Este sí que es un santo! Lo digo porque es verdad, ante Dios que nos está escuchando... ¡Oh!, ya la conozco a usted, señora: tiene usted un marido que se merece ser feliz... Que el cielo les conceda todos sus deseos, todas las bendiciones caigan sobre ustedes... En nombre del Padre, Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

En los mil surcos de su rostro, arrugado como una vieja manzana, pequeños ojos sin parar, inquietos y maliciosos, yendo de Julieta a Elena, sin que se pudiera adivinar claramente a cuál de las dos se dirigía al hablar del buen doctor. Las acompañó con un murmullo continuo en el que se mezclaban trozos de frases lacrimosas con exclamaciones devotas.

A Elena la sorprendió y emocionó la reserva de Enrique. Apenas se atrevió a levantar los ojos para mirarla. Habiéndole gastado una broma a su esposa a propósito de sus opiniones, que le impedían entrar en la iglesia, él explicó sencillamente que había venido al encuentro de las señoras fumando un cigarro; pero Elena comprendió que había querido verla de nuevo para demostrarle cuán equivocada estaba al temer una nueva actitud violenta de su parte. Sin duda, él, igual que ella, se había jurado comportarse razonablemente. No pensó siquiera si podía ser sincero consigo mismo, pues le hacía demasiado desgraciada el saberlo desgraciado. De manera que, al dejar a los Deberle en la calle de Vineuse, dijo alegremente:

—Bueno, estamos de acuerdo; hasta mañana a las siete.

Entonces sus relaciones se reanudaron más íntimamente todavía y comenzó una vida encantadora. Para Elena, era como si Enrique jamás hubiese cedido a un momento de locura; era lo que ella había soñado: se amaban, pero no se lo decían, les bastaba saberlo. Horas deliciosas durante las cuales, sin nombrar su ternura, hablaban continuamente de ella con un gesto, una inflexión de voz, incluso con un silencio. Todo lo hacía volver a ese amor, todo lo sumergía en esa pasión que llevaban consigo, a su alrededor, como el

único aire en el que pudiesen vivir. Y tenían la excusa de su lealtad; representaban con total honradez esa comedia de su corazón, puesto que no se permitían ni estrecharse la mano, lo que daba una voluptuosidad sin par al simple buenos días con que se acogían.

Las señoras decidieron ir todas las noches a la iglesia... La señora Deberle, encantada, encontraba en ello un nuevo placer que la cambiaba un poco de sus tardes de sarao, de conciertos y estrenos; adoraba las emociones nuevas y sólo se le veía rodeada de monjas y sacerdotes. La base religiosa que conservaba del pensionado se subió a su cabecita de chorlito y se tradujo en pequeñas prácticas que la divertían, como si recordara los juegos de la infancia. Elena, formada al margen de toda educación piadosa, se abandonaba al encanto de los ejercicios del mes de María, feliz del placer que parecía proporcionar a Juana. Cenaban más pronto, daban prisas a Rosalía para no llegar tarde y no encontrarse mal situadas. Luego, al pasar, recogían a Julieta. Un día se habían llevado a Luciano; pero se había portado tan mal, que desde entonces le dejaban siempre en casa. Nada más entrar en la tibia iglesia, tan resplandeciente de cirios, se tenía una sensación de bienestar, de apaciguamiento, que poco a poco, para Elena, se convirtió en algo necesario. Cuando había sentido dudas durante el día o una vaga inquietud le había embargado al pensar en Enrique, la iglesia, por la noche, la adormecía. Los cánticos se elevaban con el desbordamiento de las pasiones divinas. Bajo las bóvedas, el perfume de las flores recién cortadas hacía más pesado el aire denso ya. Respiraba, allí, la primera voluptuosidad de la primavera, la adoración de la mujer elevada al rango de un culto y se embriagaba en el misterio de amor y de pureza, frente a María, virgen y madre, coronada de rosas blancas. Cada día permanecía más tiempo de rodillas. Se sorprendía viéndose con las manos juntas. Luego, una vez terminada la ceremonia, seguía la delicia del regreso. Enrique esperaba en la puerta; las noches eran cada vez más tibias y se regresaba por las calles oscuras y silenciosas de Passy, cruzando contadas palabras.

—Se está volviendo usted beata, querida —dijo una noche la señora Deberle con una sonrisa.

Era verdad. Elena dejaba penetrar la devoción en su corazón abierto de par en par. Nunca hubiese creído que amar fuese tan bueno. Volvía allí como a un lugar de ternura donde le era permitido tener los ojos húmedos, permanecer sin pensar en nada, como absorta en una muda adoración. Cada noche, durante una hora, dejaba de defenderse; la floración del amor que llevaba en sí misma, que contenía durante todo el día, podía al fin subir hasta su pecho, extenderse en las oraciones, ante todos, en medio del estremecimiento religioso de la multitud. Las oraciones balbuceadas, las genuflexiones, las inclinaciones, esas palabras y esos gestos inconcretos repetidos sin cesar, la acunaban, le parecían

el único lenguaje, siempre la misma pasión expresada por la misma palabra o el mismo gesto. Tenía necesidad de creer y se sentía arrobada en el amor divino.

Julieta no le gastaba bromas únicamente a Elena, sino que pretendía que el mismo Enrique se estaba volviendo devoto. ¿Acaso no entraba ahora a esperarlas dentro de la iglesia? ¡Un ateo, un pagano que declaraba que había buscado el alma con la punta de su escalpelo sin lograr encontrarla! En cuanto le veía, más allá del púlpito, de pie tras una columna, Julieta le daba con el codo a Elena.

—Mírele, ya está ahí... ¿Creerá usted que, cuando nos casamos, no quiso confesarse?... ¡No!, ¡si tiene una figura magnífica, y nos contempla con un gesto tan divertido! ¡Mírelo!

Elena no levantaba la cabeza de inmediato. La ceremonia iba a terminar, humeaba el incienso y el órgano estallaba de alegría. Pero como su amiga no era capaz de dejarla tranquila, se veía forzada a responder:

—Sí, sí, ya le veo —balbuceaba sin volver los ojos.

Le había adivinado, por el hosanna que oía elevarse por toda la iglesia. Parecíale que el aliento de Enrique llegaba hasta su nuca llevado del ala de los cánticos y creía ver tras ella sus miradas que iluminaban la nave y la envolvían, de rodillas, en una nube de oro. Entonces, rezaba con tan gran fervor, que le faltaban las palabras. Él, muy formal, ponía la cara correcta de un marido que viene a buscar a las señoras a la casa de Dios como hubiese ido a esperarlas al salón de descanso de un teatro. Pero cuando estaban juntos, en medio del lento desfile de las devotas, ambos se sentían como más ligados, como unidos por aquellas flores y aquellos cánticos; y evitaban hablarse porque llevaban el corazón en los labios.

Al cabo de quince días, la señora Deberle se cansó. Saltaba de un entusiasmo a otro, agitada por la urgencia de hacer como todo el mundo. Ahora se entregaba a las ventas de caridad, subía a sesenta pisos cada tarde en solicitud de lienzos de pintores conocidos y dedicaba sus veladas a presidir con una campanilla reuniones de damas dedicadas a obras filantrópicas. De modo que, un jueves por la noche, Elena y su hija se encontraron solas en la iglesia. Después del sermón, mientras los chantres atacaban el Magnificat, la joven, advertida por un impulso del corazón, volvió la cabeza: Enrique estaba allí, en el lugar de costumbre. Entonces permaneció con la frente baja hasta el final de la ceremonia, esperando el regreso.

— ¡Ah, qué amable ha sido usted viniendo! —dijo Juana a la salida con su franqueza de niña—. Habría tenido miedo por estas calles tan oscuras.

Pero Enrique fingió sorpresa. Creía que encontraría a su esposa. Elena dejó

que la pequeña respondiese y los seguía sin hablar. Cuando pasaban los tres bajo el pórtico, oyeron una voz plañidera:

—Una limosna... Dios se la pague.

Cada noche, dejaba en la mano de la tía Fétu una moneda de medio franco. Cuando ésta vio al doctor solo con Elena, meneó simplemente su cabeza con un gesto de complicidad, en lugar de prorrumper, como de costumbre, en ruidosas expresiones de agradecimiento. Como la iglesia ya estaba vacía, se puso a seguirlos arrastrando los pies y mascullando oscuras palabras. En lugar de regresar por la calle de Passy, a veces, cuando la noche era agradable, las damas volvían por la de Raynouard, prolongando así el paseo de cinco o seis minutos. Aquella noche, Elena, tomó la calle Raynouard deseosa de sombra y silencio, cediendo al encanto de esta amplia calzada desierta que los faroles de gas iluminaban de trecho en trecho, sin que la sombra de ningún transeúnte se proyectara sobre el suelo.

A aquella hora, en aquel barrio apartado, Passy dormía ya con la suave respiración de una ciudad provinciana. Junto a las aceras de ambos lados, se alineaban mansiones particulares, pensionados de señoritas, negros y adormecidos, casas de comida cuyas cocinas estaban todavía iluminadas. Ninguna tienda agujereaba la oscuridad con las luces de su escaparate y esta soledad daba una gran satisfacción a Elena y Enrique. Él no se había atrevido a ofrecerle el brazo y Juana caminaba entre ellos, en medio de la calzada enarenada como la avenida de un parque. Al terminar las casas, seguían unos muros por encima de los cuales colgaban mantos de clemátides y manojos de lilas en flor. Grandes jardines separaban las casas, una verja, por un momento, dejaba ver profundidades sombrías de verdor en las que el césped, de un verde más tierno, palidecía entre los árboles, mientras que, en unos jarrones que se adivinaban confusamente, ramilletes de lirios embalsamaban el aire. Los tres acortaban sus pasos, bajo la tibieza de esta noche primaveral que los bañaba en perfumes; y cuando Juana, en un juego de niños, se adelantaba con la cara levantada hacia el cielo, repetía:

— ¡Oh mamá, mira cuántas estrellas!

Pero tras ellos los pasos de la tía Fétu parecían el eco de los suyos. Se aproximaba; se oía el final de la frase latina: Ave Maria, gratia plena, repetido sin cesar con el mismo farfulleo. La tía Fétu pasaba su rosario volviendo a su casa.

—Me queda una moneda. ¿Y si se la diese? —preguntó Juana a su madre.

Sin aguardar respuesta, se escapó, corrió hacia la vieja que iba a adentrarse por el pasaje des Eaux. La tía Fétu tomó la moneda invocando a todos los santos del paraíso. Pero al mismo tiempo había cogido la mano de la niña y,

sin soltarla, con un cambio de voz, dijo:

— ¿Es que está enferma la otra señora?

—No —respondió Juana sorprendida.

— ¡Ah, que el cielo la guarde!, ¡qué llene de prosperidades a ella y a su marido!... No se me escape, mi buena señorita. Déjeme decir un avemaría a la intención de su mamá y usted contestará «Amén» conmigo... Su mamá se lo permite; ya la alcanzará.

Entretanto, Elena y Enrique se habían quedado temblorosos al encontrarse solos de pronto, bajo la sombra de una fila de grandes castaños que bordeaban la calle. Dieron lentamente algunos pasos. Los castaños habían dejado caer al suelo una lluvia de sus pequeñas flores e iban caminando sobre la alfombra color de rosa. Luego se detuvieron, con el corazón demasiado lleno para ir más lejos.

—Perdóneme —dijo sencillamente Enrique.

—Sí, sí —balbuceó Elena—. Se lo ruego, cállese.

Pero había sentido su mano, que rozaba la suya. Retrocedió. Afortunadamente, Juana volvía corriendo.

— ¡Mamá, mamá! —gritó—. Me ha hecho rezar un avemaría para que te traiga suerte.

Y los tres torcieron por la calle de Vineuse, mientras la tía Fétu descendía la escalera del pasaje de des Eaux, terminando su rosario.

Transcurrió el mes. La señora Deberle dos o tres veces más fue a los ejercicios del mes de María. Un domingo, el último, Enrique se atrevió a esperar de nuevo a Elena y a Juana. El regreso fue delicioso. El mes había transcurrido con una suavidad extraordinaria. La pequeña iglesia parecía que hubiese estado allí para calmar y preparar su pasión. Elena, primero, se había tranquilizado, feliz con este refugio de la religión en el cual creía poder amar sin avergonzarse; pero en ella seguía produciéndose una sorda labor, y cuando despertaba de su modorra devota se sentía invadida, atada por unos lazos que le hubiesen arrancado la carne si hubiese intentado romperlos. Enrique permanecía respetuoso. No obstante, ella veía como una llamarada subía de nuevo hasta su rostro. Temía cualquier impulso de loco deseo. Ella misma se daba miedo, trastornada por bruscos accesos de fiebre.

Una tarde, a la vuelta de un paseo con Juana, cogió la calle de l'Annonciation y entró en la iglesia. La pequeña se quejaba de un gran cansancio. Hasta el último día no había querido confesar que la ceremonia de la noche la fatigaba, tan profunda era la satisfacción que encontraba en ella; pero sus mejillas se habían vuelto de una palidez de cera y el doctor

aconsejaba que hiciera largas caminatas.

—Ponte ahí —dijo su madre—. Descansarás... No nos quedaremos más que diez minutos.

La había hecho sentar junto a una columna. Ella fue a arrodillarse unas sillas más lejos. Unos obreros, al fondo de la nave, desclavaban tapices, trasladaban los jarrones de flores, pues los ejercicios del mes de María habían terminado la víspera. Elena, con la cara entre las manos, no veía nada, no oía nada, preguntándose con ansiedad si debía confesar al reverendo Jouve la crisis terrible que estaba pasando. Le daría un consejo que tal vez le devolviera la tranquilidad perdida. Pero del fondo de su alma subía una alegría desbordante nacida de su misma angustia. Se complacía en su mal, temblaba pensando que el sacerdote pudiese curarla. Los diez minutos pasaron, transcurrió una hora; se abismaba en la lucha de su corazón.

Cuando, por fin, levantó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, vio al reverendo Jouve a su lado mirándola con gesto apesadumbrado. Era él quien dirigía a los obreros, y, al reconocer a Juana, acababa de acercarse.

— ¿Qué le pasa a usted, hija mía? —preguntó a Elena, que se ponía de pie secándose las lágrimas.

No supo qué responder, temiendo caer de nuevo de rodillas y estallar en sollozos. Él se acercó más y prosiguió en voz baja:

—No quiero interrogarla, pero ¿por qué no se confía usted a mí, al sacerdote, no al amigo?

—Más tarde —balbuceó ella—, más tarde, se lo prometo.

Juana había esperado con paciencia al principio, entreteniéndose mirando las vidrieras, las estatuas de la puerta principal y las escenas del Viacrucis, representadas en pequeños bajorrelieves a lo largo de las naves laterales.

Poco a poco el fresco de la iglesia había caído sobre ella como un sudario y, con ese cansancio que le impedía incluso pensar, sentía un malestar que procedía del silencio religioso de las capillas, de la prolongación sonora de los menores ruidos, de este lugar sagrado donde le parecía que iba a morir. Pero su mayor disgusto era ver que se llevaban las flores. A medida que los grandes ramos de rosas desaparecían, el altar aparecía frío y desnudo. Estos mármoles la helaban, sin un cirio, sin el humo del incienso. Por un momento, la Virgen, vestida de encajes, osciló, y luego cayó hacia atrás en los brazos de dos obreros. Entonces Juana lanzó un débil grito, abrió los brazos, se puso rígida, víctima de la crisis que la amenazaba desde hacía algunos días.

Cuando Elena, enloquecida, pudo llevársela en un coche de punto, ayudada por el desconsolado sacerdote, se volvió hacia el pórtico con las manos

extendidas y temblorosas.

— ¡Es esta iglesia! ¡Esta iglesia! —repetía con una violencia en la que había la añoranza y el reproche de un mes de ternura devota que en ella había gozado.

## II

Por la noche, Juana estaba mejor. Pudo levantarse y, para tranquilizar a su madre, se empeñó en ir hasta el comedor, donde se sentó frente a su plato vacío.

—No será nada —dijo tratando de sonreír—. Ya sabes que estoy hecha un cacharro... Tú, come; quiero que comas.

Y ella misma, viendo que su madre miraba cómo palidecía y temblaba sin poder tragar un bocado, acabó simulando un poco de apetito.

Le prometía que iba a tomar un poco de mermelada. Entonces Elena se dio prisa, mientras que la niña, siempre sonriente, con un pequeño temblor nervioso de la cabeza, la contemplaba en actitud de adoración.

Luego, a los postres, quiso mantener su promesa; pero las lágrimas aparecieron al borde de sus párpados.

—Esto no pasa, ¿sabes? —murmuró—; no debes reñirme.

Sentía una terrible fatiga que la aniquilaba. Le parecía que sus piernas estaban muertas y una mano de hierro le oprimía los hombros. Pero se hacía la valiente y se aguantaba los ligeros gritos que le arrancaban unos dolores lancinantes en el cuello. Por un momento se abandonó, con la cabeza demasiado pesada, encogiéndose bajo el dolor. Y su madre, viéndola tan delgada, tan débil y tan adorable, no pudo terminar la pera que se esforzaba en comer. Los sollozos la ahogaban; dejó caer su servilleta y vino a coger a Juana entre sus brazos.

—Hija mía, hija mía... —balbuceaba con el corazón destrozado, viendo este comedor donde la pequeña tan a menudo la había divertido con su glotonería, cuando se encontraba bien.

Juana se irguió, tratando de recobrar su sonrisa.

—No te atormentes; de verdad que esto no será nada. Ahora que ya terminaste, vas a meterme de nuevo en la cama... Quería verte sentada a la mesa porque, si no, ya te conozco, no hubieses tomado ni así de pan.

Elena se la llevó. Acercó su camita junto a la suya en la misma habitación. Cuando Juana estuvo echada, arropada hasta la barbilla, se encontró mucho mejor. Sólo se quejaba de unos dolores sordos detrás de la cabeza. Luego se enterneció; su apasionado afecto parecía aumentar cuando se sentía enferma. Elena tuvo que besarla jurándole que la querría mucho y prometiéndole que volvería a besarla cuando se acostara.

—No importa si duermo —repetía Juana—. Yo te oigo de todos modos.

Cerró los ojos y se durmió. Elena quedó junto a ella, contemplando su sueño. Cuando Rosalía vino de puntillas a preguntarle si podía retirarse, le contestó afirmativamente con un gesto de cabeza. Dieron las once y Elena seguía allí cuando creyó que llamaban ligeramente a la puerta de entrada. Tomó la lámpara y, con gran sorpresa, fue a abrir.

— ¿Quién es?

—Soy yo, abra —contestó una voz ahogada.

Era la voz de Enrique. Abrió apresuradamente, pareciéndole natural esta visita. Sin duda el doctor acababa de enterarse de la crisis de Juana y acudía aun cuando ella no le hubiese hecho llamar, presa de cierto pudor de hacerle compartir sus preocupaciones por la salud de su hija. Pero Enrique no le dio tiempo de hablar; la siguió hasta el comedor temblando y con el rostro encendido.

—Se lo ruego, perdóneme —balbuceó cogiéndole la mano—. Hace tres días que no la veo y no he podido resistir la necesidad de verla.

Elena retiró la mano. Él retrocedió con los ojos fijos en ella, prosiguiendo:

—No tema usted nada: la quiero... Me hubiese quedado en la puerta si no me hubiese abierto. ¡Oh!, ya sé que es una locura, pero la amo, la amo...

Ella le escuchaba muy grave, con una muda severidad que le torturaba. Ante esta acogida, se dejó llevar por el impulso de su pasión:

— ¡Ah! ¿Por qué seguimos representando esta atroz comedia?... Yo no puedo más, mi corazón estallaría; haría una locura peor que la de esta noche; la cogería delante de todos y me la llevaría,...

Un deseo desenfrenado le hacía tender los brazos. Se había acercado y besaba sus vestidos; y sus febriles manos se extraviaban. Ella, completamente rígida, permanecía helada.

—Entonces, ¿no sabe usted nada? —preguntó.

Y como él había cogido su muñeca desnuda bajo la manga abierta del peinador y la cubría de ávidos besos, hizo al fin un gesto de impaciencia.



— ¡Deje esto! ¿No se da usted cuenta de que ni siquiera le escucho? ¡Acaso pienso en estas cosas! —Se calmó y preguntó de nuevo—: Entonces, ¿no sabe usted nada?... Pues bien: mi hija está enferma. Estoy contenta de verle; va usted a tranquilizarme.

Cogiendo la lámpara, pasó la primera; pero bajo el dintel se volvió para decirle duramente, con su clara mirada:

—Le prohíbo que vuelva usted a empezar aquí... ¡Nunca jamás!

Entró tras ella, tembloroso todavía, sin acabar de comprender lo que le estaba diciendo. En la habitación, a estas horas de la noche, entre la ropa interior y los vestidos esparcidos, respiró de nuevo este olor a verbena que tanto le había turbado la primera noche en la que había visto a Elena despeinada y con el chal resbalándole por los hombros. ¡Encontrarse allí de nuevo, arrodillarse, sorber todo aquel perfume de amor que flotaba y esperar así el día en adoración, abandonándose a la posesión de su sueño! Sus sienes estallaban y se apoyó en la camita de hierro de la niña.

—Se ha dormido —dijo Elena en voz baja—. Mírela.

Él no comprendía nada; su pasión no quería enmudecer. Ella se había inclinado delante de él, con lo cual adivinaba su nuca dorada, bajo sus finos cabellos rizados. Cerró los ojos para resistir el deseo de besarla en aquel sitio.

—Doctor, véala, está ardiendo... Diga: ¿es algo grave?

Entonces, pese al deseo loco que golpeaba su cráneo, cediendo a la costumbre profesional, tomó maquinalmente el pulso de Juana... Pero la lucha era demasiado fuerte y permaneció un momento inmóvil, sin que pareciera darse cuenta de que tenía aquella pobre manecita en la suya.

—Dígame: ¿tiene mucha fiebre?

—Mucha fiebre, ¿le parece? —repitió él.

La manecita calentaba la suya. Hubo un nuevo silencio. En él estaba despertando el médico. Contó las pulsaciones. Una llama se apagó en sus ojos. Poco a poco su rostro palideció; se inclinó inquieto mirando a Juana atentamente. Murmuro:

—El acceso es muy violento, tiene usted razón... ¡Dios mío!, pobre criatura...

Su deseo había muerto; no tenía ya más que la pasión de servirla. Recobró toda su sangre fría. Se había sentado e interrogaba a la madre sobre los hechos que habían precedido a la crisis, cuando la pequeña se despertó gimiendo. Se quejaba de un dolor de cabeza espantoso. Los dolores en el cuello y en los hombros se habían hecho tan vivos, que no podía hacer un movimiento sin

prorrumpir en un sollozo. Elena arrodillada al otro lado de la cama, la animaba y sonreía con el corazón destrozado al verla sufrir así.

— ¿Es que ha venido alguien, mamá? —dijo volviéndose y dándose cuenta de la presencia del doctor.

—Es un amigo que tú conoces.

La niña le examinó un momento, pensativa y como dudosa. Luego una expresión cariñosa iluminó su cara.

—Sí, sí, le conozco. Y le quiero mucho. —Y con su mimosa sonrisa añadió —: Tiene usted que curarme, señor, ¿verdad? Para que mamá se ponga contenta... Tomaré todo lo que usted me diga, lo prometo.

El doctor le había tomado el pulso de nuevo. Elena le había tomado la otra mano; y, entre los dos, ella los miraba uno tras otro con un ligero estremecimiento de la cabeza, con un gesto de atención, como si jamás les hubiese visto tan bien. Le acometió un malestar: sus manitas se crispaban reteniéndoles.

—No se vayan; tengo miedo... Defiéndanme, no dejen que toda esta gente se acerque... No quiero más que a ustedes, a ustedes dos, muy cerca. ¡Oh!, muy cerca, junto a mí, juntos...

Los atraía hacia sí, los acercaba de una manera convulsa, repitiendo:

—Juntos, juntos...

El delirio reapareció así varias veces. En los momentos de calma, Juana cedía a una somnolencia que la dejaba sin aliento, como muerta. Cuando volvía, sobresaltada, de estos breves sueños, no oía ni veía nada, y tenía los ojos como velados por unas nubecitas blancas. El doctor veló parte de la noche, que fue muy mala. Descendió sólo un momento para ir él mismo a buscar un medicamento. Cuando se fue, hacia la mañana, Elena le acompañó angustiada hasta el recibidor.

— ¿Cómo está? —preguntó.

—Su estado es muy grave —respondió él—, pero no desconfíe, se lo ruego; cuente conmigo... Volveré esta mañana, hacia las diez.

Al entrar en el dormitorio, Elena encontró a su hija sentada, buscando a su alrededor, como asustada.

— ¡Me habéis dejado, me habéis dejado! —gritó—. ¡Oh!, tengo miedo, no quiero estar sola...

Su madre la besó para consolarla; pero ella seguía buscando.

— ¿Dónde está él? ¡Oh, dile que no se vaya!... Quiero que esté ahí, quiero,

...

—Va a volver, ángel mío —repetía Elena, que mezclaba sus lágrimas con las de ella—. No nos dejará, te lo juro. Nos quiere demasiado... Vamos, sé razonable, acuéstate; yo me quedo hasta que él vuelva.

— ¿De verdad, de verdad? —murmuró la niña, que poco a poco cayó en una profunda somnolencia.

Entonces comenzaron unos días espantosos, tres semanas de tremenda angustia. La fiebre no cesó ni una hora. Juana sólo encontraba un poco de sosiego cuando el doctor estaba allí y ella le daba una de sus manitas, en tanto que su madre le cogía la otra. Se refugiaba en ellos, compartía entre los dos su adoración tiránica, como si comprendiera bajo qué protección de ardiente ternura se refugiaba. Su exquisita sensibilidad nerviosa, aguzada por la enfermedad, le hacía comprender sin duda que sólo el milagro de su amor podía salvarla. Durante horas los miraba a ambos lados de su cama con ojos graves y profundos. Toda la pasión humana, entrevista y adivinada, gravitaba en esta mirada de chiquilla moribunda. No decía nada, pero lo expresaba todo con una cálida presión, rogándoles que no se alejaran, dándoles a entender cuánto descanso sentía viéndolos así. Cuando, después de una ausencia, el médico reaparecía, era para ella como si volviera a la vida; sus ojos, que no habían cesado de mirar hacia la puerta, se llenaban de luz; luego, tranquila, se dormía oyéndoles, a él y a su madre, que se movían a su alrededor hablando en voz queda.

Al día siguiente de la crisis, el doctor Bodin se presentó. Pero Juana le puso mala cara, volviendo la cabeza y no permitiendo que la examinara.

—Él no, mamá —murmuraba—, él no; te lo ruego.

Como volviera al día siguiente, Elena tuvo que hablarle de la animosidad de la niña, de modo que el viejo médico dejó de entrar en el dormitorio. Cada dos días subía para preguntar cómo seguía, y hablaba a veces con su colega, el doctor Deberle, quien se mostraba deferente tomando en cuenta su mucha edad.

Por otra parte, era inútil que intentaran engañar a Juana. Sus sentidos eran de una extrema sensibilidad. El abate y el señor Rambaud venían cada tarde, se sentaban y pasaban una hora en un silencio desconsolado. Una tarde, cuando el doctor se iba, Elena indicó al señor Rambaud que ocupara su puesto y cogiera la mano de la pequeña. Pero al cabo de dos o tres minutos Juana, medio dormida, abrió los ojos y retiró bruscamente la mano. Lloró y dijo que eran malos con ella.

—Entonces, ¿ya no me quieres?, ¿no quieres saber nada conmigo? —repetía el señor Rambaud con lágrimas en los ojos.

Ella le miraba sin contestar, parecía ni siquiera reconocerle. El pobre hombre se volvía a su rincón con el corazón encogido. Había terminado por entrar sin hacer ruido, deslizándose hasta el quicio de una ventana, y allí, medio escondido por una cortina, se pasaba la tarde, embrutecido por la pena, con la mirada fija en la enferma. El sacerdote estaba también allí, con su enorme cabeza pálida sobre sus débiles hombros. Se sonaba ruidosamente para ocultar sus lágrimas. El peligro que corría su pequeña amiga le trastornaba hasta tal punto, que llegaba a olvidar a sus pobres.

Pero era inútil que los dos hermanos se ocultaran al fondo de la habitación: Juana sentía que estaban allí; la molestaban, se revolvía con un gesto de malestar incluso cuando estaba amodorrada por la fiebre. Entonces su madre se agachaba para comprender las palabras que balbuceaba.

— ¡Oh mamá!, me duele... Todo esto me ahoga... Haz que la gente se vaya en seguida, en seguida...

Elena, lo más suavemente posible, explicaba a los dos hermanos que la pequeña quería dormir. Ellos comprendían y se iban con la cabeza gacha. En cuanto estaban fuera, Juana respiraba hondo, echaba una mirada alrededor de la habitación y luego fijaba con una ternura infinita sus miradas en su madre y en el doctor.

—Buenas noches —murmuraba—. Estoy bien ahí; quédense...

Durante tres semanas, los retuvo así. Enrique, primero, venía dos veces al día; luego se pasó allí todas las tardes y dedicaba a la niña todas las horas de que podía disponer. Al principio había tenido una fiebre tifoidea; pero se presentaron síntomas tan contradictorios, que se sentía perplejo. Sin duda se enfrentaba con una de estas afecciones cloroanémicas tan incomprensibles y cuyas complicaciones son terribles a la edad en que la niña se transforma en mujer. Sucesivamente temió una lesión de corazón y un principio de tisis. Lo que le inquietaba era la exaltación nerviosa de Juana, que no sabía cómo calmar; era, sobre todo, esta fiebre intensa, persistente, que no quería ceder ni con la medicación más enérgica. Dedicaba a esta curación toda su energía y toda su ciencia, con el único pensamiento de que estaba cuidando su felicidad, su misma vida. Un gran silencio, lleno de una solemne espera, le dominaba; ni una sola vez, durante estas tres semanas de ansiedad, despertó su pasión. Ya no se estremecía con el aliento de Elena, y cuando sus miradas se encontraban sólo había en ellas la tristeza amistosa de dos seres amenazados por una común desgracia.

No obstante, minuto a minuto, sus corazones se fundían más y más el uno en el otro. Ambos vivían con el mismo pensamiento. Nada más llegar, él se enteraba al mirarlas de cómo Juana había pasado la noche, y no tenía necesidad de hablar para que ella supiera cómo encontraba a la enferma. Por

otra parte, con su valor de madre, le había hecho jurar que no la engañaría y le diría todos sus temores. Siempre de pie, no habiendo dormido tres horas seguidas en veinte noches, demostraba una fuerza y una entereza sobrehumanas, sin una lágrima, dominando su desesperación para conservar la cabeza en esta lucha contra la enfermedad de su hija. Se había producido un inmenso vacío en ella y a su alrededor, del que había desaparecido el mundo que la rodeaba, sus sentimientos de cada momento, la conciencia misma de su existencia. Nada existía ya. No deseaba la vida más que por esta criatura agonizante y por este hombre que le prometía el milagro. Era a él sólo a él, a quien ella veía y oía, y cuyas más leves palabras tomaban una suprema importancia, y al que ella se abandonaba sin reservas con la ilusión de estar con él para infundirle su fuerza. Sordamente, inevitablemente, esta posesión se realizaba. Cuando Juana pasaba una hora de peligro, casi cada tarde, en este momento en que la fiebre duplicaba su intensidad, ellos estaban allí, silenciosos y solos, en el dormitorio sudoroso: y, pese a ellos, como si quisieran sentirse dos contra la muerte sus manos se encontraban al borde de la cama, un largo apretón los acercaba, temblorosos de inquietud y compasión, hasta que un débil suspiro de la niña, una respiración tranquila y regular, les advertía que había terminado la crisis. Entonces, con una inclinación de cabeza, se tranquilizaban. Otra vez, su amor había vencido. Y cada vez se apretaban la mano con más fuerza, se unían más estrechamente.

Una noche, Elena adivinó que Enrique le ocultaba algo. Desde hacía diez minutos examinaba a Juana sin decir palabra. La pequeña se quejaba de una sed intolerable; se ahogaba, su seca garganta dejaba oír un silbido constante. Luego le había invadido una somnolencia, con el rostro muy colorado, tan pesado que ni siquiera podía abrir los párpados. Permanecía inerte; se habría dicho que estaba muerta sin el silbido de la garganta.

—La encuentra usted muy mal, ¿verdad? —preguntó Elena lacónicamente.

Contestó que no, que no había ningún cambio. Pero estaba muy pálido y permanecía sentado como aplastado por su impotencia. Entonces, pese a la tensión de todo su ser, ella se desplomó sobre una silla al otro lado del lecho.

—Dígame todo. Usted juró que me lo diría todo... ¿Está perdida? —Y como él callara, repitió con violencia—: Ya ve que soy fuerte... ¿Lloro acaso? ¿Acaso me desespero?... Hable, quiero saber la verdad.

Enrique la miró fijamente y habló con lentitud.

—Pues bien, si dentro de una hora no ha salido de esta somnolencia, será el final.

Elena no lanzó ni un sollozo. Estaba completamente fría, con un horror que erizaba sus cabellos. Sus ojos se inclinaron hacia Juana, cayó de rodillas y

cogió a su niña entre sus brazos con un ademán soberbio de posesión, como para retenerla contra su hombro. Durante un largo minuto inclinó su rostro contra el suyo, sorbiéndola con la mirada, queriendo darle su aliento, su propia vida. La jadeante respiración de la enfermita se hacía más breve.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?... —repuso levantando la cabeza—. ¿Por qué se queda usted parado? Haga algo... —Él tuvo un gesto de desaliento—. Haga algo... ¿Qué sé yo? No importa qué. Algo debe de poder hacerse. No va usted a dejarla morir... ¡Esto es imposible!

—Lo haré todo —dijo simplemente el doctor.

Se levantó. Y comenzó una lucha suprema. Volvió a recobrar toda su sangre fría y toda su decisión de médico experimentado. Hasta entonces no se había atrevido a emplear medios violentos, temiendo debilitar este pequeño cuerpo, ya de tan escasa vida. Pero ya no dudó más; mandó a Rosalía a buscar doce sanguijuelas. No ocultó a la madre que se trataba de un intento desesperado que podía salvar o matar a su hija. Cuando las sanguijuelas estuvieron allí, notó en ella un momento de desfallecimiento.

— ¡Oh Dios mío, Dios mío! —murmuró—, si la mata usted...

Tuvo que arrancarle su consentimiento.

—Bueno, póngaselas, pero ¡qué el cielo le inspire!

No había soltado a Juana y se negó a levantarse, pues quería conservar su cabeza sobre su hombro. Él, frío el semblante, no dijo nada, absorto en el esfuerzo que intentaba. Primero las sanguijuelas no prendieron. Pasaban los minutos y sólo el balanceo del péndulo en la gran habitación llena de sombras ponía su latido implacable y obstinado. Cada segundo se llevaba una esperanza. Bajo el círculo de claridad amarilla que caía de la lámpara, la desnudez adorable y doliente de Juana, en medio de las sábanas recogidas, tenía una palidez de cera. Elena, con los ojos secos, ahogándose, miraba sus pequeños miembros ya muertos; y por ver una gota de sangre de su hija hubiese dado muy a gusto toda la suya. Por fin, apareció una gota roja: las sanguijuelas prendían. Una a una se fueron fijando. La existencia de la niña se decidía. Fueron minutos terribles, de una emoción intensísima. ¿Era su último suspiro, este aliento que exhalaba Juana?, ¿era la vuelta a la vida? Durante un momento, Elena la sintió rígida, creyó que se moría y tuvo el furioso deseo de arrancar aquellas bestezuelas que bebían tan golosamente; pero una fuerza superior la retuvo, permaneciendo boquiabierta y helada. El péndulo seguía latiendo y todo el dormitorio parecía esperar anhelante.

La niña se agitó. Sus párpados se levantaron lentamente; luego los cerró como sorprendida y cansada. Una ligera vibración pasó por su rostro, como si respirase. Movié los labios. Elena, ávida, tensa, se inclinaba con una atención

arisca.

—Mamá, mamá —murmuró Juana.

Entonces Enrique se acercó a la cabecera de la cama, junto a la joven, diciendo:

—Está salvada.

—Está salvada... Está salvada... —repetía Elena, balbuceando, inundada de una alegría tal que resbaló hasta el suelo, junto a la cama, mirando a su hija, mirando al doctor, como loca.

Y, haciendo un gesto violento, se levantó y se lanzó al cuello de Enrique.

— ¡Ah, te quiero! —exclamó.

Le besaba, le abrazaba. Era su confesión, esta confesión largo tiempo retenida, que se escapaba al fin en esta crisis de su corazón. La madre y la amante se confundían en este momento delicioso: ofrecía su amor ardiente de agradecimiento.

—Lloro, lo ves, puedo llorar —balbuceó—. ¡Dios mío! ¡Cómo te quiero, y cuán felices vamos a ser!

Le tuteaba entre sollozos. La fuente de sus lágrimas, seca desde hacía tres semanas, resbalaba sobre sus mejillas. Se había quedado entre sus brazos, acariciadora y familiar, como un niño, arrastrada por la expansión de toda su ternura. Luego, volvió a caer de rodillas, cogió de nuevo a Juana para adormecerla contra su pecho: y de cuando en cuando, mientras su hija descansaba, levantaba hacia Enrique sus ojos húmedos de pasión.

Fue una noche de felicidad. El doctor se quedó hasta muy tarde. Tendida en su lecho, tapada hasta la barbilla, su fina cabeza morena encima de la almohada, Juana cerraba los ojos sin dormir, tranquilizada y exhausta. La lámpara, puesta sobre el velador que habían arrastrado junto a la chimenea, iluminaba nada más que un extremo del dormitorio, dejando en una sombra vaga a Elena y Enrique, sentados en sus puestos habituales, a ambos lados de la estrecha cama. Pero la niña no los separaba; por el contrario, los acercaba y añadía su inocencia a su primera velada de amor. Los dos disfrutaban de la calma, después de los largos días de angustia que acababan de pasar. Por fin se encontraban de nuevo uno al lado del otro, con sus corazones más ampliamente abiertos; comprendían perfectamente que se querían más, con estos terrores y estas alegrías comunes, de los que salían temblorosos. La habitación se hacía cómplice, tan tibia, tan discreta, llena de este culto que pone un silencio emocionado alrededor del lecho de un enfermo. Elena se levantaba a cada momento y, de puntillas, iba a buscar una medicina, a reanimar la luz de la lámpara, a dar una orden a Rosalía; mientras, el doctor,

que la seguía con los ojos, le hacía señas para que caminase sin hacer ruido. Después, cuando se sentaba de nuevo, cambiaban una sonrisa. No se decían ni una palabra; únicamente se interesaban por Juana, que era como su mismo amor. Pero a veces, ocupándose de ella, cuando le subían el embozo o le levantaban la cabeza, sus manos se encontraban, se olvidaban, juntas, un instante. Era la única caricia, involuntaria y furtiva, que se permitían.

—No estoy dormida —murmuraba Juana—; sé muy bien que estáis aquí.

Entonces se alegraban de oírla hablar. Sus manos se separaban y no sentían otros deseos. La niña los satisfacía y los calmaba.

— ¿Te sientes bien, querida? —preguntaba Elena cuando la sentía moverse.

Juana no contestaba en seguida. Hablaba como en sueños.

— ¡Oh sí! No me siento a mí misma..., pero os oigo, y esto me agrada.

Luego, al cabo de un instante, hacía un esfuerzo, levantaba los párpados y los miraba. Y sonreía deliciosamente al cerrar los ojos.

Al día siguiente, cuando el sacerdote y el señor Rambaud se presentaron, Elena dejó escapar un gesto de impaciencia. Le estorbaban en su rincón de felicidad. Y, como le preguntaban temblando ante el temor de oír malas noticias, Elena tuvo la crueldad de decirles que Juana no estaba mejor. Contestó esto sin pensarlo, impulsada por el egoísta deseo de guardar para sí y para Enrique el placer de haberla salvado y de ser los únicos en saberlo. ¿Por qué querían compartir su felicidad? Les pertenecía y le parecía que disminuiría si otros se enteraban. Le habría parecido como si un extraño penetrase en su amor.

El sacerdote se acercó al lecho.

—Juana, somos nosotros, tus buenos amigos... ¿No nos conoces?

Con gravedad hizo un gesto con la cabeza. Los reconocía, pero no quería hablar, pensativa, lanzando miradas de inteligencia hacia su madre. Y los pobres hombres se fueron más desconsolados que otras noches.

Tres días después, Enrique permitió a la enferma su primer huevo pasado por agua. Fue todo un acontecimiento. Juana quiso, en absoluto, comérselo sola, con su madre y el doctor, y con la puerta cerrada. Como el señor Rambaud se encontraba allí precisamente, murmuró al oído de su madre, que ya extendía una servilleta sobre la cama, a manera de mantel:

—Espera; cuando él se haya ido. —Luego, en cuanto se hubo alejado, añadió—: En seguida, en seguida... Es más divertido cuando no hay nadie.

Elena la había sentado, mientras Enrique ponía dos almohadas tras ella



para sostenerla. Y, con la servilleta en su puesto y un plato encima de las rodillas, Juana esperaba con una sonrisa.

—Voy a cascártelo, ¿quieres? —preguntó su madre.

—Sí, eso es, mamá.

—Y yo voy a cortarte tres pedacitos de pan —dijo el doctor.

— ¡Oh, cuatro! Seguro que comeré cuatro; ya verás.

Ella tuteaba al doctor ahora. Cuando él le dio el primer trozo, ella cogió su mano y, como había guardado la de su madre, besó las dos, yendo de una a otra con el mismo afecto apasionado.

—Vamos, sé razonable —dijo Elena, que la veía a punto de estallar en sollozos—: cómete bien tu huevo para darnos gusto.

Entonces Juana empezó; pero estaba tan débil, que después del segundo trocito de pan se sintió muy cansada. Sonreía a cada bocado, diciendo que tenía los dientes blandos. Enrique la animaba. Elena tenía las lágrimas al borde de los ojos. ¡Dios mío! ¡Estaba viendo comer a su hija! Seguía el pan; este primer huevo la enternecía hasta las entrañas. El brusco pensamiento de Juana muerta, rígida bajo una sábana, le heló la sangre. Pero la niña comía, comía, tan gentil, con sus gestos pausados y sus vacilaciones de convaleciente.

—No te vas a enfadar, mamá... Hago lo que puedo; ya estoy comiendo el tercer pedazo... ¿Estás contenta?

—Muy contenta, querida mía... No sabes la alegría que me estás dando.

En el desbordamiento de felicidad que la ahogaba, no se dio cuenta y apoyóse en el hombro de Enrique. Los dos sonreían a la niña. Pero ésta, lentamente, pareció acometida por un malestar; les dirigió unas miradas furtivas y luego bajó la cabeza; no quiso comer más y una sombra de desconfianza y cólera hizo palidecer su rostro. Hubo que acostarla de nuevo.

### III

La convalecencia duró meses. En agosto, Juana estaba todavía en la cama. Se levantaba una hora o dos por la tarde, y para ella representaba una enorme fatiga ir hasta la ventana donde permanecía tendida en una butaca frente a un París incendiado por la puesta del sol. Sus pobres piernas se negaban a llevarla; como decía ella con una pálida sonrisa, no tenía suficiente sangre ni para un pajarito; había que esperar a que comiera muchas sopas. Le ponían pequeños pedazos de carne cruda en el caldo. Acabó por gustarle, porque lo

que ella deseaba era poder bajar pronto a jugar al jardín.

Estas semanas, estos meses, pasaron monótonos y deliciosos, sin que Elena contase los días. No salía nunca, olvidaba al mundo entero al lado de Juana. Ninguna noticia exterior llegaba hasta ella. Era, delante de París que llenaba el horizonte con su humo y su ruido, un retiro más apartado y más cerrado que las santas ermitas perdidas entre las rocas. Su niña estaba salvada, esta certeza le bastaba, pasaba los días espiando el retorno de la salud, feliz ante cualquier detalle, ante una mirada brillante, ante un gesto alegre. A cada hora iba recobrando más y más a su hija, con sus hermosos ojos y sus cabellos que, de nuevo, se hacían suaves. Le parecía que ella le estaba dando la vida por segunda vez.

Cuanto más lenta era la resurrección tanto más gustaba de sus delicias, y se acordaba de los días lejanos en que la amamantaba, experimentando, al verla recuperar sus fuerzas, una emoción más fuerte todavía que antaño, cuando medía sus piececitos sobre sus manos juntas para saber si andaría pronto.

No obstante, persistía cierta inquietud; varias veces había notado aquella sombra que, de pronto, hacía palidecer el rostro de Juana, volviéndola desconfiada y hosca. ¿Por qué, en medio de una alegría, cambiaba tan bruscamente? ¿Es que sufría? ¿Es que le ocultaba algún despertar del dolor?

—Dime, querida: ¿qué te pasa?... Ahora mismo te reías y pareces enfadada. Respóndeme: ¿sientes dolor en algún sitio?

Pero Juana volvía la cabeza violentamente y hundía su cara en la almohada.

—No me pasa nada —decía con voz seca—. Déjame, por favor.

Guardaba su rencor toda una tarde, mirando fijamente la pared, testaruda, abandonándose a una gran tristeza que su madre, desesperada, no podía comprender. El doctor no sabía qué decir; estos accesos se producían siempre cuando él estaba allí, y los atribuía al estado nervioso de la enferma. Sobre todo, recomendaba que evitasen contrariarla.

Una tarde, estando Juana dormida, Enrique, que la había encontrado muy bien, se entretuvo en la habitación hablando con Elena, ocupada de nuevo en sus eternos trabajos de costura ante la ventana. Desde la terrible noche en que, con un grito apasionado, ella le había confesado su amor, los dos vivían sin sobresalto, abandonándose a la delicia de saber que se amaban, sin pensar en el mañana, olvidados del mundo. Junto al lecho de Juana, en aquella habitación conmovida todavía por la agonía de la niña, la castidad los protegía contra toda sorpresa de los sentidos. Su inocente aliento los calmaba. No obstante, a medida que la enferma se mostraba más fuerte, su amor también recobraba fuerzas, les regaba la sangre; permanecían uno al lado del otro,

estremecidos, gozando de la hora presente, sin querer pensar en lo que harían cuando Juana ya se levantara y su pasión estallase libre y saludable.

Durante horas enteras se arrullaban con algunas palabras pronunciadas de tarde en tarde, en voz baja, para no despertar a la pequeña. No importaba que las palabras fuesen banales, los emocionaban profundamente. Aquel día sentían una gran ternura uno por otro.

—Le aseguro que está mucho mejor —dijo el doctor—. Antes de quince días podrá bajar al jardín.

Elena clavó con fuerza la aguja y murmuró:

—Todavía ayer estaba muy triste... Pero esta mañana se rio y me prometió ser juiciosa.

Hubo un largo silencio. La niña seguía descansando, con un sueño que envolvía a los dos en una gran paz. Cuando descansaba así se sentían aliviados y se pertenecían más el uno al otro.

— ¿No ha vuelto usted a ver el jardín? —siguió Enrique—. Ahora está lleno de flores.

—Las margaritas habrán crecido, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí, el macizo está soberbio... Las clemátides han trepado por los olmos. Se diría un nido de hojas.

Volvió el silencio. Elena dejaba de coser, le miraba sonriendo y su común imaginación les hacía ver paseándose por avenidas profundas, avenidas ideales, negras de sombra, en las que caía una lluvia de rosas. Él, inclinado sobre ella, sorbía el ligero perfume de verbena que subía de su peinador. Pero un ligero roce de ropas vino a turbarlos.

—Se está despertando —dijo Elena, que levantó la cabeza.

Enrique se había separado. Lanzó igualmente una mirada hacia el lecho. Juana acababa de coger su almohada entre sus bracitos y, con la barbilla hundida en las plumas, tenía ahora el rostro completamente vuelto hacia ellos. Pero sus párpados seguían cerrados; parecía que iba a dormirse de nuevo con una respiración lenta y regular.

— ¿Está usted siempre cosiendo? —preguntó él acercándose.

—No puedo estar sin hacer algo con las manos —respondió ella—. Es algo maquinal que regula mis pensamientos... Durante horas, sigo pensando lo mismo, sin cansarme.

Él no dijo nada más; seguía su aguja, que respunteaba el calicó con un leve ruido cadencioso. Le parecía que este hilo arrastraba y anudaba sus dos

existencias. Ella había podido seguir cosiendo durante horas y él hubiese permanecido escuchando el lenguaje de la aguja, un arrullo que repetía en su interior la misma palabra sin cansarlos jamás. Es lo que querían: pasar así los días, en este rincón de paz, el uno junto al otro, mientras la niña dormía y evitando moverse a fin de no turbar su sueño. ¡Una inmovilidad deliciosa, un silencio en el que oían sus corazones, una dulzura infinita que los enajenaba con una sensación única de amor y de eternidad!

—Es usted buena, es usted buena —murmuró repetidas veces, no encontrando otras palabras para expresar la felicidad que le debía.

Elena había levantado de nuevo la cabeza, sin sentir la menor molestia al sentirse tan ardientemente amada. El rostro de Enrique estaba junto al suyo. Por un momento se contemplaron.

—Déjeme usted trabajar —dijo ella en voz baja—. No voy a terminar nunca.

Pero en este momento una inquietud instintiva la hizo volverse. Vio a Juana, que los estaba mirando, con su cara pálida y sus ojos, abiertos, de un negro intenso. La niña no se había movido, con la barbilla entre las plumas y apretando la almohada entre sus bracitos. Acababa de abrir los ojos y los estaba mirando.

—Juana, ¿qué tienes? —preguntó Elena—. ¿Te sientes mal? ¿Quieres algo?

No respondió, no se movió, ni siquiera bajó los párpados, y en sus grandes ojos fijos centelleaba una llama. La sombra hosca cubría su frente, sus mejillas palidecían y se hundían. Ya se retorció las muñecas, como cuando iba a acometerle una crisis de convulsiones. Elena se levantó corriendo, rogándola que hablase; pero ella conservaba su testaruda rigidez y fijaba en su madre una mirada tan negra, que ésta acabó por enrojecer y balbucear:

—Doctor, véala usted: ¿qué le ocurre?

Enrique había separado su silla de la silla de Elena; se acercó al lecho y quiso coger una de sus manitas, que estrechaban con tanta fuerza la almohada. Entonces, a su contacto, Juana pareció recibir una sacudida. De un salto, se volvió hacia la pared, gritando:

— ¡Déjeme usted!... ¡Me hace usted daño!

Se había escondido bajo el cobertor. En vano, durante un cuarto de hora, ambos intentaron calmarla con cariñosas palabras. Luego, ante su insistencia, se incorporó y, juntando las manos, suplicó:

—Déjenme, por favor... Me hacen ustedes daño. Déjenme.

Elena, trastornada, fue a sentarse delante de la ventana. Pero Enrique no ocupó su puesto junto a ella. Al fin acababan de comprender. Juana estaba celosa. No se les ocurrió ninguna palabra. El doctor caminó un minuto en silencio; luego se retiró viendo las ansiosas miradas que la madre lanzaba al lecho. En cuanto él se hubo alejado, volvió hacia su hija, la cogió por la fuerza entre sus brazos y le habló largamente.

—Escucha, pitusa, estoy sola... Mírame y contéstame... ¿No te duele nada? Entonces, ¿es que te hice enfadar? Tienes que decírmelo todo... ¿Es conmigo que estás enfadada? ¿Qué es lo que te entristece?

Pero fue inútil que la interrogara, que diese a sus preguntas diferentes formas. Juana no dejaba de jurar que no tenía nada. Luego, de pronto, gritó y repitió:

—Tú ya no me quieres... No me quieres...

Y estalló en grandes sollozos, rodeando con sus brazos convulsos el cuello de su madre, cubriéndole la cara de ávidos besos. Elena, con el corazón destrozado, ahogándose en una tristeza indecible, la mantuvo largo rato contra su pecho, mezclando sus lágrimas a las suyas y jurándole que nunca jamás amaría a nadie tanto como a ella.

A partir de este día, los celos de Juana despertaban por una palabra, por una mirada. Mientras ella se había sentido en peligro, un instinto le había hecho aceptar este amor que sentía tan tierno a su alrededor y que la salvaba. Pero ahora volvía a ser fuerte y no quería seguir compartiendo a su madre. Se apoderó de ella un rencor hacia el doctor, un rencor que aumentaba sordamente y se convertía en odio a medida que se encontraba mejor. Esto iba incubándose en su obstinada cabeza y en todo su ser silencioso y suspicaz. Nunca quiso explicarse con claridad: ella misma lo ignoraba. Le dolía aquí cuando el doctor se acercaba demasiado a su madre; y ponía sus dos manos sobre el pecho. Esto era todo; algo la quemaba, y una rabia furiosa la ahogaba y la hacía palidecer. No podía evitarlo: encontraba que la gente era injusta y se obstinaba más, sin contestar, cuando la reñían por ser tan mala. Elena, temblorosa, no atreviéndose a impulsarla a que se diese cuenta de su malestar, apartaba los ojos ante esta mirada de una niña de doce años en que brillaba demasiado pronto toda la apasionada vida de una mujer.

—Juana, me entristeces mucho —le decía con lágrimas en los ojos, cuando la veía en un acceso de loco arrebato, que reprimía y la ahogaba.

Pero esta frase, omnipotente otras veces, que le hacía correr llorando a los brazos de Elena, ya no la conmovía. Su carácter cambiaba. Diez veces al día cambiaba de humor. Generalmente tenía una voz breve e imperativa, hablando con su madre como hubiese hablado a Rosalía, molestándola por los más

pequeños servicios, imponiéndose y quejándose siempre.

—Dame una taza de tisana... ¡Qué lenta eres! Me dejáis que me muera de sed.

Después, cuando Elena le daba la taza, decía:

—No está azucarada... No la quiero.

Volvía a acostarse violentamente y, cuando por segunda vez le daban la tisana, la rechazaba porque tenía demasiado azúcar. No querían cuidarla; lo hacían a propósito. Elena, que temía ponerla todavía más nerviosa, no contestaba y la miraba con lágrimas en las mejillas.

Juana, sobre todo, guardaba sus cóleras para las horas en que iba el médico. En cuanto entraba, se hundía en el lecho y bajaba solapadamente la cabeza como esos animales salvajes que no toleran que se les acerque un extraño. Ciertos días se negaba a hablar, le abandonaba el pulso, se dejaba examinar, inerte, con los ojos fijos en el techo. Otros días no quería ni verle y se tapaba los ojos con sus dos manos tan rabiosamente, que habría sido necesario torcerle los brazos para separárselas. Una noche, cuando su madre le presentaba la cucharada de medicina, soltó esta cruel frase:

—No; esto me envenena.

Elena quedó impresionada, con el corazón atravesado por un dolor agudo, temiendo ir hasta el fondo de aquella expresión.

— ¿Qué estás diciendo, querida? —preguntó—. ¿Sabes lo que estás diciendo?... Los remedios nunca son buenos. Este tienes que tomarlo.

Pero Juana mantuvo su testarudo silencio, volviendo la cabeza para no tomar la medicina. A partir de este día fue caprichosa, tomando o no las medicinas según el humor del momento. Olfateaba las botellas, las examinaba desconfiada encima de su mesita de noche. Cuando había rechazado una la reconocía siempre, y antes se hubiera dejado morir que tomar una sola gota de ella. Sólo a veces el bueno del señor Rambaud lograba decidirla. Le abrumaba ahora con una ternura exagerada, sobre todo cuando el doctor estaba allí y dirigía hacia su madre brillantes miradas para ver si ella sufría de este afecto que testimoniaba a otro.

— ¿Ah, eres tú, mi buen amigo? —exclamaba en cuanto le veía aparecer—. Ven a sentarte cerquita de mí... ¿Traes naranjas?

Se incorporaba escudriñando entre risas sus bolsillos, donde siempre había alguna golosina. Después le besaba, representaba toda una comedia apasionada, satisfecha y vengada con el tormento que creía adivinar en la pálida cara de su madre. El señor Rambaud estaba muy orondo de haber hecho así las paces con su querida pequeña. Pero en el recibidor, Elena había ido a su

encuentro, advirtiéndole con una rápida frase. Entonces, como de pronto, aparentaba darse cuenta de la porción que había encima de la mesa.

— ¡Diantre! ¿Estás tomando jarabe?

La cara de Juana se oscurecía, y decía a media voz:

—No, no, es malo; huele que apesta. ¡Yo no bebo esto!

— ¡Cómo! ¡Tú no bebes esto! —replicaba el señor Rambaud con gesto alegre—. Te apuesto a que está muy bueno... ¿Me permites que tome un poco?

Sin esperar el permiso, se echaba una generosa cucharada y la tragaba sin una mueca, simulando una satisfacción golosa.

— ¡Oh, exquisito! —murmuraba—. Estás en un error... Espera, sólo un poquito.

Juana, divertida, dejaba de defenderse. Quería de todo lo que el señor Rambaud hubiese probado, seguía con atención sus movimientos, parecía estudiar en su rostro el efecto de la droga. Y el pobre hombre, durante un mes, se hartó de productos farmacéuticos. Cuando Elena le daba las gracias, él levantaba los hombros.

— ¡Déjelo! ¡Si está bueno! —acababa por decir, convencido, satisfecho de compartir por gusto los medicamentos de la pequeña.

Pasaba las tardes junto a ella. El abate, por su parte, venía cada dos días. Ella los retenía todo el tiempo posible y se enfadaba cuando los veía coger sus sombreros. Ahora temía encontrarse a solas con su madre y el doctor; hubiese querido que siempre hubiese gente allí para separarlos. A menudo llamaba a Rosalía sin motivo. Cuando se quedaban solos sus miradas no los dejaban, los perseguían por todos los rincones del dormitorio. Palidecía en cuanto se tocaban la mano. Si cruzaban una palabra en voz baja, se incorporaba enfadada, queriendo saber. No toleraba siquiera que el traje de su madre, sobre la alfombra, rozara el pie del doctor. No podían acercarse, mirarse, sin que a ella, le acometiera inmediatamente un temblor. Su carne dolorida, su pobre pequeño ser inocente y enfermo, tenía una susceptibilidad extremada que le hacía volverse bruscamente cuando adivinaba que tras ella se habían sonreído. Los días en que más se querían los acertaba ella en el aire que le daban, y estos días estaba más triste, sufría como sufren las mujeres nerviosas cuando se acerca una violenta tempestad.

En torno a Elena, todo el mundo consideraba a Juana como fuera de peligro. Ella misma, poco a poco, había ido compartiendo esta certeza. Por esto acabó por tratar las crisis como antojos de niña mimada, sin importancia. Después de las seis semanas de angustia que acababa de pasar, sentía cierta

necesidad de vivir. Su hija, ahora, podía prescindir de sus servicios durante horas y constituía un alivio delicioso, un descanso y una voluptuosidad vivir estas horas para ella, que desde hacía tanto tiempo no sabía siquiera si existía. Hurgaba en sus cajones y encontraba con alegría objetos olvidados, se ocupaba en toda clase de pequeños menesteres para recobrar la marcha feliz de su vida diaria. En esta renovación, aumentaba su amor. Enrique era como la recompensa que se concedía por haber sufrido tanto. En el fondo de esta habitación, se sentían fuera del mundo, perdiendo el recuerdo de todo obstáculo. Nada los separaba, excepto esta niña, sobresaltada por su pasión.

Entonces fue justamente Juana quien acució sus deseos. Siempre entre ellos, con su mirada espíandolos, les obligaba a un recato constante, a una comedia de indiferencia de la que salían más ansiosos. Durante días no podían cruzar una palabra, dándose cuenta de que ella los escuchaba, incluso cuando parecía adormecida. Una noche en que Elena había acompañado a Enrique, en el recibidor, muda, vencida, iba a caer en sus brazos, cuando Juana, tras la puerta cerrada, se puso a gritar: «¡Mamá! ¡mamá!», con una voz furiosa como si el beso ardiente con que el médico rozó los cabellos de su madre hubiese repercutido en ella. Elena tuvo que entrar rápidamente en la habitación, pues acababa de oír que la niña saltaba de la cama. La encontró temblando, desesperada, corriendo en camisa. Juana no quería que la dejaran. A partir de este día, sólo les quedó un apretón de manos a la llegada y a la partida. La señora Deberle, desde hacía un mes, se había ido a los baños de mar con su pequeño Luciano; el doctor, que disponía de todas las horas no podía pasar junto a Elena más allá de diez minutos. Habían terminado sus largas conversaciones, tan dulces, delante de la ventana. Cuando se miraban, una llama cada vez más grande se encendía en sus ojos.

Lo que sobre todo acabó de torturarlos fueron los cambios de humor de Juana. Una mañana se deshizo en llanto cuando el doctor se inclinó sobre ella. Durante todo el día su odio se transformó en ternura febril; quiso que se quedase junto a su cama, llamó a su madre veinte veces como si quisiera verlos uno junto a otro, emocionados y sonrientes. Elena, muy feliz, soñaba ya en una larga serie de días parecidos. Pero al día siguiente, cuando Enrique llegó, la niña le recibió tan duramente, que la madre, con una mirada, le suplicó que se retirara; toda la noche Juana se había agitado con el arrepentimiento indignado de haber sido buena. A cada instante se reproducían escenas parecidas. Después de las horas exquisitas que les concedía la niña en sus momentos de cariños apasionados, llegaban las horas malas como un latigazo que acrecentaba en ellos la necesidad de ser el uno del otro.

Entonces, un sentimiento de rebeldía fue creciendo poco a poco en Elena. Es verdad que hubiera dado la vida por su hija. Pero ¿por qué esta niña mala la torturaba hasta tal punto, ahora que estaba fuera de peligro? Cuando ella se



abandonaba dejándose llevar por cualquier sueño vago en el que se veía pasear con Enrique, en un país desconocido y encantador, de pronto, la imagen rígida de Juana surgía, provocando el desgarramiento de sus entrañas y su corazón. Sufría demasiado en esta lucha entre su maternidad y su amor.

Una noche, pese a la prohibición expresa de Elena, vino el doctor. Desde hacía ocho días no habían podido cruzar una palabra. Ella no quería recibirle; pero él, suavemente, la empujó hacia la habitación, como para tranquilizarla. Allí los dos se creían seguros de sí mismos. Juana dormía profundamente. Se sentaron en sus puestos habituales, junto a la ventana, lejos de la lámpara, y una sombra tranquila los envolvió. Durante dos horas estuvieron hablando, acercando sus caras para hablar más bajo, tan bajo, que apenas su aliento alteraba el silencio de la gran habitación aletargada. De vez en cuando volvían la cabeza, echando una mirada sobre el fino perfil de Juana, cuyas manitas, juntas, descansaban sobre la sábana. Pero acabaron por olvidarla. Su balbuceo crecía. Elena, de pronto separó sus manos, que ardían bajo los besos de Enrique, y sintió el frío horror de la abominación que habían estado a punto de cometer.

— ¡Mamá! ¡Mamá! —balbuceó Juana, bruscamente agitada, como atormentada por alguna pesadilla.

Se debatía en su lecho, con los ojos pesados de sueño, intentando sentarse en la cama.

—Escóndete, por favor, escóndete —repetía Elena, apurada—; si te quedas ahí, la matas.

Enrique desapareció rápidamente en el hueco de la ventana, tras una de las cortinas de terciopelo azul. Pero la niña seguía doliéndose.

— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Oh, cómo sufro!...

—Estoy aquí, junto a ti, querida... ¿Dónde te duele?

—No lo sé... Es por ahí, ¿ves? Es como si me quemara.

Había abierto los ojos y, con la cara contraída, apoyaba sus manitas en el pecho.

—Me ha dado de golpe... Estaba durmiendo y sentí como un gran fuego.

—Pero ya pasó. ¿Ya no sientes nada?

—Sí, sí, igual.

Y con una mirada inquieta recorrió toda la habitación. Ahora estaba completamente despierta; la sombra hosca descendía y hacía palidecer sus mejillas.

— ¿Estás sola, mamá?

— ¡Claro, querida!

Sacudió la cabeza mirando, oliendo el aire con creciente agitación.

—No, no, estoy segura... Hay alguien... Tengo miedo, mamá, tengo miedo. ¡Oh! Tú me engañas, no estás sola...

Una crisis nerviosa la acometió, se echó en la cama sollozando y escondiéndose debajo del cobertor como para escapar de algún peligro. Elena, trastornada, hizo salir inmediatamente a Enrique. Él quería quedarse para cuidar de la niña, pero ella le empujó hacia fuera. Volvió y cogió a Juana entre sus brazos mientras ésta repetía la queja que resumía siempre sus grandes dolores:

—Tú ya no me quieres... Ya no me quieres...

—Cállate, ángel mío, no digas esto —gritó la madre—. Te quiero más que a nadie en el mundo... ¡Vas a ver cómo te quiero!

La cuidó hasta la mañana, resuelta a darle su corazón, asustada de ver que su amor repercutía tan dolorosamente en esta querida criatura. Su hija vivía su amor. Al día siguiente, exigió una consulta. El doctor Bodin vino como por casualidad y examinó a la enferma, a la que auscultó bromeando. Luego tuvo una larga conversación con el doctor Deberle, que se había quedado en la habitación vecina. Ambos estuvieron de acuerdo en que, por el momento, no se observaba ninguna gravedad; pero, temiendo complicaciones, interrogaron largamente a Elena, sintiéndose ante una de estas neurosis que tienen una historia en la familia y que desconciertan a la ciencia. Entonces ella les dijo lo que, en parte, ya sabían: su abuela encerrada en un manicomio de Tulettes, a algunos kilómetros de Plassans, su madre muerta repentinamente de una tisis galopante, después de una vida de trastornos y crisis nerviosas. Ella era como su padre, al que se parecía en los rasgos de la cara y del que conservaba el carácter equilibrado. Juana, por el contrario, era el vivo retrato de su abuela, pero mucho más delicada; nunca alcanzaría su alta talla ni su fuerte armazón ósea. Los dos médicos repitieron una vez más que necesitaba grandes cuidados. Nunca se tomarían demasiadas precauciones con estas afecciones cloroanémicas, que favorecen el desarrollo de tantas enfermedades crueles.

Enrique había escuchado al viejo doctor Bodin con una deferencia que jamás había tenido por ningún colega. Le consultaba sobre Juana con los aires de un alumno que duda de sí mismo. La verdad es que acababa por temblar ante esta niña; escapaba a su ciencia y temía matarla y perder a la madre. Transcurrió una semana. Elena dejó de recibirle en la habitación de la enferma. Entonces, por propio impulso, herido en el corazón, enfermo, cesó en sus visitas.

Hacia finales de agosto, Juana pudo por fin levantarse y andar por la casa. Se reía, aliviada; en quince días no había tenido ninguna crisis. Su madre, toda para ella, siempre junto a ella, había bastado para curarla. Durante los primeros días, la niña seguía desconfiada, probaba sus besos, se inquietaba de sus movimientos, exigía que le diese la mano para dormirse y quería conservarla durante el sueño. Luego, viendo que ya no subía nadie, que ya no tenía que compartirla con nadie, había recobrado la confianza, feliz de comenzar de nuevo su buena vida de antes, ambas solas, trabajando delante de la ventana. Cada día se ponía más de color de rosa. Rosalía decía que estaba floreciendo a ojos vista.

Ciertas tardes, no obstante, al caer la noche, Elena se abandonaba. Desde la enfermedad de su hija, se había vuelto seria, un poco pálida, con una arruga en la frente que antes no tenía. Y cuando Juana se daba cuenta de uno de estos movimientos de cansancio, en una de estas horas desesperadas y vacías, ella misma se sentía muy desgraciada y le pesaba en el corazón un vago remordimiento. Dulcemente, sin hablar, se colgaba de su cuello. Luego, en voz baja, decía:

— ¿Eres feliz, madrecita?

Elena sentía un estremecimiento y se apresuraba a responder:

— ¡Claro que sí, querida!

La niña insistía:

—Eres feliz, feliz... ¿Seguro?

—Muy seguro... ¿Cómo quieres que no sea feliz?

Entonces Juana la apretaba estrechamente en sus bracitos como para recompensarla. La quería amar tan fuerte, decía, tan fuerte, que no se pudiese encontrar una madre tan feliz en todo París.

## IV

El jardín del doctor Deberle, en agosto, era un verdadero pozo de verdor. Junto a la verja, las lilas y los codesos mezclaban sus ramas, en tanto que las plantas trepadoras, las hiedras, las madreselvas y las clemátides lanzaban por todas partes sus brotes sin fin, que se deslizaban, se anudaban, caían como una lluvia, llegaban hasta los olmos del fondo después de haber corrido a lo largo de las tapias; y allí se hubiese dicho que formaban una tienda, atada de un árbol a otro, en que los olmos se erguían como los pilares sólidos y frondosos de un salón de verdor. Este jardín era tan diminuto, que la menor sombra

bastaba para cubrirlo. A mediodía, en el centro, el sol ponía una única mancha amarillenta que dibujaba la redondez del césped, flanqueado por los dos macizos de flores. Junto a la escalinata había un gran rosal de rosas color de té, enormes, que florecían a centenares. Por la tarde, cuando disminuía el calor, el perfume se hacía penetrante, un olor cálido de rosas embalsamaba el ambiente, bajo los olmos. No había nada más encantador que este rincón perdido, tan perfumado, donde no podía penetrar la mirada de los vecinos y que sugería un sueño de selva virgen, mientras los organillos tocaban polcas en la calle de Vineuse.

—Señora —decía todos los días Rosalía—, ¿por qué no baja la señorita al jardín?... Le gustaría mucho estar bajo los árboles.

La cocina de Rosalía estaba invadida por las ramas de uno de los olmos. Podía arrancar las hojas con la mano y vivía feliz con este colosal ramillete a través del cual ya no podía ver nada. Pero Elena respondía:

—No está bastante fuerte todavía. El fresco en la sombra podría dañarla.

A pesar de ello, Rosalía se empeñaba. Cuando creía tener una buena idea, no la abandonaba fácilmente. La señora se equivocaba al creer que la sombra podría dañarla. Lo que pasaba es que la señora temía molestar a la gente y se equivocaba; seguro que la señorita no estorbaría a nadie, pues jamás había alma viviente; el señor jamás aparecía, la señora debía seguir en los baños de mar hasta mediados de septiembre; esto era tan verdad, que la portera había pedido a Ceferino que pasara un poco el rastrillo, de modo que, desde hacía dos domingos, ella y Ceferino pasaban allí la tarde. ¡Oh!, no se podía imaginar cosa más linda.

Elena seguía negándose. Juana parecía tener muchas ganas de bajar al jardín, del que había hablado muchas veces a lo largo de su enfermedad; pero un sentimiento singular, una cortedad que le hacía bajar los ojos, parecía impedirle insistir cerca de su madre. Finalmente, el domingo siguiente la criada se presentó muy sofocada, diciendo:

— ¡Oh, señora!, le juro que no hay nadie. No estamos más que yo y Ceferino rastrillando... ¡Déjela venir! No puede usted imaginar lo bien que se está. Venga un momento, nada más que un momento, para verlo.

Se la veía tan convencida, que Elena cedió. Envolvió a Juana con un chal y dijo a Rosalía que cogiera una espesa manta. La niña, encantada, con una alegría muda que sólo expresaban sus grandes y brillantes ojos, quiso bajar la escalera sin que nadie la ayudara, para demostrar su fuerza. Tras ella iba su madre con los brazos dispuestos para sostenerla. Al llegar abajo, cuando pusieron los pies en el jardín, las dos soltaron una exclamación. No lo reconocían: hasta tal punto todo aquel impenetrable follaje se parecía poco al

rincón atildado y burgués que habían visto en primavera.

— ¡Cuándo yo se lo decía! —repetía Rosalía con aires de triunfo.

Los macizos se habían ensanchado, convirtiendo las avenidas en estrechos senderos, dibujando todo un laberinto en el que las faldas se prendían al pasar. Se habría dicho que estaban en lo más profundo de una selva, bajo la bóveda del follaje que dejaba pasar una luz verde de una suavidad y un misterio encantadores. Elena buscaba el olmo al pie del cual se había sentado en abril.

—Pero —dijo— no quiero que se quede aquí. La sombra es demasiado fresca.

—Entonces, espere —replicó la criada—; va usted a ver.

Con tres pasos se cruzaba la selva. Allí, en medio del macizo de verdor, sobre el césped, estaba el sol, un ancho rayo de oro que caía, tibio y silencioso, como en un claro en un bosque. Levantando la cabeza, no se veían más que las ramas destacándose sobre el manto azul del cielo, con la finura de un bordado. Las rosas té del gran rosal, un poco mustias por el calor, dormían en sus tallos. En los macizos, las margaritas rojas y blancas, de un tono apagado, dibujaban trozos de vieja tapicería.

—Va usted a ver —repetía Rosalía—. Déjeme hacer; yo voy a arreglarla.

Acababa de doblar y extender la manta al borde de una avenida, en el espacio en que terminaba la sombra. Luego hizo sentar a Juana con los hombros cubiertos por el chal y le dijo que alargara sus piernecitas. De este modo, la niña tenía la cabeza a la sombra y los pies al sol.

— ¿Estás bien, querida? —preguntó Elena.

— ¡Oh sí! —contestó—. Ya ves que no tengo frío. Parece como si me estuviera calentando ante un gran fuego... ¡Oh, cómo se respira! ¡Qué cosa más agradable!

Entonces Elena, que miraba con inquietud los postigos cerrados del hotel, dijo que iba a subir un instante. Hizo toda clase de recomendaciones a Rosalía; que tuviese cuidado con el sol, que no dejara allí más de media hora a Juana, que no apartase la vista de ella...

—No tengas miedo, mamá —gritó la pequeña riendo—; por aquí no pasan coches.

Cuando estuvo sola, cogió puñados de gravilla de su lado, jugando a hacerla pasar, como lluvia, de una a otra mano. Entretanto, Ceferino rastrillaba. Antes, en cuanto vio a la señora y a la señorita, se apresuró a ponerse la guerrera, que tenía colgada de una rama; y se había quedado de pie, dejando de rastrillar, por respeto. Durante toda la enfermedad de Juana había

seguido viniendo, como de costumbre, todos los domingos: pero se escurría hacia la cocina con tantas precauciones, que Elena jamás hubiese sospechado su presencia si Rosalía, cada vez, no hubiese preguntado, de su parte, cómo seguía la niña, añadiendo que Ceferino compartía las preocupaciones de la casa. Además, iba adquiriendo buenas maneras, como decía ella: se estaba desbastando de lo lindo en París. Apoyado en su rastrillo, dirigía a Juana un balanceo de cabeza para expresarle su simpatía. En cuanto le vio, ella le sonrió.

—He estado muy enferma —dijo.

—Ya lo sé, señorita —contestó él, poniéndose una mano en el corazón.

Luego quiso encontrar algo amable, algo gracioso que animara la situación, y añadió:

— ¿Ve usted? Su salud estaba dormidita; pero ahora verá cómo va que arde.

De nuevo Juana había cogido un puñado de gravilla. Entonces, satisfecho de sí mismo, riendo silenciosamente, con una risa que le alargaba la boca de una oreja a otra, se puso de nuevo a rastrillar con toda la fuerza de sus brazos. El rastrillo, en la gravilla, hacía un ruido regular y estridente. Al cabo de unos minutos, Rosalía, que veía a la niña absorta en su juego, feliz y muy tranquila, se alejó de ella paso a paso, como atraída por el rechinar del rastrillo. Ceferino estaba al otro lado del césped, a pleno sol.

—Estás sudando como un buey —murmuró ella—. Quítate la guerrera. ¡Vamos, la señorita no va a ofenderse por esto!

Él se quitó la guerrera y la colgó de nuevo de una rama. Su rojo pantalón, sujeto a la cintura por una correa, le subía hasta muy alto, mientras que su camisa, de gruesa tela cruda, sujeta al cuello por una tirilla de crin, era tan recia, que se abombaba y le hacía aún más grueso. Se remangó las mangas, contoneándose para mostrar una vez más a Rosalía dos corazones inflamados que se había hecho tatuar en el cuartel, con esta divisa: Para siempre.

— ¿Has ido a misa esta mañana? —preguntó Rosalía, que todos los domingos le sometía a este interrogatorio.

—A misa... a misa... —repitió Ceferino con cierta guasa.

Sus dos orejas, coloradas, se separaban de su cabeza, pelada muy al raso, y toda su pequeña persona regordeta adoptaba un gesto burlesco.

— ¡Claro que he ido a misa! —acabó diciendo.

— ¡Mientes! —replicaba Rosalía con violencia—. Seguro que mientes. Lo noto en tu nariz, que se agita... ¡Ay, Ceferino! Te estás echando a perder: ya ni

siquiera tienes religión... ¡No te fíes!

Por toda respuesta, él, con un gesto galante, quiso cogerla por la cintura. Pero ella pareció escandalizada y exclamó:

— ¡Te haré poner de nuevo la guerrera si no te portas decentemente...! ¿No te da vergüenza? ¿No ves que la señorita nos está mirando?

Entonces Ceferino rastrilló con más fuerza. Juana, en efecto, acababa de levantar los ojos. El juego la aburría un poco: después de las piedrecitas, había recogido hojas y arrancado hierba; pero la invadía la pereza y jugaba más a gusto a no hacer nada, a mirar el sol que la alcanzaba poco a poco. Hacía un momento, sólo sus piernas, hasta las rodillas, se empapaban en este baño caliente de rayos de sol; ahora le llegaba hasta la cintura y el calor iba subiendo; notaba que iba aumentando en ella como una caricia, haciéndole muy agradables cosquillas. Lo que más la divertía eran las manchas redondas, de un hermoso amarillo oro, que danzaban sobre su chal. Parecían animalitos y echaba la cabeza hacia atrás para ver si se subirían hasta su cara. Esperando, había juntado sus manitas al sol. ¡Cuán delgadas parecían! ¡Qué transparentes estaban! El sol pasaba a través de ellas y le parecían bonitas de todos modos, de un rosa como el de las conchas marinas, finas y alargadas, iguales a las manecitas infantiles de un Niño Jesús. Además, al aire libre, estos grandes árboles a su alrededor, este calor, la habían aturdido un poco. Le parecía estar dormida, pero veía y oía. Era algo muy agradable y muy dulce.

—Señorita, convendría que se retirara usted un poco —dijo Rosalía, que había vuelto junto a ella—. El sol la calienta demasiado.

Pero Juana, con un ademán, se negó a moverse. Se encontraba demasiado cómoda. Ahora sólo se ocupaba de la criada y el soldadito, cediendo a una de esas curiosidades de los niños por las cosas que se les ocultan. Taimada, bajó los ojos, queriendo hacer creer que no miraba; y entre sus largas pestañas miraba aunque pareciera amodorrada.

Rosalía siguió allí algunos minutos, pero le faltaban las fuerzas ante el reclamo del rastrillo. De nuevo fue al encuentro de Ceferino, poco a poco, como a pesar suyo. Le reñía por sus nuevas maneras, pero en el fondo estaba prendada, con el corazón cautivo, llena de una oscura admiración. El soldadito, en sus largos paseos con sus camaradas por el Jardín de las Plantas y la plaza Château-d'Eau, donde estaba su cuartel, iba adquiriendo los ademanes balanceantes y floridos del caloyo parisiense. Iba aprendiendo también su retórica, el florilegio galante, el enmarañado estilo que tanto halagaba a las mujeres. A veces se sentía sofocada de gusto, escuchando frases que él le decía con un contoneo de hombros, y en las que las palabras que no comprendía le hacían ponerse colorada de orgullo. El uniforme ya no le incomodaba; movía los brazos que parecía que fuesen a despegarse, con aire

intrépido; tenía, sobre todo, una forma de llevar el chacó sobre la nuca que descubría su cara redonda y su nariz respingona, en tanto que el chacó acompañaba suavemente el balanceo de todo su cuerpo. Además, se estaba emancipando: tomaba su copita de aguardiente y apretaba a las chicas por la cintura. Seguro que ahora sabía mucho más que ella, con su aire guasón de matalascallando. París le despabilaba demasiado. Y, encantada y furiosa a la vez, se plantaba ante él, dudando entre los dos deseos que sentía: arañarle o dejarle que le dijera tonterías.

Entretanto, Ceferino, rastrillando, había doblado la avenida. Se encontraba tras un gran bonetero y lanzaba miradas de reojo a Rosalía, en tanto parecía atraerla hacia sí con pequeños golpes de rastrillo. Cuando estuvo muy cerca, la pellizcó brutalmente en la cadera.

—No grites; es así como te quiero —murmuró con voz gangosa—. ¡Y toma esto de propina!

¡Y toma esto de propina!

La estaba besando al azar, detrás de la oreja. Luego, como Rosalía le pellizcara hasta hacerle sangre, él le dio otro beso, sobre la nariz esta vez. Ella se sentía sofocada, muy satisfecha en el fondo, pero desesperada de no poderle soltar un bofetón, a causa de la señorita.

—Me he pinchado —dijo, volviendo al lado de Juana, para disimular el ligero chillido que había lanzado.

Pero la niña había visto toda la escena a través de las delgadas ramas del bonetero. El pantalón rojo y la camisa del soldado se destacaban, chillones, sobre el fondo de verdura. Levantó lentamente los ojos hacia Rosalía y la miró un instante mientras ella se ponía más colorada, con los labios húmedos y los cabellos al viento. Luego bajó de nuevo los párpados y cogió de nuevo un puñado de gravilla, pero no tuvo fuerzas para jugar; se quedó con las dos manos en la tierra caliente, soñolienta, en medio de la gran vibración del sol. Una oleada de salud subía en ella y la sofocaba. Los árboles le parecían gigantescos y poderosos, las rosas la ahogaban con su perfume. Pensaba en cosas vagas, sorprendida y encantada.

— ¿En qué está usted pensando, señorita? —le preguntó Rosalía, inquieta.

—Yo qué sé; en nada —respondió Juana—. ¡Ah sí!, ya lo sé: en que me gustaría llegar a vieja.

No podía explicar esta frase. Era una idea que se le había ocurrido, decía. Pero por la noche, después de cenar, como se quedara pensativa y su madre la interrogara, hizo de pronto esta pregunta:

—Mamá, ¿es que los primos y las primas se casan entre ellos?



—Seguro —dijo Elena—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada... Por saber.

Ya estaba Elena acostumbrada a estas raras preguntas. A la niña le sentó tan bien esta hora pasada en el jardín, que bajó todos los días de sol. Las repugnancias de Elena desaparecieron poco a poco; el hotel seguía cerrado, Enrique no aparecía, y ella había acabado por quedarse y sentarse junto a Juana, en un extremo de la manta. Pero al domingo siguiente se inquietó viendo, por la mañana, las ventanas abiertas.

— ¡Claro! Esto es que están ventilando las habitaciones —decía Rosalía para decidirla a que bajara—. ¡Cuándo yo le digo que no hay nadie!

Aquel día, el tiempo fue más cálido todavía. Una lluvia de flechas de oro acribillaba el follaje. Juana, que empezaba a hacerse fuerte, anduvo más de diez minutos apoyada en el brazo de su madre. Luego, fatigada, volvió a su manta, dejando a Elena un pequeño espacio. Las dos se sonreían, viéndose así sentadas en el suelo. Ceferino, que había terminado de rastrillar, ayudaba a Rosalía a coger perejil del que crecían muchas matas perdidas a lo largo de la tapia del fondo.

De pronto se produjo un gran ruido en el hotel y, cuando Elena pensaba en huir, la señora Deberle apareció en la escalinata. Llegaba en traje de viaje, hablando alto, muy atareada. Pero, cuando vio a la señora Grandjean y a su hija sentadas en el suelo, delante del césped, se precipitó, las colmó de caricias, las aturdió con sus palabras.

— ¡Pero cómo! ¡Son ustedes!... ¡Ah, qué feliz soy de verlas! Dame un beso, Juanita. Has estado muy enferma, ¿verdad, mi pobre gatita? Pero ya estás mejor, pareces una rosa... ¡Cuántas veces he pensado en ustedes! Les escribí, querida; ¿recibieron mis cartas? Debió de sufrir usted horas terribles. En fin, ya pasó... ¿Me permite que le dé un beso?

Elena se había puesto de pie. Se tuvo que dejar dar dos besos en las mejillas y devolverlos. Estas caricias la helaban; balbuceó:

—Nos perdonará que hayamos invadido su jardín.

— ¡No habla usted en serio! —repuso impetuosamente Julieta—. ¿Acaso no está usted en su casa?

Las dejó un instante y subió la escalinata para llamar a través de las habitaciones abiertas:

— ¡Pedro, no olvide usted nada! Hay diecisiete bultos.

Pero volvió en seguida para hablar de su viaje.

— ¡Oh, ha sido una temporada encantadora! Estábamos en Trouville, ¿sabe

usted? En la playa había un gentío que no se podía andar. Y lo mejor de lo mejor... ¡He tenido unas visitas!, ¡oh! ¡Unas visitas! Papá vino a pasar quince días con Paulina. De todos modos, da gusto volver a casa... ¡Ah!, no le he dicho... Pero no; le contaré esto más tarde.

Se inclinó, besó a Juana de nuevo y luego, poniéndose seria, interrogó:

— ¿Me he puesto morena?

—No, no me parece —contestó Elena, que la estaba mirando.

Julieta, con sus ojos claros y vacíos, sus manos gordezuelas, su bello y amable rostro, no envejecía. Ni el aire del mar había podido alterar la serenidad de su indiferencia. Parecía volver de una carrera por París, de dar una vuelta por sus proveedores, con el reflejo de los escaparates sobre su persona. Sin embargo desbordaba de afecto y Elena se encontraba tanto más molesta cuando que se sentía, tensa y hostil. En medio de la manta, Juana no se movía; levantaba tan sólo su fina carita doliente, con las manos apretadas frioleramente al sol.

—Esperen, no han visto ustedes a Luciano —exclamó Julieta—; hay que verle... se ha puesto enorme.

Y cuando le hubieron traído al muchacho, al que la doncella estaba limpiando del polvo del viaje, le empujó, le hizo girar, para mostrarlo. Luciano, gordo, mofletudo, tostado de haber jugado en la playa, azotado por el aire del mar, reventaba de salud, un poco hinchado incluso, y con gesto arisco porque acababan de lavarlo. Le habían secado mal, tenía una mejilla húmeda todavía, rosada por el frote de la toalla. Cuando vio a Juana, se detuvo sorprendido. Ella le miró con su pobre carita delgada, tan pálida, entre la cascada negra de sus cabellos cuyos bucles caían hasta sus hombros. Sus hermosos ojos, grandes y tristes, ocupaban todo su rostro y, pese al fuerte calor, tenía un pequeño temblor, y sus frioleras manos se tendían siempre como ante una gran fogata.

— ¡Vamos, hombre! ¿Es que no vas a besarla? —dijo Julieta.

Pero Luciano parecía tener miedo. Acabó por decidirse, con precaución, alargando los labios para aproximarse a la enferma lo menos posible. Luego se echó hacia atrás de prisa. A Elena se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Cómo estaba este chico! Y su Juana se ahogaba tan sólo por haber dado una vuelta alrededor del césped. Había madres que eran muy felices. Julieta, de pronto, comprendió su crueldad. Entonces se enfadó con Luciano:

— ¡Cuidado que eres tonto!... ¿Es así como se besa a las señoritas? No tiene usted idea, querida; en Trouville se ha puesto imposible.

Se estaba embrollando. Afortunadamente para ella, apareció el doctor y

salió del paso con una exclamación.

— ¡Ah, aquí viene mi marido!

Él no las esperaba hasta por la noche, pero ella había tomado otro tren y explicó extensamente por qué, sin lograr poner las cosas en claro. El doctor escuchaba sonriente.

—En fin, ya estáis aquí —dijo—. Y esto es lo que importa.

Acababa de dirigir a Elena un saludo en silencio. Por un momento su mirada se fijó en Juana; luego, turbado, volvió la cabeza. La pequeña había sostenido su mirada seriamente y, con un gesto instintivo, tiró con sus manos del traje de su madre, atrayéndola hacia sí.

— ¡Ah, qué hombrachón! —repetía el doctor, que había levantado a Luciano en brazos y le estaba besando en las mejillas—. Crece que da gusto verle.

—Bueno, ¿y de mí no se acuerda nadie? —dijo Julieta.

Adelantaba la cabeza. Entonces él no soltó a Luciano, sino que le mantuvo en un brazo, inclinándose para besar igualmente a su mujer. Los tres se sonreían.

Elena, muy pálida, habló de subir de nuevo. Pero Juana se negó: quería ver, su mirada lenta se detenía en los Deberle y luego volvía hacia su madre. Cuando Julieta había ofrecido los labios al beso de su marido, una llama se había encendido en los ojos de la niña.

—Pesa demasiado —prosiguió el doctor poniendo a Luciano en el suelo—. Entonces, ¿la temporada estuvo bien?... Ayer vi a Malignon y me dio detalles sobre su estancia allí... ¿Cómo le dejaste que se fuera antes que vosotros?

— ¡Oh, no hay quien le aguante! —murmuró Julieta, que se puso seria con un gesto de turbación—. No paró de hacernos rabiar.

—Tu padre esperaba por Paulina... ¿Nuestro hombre no se ha declarado?

— ¿Quién? ¿Él? ¡Malignon! —exclamó sorprendida y casi ofendida. Luego hizo un ademán de aburrimiento—. ¡Oh, déjale; está chalado!... ¡Qué contenta estoy de estar en casa!

Sin transición aparente, tuvo una de estas efusiones que sorprendían con sus maneras de chorlito encantador. Se apretó contra su marido y levantó la cabeza. Él, indulgente y tierno, la tuvo un instante entre sus brazos. Parecían haber olvidado que no estaban solos.

Juana no los perdía de vista. La cólera hacía temblar sus descoloridos labios, y tenía toda la apariencia de una mujer celosa y mala. El dolor que

sentía era tan fuerte, que tuvo que apartar los ojos. Fue en este momento cuando distinguió en el fondo del jardín a Rosalía y Ceferino, que seguían buscando perejil. Seguramente para no molestar, se habían apartado hacia lo más espeso de los macizos, agachados uno y otro. Ceferino, taimadamente, había cogido un pie de Rosalía, mientras ésta, sin decir palabra, le estaba dando pescozones. Juana, entre dos ramas, veía la cara del soldadito, una luna bonachona, muy roja y estallando en una risa enamorada. Hubo un empujón y el soldadito y la criada rodaron tras las matas. El sol caía a plomo, los árboles dormían en el cálido aire, sin que se moviera una hoja. De debajo de los olmos llegaba un olor, el olor graso de la tierra que la azada no removía jamás. Lentamente, las últimas rosas de color de té dejaban que sus pétalos, uno a uno, llovieran sobre el césped. Entonces Juana, con el pecho oprimido, dirigió los ojos hacia su madre y, encontrándola inmóvil y muda ante lo que estaba ocurriendo, tuvo para ella una mirada de suprema angustia, una de esas miradas profundas de los niños que uno no se atreve a interpretar.

Entretanto la señora Deberle se había acercado diciendo:

—Confío en que vamos a vernos... Puesto que Juana se encuentra bien aquí, tiene que bajar todas las tardes.

Elena buscaba una excusa, pretextando que no quería que se fatigase demasiado. Pero Juana intervino rápida:

—No, no, el sol es muy agradable... Bajaremos, señora. Me guardará usted el puesto, ¿verdad?

Y, como el doctor permanecía apartado, ella le sonrió.

—Doctor, dígame a mamá que el aire no me hace ningún daño.

Se adelantó y este hombre acostumbrado al dolor humano enrojeció ligeramente porque esta niña le hablaba con dulzura.

—No cabe duda de que el aire libre puede adelantar la convalecencia.

— ¡Ah!, ya lo ves, madrecita, tendremos que venir —dijo dirigiéndole una adorable mirada de ternura en tanto que las lágrimas la sofocaban.

Pedro había reaparecido en la escalinata: los diecisiete bultos de la señora ya estaban dentro. Julieta, seguida de su marido y de Luciano, escapó diciendo que iba tan sucia que daba miedo y que se iba a tomar un baño. Cuando estuvieron solas, Elena se arrodilló sobre la manta como para anudar el chal alrededor del cuello de Juana. Luego, bajando la voz:

—Entonces, ¿ya no estás enfadada con el doctor?

La niña hizo un amplio gesto con la cabeza.

—No, mamá.

Hubo un silencio. Elena, con manos temblorosas y torpes, parecía no acertar al querer estrecharle el nudo del chal. Entonces Juana, murmuró:

— ¿Por qué quiere a otros?... Yo no quiero...

La mirada de sus ojos negros se hizo dura, mientras sus pequeñas manos, extendidas, acariciaban los hombros de su madre. Esta quiso replicar; pero tenía miedo de las palabras que acudían a sus labios. El sol descendía y las dos subieron a su casa. Entre tanto, Ceferino había reaparecido con un puñado de perejil en la mano, que iba limpiando, echando a Rosalía miradas asesinas. La criada, a distancia, no se confiaba, ahora que no había nadie; y como él le pellizcara en el momento en que se agachaba para recoger la manta, le dio un puñetazo en la espalda, que resonó como un tonel vacío. Esto le satisfizo y todavía seguía riéndose por dentro cuando entró en la cocina sin dejar de limpiar su perejil.

A partir de aquel día, Juana se obstinó en bajar al jardín en cuanto oía la voz de la señora Deberle. Escuchaba ávidamente los chismes de Rosalía sobre el hotelito vecino, sentía curiosidad por saber la vida que se hacía en él, y a veces, escapándose de su dormitorio, se iba a la cocina para curiosear por sí misma desde la ventana. Abajo, hundida en el pequeño sillón que Julieta le hacía traer del salón, parecía vigilar a la familia y era reservada con Luciano cuyas preguntas y juegos la impacientaban sobre todo cuando estaba el doctor. Entonces, se tendía como si estuviese fatigada y, con los ojos abiertos, seguía observando. Para Elena, estas tardes constituían un gran sufrimiento. A pesar de ello, volvía, volvía pese a la rebelión de todo su ser. Cada vez que Enrique, a su regreso, ponía un beso en los cabellos de Julieta, le daba un salto el corazón. En estas ocasiones, si para ocultar su rostro turbado, simulaba ocuparse de Juana, encontraba a la niña más pálida que ella, sus grandes ojos negros abiertos, la barbilla convulsa por una rabia contenida. Juana sufría sus angustias. Los días en que su madre, agotada, agonizando de amor, desviaba la mirada, ella misma se sentía tan triste y rota, que había que subir y acostarla. No podía ver que el doctor se acercara a su esposa sin cambiar de cara, y le perseguía con una mirada inflamada y trémula de amante traicionada.

—Por las mañanas toso —le dijo un día—. Tiene usted que venir para verlo.

Vinieron las lluvias y Juana quiso que el doctor volviese a visitarlas pese a que se sentía mucho mejor. Su madre, para complacerla, tuvo que aceptar dos o tres almuerzos en casa de los Deberle. La niña, con el corazón destrozado durante largo tiempo en una lucha extraña, pareció tranquilizarse cuando su salud estuvo completamente restablecida.

Y repetía su pregunta:

— ¿Eres feliz, madrecita?

—Sí, muy feliz, querida.

Entonces se ponía radiante. Había que perdonarle sus pasadas terquedades, de las que hablaba como de un ataque independiente de su voluntad, como de un dolor de cabeza que le hubiese dado de pronto. Era algo que se le hinchaba por dentro, pero no sabía qué. En su cabeza se debatían toda clase de pensamientos, ideas raras, sueños feos que no sabría ni cómo explicar. Pero ahora ya había pasado: se estaba curando y aquello no volvería jamás.

## V

Estaba anocheciendo. Del pálido cielo, en el que brillaban las primeras estrellas, parecía como si lloviera una fina ceniza sobre la gran ciudad, a la que iba sepultando lentamente, sin descanso. Grandes masas de sombras llenaban ya las hondonadas, en tanto que una ola de tinta iba subiendo desde el fondo del horizonte, devorando los restos del día y las luces vacilantes se retiraban hacia poniente. Debajo de Passy quedaban tan sólo algunas hileras de tejados que todavía se podían distinguir. La ola subió y todo fueron tinieblas.

— ¡Qué calor hace esta noche! —murmuró Elena sentada delante de la ventana, languideciendo bajo el aire tibio que París le enviaba.

—Buena noche para los pobres —dijo el abate, que estaba de pie tras ella—. El otoño será suave.

Aquel martes, Juana se había adormilado a los postres y su madre, viéndola un poco cansada, la acostó. Dormía ya en su camita en tanto que sobre el velador el señor Rambaud se aplicaba con la mayor formalidad en reparar un juguete, una muñeca mecánica que andaba y hablaba, que él le había regalado y ella había roto; tenía mucha maña para esta clase de trabajos. A Elena le faltaba aire, sufría con estos últimos calores de septiembre y acababa de abrir la ventana de par en par, aliviada con este mar de sombras, esta inmensidad negra que se extendía frente a ella. Había empujado un sillón para estar sola y le sorprendió oír la voz del sacerdote, que siguió lentamente:

— ¿Ha tapado bien a la niña?... A esta altura, el aire es siempre fresco.

Ella, cediendo a un deseo de silencio, no contestó. Le gustaba saborear el encanto del crepúsculo, la última desaparición de las cosas, el adormecimiento de los ruidos. Una luz tenue ardía en la punta de las flechas y de las torres... San Agustín fue el primero en extinguirse; el Panteón, por un momento, mantuvo un tono azulado; la cúpula centelleante de los Inválidos se acostó

como una luna en una marea creciente de nubarrones. Era el océano, la noche, extendiéndose desde el fondo de las tinieblas, un abismo de oscuridad en el que se adivinaba un mundo. Un soplo enorme y dulce venía de la ciudad invisible. El son prolongado del eco traía todavía algunos sones debilitados y distintos: el brusco rodar de un ómnibus en el muelle, el silbido de un tren cruzando el puente del Point-du-Jour; y el Sena, acrecentado por las últimas tormentas, pasaba muy ancho con la respiración fuerte de un ser vivo, extendido abajo en un pliegue de sombra. Un olor caliente humeaba de los tejados todavía ardientes, mientras que el río ponía en esta exhalación lenta de los ardores del día, pequeños soplos de frescor. París, desaparecido, aparentaba el mismo reposo soñador de un coloso que permite que le envuelva la noche y se queda ahí, por un momento, inmóvil y con los ojos abiertos.

Nada conmovía tanto a Elena, como este minuto de descanso en la vida de la ciudad. Hacía tres meses que no salía, inmovilizada junto al lecho de Juana y no había tenido otro compañero para velar a la cabecera de la enferma que este gran París extendido hasta el horizonte. Con los calores de julio y agosto las ventanas quedaban casi siempre abiertas, de manera que no podía cruzar la estancia, moverse o volver la cabeza, sin verle junto a ella, desarrollando su eterno cuadro. Estaba allí permanentemente, metiéndose de por medio en sus dolores y sus esperanzas como un amigo que se impone. Seguía ignorándole, jamás había estado tan alejada de él, ni más despreocupada de sus calles y de su pueblo; y era él quien llenaba su soledad. Estos pocos pies cuadrados, esta habitación de sufrimiento de la que cerraba tan cuidadosamente la puerta, se abría ampliamente a él por sus dos ventanas. Muy a menudo había llorado mirándole, cuando venía a apoyarse en él con sus codos, para ocultar sus lágrimas a la enferma; un día, el día en que la había creído perdida, había permanecido largo tiempo, sofocada, ahogada, siguiendo con los ojos los humos de la Manutención, que subían en el aire. A menudo también, en las horas de esperanza, había confiado la alegría de su corazón a las lejanías perdidas de los arrabales. No había un solo monumento que no le recordase una emoción triste o alegre. París vivía de su existencia. Pero jamás le quería tanto como en el crepúsculo, cuando terminado el día, le veía ceder a un cuarto de hora de reposo, de olvido y de ensueño, esperando a que el gas fuese encendido.

— ¡Cuántas estrellas! —murmuró el reverendo Jouve—. Lucen por millares.

Acababa de coger una silla y de sentarse junto a ella. Entonces Elena levantó el rostro mirando aquel cielo de verano. Las constelaciones fijaban sus clavos de oro. Un planeta, casi al raso del horizonte, lucía como un carbúnculo, mientras que una polvareda de estrellas casi invisibles enarenaba la bóveda como con un chisporroteo de lentejuelas. El Carro, lentamente, daba

la vuelta con la lanza en alto.

—Mire —dijo ella a su vez—: esta estrella azul, en este rincón del cielo, la encuentro todas las noches... Pero se va, retrocede cada noche.

Ahora el sacerdote no la molestaba. Le sentía a su lado como un gaje más de paz. Cruzaban algunas palabras espaciadas de largos silencios. Por dos veces, le interrogó sobre el nombre de las estrellas; la visión del cielo siempre le había atormentado; pero él dudaba, no estaba seguro.

— ¿Ve usted —preguntaba— esta bonita estrella que tiene un destello tan puro?

—A la izquierda, ¿no es eso? —decía él—, junto a otra menos grande de un color verdoso... Hay demasiadas, lo he olvidado.

Se callaron, con los ojos siempre levantados, deslumbrados y sobrecogidos por un leve estremecimiento ante este hormiguo de astros que se agrandaba. Tras millares de estrellas aparecían otros millares, y esto sin parar, en las profundidades infinitas del cielo. Era como una continua floración, una brasa atizada de mundos ardiendo con el fuego tranquilo de las pedrerías. La vía láctea blanqueaba ya, mostrando sus átomos de sol, tan innumerables y tan lejanos, que en la redondez del firmamento parecía sólo una cinta de luz.

—Me da miedo —dijo Elena en voz baja.

Bajó la cabeza para no ver más y dirigió sus miradas al vacío abierto en el que París parecía haberse hundido. Allí no había todavía ni una sola luz y la noche completa parecía igualmente extendida: todo era una ceguera de tinieblas. La voz fuerte y profunda había adquirido una más tierna suavidad.

— ¿Llora usted? —preguntó el sacerdote, que acababa de oír un sollozo.

—Sí —respondió simplemente Elena.

Ya no se veían. Ella lloraba abundantemente, con un murmullo que agitaba todo su ser. Mientras tanto, tras ellos, Juana descansaba en la calma inocente de su sueño, mientras el señor Rambaud, absorto, inclinaba su cabeza entrecana por encima de la muñeca, a la que había desmontado los miembros. A veces dejaba escapar el ruido seco de los resortes que se soltaban, y los infantiles balbuceos que sus gruesos dedos arrancaban lo más dulcemente posible del mecanismo estropeado. Cuando la muñeca habló demasiado fuerte, paró en seco, inquieto y enojado, mirando si no había despertado a Juana. Luego volvió a su reparación con mayor precaución, no disponiendo de más herramientas que de unas tijeras y un punzón.

— ¿Por qué llora usted, hija mía? —replicó el sacerdote—. ¿No puedo procurarle ningún alivio?



— ¡Oh, déjeme! —murmuró Elena—; estas lágrimas me hacen bien. Más tarde, más tarde...

Se ahogaba demasiado para poder responder. Ya otra vez, en este mismo sitio, una crisis de llanto la había destrozado; pero estaba sola, había podido sollozar en las tinieblas, desfallecida, esperando que el venero de la emoción que la anegaba se agotase. Sin embargo, no tenía ningún motivo para apenarse: su hija estaba salvada, ella misma había recobrado el ritmo monótono y placentero de su existencia. Pero de pronto le había invadido el sentimiento punzante de un inmenso dolor, de un vacío insondable que no colmaría jamás, de una desesperación sin límites en la que naufragaba con todos aquellos que le eran queridos. No sabía decir qué desgracia la amenazaba de este modo; había perdido la esperanza y solamente podía llorar.

Ya, en la iglesia perfumada con las flores del mes de María, había experimentado enternecimientos parecidos. El vasto horizonte de París, al crepúsculo, la conmovía con una profunda impresión religiosa. La llanura parecía extenderse más y, de estos dos millones de existencias que se desvanecían, parecía nacer algo melancólico. Luego, en plena oscuridad, cuando la ciudad se había desvanecido con sus ruidos apagados, su oprimido corazón estallaba, sus lágrimas se desbordaban ante aquella soberana paz. Habría juntado las manos y balbuceado oraciones. Una necesidad de fe, de amor, de aniquilamiento divino, le causaban un gran estremecimiento. Y era entonces cuando el despuntar de las estrellas la trastornaban con un goce y un terror sagrados.

Al cabo de un largo silencio, el reverendo Jouve insistió:

—Hija mía, tiene usted que confiarse a mí. ¿Por qué duda usted?

Ella lloraba todavía, pero con una dulzura infantil, como fatigada y sin fuerzas.

—La iglesia la asusta —siguió el religioso—. Por un momento creía que Dios la había conquistado. Pero no ha sido así. El cielo tiene sus designios... ¡Bien!, puesto que usted desconfía del sacerdote, ¿por qué rehúsa usted por más tiempo una confidencia al amigo?

—Tiene usted razón —balbuceó ella—; sí, estoy afligida y tengo necesidad de usted... He de confesarle ciertas cosas. Cuando era pequeña, no entraba mucho en las iglesias; ahora no puedo asistir a una ceremonia sin sentirme profundamente turbada... Y ahí tiene usted: hace un momento, lo que me ha hecho sollozar ha sido esta voz de París que se parece al rugir del órgano, esta inmensidad de la noche, esta hermosura del cielo... Ah, ¡cómo quisiera creer! Ayúdeme, enséñeme.

El abate Jouve la tranquilizó poniendo ligeramente una mano sobre las

suyas.

—Dígamelo todo —respondió sencillamente.

Ella se debatió un instante, llena de angustia.

—No tengo nada, se lo juro... No le escondo nada... Lloro sin motivo porque me ahogo, porque las lágrimas salen solas... Usted conoce mi vida. A estas horas, no encuentro en ella ni una tristeza, ni una falta, ni un remordimiento... Y yo no sé, no sé...

Su voz se extinguió. Entonces el sacerdote dejó caer lentamente estas palabras:

—Usted ama, hija mía.

Ella se estremeció y no osó protestar. El silencio comenzó de nuevo. En el mar de tinieblas que dormía ante ellos, una chispa había lucido. Había sido a sus pies, en algún sitio de aquel abismo, en un lugar que no habría podido precisar. Y, una a una, otras chispas aparecieron. Nacían en la noche con un brusco sobresalto, de pronto, y quedaban fijas, centelleantes, como estrellas. Parecía como si fuese una nueva aurora de astros, en la superficie de un sombrío lago. Pronto dibujaron una doble línea que partía del Trocadero y se iba hacia París, con ligeros saltos de luces; después, otras líneas de puntos luminosos cortaron ésta, unas curvas se iniciaron, una constelación se ensanchó, extraña y magnífica. Elena seguía sin hablar, recorriendo con su mirada estos resplandores, cuyos fuegos hacían que el cielo continuase por debajo del horizonte. Sintió de nuevo la emoción que la había trastornado unos minutos antes, cuando el Carro se había puesto a dar vueltas lentamente alrededor del eje del polo, con la lanza en alto. París, a medida que se iluminaba, iba extendiéndose melancólico y profundo, aportando los sueños aterradores de un firmamento en el que pululan los mundos.

Mientras tanto, el sacerdote, con esta voz monótona y dulce que le daba la costumbre del confesionario, cuchicheaba largamente en su oído. Ya le había advertido cierta tarde al decirle que la soledad no le convenía. Nadie se aparta impunemente de la vida corriente. Ella se había encerrado demasiado, abriendo así la puerta a las fantasías peligrosas.

—Soy muy viejo, hija mía —murmuró—, y he visto a menudo a las mujeres acudiendo a nosotros con lágrimas, con súplicas, con una necesidad de creer y de hincarse de rodillas... De modo que, hoy día, es difícil que me equivoque. Estas mujeres que parece que busquen a Dios con tanto ardor no son más que pobres corazones turbados por la pasión. Es a un hombre a quien adoran en nuestras iglesias...

—Pues bien, ¡sí!, amo... Esto es todo. Aparte de esto, no sé nada, nada...

Ahora él evitaba interrumpirla. Agitada por la fiebre, hablaba con frases cortas; sentía un placer amargo confesando su amor, compartiendo con aquel anciano este secreto que la ahogaba desde hacía tanto tiempo.

—Le juro que no puedo leer en mí... Esto ha ocurrido sin que yo me diera cuenta, como de golpe, tal vez... No obstante, sólo a lo largo sentí su dulzura... Después de todo, ¿por qué fingirme más fuerte de lo que soy? No intenté escapar porque me hacía demasiado feliz; hoy, todavía tengo menos valor... Vea usted: mi hija ha estado enferma, he estado a punto de perderla; pues bien, mi amor ha sido tan profundo como mi dolor, ha vuelto con todo su poder después de estos días terribles, se ha apoderado de mí y estoy en sus manos. —Tomó aliento, temblorosa—. En fin, ya no me quedan fuerzas... Tenía usted razón, amigo mío: me tranquiliza confiarle estas cosas... Pero, se lo ruego, dígame qué es lo que ocurre en el fondo de mi corazón. Yo estaba tranquila y me sentía feliz. Fue como un flechazo en mi vida. ¿Por qué a mí? ¿Por qué no a otra? Yo no había hecho nada para esto y me creía bien protegida. ¡Si usted supiera! ¡Yo misma no me reconozco!... ¡Ah, ayúdeme, sálveme!

Viendo que se callaba, el sacerdote, maquinalmente, con su acostumbrada libertad de confesor, interrogó:

—Su nombre, dígame su nombre...

Elena vacilaba, cuando un ruido particular le hizo volver la cabeza. Era la muñeca, la cual, entre las manos del señor Rambaud, recobraba un poco de su vida mecánica; acababa de dar tres pasos sobre el velador con un chirriar de los engranajes que funcionaban mal todavía; luego se había caído de espaldas y, si no fuera por el bueno del señor Rambaud, hubiera ido a parar al suelo. Pero él la seguía, con las manos extendidas, dispuesto a ayudarla, lleno de una ansiedad paternal. Cuando vio a Elena que se volvía, le dirigió una sonrisa confiada, como prometiéndole que la muñeca acabaría por andar. Y se puso a hurgar de nuevo en el juguete con sus tijeras y su punzón. Juana dormía.

Entonces Elena, tranquilizada por este ambiente de paz, murmuró un nombre al oído del sacerdote. Este no se inmutó. En la sombra no se podía ver su cara. Después de un silencio, habló:

—Ya lo sabía; pero quería recibir su confesión... Hija mía, debe de sufrir usted mucho.

No pronunció ninguna frase trivial sobre los deberes. Elena, aniquilada, triste hasta morir por esta compasión serena del sacerdote, seguía de nuevo las chispas que, como lentejuelas de oro, iban apareciendo en el manto sombrío de París. Se multiplicaban hasta el infinito. Eran como esos fuegos que corren entre las cenizas negras de un papel quemado. Primero, estos puntos

luminosos habían partido del Trocadero, yendo hacia el corazón de la ciudad. Pronto apareció otro foco hacia la izquierda, hacia Montmartre; después otro a la derecha, tras de los Inválidos, y todavía otro, más atrás, al lado del Panteón. De todos estos focos descendía un vuelo de pequeñas llamas.

—Usted se acordará de nuestra conversación —prosiguió el sacerdote lentamente—; y mi opinión no ha cambiado... Es necesario que se case usted, hija mía.

— ¡Yo! —exclamó ella abrumada—. Pero si acabo de confesarle... Usted sabe que no me es posible.

—Tiene usted que casarse —repitió con más fuerza—. Se casará usted con un hombre honrado...

Parecía haber crecido con su vieja sotana. Su gran cabeza ridícula, que se inclinaba ordinariamente sobre uno de sus hombros, con los ojos medio cerrados, se alzaba, y sus miradas eran tan amplias y tan claras, que ella las veía relucir en la noche.

—Se casará usted, hija mía, con un hombre honrado, que será un padre para Juana y que le devolverá a usted toda su lealtad.

—Pero si no le quiero... ¡Dios mío!, no le quiero...

—Le amaré usted... Él la quiere y es bueno.

Elena se debatía, bajando la voz, oyendo el ligero ruido que el señor Rambaud hacía tras ellos. Era tan paciente y se sentía tan fuerte en su esperanza, que desde hacía seis meses no la había importunado ni una sola vez hablándole de su amor. Esperaba con una tranquilidad confiada, naturalmente dispuesto a las más heroicas abnegaciones. El sacerdote se movió como si quisiera volverse.

— ¿Quiere usted que se lo cuente todo?... Él le tenderá la mano y la salvará. Y usted le colmará de una satisfacción inmensa.

Ella le detuvo, desesperada. Su corazón se rebelaba. Los dos la asustaban; estos hombres tan serenos, tan tiernos, cuyo razonamiento podía mantener su frialdad al lado de la fiebre de la pasión. ¿En qué mundo vivían para poder negar así aquello que tanto la hacía sufrir? El sacerdote, con un amplio ademán de la mano, le mostraba los anchos espacios.

—Hija mía, contemple esta hermosa noche, esta suprema paz, frente a su agitación... ¿Por qué se niega a ser feliz?

París entero estaba iluminado. Las pequeñas llamas danzantes habían acribillado aquel mar de tinieblas de uno a otro extremo del horizonte y ahora, sus millones de estrellas ardían con un fijo resplandor en la serenidad de la

noche de verano. Ningún soplo de aire, ningún temblor, azoraba aquellas luces que parecían como suspendidas en el espacio. París, invisible, había retrocedido hasta el fondo del infinito, tan vasto como un firmamento. Sin embargo, en la parte baja de las pendientes del Trocadero, el fulgor rápido de los faroles de un coche o de un ómnibus, cortaba la sombra con el trazo continuo de una estrella fugaz; y allí, en el centelleo de los mecheros de gas que desprendían como un vaho amarillo, se distinguían vagamente unas fachadas confusas, unos macizos de árboles, de un verde crudo de decorado. Sobre el puente de los Inválidos, las estrellas se cruzaban sin parar; mientras que por debajo, a lo largo de una cinta de tinieblas más espesas, se destacaba un prodigio, una banda de cometas cuyas colas de oro se alargaban como una lluvia de centellas; eran, en las aguas negras del Sena, las reverberaciones de los faroles del puente. Pero más allá, comenzaba lo desconocido. La extensa curva del río estaba indicada por un doble cordón de luces de gas al que se unían otros cordones de trecho en trecho; se diría una escala de luz, lanzada a través de París, cuyos dos extremos se apoyaran en las estrellas del cielo. A la izquierda, otra brecha descendía; los Campos Elíseos marcaban un desfile regular de astros, del Arco de Triunfo a la plaza de la Concordia, donde brillaba el chisporroteo de una pléyade; luego, las Tullerías, el Louvre, los grupos de casas al borde del río, el Hôtel-de-Ville al fondo, formaban unos trazos sombríos, separados de vez en cuando por el cuadro luminoso de una gran plaza; y más lejos, en la dispersión de los tejados, las luces se esparcían, sin que se pudiese distinguir otra cosa que el hundimiento de una calle, el recodo de un bulevar, el ensanchamiento de una plazuela incendiada. Sobre la otra orilla, a la derecha, sólo la Explanada se dibujaba claramente, con su rectángulo de llamas, semejante a algún Orión de las noches de invierno que hubiese perdido su tahalí; las largas calles del barrio de Saint-Germain espaciaban sus luces tristes; más lejos, los barrios populosos, braseros encendidos de pequeños fuegos apretados, lucían en una confusión de nebulosa. Hasta en los arrabales y alrededor del horizonte, había como un hormigueo de mecheros de gas y de ventanas iluminadas, que eran como una polvareda luminosa que llenaba las lejanías de la ciudad con esas miríadas de soles, de estos átomos planetarios que el ojo humano no puede descubrir. Por momentos se hubiese podido pensar en una fiesta gigante en un monumento ciclópeo iluminado, con sus escaleras, sus rampas, sus ventanas, sus frontones, sus terrazas, su mundo de piedra, cuyas líneas de farolillos marcaban con sus trazos fosforescentes, la rara y enorme arquitectura. Pero la sensación que dominaba era la de un nacimiento de constelaciones, de un engrandecimiento continuo del cielo.

Elena, siguiendo el amplio ademán del sacerdote, había paseado sobre París iluminado una amplia mirada. También allí ignoraba el nombre de las estrellas. Hubiese querido preguntar qué era aquella luz resplandeciente que

estaba a lo lejos, hacia la izquierda y que miraba todas las noches. También había otras que le interesaban. Las había que le gustaban, mientras que había otras que la dejaban inquieta y enojada.

—Padre —dijo, empleando por primera vez este nombre cariñoso y respetuoso—, déjeme vivir. Es la belleza de esta noche lo que me tiene agitada... Se engaña usted; es imposible que me pueda usted prestar consuelo ahora, puesto que no puede comprenderme.

El sacerdote abrió los brazos y luego los dejó caer con una lentitud resignada. Después de un silencio, le habló en voz baja.

—No cabe duda de que tenía que ser así... Pide usted socorro, pero no quiere que la salven. ¡Qué cantidad de confesiones desesperadas he recibido y qué cantidad de lágrimas no he podido evitar!... Óigame hija mía, prométame una cosa tan sólo: si alguna vez la vida se hace demasiado pesada para usted, piense que hay un hombre que la quiere que la espera... no tendrá usted más que poner su mano en la suya para encontrar de nuevo la tranquilidad.

—Se lo prometo —contestó Elena con gravedad.

Y en el mismo momento en que ella hacía este juramento hubo en la habitación una ligera risa. Era Juana, que acababa de despertarse y miraba su muñeca cancanando encima del velador. El señor Rambaud, encantado de su reparación, seguía tendiendo las manos, temeroso de algún accidente. Pero la muñeca era sólida; pisaba fuerte con sus taconitos, y volvía la cabeza soltando a cada paso las mismas palabras con voz de cotorra.

— ¡Oh, vaya jugada! —murmuró Juana, todavía medio dormida—. Dime: ¿qué le has hecho? Estaba rota y vuelve a estar viva... Dámela un momento, déjame ver. Eres demasiado amable...

Entre tanto, por encima de París, encendido, descendía una nube luminosa. Hubiérase dicho el rojo hálito de una hoguera. De momento fue tan sólo una amarillez en la noche, un reflejo apenas sensible; luego, poco a poco, a medida que la noche avanzaba, se hizo sangrienta: y suspendida en el aire, inmóvil por encima de la ciudad, formada por todas las llamas y por toda la vida rugiente que se exhalaba de ella, era como una de estas nubes de rayos y de incendios que coronan la boca de los volcanes.

\*\*\*\*\*

## CUARTA PARTE

Habían pasado ya los lavafrutas, y las señoras, delicadamente, se secaban los dedos. Hubo un momento de silencio alrededor de la mesa. La señora Deberle paseó su mirada para ver si todo el mundo había terminado; luego se levantó sin decir palabra y todos los invitados la imitaron en medio de un gran zarandeo de sillas. Un señor mayor, que se encontraba a su derecha, se había apresurado a ofrecerle el brazo.

—No, no —murmuró conduciéndole hacia una puerta—. Vamos a tomar el café en el saloncito.

Unas parejas la siguieron. Al final, venían dos damas y dos caballeros, que continuaban una conversación sin pensar en unirse al desfile. Pero, en el saloncito cesaron los miramientos y reapareció la alegría de los postres. El café estaba ya servido sobre un velador en una gran bandeja de laca. La señora Deberle dio una vuelta en derredor, con la gracia de una ama de casa que se preocupa de los distintos gustos de sus invitados. En realidad, era Paulina la que más se afanaba y la que se reservaba el servicio a los caballeros. Era aproximadamente una docena de personas, el número más o menos reglamentario que los Deberle invitaban cada miércoles a partir de diciembre. Por la noche, alrededor de las diez, acudía mucha gente.

—Señor de Guiraud, una taza de café —decía Paulina, que se había detenido ante un hombrecito calvo—. ¡Ah, no! Ya me acuerdo, usted no lo toma... Entonces, ¿una copita de chartreuse?

Se embarullaba en su servicio y le trajo un vaso de coñac. Sonriente, cancaneara alrededor de los invitados, con mucho aplomo, mirándoles a los ojos, circulando con soltura con su larga cola. Llevaba un soberbio vestido blanco de cachemira de la India, guarnecido de cisne, con un escote cuadrado en el pecho. Cuando todos los hombres estuvieron de pie, con su taza en la mano, bebiendo a sorbitos, apartando la barbilla, se dedicó a un joven alto, el joven Tissot, que le parecía muy hermoso.

Elena no había querido café. Se había sentado aparte, con aire cansado. Vestía un traje de terciopelo negro, sin adorno alguno, que la envolvía severamente. Se fumaba en el saloncito y las cajas de cigarros estaban junto a ella, encima de una consola. El doctor se acercó y escogió un cigarro mientras le preguntaba:

— ¿Juana está bien?

—Muy bien —contestó ella—. Hoy hemos ido al bosque y ha jugado como una loca... ¡Oh!, a estas horas ya debe de estar durmiendo.

Los dos hablaban amistosamente, con una familiaridad sonriente propia de las personas que se ven todos los días. Pero en aquel momento la señora

Deberle levantó la voz.

—Mire: la señora Grandjean puede decírselo. ¿Verdad que volví de Trouville hacia el diez de septiembre? Llovía, la playa se había puesto insoportable.

Tres o cuatro señoras la rodeaban mientras ella hablaba de su estancia junto al mar. Elena tuvo que levantarse y unirse al grupo.

—Nosotros hemos pasado un mes en Dinard —contaba la señora de Chermette—. ¡Oh, una región deliciosa y una sociedad encantadora!

—Había un jardín detrás del chalet y una terraza sobre el mar —seguía la señora Deberle—. Ya sabe usted que decidí llevarme mi landó y mi cochero... Es mucho más cómodo para los paseos... Pero la señora Levasseur vino a vernos...

—Sí, un domingo —dijo ésta—. Estábamos en Cabourg... ¡Oh!, estaba usted muy bien instalada, pero me pareció que había de resultar algo caro...

—A propósito —interrumpió la señora Berthier, dirigiéndose a Julieta—: ¿no le enseñó a nadar el señor Malignon?

Elena notó en la cara de la señora Deberle cierto embarazo, una súbita contrariedad. Ya, muchas veces, le había parecido que el nombre de Malignon, pronunciado de improviso ante ella, la molestaba; pero la joven ya se había recobrado.

— ¡Vaya nadador! —exclamó—. ¡Si alguna vez llega a dar lecciones a alguien!... A mí, el agua fría me da un miedo espantoso. Con sólo ver la gente que se baña, me pongo a tiritar.

Y tuvo un delicioso estremecimiento, subiendo sus hombros rollizos, como un pájaro mojado que se sacude.

—Entonces, ¿se trata de un chisme? —dijo la señora de Guiraud.

—Seguro que lo es. Apuesto que es él mismo quien lo ha inventado. Me odia desde que pasó allí un mes con nosotros.

Comenzaba a llegar gente. Las señoras, con un manojo de flores en el pelo, los brazos redondeados, sonreían con una inclinación de cabeza; los hombres, de frac, con el sombrero en la mano, se inclinaban tratando de encontrar una frase. La señora Deberle, sin dejar de hablar, tendía la punta de los dedos a los habituales de la casa; muchos no decían nada, saludaban y seguían adelante. En este momento acababa de entrar la señorita Aurelia. Al instante se extasió ante el traje de Julieta, un vestido de terciopelo estampado azul marino, adornado con faya. Entonces, las señoras que estaban cerca parecieron descubrir el vestido. ¡Oh, delicioso, verdaderamente delicioso! Salía de la casa



Worms. Se habló de él durante cinco minutos. Se había tomado el café y los invitados habían dejado las tazas vacías por todas partes, sobre la bandeja, sobre las consolas: únicamente el señor mayor no acababa de terminar, deteniéndose a cada sorbo para hablar con una dama. Un olor cálido, el aroma del café mezclado a los ligeros perfumes de las señoras, saturaban la atmósfera.

— ¿Se da usted cuenta de que no he tomado nada? —dijo el joven Tissot a Paulina, que le estaba hablando de un pintor a cuya casa le había acompañado su padre para que viera sus cuadros.

— ¿Cómo? ¿No ha tomado usted nada?... Le traje una taza de café.

—No, señorita, se lo aseguro.

—De verdad que quiero que tome usted algo... ¡Espere, aquí está el chartreuse!

La señora Deberle había llamado discretamente a su marido con un ademán de cabeza. El doctor comprendió: abrió él mismo la puerta del gran salón, adonde se pasó, mientras un criado se llevaba la bandeja.

Hacía casi frío en la amplia estancia que seis lámparas y una araña de diez bujías iluminaban con una viva luz blanca. Había ya algunas señoras, sentadas en círculo ante la chimenea: había sólo dos o tres caballeros de pie entre las faldas desplegadas, y por la puerta del saloncito gualda, que había quedado abierta, se oía la voz aguda de Paulina, que se había quedado sola con el joven Tissot.

—Ahora que se lo he servido, tiene usted que bebérselo... ¿Qué quiere usted que haga con él? Pedro se llevó ya la bandeja.

Luego se la vio aparecer, completamente blanca con su vestido adornado con plumas de cisne. Con una sonrisa que dejaba ver sus dientes entre sus labios frescos, anunció:

—Aquí está Malignon el guapo.

Los apretones de manos y los saludos siguieron. El señor Deberle se había situado cerca de la puerta. La señora Deberle, sentada en medio de las señoras en un puf muy bajo, se levantaba a cada instante. Cuando Malignon se presentó, volvió la cabeza afectadamente. Él llegaba muy pinturero, rizado con tenacillas, el cabello separado por una raya que le descendía hasta la nuca. En el umbral, con una ligera mueca «llena de elegancia», como repetía Paulina, había fijado un monóculo en su ojo derecho, y paseó una mirada alrededor del salón. Con cierto abandono estrechó la mano del doctor sin decir nada, y después avanzó hacia la señora Deberle, ante la cual dobló su cintura, ceñida por su negro frac.

— ¿Es usted? —dijo ella de manera que pudiese ser oída de todos—. Parece ser que ahora se dedica usted a la natación...

Él no comprendió, pero contestó de todos modos para mostrarse ingenioso:

—Seguro... Un día salvé un terranova que se estaba ahogando.

A las damas esto les pareció muy ocurrente, y la misma señora Deberle se sintió desarmada.

—Le cedo los terranovas —respondió—; pero sabe usted muy bien que en Trouville no me bañé ni una sola vez.

— ¡Ah, se trata de la lección que le di a usted! —exclamó—. Bueno, ¿acaso una noche, en su comedor, no le expliqué que había que agitar los pies y las manos?

Todas las señoras se echaron a reír. Era encantador. Julieta levantó los hombros. Con él no había manera de hablar en serio. Se levantó para ir al encuentro de una dama que tenía un gran talento como pianista y que venía por primera vez a la casa. Elena, sentada cerca del fuego con su habitual placidez, miraba y escuchaba. Malignon le interesaba particularmente. Se dio cuenta de que ejecutaba una hábil maniobra para acercarse a la señora Deberle, a la que oía hablar detrás de su butaca. De pronto se mudaron las voces. Ella se reclinó para oír mejor. La voz de Malignon decía:

— ¿Por qué no vino usted ayer? La estuve esperando hasta las seis.

—Déjeme, está usted loco —murmuró Julieta.

Entonces la voz de Malignon se elevó, un tanto enronquecida.

—De manera que no cree usted la historia del terranova... Incluso me dieron una medalla. Ya se la enseñaré. —Y añadió muy bajito—: Me lo había usted prometido... Recuérdelo...

Llegaba toda una familia. La señora Deberle se deshizo en cumplidos, en tanto que Malignon reaparecía en medio de las damas, con su monóculo en el ojo. Elena se puso pálida por las palabras que acababa de escuchar. Fue como un rayo para ella, algo inesperado y monstruoso. ¿Cómo esta mujer tan dichosa, de rostro tan sereno, con sus mejillas blancas y rosadas, podía traicionar a su marido? Siempre le había parecido que tenía la cabeza a pájaros, pero también que su mismo amable egoísmo había de salvarla de cualquier tontería. ¡Y con un hombre como Malignon! Bruscamente acudieron a su memoria las tardes en el jardín, Julieta sonriente y afectuosa, recibiendo el beso con que el doctor rozaba sus cabellos. Pese a todo, se querían. Entonces, movida por un sentimiento que no podía explicarse, montó en cólera contra Julieta como si fuese ella, personalmente, la engañada. Era una humillación para Enrique; y los celos la enfurecieron tanto, que su agitación

podía leerse claramente en su cara. La señorita Aurelia le preguntó :

— ¿Qué le pasa a usted? ¿Se siente mal?...

La solterona, viéndola sola, se había sentado a su lado. Le demostraba una sincera amistad, encantada por la forma complaciente con que esta mujer, tan formal y tan hermosa, escuchaba durante horas sus comadreos.

Pero Elena no contestó. Necesitaba ver a Enrique, saber inmediatamente qué estaba haciendo, qué gesto adoptaba. Se levantó, le buscó por el salón y acabó encontrándole. Estaba hablando, de pie, junto a un hombre grueso y pálido, y parecía muy tranquilo y satisfecho con su ligera sonrisa. Le examinó por un momento. Sentía por él una conmiseración que le disminuía un poco, pero que al mismo tiempo hacía que le amase más todavía, con una ternura en la que se mezclaba una vaga sombra de protección. Su idea, un tanto confusa todavía, era que en este momento debía compensarle de la felicidad perdida.

— ¡Vaya! —murmuró Aurelia—, vamos a divertirnos si la hermana de la señora Guiraud se pone a cantar... Es la décima vez que oigo Les Tourterelles. Este invierno no sabe otra cosa... ¿Sabe usted que está separada del marido? Fíjese en ese señor moreno que está allí, junto a la puerta. Están a partir un piñón, y Julieta tiene que recibirle, pues de lo contrario ella no vendría...

— ¡Ah! —dijo Elena.

La señora Deberle pasaba rápidamente de un grupo a otro rogando que guardasen silencio para escuchar a la hermana de la señora Guiraud. El salón estaba lleno; unas treinta señoras ocupaban el centro, sentadas, cuchicheando y riendo; no obstante, había dos que permanecían de pie, hablando más alto, con graciosos movimientos de hombros, mientras que cinco o seis caballeros, muy a sus anchas, parecían encontrarse como en su casa, medio perdidos entre las faldas. Se oyeron algunos «¡Chsst!» discretos y el ruido de las voces disminuyó, los rostros adoptaron una expresión de aburrida inmovilidad y pronto se oyó tan sólo el aletear de los abanicos en el aire cálido.

La hermana de la señora Guiraud cantaba, pero Elena no la escuchaba. Ahora miraba a Malignon, a quien parecían gustarle Les Tourterelles, afectando un interés inmoderado por la música. ¡Era posible! ¡Aquel mequetrefe! Sin duda fue en Trouville donde se abandonaron a algún juego peligroso. Las palabras sorprendidas por Elena parecían indicar que Julieta no había cedido todavía, pero la caída parecía próxima. Ante ella, Malignon marcaba el compás con un balanceo encantado; la señora Deberle demostraba una admiración condescendiente, en tanto que el doctor se callaba, paciente y amable, esperando el final de la pieza para reanudar su conversación con el hombre gordo y pálido.

Sonaron ligeros aplausos cuando la cantante se calló y algunas voces se

extasiaron:

— ¡Delicioso! ¡Encantador!

El apuesto Malignon alargaba los brazos por encima de los peinados de las damas, aplaudía con sus dedos enguantados, sin hacer ruido, y repetía: «¡Bravo! ¡Bravo!», con una voz cantarina que dominaba las demás.

En seguida este entusiasmo decayó, las caras perdieron su tiesura para sonreír, algunas damas se levantaron y las conversaciones se reanudaron en medio de una sensación general de alivio.

Aumentaba el calor y un olor almizclado se desprendía de los tocados con el aleteo de los abanicos. Había momentos en que, entre el murmullo de las conversaciones, sonaba una nítida risa o una palabra pronunciada en voz alta hacía volver las cabezas. Ya, por tres veces Julieta había ido al pequeño salón para suplicar a los hombres que en él se refugiaban que no abandonasen a las señoras. La seguían; pero diez minutos después habían desaparecido de nuevo.

—Es insoportable —murmuraba con un gesto de enfado—, no hay manera de que se quede uno.

Entretanto, la señorita Aurelia daba a Elena el nombre de las señoras ya que ésta sólo había acudido por dos veces a las tertulias del doctor. Estaba toda la alta burguesía de Passy, gente muy rica. Luego, inclinándose:

—Decididamente, es cosa hecha... La señora de Chermette casa a su hija con ese rubio alto con el que ella ha estado liada durante dieciocho meses... Por lo menos, tendremos a una suegra que amaré a su yerno. —Pero se interrumpió muy sorprendida—. ¡Diantre! ¡El marido de la señora Levasseur hablando con el amante de su esposa! No obstante, Julieta había jurado que ya no los recibiría juntos.

Elena, con una mirada lenta, recorrió todo el salón. ¿Es que en este mundo digno, entre esta burguesía aparentemente decente, sólo había mujeres culpables? Su rigorismo provinciano se escandalizaba de tanta promiscuidad tolerada en la vida parisiense. Amargamente se burlaba de haber sufrido tanto cuando Julieta ponía su mano en la suya. Realmente, era una tontería tener tantos escrúpulos. El adulterio se aburguesaba de una manera plácida, aguzado con una pizca de refinamiento coqueto. La señora Deberle, ahora, parecía haber hecho las paces con Malignon y, pequeñaja, acurrucando sus redondeces de morenita mañosa en una butaca, reía las agudezas que él le estaba diciendo. El señor Deberle acertó a pasar.

—Esta noche, ¿no se pelean ustedes? —preguntó.

—No —respondió Julieta muy alegre—. Dice tantas tonterías... Si tú supieras todas las tonterías que me dice...

Se cantó de nuevo. Pero el silencio fue más difícil de lograr. Era el joven Tissot, que cantaba un dúo de La Favorita con una señora muy madura que iba peinada como una niña. Paulina, de pie junto a una de las puertas, en medio de los negros fracs, miraba al cantante con un aire de sincera admiración, como había aprendido que se miran las obras de arte.

— ¡Oh qué cabeza más bonita! —dejó escapar en medio de una frase apagada del acompañamiento, pero en voz tan alta que todo el salón la oyó.

La velada avanzaba y el cansancio se reflejaba en todas las caras. Algunas señoras, sentadas en la misma butaca desde hacía tres horas, tenían un aspecto de aburrimiento inconsciente, felices, no obstante, de aburrirse allí. Entre dos piezas, escuchadas a medias, las conversaciones se reanudaban y parecía como si fuera la sonoridad del piano que perdurara. El señor Letellier contaba que había ido a vigilar un pedido de sedas a Lyon; las aguas del Saône no se mezclaban con las del Ródano, cosa que le había sorprendido mucho. El señor de Guiraud, un magistrado, dejaba caer sus sentenciosas frases sobre la necesidad de poner un dique a los vicios de París. Otros rodeaban a un señor que había conocido a un chino y estaba dando detalles. Dos señoras, en un rincón, intercambiaron confidencias sobre el servicio. No obstante, en el grupo de señoras presidido por Malignon se hablaba de literatura: la señora Tissot declaraba que Balzac era ilegible; Malignon estaba muy lejos de negarlo, pero mantenía que, de vez en cuando, en Balzac se encontraba alguna página bien escrita.

—Un poco de silencio —reclamó Paulina—. Va a tocar.

Era la pianista, aquella dama que tenía tanto talento. Todas las cabezas se volvieron por cortesía. Pero en medio del silencioso recogimiento se oyeron gruesas voces de hombre discutiendo en el pequeño salón. La señora Deberle estaba a punto de desesperarse; estas cosas le causaban una preocupación infinita.

—Son insoportables —murmuró—. Que se queden en su casa, si no quieren venir; pero, por lo menos, que se callen.

Y mandó a Paulina, quien de mil amores fue a dar el recado.

—Sepan ustedes, señores, que van a tocar el piano —dijo con su serena osadía de virgen en su traje de reina—; se les suplica silencio.

Hablaba muy alto y tenía la voz chillona; y como luego se quedó allí, con los hombres, para reír y bromear, el ruido se hizo mucho más fuerte. La discusión prosiguió y ella les daba nuevos argumentos. En el salón, la señora Deberle, estaba sufriendo; todo el mundo estaba cansado de tanta música y permanecía indiferente. La pianista se sentó de nuevo apretando los labios, pese a los exagerados cumplidos que la dueña de la casa se creyó en el deber

de hacerle.

Elena sufría. Enrique parecía como si no la viera; ni había vuelto a acercarse. De vez en cuando le sonreía desde lejos. Al principio de la velada ella se había tranquilizado al encontrarle tan puesto en razón; pero, desde que ella conocía la historia de la otra pareja, hubiese querido algo, una muestra de cariño, aun cuando pudiera comprometerla. La agitaba un deseo confuso, mezcla de toda clase de malos sentimientos. ¿Es que ya no la amaba, puesto que podía permanecer tan indiferente? En verdad que estaba eligiendo bien el momento. ¡Ay, si ella pudiese decírselo todo, informarle de la indignidad de esa mujer que llevaba su nombre!... Entonces, mientras el piano desgranaba sus brillantes arpegios, se le ocurrió un sueño: Enrique había echado a Julieta y ella estaba con él, como si fuera su esposa, en uno de esos países lejanos cuyo idioma se ignora.

Una voz la hizo estremecer.

—Entonces, ¿no va a tomar usted nada? —preguntaba Paulina.

El salón estaba vacío. Todo el mundo había pasado al comedor para tomar el té. Elena se levantó trabajosamente; todo se embarullaba en su cabeza. Pensaba que todo lo había soñado: las palabras oídas, la próxima caída de Julieta, el adulterio burgués, sonriente y apacible. Si todo esto fuese verdad, Enrique ya estaría junto a ella y los dos habrían ya abandonado aquella casa.

—Tomará usted una taza de té, ¿no es eso?

Sonrió y dio las gracias. La señora Deberle le había guardado un puesto en la mesa. Bandejas de dulces y pastelería cubrían el mantel a la par que un enorme bollo y dos tartas se elevaban simétricamente dispuestos en sus computeras. Como había poco espacio, las tazas de té se tocaban casi, separadas dos a dos, por finas servilletas grises de largos flecos. Sólo las señoras estaban sentadas. Comían con la punta de sus dedos desenguantados, pastelitos y frutas escarchadas, y se pasaban el jarro de la nata, sirviéndose ellas mismas con gesto delicado. Sin embargo, tres o cuatro se habían compadecido y servían a los hombres. Estos, de pie a lo largo de las paredes, bebían tomando toda clase de precauciones para librarse de los codazos involuntarios. Otros permanecían en los dos salones, esperando que los pasteles viniesen hacia ellos. Era el momento en que Paulina triunfaba. Se hablaba más fuerte, las risas y los ruidos cristalinos de los servicios de plata resonaban, el olor a almizcle se hacía más cálido con el perfume penetrante del té.

—Acérqueme el bollo, por favor —dijo la señorita Aurelia, que se encontraba precisamente al lado de Elena—. Todas estas golosinas me resultan poco sólidas.

Ya había vaciado dos bandejas. Después, con la boca llena, añadió:

—La gente ya se va retirando... Ahora estaremos a gusto.

En efecto, algunas señoras se iban ya, después de haber estrechado la mano a la señora Deberle. Muchos caballeros se habían marchado discretamente. El departamento se iba vaciando. Entonces unos señores se sentaron a su vez a la mesa; pero la señorita Aurelia no abandonó su puesto. Lo que quería, en realidad, era un vaso de ponche.

—Voy a buscarle uno —dijo Elena levantándose.

— ¡Oh no, gracias!... No se tome tanta molestia.

Desde hacía un rato, Elena estaba vigilando a Malignon. Había ido a estrechar la mano del doctor y saludaba ahora a Julieta en el umbral de la puerta. Ella mostraba su blanco rostro, sus claros ojos, su complaciente sonrisa, y se hubiera podido creer que él le hacía sus cumplidos a propósito de la velada. Como Pedro servía el ponché sobre un aparador, junto a la puerta, Elena avanzó y maniobró en forma que quedó escondida tras los pliegues de los cortinajes. Escuchó.

—Se lo ruego —decía Malignon—, venga pasado mañana... La esperaré a las tres...

— ¿Cuándo tendrá usted formalidad? —respondió la señora Deberle riéndose—. ¡No diga tonterías!

Pero él insistía, repitiendo siempre:

—La esperaré... Venga pasado mañana... ¿Sabe usted dónde?

Entonces, rápidamente, ella murmuró:

—Bueno, sí; pasado mañana.

Malignon se inclinó y partió. La señora de Chermette se retiraba junto con la señora Tissot. Julieta las acompañó alegremente hasta la antecámara, diciendo a la primera, con su ademán más amable:

—Iré a verla pasado mañana... Tengo que hacer una infinidad de visitas ese día.

Elena había permanecido inmóvil, muy pálida. Mientras, Pedro, que había servido el ponche, le acercó un vaso. Ella lo tomó maquinalmente y lo llevó a la señorita Aurelia que se dedicaba ahora a la fruta escarchada.

— ¡Oh! Es usted demasiado amable —exclamó la solterona—. Ya hubiese llamado a Pedro... ¿Ve usted?, es un error no ofrecer ponche a las señoras... Cuando se tienen mis años...

Se interrumpió al notar la palidez de Elena.

—Seguro que se siente usted enferma... Tome un vaso de ponche.

—Gracias, no es nada. Es que hace tanto calor...

Se tambaleó y volvió al salón desierto, dejándose caer en una butaca. Las lámparas ardían con luz rojiza; las bujías de la araña, muy bajas, amenazaban hacer estallar las arandelas. Se oyeron, desde el comedor, las despedidas de los últimos invitados. Elena olvidaba marcharse, quería seguir allí para reflexionar. Así pues, no se trataba de un sueño. Julieta iría a casa de ese hombre. Pasado mañana: sabía el día. ¡Oh!, dejaría de preocuparse; éste era el propósito que llenaba su mente. Luego pensó que su deber era hablar con Julieta y evitar su falta. Pero esta buena idea la dejaba fría, por lo que la apartó como algo inoportuno. En la chimenea, que miraba fijamente, un leño apagado crujió. El aire, pesado y adormecido, conservaba el olor de las cabelleras.

— ¡Vaya!, está usted ahí —exclamó Julieta al entrar—. ¡Ah, qué amable al no haberse marchado en seguida!... ¡Por fin se respira! —Y como Elena, sorprendida, hiciera un gesto para levantarse, añadió—: Aguarde, usted no tiene ninguna prisa... Enrique, tráeme, mis sales.

Permanecían allí tres o cuatro personas, los íntimos. Se sentaron ante el apagado fuego y charlaron con agradable abandono, en el descanso de la gran habitación adormecida. Las puertas estaban abiertas, se veía el saloncito vacío, el comedor vacío, todo el departamento todavía iluminado e inmerso en un profundo silencio. Enrique mostraba una amable galantería cerca de su esposa; acababa de subir a su dormitorio para recoger las sales, que ella respiraba cerrando lentamente los ojos. Le preguntó si no se habría fatigado demasiado. Sí, sentía un poco de cansancio, pero estaba encantada, todo había sido perfecto. Entonces contó que las noches en que recibía no podía dormirse y se agitaba en la cama hasta las seis de la madrugada. Enrique se sonrió y bromearon. Elena los miraba y se estremeció en aquella somnolencia que, poco a poco, parecía apoderarse de toda la casa.

Ahora, sólo quedaban dos personas. Pedro había ido a buscar un coche y Elena se quedó la última. Dio la una. Enrique, sin hacer cumplidos, sopló unas bujías que estaban recalentando las arandelas. Era como si se acostaran; apagadas una a una las luces, la habitación se hundía en una penumbra de alcoba.

—Les impido meterse en la cama —balbuceó Elena levantándose bruscamente—. Despídanme ya.

Se había puesto muy colorada. La sangre la ahogaba. La acompañaron hasta la antecámara; pero allí, como estaba fría, el doctor se inquietó por su esposa, cuyo traje era muy descotado.



—Entra de nuevo o te pondrás mala... Estás muy acalorada.

—Bueno, ¡adiós! —dijo Julieta, que besó a Elena como hacía siempre en sus momentos de ternura—. Venga a verme más a menudo.

Enrique había cogido el abrigo de pieles y lo mantenía abierto para ayudar a Elena. Cuando ésta hubo metido los dos brazos, fue él quien levantó el cuello, abrigándola así con una sonrisa ante un inmenso espejo que cubría una de las paredes de la antecámara. Estaban solos y se miraban en el espejo. Entonces, de pronto, sin volverse, envuelta en sus pieles, se dejó caer en sus brazos. Desde hacía tres meses, sólo habían intercambiado amistosos apretones de manos; querían dejar de amarse. El dejó de sonreír; su rostro cambió, ardiente e hinchado. La estrechó locamente, la besó en el cuello y ella inclinó la cabeza hacia atrás para devolverle el beso.

## II

Elena no durmió en toda la noche. Se revolvía febril, y cuando se hundía en la modorra la misma angustia la despertaba con un sobresalto. En la pesadilla de ese duermevela, se sentía atormentada por una idea fija: hubiera querido conocer el lugar de la cita. Le pareció que esto la tranquilizaría. No podía tratarse del reducido entresuelo de Malignon en la calle Taitbout, del que se hablaba a menudo en casa de los Deberle. ¿Dónde, entonces, dónde? Su mente trabajaba a su pesar y había olvidado totalmente la aventura para hundirse en esta búsqueda enervante, llena de oscuros deseos.

Cuando llegó el día, se vistió y se sorprendió diciéndose en voz alta:

—Es para mañana.

Con un pie calzado y las manos inertes, pensaba ahora que puede que se tratase de algún departamento amueblado, cualquier habitación alquilada por meses. Luego, tal supuesto la repugnó. Imaginaba que había de ser un departamento delicioso, con gruesos cortinones, flores, y grandes fuegos ardiendo en todas las chimeneas. Ya no eran Julieta y Malignon los que se encontraban allí; se veía a sí misma con Enrique en el fondo de ese muelle refugio, donde no llegaban los ruidos del exterior. Se estremeció dentro de su peinador mal abrochado. ¿Dónde sería? ¿Dónde?

—Buenos días, madrecita —gritó Juana despertándose a su vez.

Desde que se puso buena, dormía de nuevo en la salita. Vino, como todos los días, con los pies descalzos y en camisa, a echarse al cuello de su madre. Luego se marchó corriendo y se metió todavía por un momento en su cama

calentita. Esto la divertía y se reía bajo los cobertores. Por segunda vez volvió a gritar, repitiendo el juego:

—Buenos días, madrecita.

Y de nuevo se marchó. Esta vez reía con grandes carcajadas porque se había echado la sábana por encima de la cabeza y desde debajo de ella decía con voz grave y apagada:

—Yo ya no estoy... Ya me he ido...

Pero Elena no compartía su juego como las otras mañanas. Entonces Juana, aburrida, volvió a dormirse. Era todavía demasiado pronto. Hacia las ocho apareció Rosalía y se dispuso a contar su mañana. ¡Menudo tiempo el que hacía! Poco había faltado para que no se le quedasen los zapatos prendidos en el barro cuando fue a por la leche. Tiempo de deshielo naturalmente: y encima, el aire era suave, se ahogaba una. Luego, de pronto, se acordó: la víspera había venido una viejecita preguntando por la señora.

— ¡Anda! —exclamó al oír llamar—, juraría que es ella.

Era la tía Fétu, pero muy limpia y peripuesta, con un sombrerito blanco, traje nuevo y un mantón de tartán que le cruzaba el pecho. No obstante, seguía con su voz lacrimosa.

—Soy yo, mi buena señora. Me he atrevido... Se trata de algo que quería pedirle.

Elena la miraba, algo sorprendida de verla tan bien arreglada.

— ¿Está usted mejor, tía Fétu?

—Sí, sí; se diría que estoy mejor... Pero sigo sintiendo algo extraño en el vientre; me da golpecitos, pero en fin: estoy mejor. Lo que pasa es que me ha tocado la suerte. Me sorprende, porque ya sabe usted que la suerte y yo... Un joven me ha encargado que le cuide la casa. ¡Oh!, se trata de toda una historia...

Su voz se hacía más calmosa y sus vivarachos ojos daban vueltas en medio de las mil arrugas de su cara. Parecía que esperase que fuera Elena quien le preguntase. Pero ésta, sentada junto al fuego que Rosalía acababa de encender, escuchaba a medias, absorta en sus pensamientos.

— ¿Qué va usted a pedirme, tía Fétu? —dijo.

La vieja no respondió en seguida. Examinaba la habitación, los muebles de palisandro, los cortinajes de terciopelo azul. Y, con su voz humilde y aduladora de mendiga, murmuró:

— ¡Qué casa más preciosa, señora, y discúlpeme!... Mi señorito tiene una

habitación como ésta, pero en rosa... ¡Oh!, es toda una historia. Figúrese que se trata de un hombre joven, de la buena sociedad, que vino a alquilar un departamento en nuestra casa. No es que quiera presumir, pero los departamentos del primero y segundo piso de nuestra casa están muy bien. Y, además, ¡es un lugar tan tranquilo!... No pasa un coche, se diría que está en el campo... Los obreros han trabajado más de quince días y han dejado la habitación hecha una joya... —Se detuvo, al notar que Elena se interesaba—. Dice que la necesita para su trabajo —prosiguió arrastrando las palabras—, para su trabajo... No tenemos portera, ¿sabe usted?, y esto precisamente es lo que le agrada. A este señor no le gustan las porteras... y tiene razón, ¡de verdad! —Se interrumpió de nuevo, como si se le acabase de ocurrir una idea—. ¡Espere! Si a ese señorito usted debe conocerle... Se ve con una de sus amigas...

— ¡Ah! —exclamó Elena muy pálida.

— ¡Seguro!, la señora de aquí al lado, con la que iba usted a la iglesia... Estuvo hace unos días.

Los ojos de la tía Fétu se empequeñecían al adivinar la emoción de la buena señora. Elena trató entonces de hacer una pregunta con aire tranquilo:

— ¿Y subió a la casa?

—No, lo pensó mejor, tal vez había olvidado algo... Yo estaba en la puerta. Ella me preguntó por el señor Vincent: luego se metió de nuevo en su coche de punto y gritó al cochero: «Es demasiado tarde; vuélvase...» ¡Oh, es una señora muy despabilada, muy amable, muy educada! El Señor no ha puesto a muchas en este mundo que sean como ella. Aparte de usted, no hay nadie que se le compare... ¡Qué el cielo los bendiga a todos!

Y siguió desgranando frases inútiles con su maestría de mujer piadosa habituada a pasar su rosario. Por otra parte, el secreto movimiento de las arrugas de su cara no se había interrumpido. Ahora se la veía radiante de satisfacción.

—Lo que ocurre ahora —siguió sin transición— es que quisiera tener un buen par de zapatos. Mi señorito ha sido muy amable conmigo y esto ya no puedo pedírselo... Ya ve usted, voy bien abrigadita; solamente me falta un par de buenos zapatos. Los que llevo están agujereados, mire usted, y con esos tiempos embarrados se coge fácilmente un cólico... De veras, ayer tuve unos cólicos que estuve retorciéndome toda la tarde... Con un buen par de zapatos...

—Le llevaré un par, tía Fétu —dijo Elena, despidiéndola con un ademán.

Luego, cuando vio que la vieja se iba, caminando de espaldas y haciendo

reverencias dándole las gracias, le preguntó:

— ¿A qué hora puedo encontrarla que esté sola?

—Mi señorito no está nunca después de las seis —contestó—; pero no se tome tanta molestia: yo misma vendré a recogerlos a la portería. Pero, en fin, que sea como a usted le parezca. Es usted un ángel del paraíso. ¡Qué Dios se lo pague!

Todavía se oyeron sus gimoteos en el rellano de la escalera. Elena, sentada, seguía estupefacta por los informes que esta mujer acababa de traerle con tan rara oportunidad. Ahora sabía dónde. ¡Una habitación color de rosa en aquella vieja casa destartada! Veía de nuevo la escalera rezumando humedad, las amarillas puertas de cada piso, ennegrecidas por las manos grasientas, toda aquella miseria de la que se compadecía el invierno pasado, cuando subía a visitar a la tía Fétu; y trataba de imaginarse la habitación rosa en medio de las fealdades de la miseria.

Pero, mientras permanecía sumida en una especie de sueño, dos manitas tibias se pusieron sobre sus ojos enrojecidos por el insomnio, mientras una voz risueña preguntaba:

— ¿Quién soy?... ¿Quién soy?

Era Juana, que acababa de vestirse solita. La voz de la tía Fétu la había despertado, y viendo que estaba cerrada la puerta del gabinete, se despachó de prisa para sorprender a su madre.

— ¿Quién soy?... ¿Quién soy?... —repitió agitada cada vez más por la risa. Luego, viendo que Rosalía entraba trayendo el desayuno—: Tú lo sabes, pero no digas nada... A ti nadie te pregunta.

— ¡Termina de una vez, locuela! —dijo Elena—. Ya sé que eres tú.

La niña se dejó resbalar hasta las rodillas de su madre y allí, echada de bruces, se balanceaba feliz de su invención y seguía con gesto convencido:

—Bueno, también podría haber sido otra niña... ¿no? Una niña que te trajera una carta de su mamá invitándote a comer... Entonces te hubiese tapado los ojos...

—No te hagas la tonta —dijo Elena poniéndola de pie—. ¿Qué te estás inventando? Sírvanos, Rosalía.

Pero la criada examinaba a la pequeña diciéndose que la señorita se había puesto hecha un pingo. En efecto, Juana, con sus prisas, ni se había puesto los zapatos. Estaba en enaguas, unas cortas enaguas de franela por cuya abertura aparecía un faldón de la camisa. Su chambrita de bayeta, desabrochada, mostraba su desnudez de chiquilla, un pecho plano, de una finura exquisita, en

el cual unas líneas temblorosas, con unas manchas apenas de color de rosa, insinuaban los nacientes pezones. Con los cabellos enmarañados y las medias puestas al sesgo, resultaba adorable, blanca toda ella, con sus ropitas en desorden.

Se inclinó, se miró, y estalló en risas.

—Mira, mamá, cómo estoy de graciosa... ¿Quieres? Voy a quedarme así... ¡Estoy muy mona!

Elena, reprimiendo un gesto de impaciencia, le hizo la misma pregunta de todos los días:

— ¿Ya te lavaste?

— ¡Oh mamá! —murmuró la pequeña, enojada de pronto—. ¡Oh mamá! Está lloviendo y hace un tiempo muy feo...

—Entonces, no hay desayuno... Lávele la cara, Rosalía.

Generalmente era ella quien cuidaba de esto; pero sentía un auténtico malestar y se acercó más al fuego, tiritando, pese a que hacía un tiempo muy suave.

Rosalía acababa de acercar a la chimenea el velador, sobre el cual había extendido una servilleta y colocado dos tazones de porcelana blanca. Junto al fuego, borboteaba el café con leche en un calentador de plata, regalo del señor Rambaud. A aquella hora matutina, la habitación por hacer, todavía amodorrada y con el desorden de la noche, daba una sensación de sonriente intimidad.

— ¡Mamá, mamá! —gritaba Juana desde el fondo del gabinete—, me restriega demasiado fuerte, me está desollando. ¡Uy, cómo está de fría!

Elena, con los ojos fijos en el calentador, soñaba abstraída. Quería enterarse: iría. La irritaba y turbaba pensar en el misterio de la cita en aquel rincón sórdido de París. Le parecía de un gusto detestable ese misterio y reconocía el ingenio de Malignon, su imaginación novelera, con esa ocurrencia de hacer revivir, por su cuenta, los pequeños reservados de tiempos de la Regencia. Pese a su repugnancia, se sentía febrilmente atraída, con los sentidos llenos del silencio y la penumbra que debía reinar en la habitación rosa.

—Señorita —repetía Rosalía—, si no se deja usted hacer, voy a llamar a la señora.

— ¡Anda! Me estás metiendo jabón en los ojos —respondía Juana, cuya voz parecía entrecortada por las lágrimas—. Ya basta, déjame... Las orejas, mañana...

Pero el chorrear del agua continuaba y se oía como la esponja goteaba en la jofaina. Hubo un ruido de lucha. La niña lloró. Casi al mismo tiempo, volvió a aparecer, muy contenta, gritando:

— ¡Se acabó, se acabó!

Y se sacudía los cabellos mojados, completamente rosada por efecto del frote, con un frescor que olía a limpio. Con el forcejeo había hecho resbalar la chambrita, sus enaguas se desataban y las medias se caían, mostrando las piernecitas. Vista así, como decía Rosalía, la señorita parecía un Niño Jesús. Pero Juana estaba tan orgullosa de verse limpia, que no quería que la vistieran.

—Mira un poco, mamá; mira mis manos, mi cuello, mis orejas... ¡Ah!, deja que me caliente un poco, que estoy muy bien... No me digas que no me he ganado el desayuno, hoy.

Estaba hecha un ovillo en su butaquita delante del fuego. Entonces Rosalía sirvió el café con leche. Juana cogió su tazón entre las rodillas, mojando gravemente su tostada con los gestos de una persona mayor. Elena, generalmente, no le permitía que comiera así. Pero seguía preocupada. Dejó su tostada y se contentó con sorber su café. Al último bocado, Juana sintió como un remordimiento. Una pena muy grande le llenaba el corazón, dejó el tazón y se echó al cuello de su madre, viéndola tan pálida.

—Mamá, ¿es que ahora eres tú la que está enferma?... Dime: ¿te he hecho enfadar?

—No, querida, al revés; eres muy buena —murmuró Elena besándola—. Estoy un poco cansada. He dormido mal... Juega y no te preocupes.

Pensó que el día sería terriblemente largo. ¿Qué iba a hacer para esperar la noche? Desde hacía algún tiempo no cogía una aguja y todo trabajo se le hacía pesado. Permanecía sentada durante horas, con las manos lacias, ahogándose en la habitación y sintiendo la necesidad de salir a respirar, pero seguía sin moverse. Era esta habitación la que la ponía enferma; la detestaba, la odiaba por los dos años que había vivido en ella; la encontraba odiosa con su terciopelo azul, su inmenso horizonte de gran ciudad, y soñaba con un pequeño departamento en el que se oyera el ruido de la calle que la aturdiría. ¡Dios mío! ¡Cuán lentas pasaban las horas! Cogió un libro, pero la idea fija que latía en su cabeza interponía siempre las mismas imágenes entre sus ojos y la página empezada.

Entre tanto, Rosalía había arreglado la habitación y Juana estaba ya peinada y vestida. Entonces, en medio de los muebles bien dispuestos, en tanto que su madre delante de la ventana se esforzaba en leer, la niña, que estaba en uno de sus días de alegría ruidosa, inició un gran juego. Estaba sola, pero esto no la preocupaba mucho; ella podía representar muy bien tres o cuatro

personas, con una seriedad y una convicción muy divertidas. Primero, jugó a la señora que va de visita. Desaparecía en el comedor y luego entraba saludando sonriente, volviendo la cabeza de manera coqueta.

—Buenos días, señora... ¿Cómo está usted, señora?... Hace mucho tiempo que no se la ve a usted. Verdaderamente, parece un milagro... ¡Dios mío!, he estado enferma, señora. Además, he tenido el cólera; es muy desagradable... ¡Oh!, nadie lo diría; está usted más joven, palabra de honor. ¿Y sus pequeños, señora? Yo he tenido tres desde el último verano...

Seguía con sus reverencias ante el velador, el cual, sin duda, representaba a la señora en cuya casa estaba de visita. Luego acercaba las sillas y mantenía una conversación general que duraba una hora, con abundancia de frases verdaderamente extraordinarias.

—No te hagas la tonta, Juana —decía su madre de vez en cuando, si el ruido la impacientaba.

—Pero, mamá, estoy en casa de mi amiga... Ella me habla y tengo que responderle... ¿Verdad que, cuando sirven el té, no hay que meterse los pasteles en los bolsillos? —Y continuaba—: Adiós, señora; su té estaba delicioso... Muchos saludos para su señor marido...

De pronto, fue otra cosa. Salía en coche e iba de compras, a horcajadas en una silla, como un muchacho.

—Juan, no vayas tan de prisa, que me da miedo... Deténgase, que estamos en casa de la modista... Señorita, ¿cuánto cuesta este sombrero? Trescientos francos, no es caro; pero no es bonito. Lo quisiera con un pájaro arriba, un pájaro así de grande... Vámonos, Juan; lléveme a la tienda de ultramarinos. ¿Tiene usted miel? Sí, señora, aquí la tiene usted. ¡Oh, qué buena está! No, no la quiero; deme diez céntimos de azúcar... Pero ¡ponga cuidado Juan! ¡Ya se volcó el coche! Señor guardia, ha sido la carreta, que se nos echó encima... ¿No le ha pasado a usted nada, señora? No, caballero, en absoluto... Juan, Juan, regresemos... ¡Arre! ¡Arre! Espere, voy a encargarme unas camisas. Tres docenas de camisas para la señora... Necesito unos botines y un corsé... ¡Arre! ¡Arre! ¡Dios mío, no se acaba nunca!

Se abanicaba, hacía la señora que vuelve a su casa y riñe al servicio. Era la de nunca acabar: una fiebre, una expansión continua de invenciones fantásticas. Todo el torbellino de la vida bullía en su cabeza y salía a borbotones. Por la mañana y por la tarde estuvo dando vueltas, bailando, charlando; cuando se sentía fatigada, un taburete, una sombrilla olvidada en un rincón, un trapo recogido del suelo, bastaban para lanzarla a otro juego, con nuevas ráfagas de inventiva. Lo creaba todo: los personajes, los sitios, las escenas; se divertía como si jugaran con ella una docena de chicos de su edad.

Por fin, la noche llegó. Iban a dar las seis. Elena despertó de la somnolencia inquieta en la que había pasado la tarde y rápidamente se echó un chal sobre sus hombros.

— ¿Vas a salir, mamá? —preguntó Juana sorprendida.

—Sí, querida; tengo que hacer un encargo ahí cerca. No tardaré mucho. Sé juiciosa...

Afuera proseguía el deshielo. Un río de lodo corría por la calzada. En la calle de Passy, Elena entró en un almacén de calzado donde ya había estado con la tía Fétu. Luego volvió a la calle Raynouard. El cielo era gris, una neblina se desprendía del pavimento. La calle se hundía ante ella, desierta e inquietante, pese a la hora temprana, con sus escasas luces de gas, las cuales, en el vaho de la humedad, se convertían en manchas amarillas. Apresuraba el paso, rozando las casas, escondiéndose como si se dirigiera a una cita. Pero cuando, de pronto, dio la vuelta al pasadizo des Eaux, se detuvo bajo el arco, presa de verdadero miedo. El pasaje se abría bajo sus pies como un negro agujero. No alcanzaba a ver el fondo, sólo vislumbraba, en aquel pozo tenebroso, la claridad del único reverbero que lo iluminaba. Al fin se decidió. Se cogió a la barandilla de hierro para no caerse. Con la punta de los pies tanteaba los amplios escalones. A derecha e izquierda se iban cerrando los muros, alargados desmesuradamente por la noche, en tanto que las ramas desnudas de los árboles ponían, por encima, vagos perfiles de brazos gigantescos con manos tendidas y crispadas. Temblaba con sólo pensar que la puerta de uno de estos jardines podía abrirse y que un hombre se le echaría encima. No pasaba nadie y ella descendía lo más rápidamente posible. De pronto surgió una sombra en la oscuridad; un estremecimiento la heló, cuando la sombra tosió; era una anciana que subía pesadamente. Entonces se sintió tranquilizada, alzó con mayor cuidado su vestido, cuya cola se arrastraba por el fango. El barro era tan espeso que sus zapatos quedaban como clavados en los peldaños. Cuando estuvo abajo, se volvió con un movimiento instintivo. La humedad de las ramas goteaba en el pasaje, el reverbero desprendía una claridad de lámpara de minero, colgada en la pared de un pozo que las infiltraciones hubiesen hecho peligroso.

Elena subió directamente al desván donde había venido tan a menudo, a lo alto de la casa del pasaje. Pero llamó en vano; no notó el menor movimiento. Descendió entonces, muy apurada. La tía Fétu estaba, sin duda, en el departamento del primer piso; pero Elena no se atrevía a presentarse allí. Durante cinco minutos permaneció en el zaguán, iluminado por una lámpara de petróleo. Subió de nuevo, dudó, miró las puertas y ya iba a marcharse cuando la anciana se asomó inclinándose por encima de la barandilla.

— ¡Cómo!, está usted en la escalera, mi buena señora... Pero entre usted,



no se quede ahí, que puede coger frío... ¡Ah!, es traidor como la misma muerte...

—No, gracias —dijo Elena—. Aquí tiene usted su par de zapatos, tía Fétu...

Y miró hacia la puerta de la tía Fétu, que había dejado abierta tras ella. Se veía el rincón de una cocina.

—Estoy sola, se lo juro —repetía la vieja—. Entre... Por ahí está la cocina. ¡Ah!, por lo menos usted no es nada orgullosa con los pobres. Esto sí que no se puede negar...

Entonces, pese a su repugnancia, avergonzada de lo que estaba haciendo, Elena la siguió.

—Aquí tiene su par de zapatos, tía Fétu...

— ¡Dios mío! ¿Cómo podré agradecerérselo?... ¡Y que espléndidos zapatos! Espere un instante, que voy a ponérmelos. Completamente a medida, me van como un guante... ¡Bendito sea Dios! Por lo menos, con esto se puede andar; ni que llueva... Usted es mi salvación, usted me alarga la vida en diez años, mi buena señora. No se trata de un cumplido; es lo que pienso; tan de verdad como esta lámpara que nos alumbra. No, no soy aduladora...

Se enternecía hablando, había cogido las manos de Elena y las estaba besando. En una cacerola se calentaba el vino y, sobre la mesa, junto a la lámpara, una botella de burdeos medio vacía alargaba su estrecho cuello. Por otra parte, no había más que cuatro platos, un vaso, dos cazuelas de barro y una olla. Se veía que la tía Fétu utilizaba esta cocina de soltero de la que no encendía la lumbre más que para ella. Viendo que los ojos de Elena se fijaban en la cacerola, tosió y se hizo la enferma.

—Ahora vuelve a dolerme en el vientre —gimió—. El médico dirá lo que quiera, pero debo de tener un gusano... En fin, una pizca de vino me reconforta... Estoy muy afligida, mi buena señora. No le deseo mal a nadie, esto no estaría bien... En fin, me mimo un poco, ahora. Cuando una se las ha visto de todos los colores, tiene derecho a mimarse, ¿verdad? He tenido la fortuna de tropezar con un señorito muy amable. ¡Qué el cielo le bendiga!

Echó dos grandes terrones de azúcar en el vino. Estaba engordando y sus ojillos desaparecían en el abotagamiento de la cara. Una dicha beatífica hacía más lentos sus movimientos. Por fin, parecía haber dado cumplimiento a la ambición de su vida. Había nacido para esto. Cuando guardó el azúcar, Elena, en el fondo del armario, adivinó algunas golosinas, un bote de mermelada, un paquete de galletas y algunos cigarros robados al señorito.

—Bueno, ¡adiós, tía Fétu!, me voy —dijo Elena.

Pero la vieja, que empujaba la cacerola hacia el fondo del fogón, murmuró:

— ¡Deje!, está demasiado caliente; me lo beberé luego... No, no salga por ahí. Le pido que me disculpe por haberla recibido en la cocina... Demos la vuelta.

Había cogido la lámpara y se había metido por un estrecho pasillo. Elena, cuyo corazón palpitaba, siguió tras ella. El pasillo, agrietado y ahumado, rezumaba humedad. Una puerta se abrió y caminó sobre una espesa alfombra. La tía Fétu había avanzado algunos pasos, hasta el centro de una habitación cerrada y silenciosa.

— ¿Eh? —dijo levantando la lámpara—; es bonito.

Eran dos habitaciones cuadradas que comunicaban entre sí por una puerta de la que se habían quitado los batientes. Sólo una cortina las separaba. Ambas estaban tapizadas con la misma cretona color de rosa con medallones Luis XV y unos amorcillos mofletudos que jugueteaban entre guirnaldas de flores. En la primera habitación había un velador, dos confortables sillones y unas butacas; la segunda, más pequeña, estaba totalmente ocupada por una inmensa cama. La tía Fétu hizo notar, en el techo, una lamparilla de cristal pendiente de unas cadenas doradas. Para ella, esta lamparilla representaba el colmo de los lujos.

—No puede usted imaginarse sujeto más extravagante. En pleno mediodía, lo enciende todo, y aquí se queda, fumando un cigarro y mirando al techo... Parece que esto divierte al buen hombre... Y mire que le ha de haber costado dinero...

Elena, sin hablar, hacía el recorrido de las dos habitaciones. Las encontraba vulgares; eran demasiado rosa, el lecho era demasiado grande, los muebles demasiado nuevos. Se notaba en ellos un intento de seducción molesta por su fatuidad. Una modistilla sucumbiría en seguida. Pero cierta turbación se iba apoderando de ella mientras la vieja proseguía guiñando los ojos:

—Se hace llamar señor Vincent... A mí me da lo mismo... Puesto que el muchacho paga...

—Hasta la vista, tía Fétu —repitió Elena, que se ahogaba.

Al querer marcharse, abrió una puertecilla tras la cual seguían tres habitaciones de una desnudez y suciedad horribles. El papel de las paredes había sido arrancado y colgaba a trozos, los techos estaban negros, y había pedazos de yeso en las destrozadas baldosas. Rezumaban el hedor de la vieja miseria.

— ¡No, por ahí no! —gritó la tía Fétu—. Generalmente, esta puerta está cerrada, pero... Son las habitaciones que no ha mandado arreglar. ¡Diantre!, lo demás le salió bastante caro... Claro que no es tan bonito... Por aquí, mi

buena señora, por aquí...

Cuando Elena estuvo de nuevo en el gabinete tapizado de rosa, la detuvo para besarle de nuevo las manos.

— ¡Vamos! Yo no soy ingrata... Me acordaré siempre de estos zapatos. Es que me van tan bien y son tan calentitos, que caminaría tres leguas con ellos... ¿Qué puedo pedirle a Nuestro Señor para usted? ¡Dios mío!, escuchadme y haced que ella sea la más feliz de las mujeres. Vos, que leéis en mi corazón, sabéis lo que para ella deseo. En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Una súbita exaltación religiosa la había acometido y no paraba de trazar el signo de la cruz, repartiendo genuflexiones al gran lecho y a la lamparilla de cristal. Después, al abrir la puerta que daba al descansillo de la escalera, añadió al oído de Elena, mudando su voz:

—Cuando usted lo desee, llame a la cocina: yo estoy siempre.

Elena, aturdida, miraba tras ella como si saliese de un lugar sospechoso; descendió la escalera, subió por el pasaje des Eaux y se encontró en la calle Vineuse, sin darse cuenta del camino recorrido. Únicamente al llegar allí se sorprendió de la última frase de la tía Fétu. Seguro; jamás volvería a poner los pies en aquella casa. No tenía por qué llevarle nuevas limosnas. ¿Para qué, entonces, habría de llamar a la cocina? Ahora se sentía satisfecha: había visto. Y sentía menosprecio contra sí misma y contra los demás. ¡Qué vileza haber ido allí! Las dos habitaciones, con su cretona, reaparecían constantemente ante sus ojos. Con una sola mirada había captado todos los detalles, incluso la disposición de las butacas y los pliegues de las cortinas que adornaban el lecho... Pero siempre las otras tres pequeñas habitaciones, las sucias, vacías y abandonadas, reaparecían. Y esta visión, estos muros leprosos, cubiertos por los amorcillos mofletudos, le producían tanta cólera como asco.

— ¡Por fin, la señora! —gritó Rosalía, que estaba oteando por la escalera —. ¡Buena estará la cena! Hace media hora que todo se está quemando.

En la mesa, Juana abrumó a su madre a preguntas. ¿Dónde había estado? ¿Qué había hecho? Como no recibía más que contestaciones evasivas, se puso a jugar sola a las comiditas: había sentado en una silla, junto a ella, a una de las muñecas. Fraternalmente le cedía la mitad de su postre.

—Ante todo, señorita, hay que comer de una manera limpia... Séquese los labios... ¡Oh, mi pequeña chapucera!, ni siquiera sabe sujetarse la servilleta... Así; de esta manera estás guapa... Anda, aquí tienes una galleta. ¿Qué dices? ¿Qué quieres que te eche mermelada encima?... ¡Vaya! Así está mejor, ¿verdad?... Deja que te monde un cuarto de manzana...

Y ponía la parte correspondiente a la muñeca encima de la silla. Pero, cuando su plato estuvo vacío, fue tomando una a una las golosinas y las comió hablando como si fuera ella la muñeca.

— ¡Oh, es exquisito!... Jamás comí mejor mermelada. ¿Dónde la compra usted, señora? Diré a mi marido que me traiga un bote... Y estas preciosas manzanas, ¿las coge usted en su huerto, señora?

Se durmió jugando y cayó en su habitación con la muñeca en brazos. Desde por la mañana no había parado. Sus piernecitas no podían más y el cansancio del juego la había fulminado; dormida seguía riéndose, y es que debía de soñar que seguía jugando. Su madre la acostó, inerte, desmadejada, mientras ella, seguramente, seguía jugando con los angelitos.

Quedó Elena sola en la habitación. Se encerró y pasó una velada espantosa junto al fuego, mortecino. No era dueña de su voluntad y unas inconfesables ideas iban haciendo un sordo trabajo en su espíritu. Era como si una mujer mala y sensual, que ella desconocía, le hablase con voz soberana a la que ella no podía desobedecer. Cuando sonó la medianoche, se acostó apesadumbrada. Pero en la cama sus tormentos se hicieron intolerables. Dormía a medias y se revolvía como sobre brasas. Imágenes, agrandadas por el insomnio, la perseguían. Después, un pensamiento se fijó en su cerebro, y aun cuando quería rechazarlo, el pensamiento persistía, le apretaba la garganta, se apoderaba de ella. Hacia las dos se levantó con la rigidez y la pálida resolución de una sonámbula, encendió la lámpara y escribió una carta disfrazando su escritura. Era una denuncia vaga, un billete de tres líneas rogando al doctor Deberle que fuese aquel mismo día a tal lugar y a tal hora, sin ninguna explicación ni firma alguna. Cerró el sobre y puso la carta en la faltriquera de su traje tirado sobre una butaca. Y, cuando se acostó de nuevo, se durmió en seguida, sin aliento, anonadada por un sueño de plomo.

### III

Al día siguiente, Rosalía no pudo servir el café con leche hasta las nueve. Elena se había levantado tarde, derrengada y pálida por la pesadilla de la noche. Buscó en la faltriquera de su traje, notó la carta, la hundió más y vino a sentarse ante el velador sin hablar. Juana también sentía su cabeza pesada, tenía un gesto triste e inquieto. Dejó la camita a disgusto y aquella mañana no le apeteció el juego. El cielo era color de hollín y una luz pesada entristecía la habitación, en tanto que unos bruscos chaparrones, de vez en cuando, azotaban los cristales.

—Hoy la señorita está de malas —decía Rosalía, que hablaba sola—. No puede estar alegre dos días seguidos... ¡Esas tenemos por haber saltado tanto ayer!

— ¿Te sientes enferma, Juana? —preguntó Elena.

—No, mamá —respondió la pequeña—. Tiene la culpa este cielo tan feo.

Elena volvió a su silencio. Terminó su café y se quedó absorta, con los ojos fijos en la llama. Al levantarse, se dijo que su deber le ordenaba que hablase con Julieta, que la hiciera renunciar a aquella cita de la tarde. ¿Cómo?, lo ignoraba; pero la necesidad de esta gestión le había asaltado de pronto, y en su cabeza no cabía más pensamiento que este intento que se imponía y la obsesionaba. Sonaron las diez y se vistió. Juana la miraba. En cuanto la vio coger el sombrero, apretó las manos como si tuviera frío, mientras la sombra de un pesar descendía sobre su cara.

De ordinario se mostraba muy celosa de las salidas de su madre, sin querer dejarla, y exigiendo que la llevase a todas partes con ella.

—Rosalía —dijo Elena—, dese usted prisa en arreglar la habitación... No salga usted. Vuelvo en seguida.

Se agachó y besó rápidamente a su hija sin notar su pena. En cuanto se hubo marchado, la niña que había cifrado su orgullo en no dolerse, soltó un sollozo.

— ¡Esto sí que está feo, señorita! —le dijo la criada por todo consuelo—. No tema, que no van a robar a su mamá. Hay que dejarla que se ocupe de sus asuntos... No va usted a estar siempre colgada de sus faldas.

Mientras, Elena había dado la vuelta a la esquina de la calle de Vineuse, deslizándose a lo largo de las paredes para protegerse del chubasco. Fue Pedro quien le abrió, y pareció un tanto confuso.

— ¿Está en casa la señora Deberle?

—Sí, señora; sólo que no sé...

Y, como Elena, en su calidad de persona de confianza se dirigiera hacia el salón, se permitió detenerla.

—Un momento, señora; voy a ver.

Se deslizó a la habitación, abriendo la puerta lo menos posible, y se oyó en seguida la voz enojada de Julieta.

— ¿Cómo dejó usted que pasara? Le había prohibido formalmente... Es increíble; no se puede estar tranquila ni un minuto.

Elena empujó la puerta dispuesta a llevar a término lo que creía su deber.

— ¡Pero si es usted! —dijo al verla Julieta—. Había entendido mal...

Pero conservaba su gesto contrariado. Evidentemente, la visita resultaba inoportuna.

— ¿Acaso la molesto? —preguntó Elena.

—No, no... Lo comprenderá usted en seguida. Se trata de una sorpresa que nos reservábamos. Estamos ensayando *Un caprice* para representarlo uno de mis miércoles. Habíamos elegido la mañana precisamente para que nadie se enterara... ¡Oh!, quédese ya. Con tal de que sea usted discreta...

Y, dando una palmada, se dirigió a la señora Berthier, que estaba de pie en medio del salón, y prosiguió sin ocuparse más de Elena:

—Está bien; sigamos trabajando... No pone usted bastante malicia en esta frase: «Hacer una bolsa a escondidas del marido, a los ojos de mucha gente, pasaría como algo más que romántico...». Repítalo de nuevo.

Elena, muy sorprendida de la tarea en la que la veía ocupada, se quedó sentada muy atrás. Habían corrido hacia la pared las mesas y las sillas, y la alfombra quedaba libre. La señora Berthier, una rubia muy fina, soltaba su monólogo, levantando los ojos al techo en busca de las palabras; en tanto que la señora Guiraud, una hermosa morena que se había encargado del papel de la «señora de Léry», esperaba, sentada en un sillón, el momento de hacer su entrada. Dichas señoras, con sus sencillos trajes de mañana, no se habían quitado ni guantes ni sombrero. Frente a ellas, teniendo en la mano el volumen de Musset, Julieta, con el pelo alborotado, envuelta en un gran peinador de cachemira blanco, se daba todos los aires de un director que indica a los artistas las inflexiones de voz y los juegos escénicos. Como el día era bastante nublado, las pequeñas cortinillas de tul bordado habían sido corridas y cruzadas en las fallebas, dejando a la vista el jardín que se perdía en su húmeda oscuridad.

—No se la nota a usted bastante emocionada —declaró Julieta—. Ponga más intención; cada palabra debe causar efecto: «Vamos a hacer, mi querida bolsita, vuestro último tocado...». Empiece de nuevo.

—Soy muy mala —dijo lánguidamente la señora Berthier—. ¿Por qué no representa usted mi papel? Haría usted una «Matilde» deliciosa...

— ¡Oh, yo no...! En primer lugar, tiene que ser una rubia. Y, además, yo soy muy buena profesora, pero no actúo jamás... Trabajemos, trabajemos.

Elena permanecía en su rincón. La señora Berthier, entregada por completo a su papel, ni se había vuelto. La señora Guiraud le había dirigido un leve movimiento de cabeza. Comprendía que estaba de más y que no debía haberse sentado. Lo que la retenía ya no era la idea del cumplimiento de un deber, sino

una sensación singular, profunda y confusa, que ya otras veces había sentido allí. Sufría por la forma indiferente como la recibía la señora Deberle. Era muy caprichosa en sus amistades; adoraba a las personas durante tres meses, se lanzaba a su cuello y parecía no poder vivir sin ellas; luego, una mañana, sin saber por qué, parecía que apenas las conociera. Sin duda, en esto como en todas las cosas, obedecía a una moda, a la necesidad de querer a las personas que eran queridas a su alrededor. Estos súbitos cambios de ternura herían mucho a Elena, cuyo espíritu amplio y tranquilo soñaba siempre en lo eterno. Muchas veces había salido de casa de los Deberle muy triste y verdaderamente desesperada al considerar la poca confianza que se podía tener en los sentimientos humanos. Pero esta mañana, con la crisis que estaba pasando, le producía un dolor mucho más vivo.

—Saltemos la escena de «Chavigny» —dijo Julieta—. No va a venir esta mañana... Pasemos a la salida a escena de la «señora de Léry». Usted, señora Guiraud: dele la réplica.

Y leyó:

—«Imagine que le enseño esta bolsa...».

La señora Guiraud se había levantado. Hablaba en voz de falsete y aparentaba un aire alocado; comenzó:

—«Me parece muy bonita; déjeme ver...».

Cuando el criado le abrió la puerta, Elena imaginaba una escena completamente distinta. Esperaba encontrar a Julieta, nerviosa, muy pálida, temblando al pensar en la cita, vacilante y atraída; se veía a sí misma instándola a que reflexionara, hasta que la joven, ahogada por el llanto, se refugiaba en sus brazos. Entonces hubiesen llorado juntas; Elena se habría retirado con la idea de que Enrique estaba para siempre perdido para ella, pero que de este modo había asegurado su felicidad. Por el contrario, se encontraba con ese ensayo del que no comprendía ni una palabra; encontraba a Julieta con la cara tranquila, habiendo dormido bien sin duda y lo bastante serena para discutir los gestos de la señora Berthier, sin preocuparse en absoluto de lo que pudiera hacer o no hacer por la tarde. Esta indiferencia, esta ligereza, helaron a Elena, que había llegado ardiendo de pasión.

Quiso hablar. Preguntó porque sí:

— ¿Quién hace de «Chavigny»?

—Malignon —dijo Julieta volviéndose sorprendida—. Ha representado «Chavigny» durante todo el invierno... Lo fastidioso es que no hay manera de que asista a los ensayos... Óiganme, señoras: voy a leer el papel de «Chavigny». Si no, no terminaremos nunca.

Desde entonces, ella representó también, haciendo de hombre, ahuecando involuntariamente la voz y adoptando ademanes desenvueltos, arrastrada por la situación. La señora Berthier arrullaba, la gorda señora de Guiraud hacía un esfuerzo infinito para parecer vivaracha e ingeniosa. Pedro entró para echar leña al fuego y, con una mirada por encima del hombro, contempló a aquellas señoras, que le parecían ridículas.

No obstante, Elena seguía decidida y, pese a la opresión que sentía en su corazón, intentó llevar aparte a Julieta.

—Sólo un minuto. Tengo que decirle algo.

— ¡Oh!, imposible querida... Ya ve usted cómo estoy de ocupada... Mañana, si le va a usted bien...

Elena se calló. El tono despreocupado de la joven la irritaba. Sentía cólera al verla tan tranquila, mientras ella, desde la víspera, soportaba tan dolorosa angustia. Por un momento pensó en marcharse y dejar que las cosas siguieran su curso. Era tonta al querer salvar a esa mujer; la pesadilla de la noche comenzaba de nuevo; su mano, que acababa de buscar la carta en la faltriquera, la oprimía ardiendo de fiebre. ¿Por qué tenía que querer a los demás, si los demás no la querían y no sufrían como ella?

— ¡Oh, muy bien! —gritó de pronto Julieta.

La señora Berthier, apoyando la cabeza en el hombro de la señora de Guiraud, repetía entre sollozos:

—«Estoy segura de que él la quiere, estoy segura».

—Tendrá usted un éxito loco —dijo Julieta—. Haga una pausa, ¿comprende?... «Estoy segura de que él la quiere, estoy segura...». E incline la cabeza. Es adorable. Ahora usted, señora de Guiraud.

—«No, hija mía, esto no es posible; se trata de un capricho, de una fantasía...» —declamó la gorda señora.

—Perfecto. La escena es larga. Si les parece, descansemos un instante... Debemos poner a punto el juego escénico.

Entonces, entre las tres, discutieron la disposición del salón. La puerta del comedor, a la izquierda, serviría para las entradas y salidas; colocarían una butaca a la derecha, un canapé al fondo y se arrinconaría la mesa junto a la chimenea. Elena, que se había levantado, las seguía como si se interesara por la disposición de la escena. Había renunciado al proyecto de provocar una explicación y quería sencillamente intentar de nuevo impedir que Julieta fuese a la cita.

—Vine —le dijo— únicamente para preguntarle si es hoy cuando va usted



a visitar a la señora de Chermette.

—Sí, esta tarde.

—Entonces, si me lo permite, vendré a buscarla, pues hace mucho tiempo que tengo prometida una visita a esta señora.

Julietta se turbó un momento, pero se tranquilizó de inmediato.

—Seguro, me encantaría... Pero he de hacer una multitud de gestiones: primero he de ir de tiendas; de modo que, verdaderamente, no sé a qué hora llegaré a casa de la señora de Chermette.

—No importa —repuso Elena—; así doy un paseo.

—Óigame, le voy a hablar francamente... Bueno... no insista; hoy no me es posible... Dejémoslo para el próximo lunes.

Esto fue dicho sin ninguna emoción, tan limpiamente, con una sonrisa tal, que Elena, confusa, no supo qué contestar. Tuvo que ayudar a Julieta, que quería llevar en seguida la mesita junto a la chimenea. Después se retiró, en tanto que la representación continuaba. Luego, al final de la escena, la señora de Guiraud, en su monólogo, lanzó con gran impulso estas dos frases:

—«¡Pero qué abismo es el corazón del hombre! ¡A fe mía que valemos más que ellos!».

¿Qué debía hacer ahora? En el tumulto que esta pregunta levantaba en ella, sólo había ideas confusas de violencia. Sentía la irresistible necesidad de vengarse de la calma de Julieta como si esta serenidad fuese una injuria para la fiebre que la agitaba. Deseaba su perdición, para ver si seguiría también con la sangre fría de su indiferencia. Además, se despreciaba a sí misma por las delicadezas y escrúpulos que había sentido. Veinte veces debió decir a Enrique: «Te quiero, tómame y vayámonos», sin temblar, y mostrarle el rostro ingenuo y tranquilo de esta mujer que, tres horas antes de su primera cita, representaba comedias en su casa. Incluso en este instante temblaba más que ella; era esto lo que la enloquecía, la conciencia de su arrebató en medio de la paz sonriente de este salón, el miedo a estallar de pronto con palabras apasionadas. ¿Tan cobarde era?

Una puerta se había abierto, y oyó de pronto la voz de Enrique que decía:

—No se molesten... No hago más que cruzar.

El ensayo estaba terminando. Julieta, que seguía leyendo el papel de «Chavigny», había cogido la mano de la señora Guiraud.

—«¡La adoro, Ernestina!» —gritó en un impulso lleno de convicción.

—«¿Ya no amáis a la señora de Blainville?» —recitó la señora de Guiraud.

Pero Julieta se negó a continuar en tanto su marido estuviese allí. Los hombres no tenían por qué enterarse. Entonces el doctor se mostró muy amable con las señoras, las cumplimentó y les aseguró un gran éxito. Con guantes negros, bien afeitado y muy correcto, regresaba de sus visitas. Al llegar había saludado sencillamente a Elena con un ligero movimiento de cabeza. Había visto, en la «Comédie Française», a una gran actriz en el papel de la «señora de Léry», e indicaba a la señora de Guiraud el movimiento escénico.

—En el momento en que «Chavigny» va a caer a sus pies, usted se acerca a la chimenea y echa la bolsa al fuego. Con frialdad, ¿comprende? Sin cólera, como mujer que finge el amor...

—Bueno, bueno; déjanos —repetía Julieta—. Ya sabemos todo esto.

Y, cuando él empujó la puerta de su gabinete, ella repitió el gesto:

—«¡La adoro, Ernestina!».

Enrique, antes de marcharse, había saludado de nuevo a Elena con el mismo gesto. Ella se había quedado muda, en espera de una catástrofe. Ese brusco cruzar del marido le parecía lleno de amenazas. Pero en cuanto no estuvo allí, le pareció ridículo con su cortesía y su ceguera. ¡También él se preocupaba por esa comedia imbécil! ¡Y no había habido una llamarada en sus ojos al verla allí! Entonces, toda la casa le pareció hostil y glacial. Era un derrumbamiento, ya nada la retenía pues detestaba a Enrique tanto como a Julieta. En el fondo de su faltriquera había cogido de nuevo la carta con los dedos crispados. Balbuceó un «hasta luego» y se marchó como en un vértigo que hacía girar los muebles a su alrededor, mientras que estas palabras, pronunciadas por la señora Guiraud, retumbaban en sus oídos:

—«¡Adiós! Puede que hoy me guarde usted rencor, pero mañana sentirá por mí cierta amistad; y, créame, esto vale más que un capricho».

En la acera, cuando Elena hubo cerrado la puerta, sacó la carta con un gesto violento y de manera mecánica la echó en el buzón. Luego se detuvo unos segundos mirando estúpidamente la cartela de cobre, que había caído de nuevo.

—Ya está hecho —dijo a media voz.

Veía otra vez las dos habitaciones tapizadas de cretona color de rosa, las butacas, el enorme lecho. Allí estaban Malignon y Julieta; de pronto se desgajaba el muro y aparecía el marido. No sabía nada más, se sentía tranquila. Con una mirada instintiva observó si alguien le podía haber visto echando la carta. La calle estaba vacía; dobló la esquina y subió a su casa.

— ¿Has sido buena, querida? —dijo besando a Juana.

La chiquilla, sentada en la misma butaca, levantó su cara enfurruñada. Sin contestar, echó sus dos bracitos al cuello de la madre y la besó exhalando un gran suspiro. Tenía mucha pena.

A la hora del almuerzo, Rosalía parecía asombrada.

—La señora debe de haber hecho una gran caminata.

— ¿Por qué? —preguntó Elena.

—Pues hay que ver con qué apetito come la señora... Hacía tiempo que la señora no comía tan a gusto...

Era verdad. Sentía mucha hambre: un inesperado alivio parecía darle apetito. Se sentía saturada de una paz y un bienestar indecibles. Después de los trastornos de los dos últimos días, se había hecho un silencio en ella, sus miembros parecían más descansados y ligeros, como al salir del baño. Sólo experimentaba ya una sensación de pesadez, una vaga opresión.

Cuando entró en la habitación, sus miradas se dirigieron directamente al reloj, cuyas agujas marcaban las doce y veinticinco minutos. La cita de Julieta era para las tres. Faltaban todavía dos horas y media. Maquinalmente hizo este cálculo. Por otra parte, no sentía ninguna prisa. Las agujas caminaban, y ahora nadie en el mundo tenía poder bastante para detenerlas: dejaba que los hechos se consumaran. Desde hacía largo tiempo, una gorrita de niño empezada estaba sobre el velador. La cogió y se puso a coser delante de la ventana. Un gran silencio adormecía la habitación. Juana se había sentado en su sitio de costumbre, pero permanecía con las manos ociosas, inertes.

—Mamá —dijo—, no puedo trabajar; no me entretiene.

—Pues bien, querida; no hagas nada. Mira, vas a enhebrarme las agujas.

Entonces la niña se puso a hacerlo silenciosamente y con gestos pausados. Cortaba cuidadosamente las hebras iguales y perdía infinidad de tiempo en encontrar el ojo de la aguja, de modo que llegaba justo a tiempo cuando su madre necesitaba una de ellas.

— ¿Ves? —murmuró la madre—, así vamos más de prisa... Esta noche, los seis gorritos quedarán terminados.

Y se volvió para mirar el reloj. La una y diez minutos. Faltaban todavía cerca de dos horas. Enrique ya había recibido la carta. ¡Oh!, seguro que iría. Las señas eran precisas, lo encontraría en seguida. Pero todas estas cosas le parecían todavía muy lejanas y la dejaban fría. Cosía a puntadas regulares, con el esmero de una costurera. Transcurrían, uno a uno, los minutos. Sonaron las dos.

La sorprendió una llamada a la puerta.

— ¿Quién puede ser, madrecita? —preguntó Juana, que se había estremecido en su silla.

Y, como viera entrar al señor Rambaud, le dijo:

— ¿Eres tú?... ¿Por qué llamas tan fuerte? Me has dado miedo.

El buen hombre pareció consternado. En efecto, había tirado muy fuerte del cordón.

—Hoy no quiero ser cariñosa —prosiguió la chiquilla—; estoy malita y no hay que asustarme.

El señor Rambaud se preocupó. ¿Qué le ocurría a la pequeña querida? Y no se sentó, tranquilizado, hasta que se dio cuenta de que Elena le dirigía un ligero gesto para advertirle de que Juana tenía la negra, como decía Rosalía. Ordinariamente pocas veces venía durante el día, de modo que quiso explicar en seguida el motivo de su visita. Se trataba de un paisano suyo, un viejo obrero que no podía encontrar trabajo por culpa de su mucha edad y que tenía a su mujer paralítica en un cuartucho más pequeño que la palma de la mano. Era inimaginable tanta miseria. Aquella misma mañana había subido a verle para darse cuenta. Un agujero bajo el tejado, con una lumbrera por toda ventana, cuyos vidrios rotos dejaban entrar la lluvia; y allí dentro, sobre un jergón, una mujer envuelta en una vieja cortina, y el hombre, como atontado, sentado en el suelo, sin ánimos siquiera para barrer un poco.

— ¡Pobres desgraciados! ¡Pobres desgraciados! —repetía Elena emocionada y con lágrimas en los ojos.

No era el viejo obrero lo que preocupaba al señor Rambaud. Se lo llevaría a su casa y ya vería la manera de ocuparle. Pero la mujer, esa paralítica que su marido no se atrevía a dejar sola un momento y a la que había que hacer rodar como un fardo, ¿dónde meterla? ¿Qué se podía hacer con ella?

—He pensado que usted —prosiguió— encontraría la manera de hacerla ingresar en un hospicio... Hubiese ido directamente a casa del señor Deberle, pero he pensado que usted le conoce más, que usted tendría más influencia... Si él quiere ocuparse, el asunto puede estar resuelto mañana.

Juana había escuchado y estaba muy pálida, temblando con un estremecimiento de lástima.

Juntó sus manos y murmuró:

— ¡Oh mamá!, sé buena: haz que admitan a esa pobre mujer...

— ¡Claro, claro! —dijo Elena, cuya emoción aumentaba—. En cuanto pueda, hablaré con el doctor y él mismo se ocupará de los trámites. Deme usted los nombres y la dirección, señor Rambaud.

Este estaba escribiendo una nota sobre el velador; luego, incorporándose:

—Son las dos y treinta y cinco minutos —dijo—. Puede que todavía encuentre usted el doctor en su casa.

Ella también se había levantado y miró el reloj con un gran sobresalto. Eran, en efecto, las dos y treinta y cinco minutos y las minuterías seguían avanzando. En un balbuceo dijo que seguramente el doctor ya habría salido para hacer sus visitas. Sus ojos no abandonaban el reloj. No obstante, el señor Rambaud, con el sombrero en la mano, se mantenía de pie, repitiendo su historia. Esta pobre gente había vendido todo, incluso la estufa; desde principios de invierno, pasaban los días y las noches sin lumbre. A últimos de diciembre habían pasado cuatro días sin comer. Elena prorrumpió en una exclamación dolorosa. Las minuterías marcaban las tres menos veinte. El señor Rambaud tardó todavía dos minutos en marcharse.

—Bueno, cuento con usted —dijo; e, inclinándose para besar a Juana, añadió—: Hasta pronto, querida.

—Hasta pronto... Vaya tranquilo: mamá no se olvidará y yo haré que lo recuerde.

Cuando Elena volvió del recibidor, adonde había acompañado al señor Rambaud, la aguja marcaba las tres menos cuarto. Dentro de un cuarto de hora, todo habría terminado. De pie, ante la chimenea, tuvo una rápida visión de lo que iba a ocurrir: Julieta ya estaba allí y Enrique entraba y la sorprendía. Ella conocía la habitación, percibía los menores detalles con una claridad tremenda. Sobrecogida todavía por la lamentable historia del señor Rambaud, sintió un gran escalofrío que le subía de los miembros al rostro. Un grito interior estallaba en ella. Lo que había hecho era una infamia; la carta que había escrito, una cobarde denuncia. De pronto lo comprendía así con una claridad cegadora. ¡Cómo había podido cometer semejante infamia! Se acordaba del gesto que había hecho al echar la carta en el buzón, con el estupor con que una persona miraría a otra cometer una mala acción, sin que se le ocurriera la idea de intervenir. Era como si despertara de un sueño. ¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué seguía allí sin dejar de mirar las agujas de aquel reloj? Habían pasado dos nuevos minutos.

—Mamá —dijo Juana—, si quieres, esta tarde iremos las dos juntas a ver al doctor... Esto me servirá de paseo. Hoy siento que me ahogo.

Elena ya no oía. Todavía trece minutos. No podía permitir que semejante abominación se realizara. En este despertar tumultuoso, sólo había en ella una firme voluntad de impedirlo. Era necesario: no podía vivir; y, como loca, corrió hacia su habitación.

— ¡Ah, me llevas contigo! —gritó alegremente Juana—. Vamos a ver al

doctor en seguida, ¿verdad madrecita?

—No, no —respondió buscando sus zapatos y mirando debajo de la cama.

No los encontraba: hizo un ademán de suprema indiferencia, pensando que también podía salir con sus zapatillas de andar por casa que llevaba puestas. Entretanto, estaba revolviendo el armario-espejo buscando su chal. Juana se había acercado muy mimosa.

—Entonces, no vas a casa del doctor, madrecita...

—No.

—Oye: llévame de todos modos... ¡Oh, llévame! ¡Me gustaría tanto!

Pero al fin había encontrado el chal y se lo echó a los hombros. ¡Dios mío! Nada más que doce minutos: el tiempo justo de correr... Iría allí, haría algo, cualquier cosa. Lo pensaría por el camino.

—Madrecita, ¡llévame! —repetía Juana con una voz cada vez más baja y conmovedora.

—No puedo llevarte —dijo Elena—. Voy a un sitio donde no deben ir las niñas... Dame mi sombrero.

La cara de Juana había palidecido. Sus ojos se hicieron más negros y, con voz cortante, preguntó:

— ¿Adónde vas?

La madre no contestó, ocupada en anudar las cintas de su sombrero. La niña prosiguió:

—Ahora siempre sales sin mí... Ayer saliste, hoy también has salido, y ahora todavía vuelves a marcharte. Yo sufro mucho; aquí, sola, tengo mucho miedo... ¡Oh!, si me dejas, voy a morirme. ¿Lo oyes?, voy a morirme si me dejas.

Luego, sollozando, en una crisis de dolor y de rabia, se agarró a las faldas de su madre.

—Vamos, suéltame, sé juiciosa; voy a volver en seguida —contestó ésta.

—No, no quiero..., no quiero... —balbuceaba la niña—. ¡Oh! ya no me quieres; si me quisieras, me llevarías... ¡Oh!, no te figures que no veo que quieres más a los otros que a mí... Llévame, llévame, o me voy a echar en el suelo; y cuando vuelvas me encontraras así tirada...

Anudaba sus bracitos alrededor de las piernas de su madre, lloraba en los pliegues de su traje, se agarraba a ella, se hacía pesada para no dejarla avanzar. Las agujas caminaban: eran las tres menos diez. Entonces Elena pensó que

jamás llegaría a tiempo y, perdiendo la cabeza, rechazó violentamente a Juana gritando:

— ¡Qué chiquilla más insoportable!... ¡Es una verdadera tiranía!... ¡Si lloras, te acordarás de mí!

Salió, cerrando la puerta con un golpe. Juana se había echado hacia atrás, tambaleándose hasta la ventana, cortado el llanto ante esta brutalidad, pálida y crispada. Tendió los brazos por dos veces hacia la puerta, gritando:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

Y allí se quedó, de nuevo en su silla, con los ojos muy abiertos, el rostro convulso por el pensamiento celoso de que su madre la engañaba.

En la calle, Elena, apresuró el paso. Había cesado la lluvia; únicamente grandes gotas se desprendían de los canalones y le mojaban pesadamente los hombros. Se había prometido reflexionar en cuanto saliera, disponer un plan. Pero sólo sentía la necesidad de llegar. Al meterse por el callejón des Eaux, dudó un momento. La escalera se había convertido en un torrente, los arroyos de la calle de Raynouard desbordaban y se arremolinaban. A lo ancho de los peldaños, entre los apretados muros, el agua burbujeaba formando espuma, mientras algunas extremidades del pavimento espejeaban, lavados por el chaparrón. Un rayo de luz pálida caía del cielo gris, blanqueando el pasaje entre las ramas negras de los árboles. Elena iba descendiendo y apenas si recogió su falda. El agua subía hasta la altura de sus tobillos y sus pequeños zapatos estuvieron a punto de perderse en los charcos. A su alrededor, a lo largo de su descenso, oía un bisbiseo claro, parecido al murmullo de los pequeños arroyos que se escurren bajo la hierba en el fondo de los bosques.

De pronto se encontró ante la escalera, ante la puerta. Permaneció allí, jadeante, atormentada. Después se acordó y prefirió llamar a la cocina.

— ¡Cómo! ¡Es usted! —dijo la tía Fétu.

No hablaba con su voz lacrimosa. Sus pequeños ojos brillaban, mientras una sonrisa de vieja complaciente temblaba en las mil arrugas de su cara. Ya no se cohibía y, mientras escuchaba las palabras entrecortadas de Elena, le golpeaba suavemente las manos. Elena le dio veinte francos.

—Dios se lo pague —balbuceó la tía Fétu por costumbre—. Todo lo que usted quiera, mi pequeña.

Malignon, arrellanado en su sillón, con las piernas extendidas ante el gran fuego que llameaba en la chimenea, esperaba tranquilo. Había tenido el refinamiento de cerrar las cortinas de las ventanas y encender las bujías. La primera habitación, en la que se encontraba, estaba vivamente iluminada por una pequeña araña y dos candelabros. En la alcoba, por el contrario, reinaba la oscuridad; únicamente la lamparilla de cristal derramaba una débil luz crepuscular. Malignon sacó el reloj.

— ¡Diantre! —murmuró—; a ver si hoy también me va a dejar plantado.

No pudo disimular un ligero bostezo. Hacía una hora que esperaba y no le resultaba muy divertido. De todos modos, se levantó y echó un vistazo a los preparativos. La disposición de las butacas no le agradó y arrastró un confidente ante la chimenea. Las bujías ardían con su reflejo rosa sobre el tapizado de cretona; silenciosamente, la habitación iba caldeándose confortablemente mientras afuera soplaban brascas ráfagas. Luego examinó por última vez la alcoba y su vanidad se sintió satisfecha: le pareció perfecta, de verdadera elegancia, convenientemente acolchada y con la cama perdida en una sombra voluptuosa. En el momento en que disponía adecuadamente los encajes de las almohadas, llamaron con tres golpes rápidos. Era la señal.

— ¡Por fin! —se dijo en voz baja, con aire triunfal.

Corrió a abrir. Julieta entró, con el velo de su sombrero tapándole el rostro, envuelta en un abrigo de pieles. Mientras Malignon cerraba suavemente la puerta, ella permaneció un momento inmóvil, sin que se notara la emoción que le cortaba la palabra. Pero, antes de que el joven tuviera tiempo de cogerle la mano, levantó su velo y mostró su rostro sonriente, un poco pálido, pero perfectamente tranquilo.

— ¡Vaya! Ha encendió usted las luces —exclamó—. Tenía entendido que detestaba usted eso de encender las luces en pleno día.

Malignon, que se disponía a estrecharla entre sus brazos con un ademán estudiado que había preparado, quedó desconcertado y explicó que el día estaba demasiado feo y que las ventanas daban sobre un descampado. Por otra parte, adoraba la noche.

—Con usted nunca se sabe —repuso ella burlándose—. La pasada primavera, cuando mi baile infantil, me hizo usted todo un drama: que aquello parecía un panteón y que se diría que se entraba en la casa de un difunto... Bueno, digamos que cambió usted de gusto.

Parecía que estuviese de visita, fingiendo una seguridad que le hacía ahuecar un tanto la voz. Era el único indicio de su turbación. De vez en cuando se le contraía un poco la barbilla como si sintiera alguna molestia en la garganta. Pero sus ojos brillaban y saboreaba el vivo placer de su imprudencia.



Luego, en una transición, pensó en la señora Chermette, que tenía un amante. ¡Dios mío! De todos modos, resultaba divertido.

—Vamos a ver cómo se ha instalado usted —añadió. Dio una vuelta por la estancia. Él la seguía reflexionando que debió besarla ante todo; ahora ya no era posible, y había que esperar. Entre tanto ella examinaba los muebles, miraba las paredes, levantaba la cabeza y retrocedía sin dejar de hablar.

—Su cretona no me gusta mucho. ¡Es tan vulgar! ¿De dónde se ha sacado usted este rosa abominable?... Vaya, esta silla sería bonita si no hubiesen dorado tanto la madera... Y ni un cuadro, ni una figura; sólo esta araña y estos candelabros sin ningún estilo... ¡Ay, amigo mío, puede usted seguir burlándose de mi pabellón japonés!...

Se reía y se vengaba de sus viejas diatribas, por las que le guardaba verdadero rencor.

— ¡Ahora podemos hablar de su buen gusto!... ¿Sabe usted que mi ídolo cuesta más que todo su mobiliario?... Ni un hortera habría aceptado ese rosa... ¿Es que se ha propuesto usted seducir a la lavandera?

Malignon, muy ofendido, no contestaba nada; intentaba conducirla hacia la alcoba. Ella se quedó en el umbral diciendo que jamás entraba en lugares oscuros. Por otra parte, veía lo suficiente para darse cuenta de que la alcoba valía lo que el salón. Todo aquello procedía del arrabal Saint-Antoine. Pero fue la lámpara lo que más la divirtió. Estuvo implacable, sin parar de comentar aquella lámpara de pacotilla que era el sueño de todas las modistillas que esperan que les pongan piso. Se podían encontrar en cualquier bazar al precio de siete francos cincuenta.

— ¡Me costó noventa! —acabó por chillar Malignon, perdida toda paciencia.

Parecía encantada haciéndole rabiar. Él se quedó luego más tranquilo y preguntó con malicia:

— ¿No se quita usted el abrigo?

—Sí —contestó ella—. ¡Qué calor hace en su casa!

Se quitó incluso el sombrero, que él dejó, como el abrigo, sobre la cama. Cuando volvió, la encontró sentada junto al fuego y mirando todavía a su alrededor. Se había puesto más formal y consintió en mostrarse más conciliadora.

—Es todo muy feo, pero no está usted mal instalado. A las dos piezas se les pudo sacar mejor partido.

— ¡Oh!, para lo que han de servir... —dijo él con un ademán de

indiferencia.

Lamentó en seguida estas estúpidas palabras. No se podía ser más grosero ni más torpe. Ella había inclinado la cabeza sintiendo una molestia en la garganta, que le dolía. Durante un momento había olvidado por qué estaba allí. Él quiso aprovecharse de la turbación que había provocado.

—Julieta... —murmuró inclinándose hacia ella.

Con un gesto le obligó a que se sentara. Había sido en los baños de mar, en Trouville, donde a Malignon, aburrido de la vista del océano, se le ocurrió la idea de enamorarse. Hacía tres años que vivían en un ambiente de familiaridad pendenciera. Una tarde él le cogió la mano. Ella no se enfadó y lo tomó a broma. Después, con la cabeza vacía y el corazón libre, imaginó que le quería. Hasta entonces había hecho siempre lo que veía hacer a las amigas que la rodeaban; a falta de una pasión, fue la curiosidad y la necesidad de ser como las demás los sentimientos que la impulsaron. Al principio, si el joven se hubiese mostrado brutal, seguro que hubiese sucumbido. Pero tuvo la fatuidad de querer triunfar por el ingenio y permitió que se habituara al juego de coquetería que estaba representando. Luego, cuando su primera audacia, una noche que estaban mirando al mar como los amantes de las óperas cómicas, le había rechazado, enojada de que echara a perder aquello que la divertía. En París, Malignon, se había jurado ser más hábil. Acababa de recobrarla en una temporada de aburrimiento, al final de un invierno fatigoso, cuando las diversiones corrientes, las comidas, los bailes, los estrenos, empezaban a fatigarla por su monotonía. La idea de un departamento amueblado expresamente, en un barrio perdido, el misterio de una cita, el acicate de algo sospechoso que olfateaba, la habían seducido. Le parecía algo original que era necesario conocer. En el fondo de sí misma, había una serenidad tal, que no se sentía mucho más turbada en casa de Malignon que en los talleres de los pintores a los que subía a la búsqueda de cuadros para sus obras de beneficencia.

—Julieta, Julieta —repetía el joven buscando inflexiones de voz acariciadoras.

—Vamos, sea usted razonable —se limitó a decir ella.

Y, cogiendo un abanico chino que había encima de la chimenea, se sintió tan tranquila como si estuviera en su propio salón.

—Ya sabe usted que hemos ensayado esta mañana... Me temo que no estuve muy acertada eligiendo a la señora Berthier. Hace una «Matilde» llorona, insoportable... Ese monólogo tan bonito, cuando se dirige a su bolsa: «Pobre pequeña; te besaba hace un momento...». Pues lo declama como una colegiala que prepara un cumplido... Estoy muy preocupada.

— ¿Y la señora de Guiraud? —preguntó él acercando su silla y cogiéndole la mano.

— ¡Oh!, lo hace muy bien... He descubierto en ella una magnífica «señora de Léry» que tiene garra, y gracia...

Le abandonaba su mano, que él besaba entre dos frases, sin que pareciera que ella se diese cuenta.

—Pero lo peor es que no esté usted. En primer lugar, usted haría observaciones a la señora de Berthier; además, es imposible que alcancemos un buen conjunto si usted no viene nunca.

Había logrado pasarle un brazo por el talle.

—Puesto que yo ya sé mi papel... —murmuró.

—Sí, está bien; pero queda sin resolver el juego escénico... Es usted muy poco amable no dedicándonos tres o cuatro mañanas.

No pudo seguir; él estaba depositando una lluvia de besos en su cuello. Entonces ella tuvo que darse cuenta de que la tenía entre sus brazos y le rechazó, abofeteándole ligeramente con el abanico chino, que había conservado. No cabe duda de que se había jurado no permitirle llegar más lejos. Su blanca cara enrojecía con los reflejos del fuego, sus labios se afinaban con la mueca de una mujer curiosa a la que sorprenden sus propias sensaciones. Verdaderamente, ¿sólo se trataba de esto? Habría que ir hasta el final, pero el miedo no se lo permitía.

—Déjeme —balbuceó sonriendo con un gesto serio—; o voy a enfadarme de nuevo.

Pero él creyó que la había impresionado. Pensaba fríamente: «Si la dejo salir de aquí como ha entrado, es asunto perdido». Las palabras de nada servían. Le cogió las manos y quiso llegar hasta los hombros. Por un momento pareció que ella se abandonara. Sólo tenía que cerrar los ojos, y sabría hacerlo. Sentía este deseo y lo discutía en el fondo de sí misma con una gran lucidez. No obstante, le pareció que alguien gritaba «no». Era ella misma la que había gritado, antes de responderse.

—No, no —repetía—. Déjeme, me hace usted daño... No quiero, no quiero.

Como él no dijera nada y siguiera empujándola hacia la alcoba, se desprendió violentamente. Obedecía a un singular impulso, ajena a sus deseos, enojada contra sí misma y contra él. En su turbación, se le escaparon palabras entrecortadas. Realmente, él correspondía muy mal a su confianza. ¿Qué esperaba, haciendo gala de esta brutalidad? Llegó incluso a tacharle de cobarde. Jamás en la vida volvería a verle. Pero él la dejaba hablar para que se

aturdiera y la perseguía con una risa mala y necia. Acabó balbuceando, refugiada tras una butaca, vencida de pronto, comprendiendo que ya le pertenecía antes de que él tendiera las manos para cogerla. Fue uno de los minutos más desagradables de su existencia.

Allí estaban, cara a cara, con los semblantes demudados, avergonzados y violentos, cuando un ruido surgió. De momento no comprendieron. Habían abierto la puerta y unos pasos cruzaron la habitación mientras una voz les gritaba:

— ¡Váyanse! ¡Váyanse!... Van a sorprenderlos.

Era Elena. Ambos, estupefactos, la miraron. Su sorpresa era tan grande, que olvidaron lo embarazoso de la situación. Julieta no tuvo ni un gesto de agobio.

— ¡Váyase usted! —repitió Elena—. Su marido estará aquí dentro de dos minutos.

— ¿Mi marido? —tartamudeó la joven—. Mi marido... ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

Estaba atontada. Todo se barajaba en su cabeza. Le parecía prodigioso que Elena estuviera allí y que le hablase de su marido. Pero Elena tuvo un gesto de cólera.

— ¡Ah!, si se figuran que tengo tiempo para explicarme... Ya está usted advertida. Váyase, de prisa; váyanse los dos.

Entonces Julieta fue presa de una agitación extraordinaria. Corría por las habitaciones, trastornada, pronunciando palabras sin ilación.

— ¡Oh Dios mío, Dios mío!... Muchas gracias... ¿Dónde está mi abrigo? ¡Qué tontería, esta habitación tan oscura!... ¡Denme mi abrigo, traigan una bujía para que pueda encontrar mi abrigo!... Querida, no se enfade si no le doy las gracias... ¿Dónde están las mangas? No las encuentro, no puedo más...

El miedo la paralizaba; fue necesario que Elena la ayudara a ponerse el abrigo. Se puso el sombrero de través sin anudar las cintas. Lo peor fue que perdieron un minuto largo buscando el velo, que había caído debajo de la cama... Tartamudeaba y con manos torpes y temblorosas se palpaba para ver si olvidaba algo comprometedor.

— ¡Qué lección, qué lección!... Esto se acabó. ¡Ya lo creo!

Malignon, muy pálido tenía un aire imbécil. Pateaba, sintiéndose detestado y ridículo. La única reflexión que era capaz de hacerse era que, en efecto, no era hombre de suerte. No se le ocurrió otra cosa que hacer esta pregunta:

—Entonces, ¿creen ustedes que yo también debo marcharme?

Y, como nadie le contestara, cogió su bastón y siguió hablando para demostrar su sangre fría. Había tiempo de sobra. Precisamente existía otra escalera, una estrecha escalera de servicio abandonada, pero que podía utilizarse todavía. El coche de punto de la señora Deberle había quedado ante la puerta: podía llevar a los dos hacia los muelles. Y repetía:

—Cálmense ya. Esto tiene fácil arreglo... Vengan, es por aquí.

Había abierto una puerta y se veía la fila de las tres habitacioncitas, negras y destartaladas, abandonadas con toda su suciedad. Un soplo de aire húmedo entró. Julieta, antes de adentrarse en aquella miseria, sintió que se indignaba de nuevo y se preguntó en voz alta:

— ¿Cómo pude venir a semejante sitio? ¡Es abominable! No me lo perdonaré jamás.

—Dese prisa —dijo Elena, con igual ansiedad que ella.

La empujó. Entonces la joven se lanzó a su cuello llorando. Era una reacción nerviosa. La acometía la vergüenza: hubiera querido defenderse, explicar por qué la habían encontrado en casa de ese hombre. Después, con un movimiento instintivo, recogió sus faldas como si fuera a cruzar un arroyo. Malignon, que había pasado el primero, limpiaba con la punta de su zapato los trozos de yeso que llenaban la escalera de servicio. Las puertas se cerraron de nuevo.

Entre tanto, Elena se había quedado de pie en medio del saloncito. Escuchaba. A su alrededor se había hecho un silencio, un gran silencio cálido y encerrado, turbado tan sólo por el chisporroteo de los leños convertidos en brasa. Sus oídos zumbaban y no oía nada. Pero, al cabo de un rato que le pareció interminable, percibió el súbito rodar de un coche. Era el de Julieta, que partía. Entonces suspiró e hizo para sí misma un mudo ademán de agradecimiento. La idea de que ya no sentiría el eterno remordimiento de haber procedido con tanta bajeza la llenaba de una sensación dulce de inconcreta gratitud. Sentíase aliviada, muy enternecida, pero tan débil después de la terrible crisis por la que acababa de pasar, que no se sentía con fuerzas para alejarse a su vez. En el fondo, imaginaba que Enrique iba a venir y que tenía que encontrar a alguien. Llamaron y abrió en el acto.

De momento, fue como una sorpresa. Enrique entró, preocupado por la carta sin firmar que había recibido, con el rostro pálido por la inquietud. Pero, en cuanto la vio, dejó escapar una exclamación.

— ¡Usted!... Pero, Dios mío, ¿era usted?

Había, en esta exclamación, más estupor que alegría. Nunca esperaba una

cita dada con osadía tal. Pronto, todos sus deseos de hombre despertaron ante un ofrecimiento tan imprevisto, en el voluptuoso misterio de aquel escondite.

—Usted me quiere, me quiere —balbuceaba—. En fin: usted está aquí y yo no había comprendido...

Abrió los brazos y quiso alcanzarla. Al entrar, Elena le había sonreído; pero ahora retrocedía, palideciendo. No cabía duda de que le estaba esperando; pero había imaginado que hablarían sólo un instante y luego inventaría cualquier historia. Bruscamente, comprendió la situación: Enrique imaginaba una cita; pero ella jamás había querido esto y se rebelaba.

—Se lo ruego, Enrique; déjeme...

Él le había cogido las muñecas y la atraía lentamente, como esperando vencerla con un beso. El amor, que había ido en aumento en él durante meses, se había adormecido después a causa de la falta de intimidad, pero estallaba ahora con mayor violencia cuanto que él empezaba ya a olvidar a Elena. Toda la sangre de su corazón subió a sus mejillas y ella se debatía a la vista de ese rostro ardoroso que reconocía y la asustaba. Otras dos veces le había visto con esos ojos de loco.

—Déjeme, me da usted miedo... Le juro que se equivoca.

Entonces Enrique pareció sorprendido de nuevo.

—Pero ¿no es usted quien me ha escrito? —preguntó.

Ella dudó por un segundo. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía responder?

—Sí —murmuró al fin.

No podía entregar a Julieta cuando acababa de salvarla. Se trataba de un abismo en el que se sentía hundirse. Enrique, ahora, iba examinando las dos habitaciones, sorprendiéndose de la iluminación y el decorado. Se atrevió a preguntar:

— ¿Está usted en su casa? —Y, como se callara—: Su carta me ha atormentado mucho... Elena, usted me oculta algo. Por favor, tranquilíceme usted.

Ella no escuchaba; pensaba que él estaba en lo cierto al pensar en una cita. Si no era así, ¿qué hacía ella allí?, ¿por qué le había aguardado? No se le ocurría ninguna historia; ni siquiera estaba segura de no haberle dado aquella cita. La envolvía un abrazo en el que iba desapareciendo lentamente.

Él la acuciaba cada vez más, interrogándola con los labios sobre sus labios, para arrancarle la verdad.

— ¿Me esperaba usted, me esperaba?

Entonces, abandonándose sin fuerzas, acometida por aquella lasitud y aquella dulzura que la tronchaban, consintió en decir lo que él decía, en querer lo que él quisiera.

—Le esperaba, Enrique...

Sus bocas se acercaron más todavía.

—Pero ¿a qué viene la carta?... Y yo la encuentro aquí... ¿Dónde estamos?

—No me pregunte, no quiera usted saber... Tiene usted que jurármelo... Soy yo, y estoy junto a usted; lo está usted viendo. ¿'Qué más quiere?

— ¿Me ama usted?

—Sí, le amo.

— ¿Y eres mía, Elena, completamente mía?

—Sí, por entero.

Los labios junto a los labios, se habían besado. Ella lo había olvidado todo, cediendo a una fuerza superior. Esto le parecía ahora natural y necesario. Se había producido en ella una sensación de paz y sólo experimentaba sentimientos y recuerdos de su juventud. Un día parecido de invierno, cuando era jovencita, en la calle des Petites-Marie, había estado a punto de morir en una habitación sin aire, ante un gran fuego de carbón encendido para la plancha. Otro día, en verano, estaban abiertas las ventanas y un pinzón, extraviado en la calle oscura, había aleteado recorriendo su habitación. ¿Por qué pensaba entonces en la muerte, por qué veía como ese pájaro huía volando? Se sentía llena de melancolía y de inocencia, en el delicioso anonadamiento de todo su ser.

—Estás empapada —murmuró Enrique—. ¿Acaso viniste a pie?

Bajaba la voz para tutearla, le hablaba al oído como si hubiesen podido oírle. Ahora que ella se entregaba, sus deseos temblaban al verla, y la envolvía en una caricia ardiente y tímida, sin atreverse ya, retrasando el momento. Le acometía una preocupación fraternal por su salud, necesitaba ocuparse de ella en algo íntimo y minúsculo.

—Tienes los pies mojados; vas a ponerte enferma —repetía—. ¡Dios mío, es insensato andar por las calles con semejantes zapatitos!

La había hecho sentar ante el fuego. Elena sonreía sin defenderse, abandonándole sus pies para que los descalzara. Sus zapatillas, agujereadas en los charcos del pasaje des Eaux, estaban pesadas como esponjas. Él se las quitó y las puso a ambos lados de la chimenea. Las medias también estaban húmedas, marcadas por una mancha de barro hasta los tobillos. Entonces sin

que ella pensara en ruborizarse, él, con un gesto de enfado lleno de ternura en su brusquedad, se las quitó diciendo:

—Así se cogen los resfriados. Caliéntate.

Había empujado un taburete. Los dos pies, blancos como la nieve, ante la llama, se iluminaron con un reflejo rosado. La atmósfera se hacía sofocante. Al fondo, la habitación, con su gran lecho, parecía adormecida; la lamparilla se había ahogado y una de las cortinas, desprendida de su abrazadera, disimulaba a medias la entrada. En el pequeño salón, las bujías, que ardían muy altas, habían desprendido un olor cálido de fin de velada. De vez en cuando se oía en el exterior el chorrear de un aguacero, como un sordo rumor en medio del gran silencio.

—Es verdad, sí, tengo frío —murmuró con un estremecimiento, pese al calor que hacía.

Sus pies de nieve estaban helados. Entonces él se empeñó en cogerlos con las manos. Sus manos ardían y los calentaron en seguida.

— ¿Los sientes? —preguntó—. Tus pies son tan pequeños, que puedo envolverlos del todo.

Los estrechaba con dedos febriles. Únicamente los rosados extremos aparecían. Ella levantó los talones y se oyó el ligero roce de los tobillos. El abrió las manos y los miró durante unos segundos, tan finos, tan delicados, con su pulgar un poco separado. La tentación fue demasiado fuerte y los besó. Luego, como ella se estremeciera, dijo:

—No, no, caliéntate... Cuando entres en calor.

Los dos habían perdido conciencia del tiempo y del lugar. Sentían la vaga impresión de encontrarse en una muy avanzada noche de invierno. Aquellas bujías, que se consumían en la tibieza soñolienta de la habitación, les hacían creer que habían velado durante horas. Pero no sabían dónde. A su alrededor se extendía un desierto: ni un ruido ni una voz humana, como un mar negro en el que rugía la tempestad. Se sentían fuera de este mundo, a mil leguas de la tierra. Y este olvido del lugar que los ataba a los seres y a las cosas era tan absoluto, que les parecía como si estuvieran naciendo allí, en aquel preciso momento, y que tenían que morir allí, dentro de un instante, en cuanto uno se lanzara a los brazos del otro.

Ni siquiera encontraban las palabras. Las palabras no expresaban sus sentimientos. Tal vez se habían conocido fuera de allí, pero ese viejo encuentro no importaba. Únicamente el minuto presente importaba, y lo vivían lentamente, sin hablar de su amor, habituados uno al otro como después de diez años de matrimonio.



— ¿Sientes calor?

— ¡Oh sí! Muchas gracias.

Una inquietud la obligó a inclinarse. Murmuró:

—Mis zapatos no van a secarse nunca.

Él la tranquilizó; cogió las pequeñas zapatillas y las apoyó en los morillos diciendo en voz baja:

—Así es seguro que se secarán.

Él se volvió, besó sus pies una vez más y ascendió hasta la cintura. Las brasas que llenaban la chimenea los estaban quemando. Ella no hizo la menor protesta ante aquellas manos titubeantes que el deseo extraviaba de nuevo. En el desvanecimiento de todo cuanto la rodeaba, de lo que era ella misma, únicamente persistía el recuerdo de su juventud: una habitación en la que hacía un calor igualmente fuerte, un gran hornillo con las planchas puestas sobre el que se inclinaba; y recordaba que entonces había sentido un aniquilamiento igual, que esto no era más dulce, que los besos con que Enrique la cubría no le procuraban una muerte lenta más voluptuosa. Cuando, de pronto, él la cogió entre sus brazos para llevarla a la alcoba, sintió, no obstante, una última angustia. Le parecía que alguien había gritado, creía que había olvidado a alguien que estaba sollozando en la sombra. Pero esto fue sólo un estremecimiento; miró alrededor de la habitación y no vio a nadie. Esta habitación le era desconocida, ningún objeto le habló. Un chaparrón más intenso caía con un clamor prolongado. Entonces como acometida por una necesidad de dormir, se abatió sobre el hombro de Enrique y se dejó llevar. Tras ellos, la otra cortina se desprendió de su abrazadera.

Cuando Elena volvió, con los pies desnudos, a buscar sus zapatillas ante el fuego que se apagaba, pensó que nunca se habían amado menos que aquel día.

## V

Juana, con los ojos fijos en la puerta, seguía víctima del gran disgusto que le había causado la brusca partida de su madre. Volvió la cabeza; la habitación estaba vacía y silenciosa; pero ella oía todavía la persistencia de los ruidos, de los pasos precipitados que se alejaban, del roce de las faldas, de la puerta del departamento cerrada con violencia. Después, nada. Y ella estaba sola.

Sola, absolutamente sola. Sobre el lecho, el peinador de su madre, tirado de cualquier modo, colgante su larga falda y con una de las mangas encima de la almohada, sugería la extraña actitud agobiada de alguien que se hubiese

echado allí sollozando y como inerte a causa de un inmenso dolor. Había ropa interior abandonada. Una toquilla negra ponía en el suelo una mancha de luto. Entre aquel desorden de sillas caídas, del velador empujado contra el armario de luna, estaba sola y sentía que las lágrimas la ahogaban mirando aquel peinador en el que ya no estaba su madre, estirado con una delgadez de muerte. Juntó sus manos y llamó por última vez:

— ¡Mamá! ¡Mamá!

Pero los cortinajes de terciopelo azul amortiguaban los sonidos en la habitación. Estaba sola: todo había terminado.

Transcurrió el tiempo. Dieron las tres en el reloj. Una claridad escasa y turbia penetraba por las ventanas. Pasaban nubes color de hollín ensombreciendo más y más el cielo. A través de los cristales, cubiertos por un leve vaho, se adivinaba un París confuso, borroso por el vapor de agua, cuyas lejanías se perdían entre grandes humaredas. Ni siquiera la ciudad estaba allí para hacer compañía a la niña, como ocurría en las tardes claras en las que parecía que, inclinándose un poco, podían llegar a tocarse los barrios con la mano.

¿Qué iba a hacer? Apretaba sus bracitos contra su pecho desesperado. Su abandono le parecía negro, sin límites, de una injusticia y una maldad que la encolerizaban. Jamás había visto nada tan vil; imaginaba que todo iba a desaparecer y que nada volvería jamás. Luego vio junto a ella a su muñeca en una butaca, sentada con la espalda apoyada en un almohadón, las piernas estiradas, mirándola, como una persona. No se trataba de su muñeca mecánica, sino de una grande con cabeza de cartón, cabello rizado y ojos esmaltados cuya mirada fija, a veces, la asustaba; después de dos años que la vestía y desnudaba, la cabeza se había desconchado en la barbilla y las mejillas, y los miembros, de piel rosa y repletos de serrín, habían adquirido una languidez y blandura desgarrada de trapo viejo. En aquel momento, la muñeca estaba dispuesta para ir a la cama, con su camisita y sus brazos dislocados, uno hacia arriba y otro hacia abajo. Entonces Juana, al ver que alguien estaba con ella, se sintió menos desgraciada. La cogió en brazos y la apretó muy fuerte, en tanto la cabecita se balanceaba hacia atrás con el cuello tieso. Le habló, le dijo que ella era la más buena, que tenía buen corazón, que nunca salía ni la dejaba sola. Era su tesoro, su gatita, su corazoncito. Trémula y conteniéndose para no volver a llorar, la cubrió de besos.

Con el furor de las caricias se sentía un tanto vengada; la muñeca cayó de nuevo entre sus brazos como un pingajo. La niña se había levantado y, con la frente apoyada en un cristal, miraba hacia fuera. Había cesado la lluvia y las nubes del último chaparrón, arrastradas por el viento, rodaban hacia el horizonte, hacia las alturas del Père-Lachaise, cubiertas con sombras grises.

París, bajo este fondo de tormenta iluminado con una luz uniforme, adquiría una grandeza solitaria y triste. Parecía deshabitado, igual que estas ciudades de las pesadillas que se diría iluminadas por un astro muerto. Seguro que todo aquello no tenía nada de bonito. Pensaba vagamente en las personas que había querido desde que había nacido. Su amigo más viejo, de cuando estaba en Marsella, era un gran gato rojo que pesaba mucho. Le cogía por el vientre apretándolo con sus bracitos y lo llevaba así de una silla a otra, sin que se enfadara; después había desaparecido: ésta era la primera maldad que recordaba. Después había tenido un gorrión que se había muerto; una mañana lo había recogido del suelo de la jaula: ya eran dos. Sin contar los juguetes que se rompían para darle pena, ni toda una serie de injusticias que le hacían sufrir mucho porque era demasiado tonta. Sobre todo una muñeca, que no era más alta que la mano, que la había hecho desesperar porque se dejó romper la cabeza. La quería tanto, que incluso la enterró a escondidas, en un rincón del patio, y más tarde, dominándola el deseo de volver a verla, la desenterró y se puso enferma de miedo al encontrarla tan negra y tan fea. Siempre eran los demás los que dejaban de quererla primero. Se estropeaban, se iban; era culpa suya. ¿Por qué? Ella no cambiaba. Cuando quería a alguien, era para toda la vida. No comprendía el abandono. Era algo enorme, monstruoso, que no podía entrar en su corazoncito sin hacer que estallara. Le dio como un estremecimiento al despertar en ella esos recuerdos confusos. Entonces llegaba un día en que la gente se separaba, se iba cada cual por su lado y dejaba de verse y quererse. Con los ojos puestos en aquel París inmenso y melancólico, se quedaba helada ante lo que su pasión de doce años adivinaba de las crueldades de la existencia.

Mientras, su aliento había empañado más el vidrio. Borró con la mano el vaho que le impedía ver. Los monumentos, a lo lejos, lavados por el aguacero, producían reflejos como si fueran espejos bruñidos. Hileras de casas, limpias y claras, con sus fachadas pálidas, en medio de los tejados, parecían piezas de ropa tendida, igual a una colada colosal que se secaa sobre un prado de hierba rojiza. El día clareaba, la cola de la nube que cubría aún la ciudad de vapor dejaba percibir el resplandor lechoso del sol; se notaba una alegría indecisa por encima de los barrios, y en ciertos rincones, parecía que el cielo iba a reírse. Juana miraba hacia abajo, hacia el muelle y las pendientes del Trocadero, donde se reanudaba la vida de las calles, después de la pesada lluvia que caía en bruscos chaparrones. Los coches de punto volvían a sus lentas sacudidas, mientras los ómnibus, en el silencio de las calzadas desiertas todavía, pasaban redoblando su sonoridad. Los paraguas se cerraban, los transeúntes, refugiados bajo los árboles, se arriesgaban a cruzar de una a otra acera, en medio del agua de los charcos que iba escurriéndose hacia los arroyos. Le llamó la atención sobre todo una señora y una niña, muy bien vestidas, que vio de pie bajo el toldo de una vendedora de juguetes, junto a un

puente. Sin duda se habían refugiado allí sorprendidas por la lluvia. La pequeña desvalijaba la tienda, atormentando a la señora, porque quería un aro; y ahora se iban las dos y la chiquilla corría risueña y saltarina, empujando su aro por la acera. Entonces Juana se puso de nuevo muy triste y su muñeca le pareció horrible. Lo que ella quería era un aro y encontrarse allí y correr mientras su madre, tras ella, caminaría con sus pasitos cortos, gritándole que no se fuera tan lejos. Todo se enturbiaba, y a cada minuto tenía que limpiar el vidrio. Tenía prohibido abrir la ventana, pero se sintió en plena rebeldía: por lo menos, ya que no se la llevaban, podía mirar al exterior. Abrió y se apoyó con los codos como una persona mayor, como su madre cuando se ponía allí y dejaba de hablarle.

El aire era suave, de una suavidad húmeda que le parecía muy agradable. Una sombra que poco a poco iba extendiéndose por el horizonte le hizo levantar la cabeza. Tenía la sensación de que encima de ella había un pájaro gigante con las alas extendidas. De momento, no vio nada: el cielo permanecía claro; pero una mancha sombría apareció en un ángulo del tejado, se desbordó e invadió el cielo. Era un nuevo chubasco impelido por un tremendo viento del oeste. La luz había bajado rápidamente; la ciudad aparecía negra, con un lívido relucir que daba a las fachadas un tono de vieja herrumbre. Casi de inmediato empezó a caer la lluvia, barriendo las calzadas. Los paraguas se volvían del revés, los paseantes huían por todas partes, como pajas llevadas por el viento. Una vieja señora apretaba con ambas manos sus faldas en tanto que el chubasco golpeaba su sombrero con una persistencia de gotera. La lluvia se desplazaba, podía seguirse el vuelo de la nube por la carrera furiosa del agua que caía sobre París; la cortina de gruesas gotas enfilaba las avenidas de los muelles con un galope de caballo desbocado, levantando una polvareda cuya diminuta humareda blanca rodaba a ras de suelo con una velocidad prodigiosa. Descendía por los Campos Elíseos, penetraba por las largas calles rectas del barrio de Saint-Germain, llenando en un momento las amplias extensiones, las plazas vacías, los cruces desiertos. En pocos segundos, bajo esta red cada vez más espesa, la ciudad palideció, pareció fundirse. Fue como una cortina que descendiera oblicuamente desde el vasto cielo sobre la tierra. Nubes de vapor ascendían y el inmenso chapoteo producía un ruido ensordecedor de revuelta chatarra.

Juana, aturdida por el clamor, retrocedía. Le parecía que un muro amarillento se había levantado ante ella. Pero ella adoraba la lluvia y volvió a apoyar sus codos en la ventana, alargó los brazos para sentir las gruesas gotas frías que estallaban en sus manos. Esto la divertía, y se mojaba hasta las mangas. A su muñeca, como a ella, debía dolerle la cabeza; por esto la puso a horcajadas sobre la barra, con la espalda contra la pared. Y, viendo que las gotas la salpicaban, pensó que aquello le sentaba bien. La muñeca, muy tiesa, con la eterna sonrisa de sus pequeños dientes, tenía un hombro empapado en

tanto que el soplo del viento le levantaba la camisa. Su pobre cuerpo, vacío de serrín, tiritaba.

¿Por qué no se la había llevado su madre? En esta agua que le azotaba las manos, encontraba Juana una nueva tentación para desear encontrarse en la calle. Debía estarse bien en ella... Y seguía viendo, a través del velo de la lluvia, a la chiquilla empujando su aro por la acera. No había nada que decir: ella había salido con su mamá y, las dos juntas, parecían pasarlo tan ricamente. Esto demostraba que las niñas podían salir cuando llovía. Lo único que faltaba era querer. ¿Por qué, a ella, no la habían dejado que saliera? Ahora volvía a acordarse de su gato rojo, que se había marchado, con la cola hacia arriba, a la casa de enfrente; a aquella pequeña bestezuela de gorrión, al que había intentado dar de comer, cuando ya estaba muerto, y que parecía no haberlo comprendido. Estas eran las historias que siempre le ocurrían porque no la querían lo bastante. ¡Oh!, en dos minutos hubiera estado a punto; los días que quería, se sabía vestir de prisa: los botines que Rosalía abrochaba, el paletó, el sombrero, y ya estaba. Bien pudo su madre esperarla un par de minutos. Cuando descendía a casa de sus amigos, no atropellaba las cosas de aquel modo; cuando iba al bosque de Boulogne, la llevaba suavemente de la mano y se detenía con ella delante de todas las tiendas de la calle de Passy. Juana no comprendía, sus negras cejas se fruncían y sus finas facciones adquirían aquella dureza celosa que le ponían una carita de solterona ruin. Adivinaba confusamente que su madre había ido a algún lugar donde no se lleva a los niños. No se la había llevado para ocultarle las cosas. Pensándolo, su corazón se oprimía con una tristeza indecible y se sentía mal.

La lluvia se hacía más fina, se producían transparencias a través de la cortina que ocultaba París. Lo primero en reaparecer fue la cúpula de los Inválidos, ligera y estremecida con la vibración reluciente del aguacero. Después emergieron los barrios de la corriente de agua que se retiraba; la ciudad parecía emerger de un diluvio, con sus tejados chorreando, mientras los ríos llenaban todavía las calles con una especie de vapor. De pronto surgió una llama, cayó un rayo de luz en medio del aguacero. Por un instante apareció una sonrisa entre las lágrimas. Había dejado de llover en el distrito de los Campos Elíseos, la lluvia azotaba la orilla izquierda, la Cité, los lejanos suburbios; y se veían caer allí las gotas, como líneas de acero, tenues y apretadas bajo la luz del sol. Hacia la derecha se iluminó el arco iris. A medida que el rayo de sol se ensanchaba, manchas rojas y azules pintarrajeaban el horizonte con los tonos abigarrados de una acuarela infantil. Hubo un resplandor, un descenso de nieve de oro sobre una ciudad de cristal. Y el rayo se extinguió, una nube lo había apagado y la sonrisa se ahogó con las lágrimas. París se escurría con un largo rumor de sollozos, bajo un cielo color de plomo.

Juana, con las mangas empapadas, tuvo un acceso de tos. Pero no notaba el

frío que iba penetrándola, ocupada en pensar, ahora, que su madre había descendido hacia París. Había acabado por conocer tres monumentos: los Inválidos, el Panteón y la torre Saint-Jacques; había aprendido sus nombres y los señalaba con el dedo sin imaginar como debían ser cuando se les miraba de cerca. Sin duda su madre se encontraba por allí, y ella la situaba en el Panteón, porque era el que más llamaba su atención, tan enorme, clavado en lo alto como la cimera de la ciudad. Luego se interrogaba, porque París seguía siendo el sitio donde no van los niños. Nunca la llevaban. Hubiese querido saber, para decirse tranquilamente: «Mamá está allí y está haciendo esto y aquello». Pero así le parecía demasiado grande y no podía encontrarse a nadie. Sus miradas saltaban al otro extremo de la llanura. ¿Estaría, tal vez, en este grupo de casas de la izquierda, sobre una colina? ¿O más cerca, bajo los grandes árboles cuyas ramas desnudas se parecían a los hacecillos de leña seca? ¡Si pudiera levantar los tejados! ¿Qué era aquel monumento tan negro?, ¿y aquella calle por la que corría una cosa tan grande?, y todo aquel barrio que le daba tanto miedo, porque seguro que allí se estaban peleando. No se distinguía con claridad; pero, de veras, era algo lo que se movía, algo muy feo que las niñas no debían mirar. Hacía toda clase de suposiciones vagas que le daban ganas de llorar y turbaban su ignorancia de niña. Lo desconocido de París, con sus humos, su rumor incesante, su vida potente, soplaba hacia ella, en aquel tiempo de deshielo, un olor a miseria, a basura y a crimen que le hacía volver su joven cabecita como si se hubiese asomado por encima de estos pozos pestíferos que exhalaban la asfixia de su lodo invisible. Los Inválidos, el Panteón, la torre Saint-Jacques: los contaba y sabía sus nombres; pero, aparte de ellos, no conocía ningún otro monumento y se sentía asustada y avergonzada, con la idea fija de que su madre se encontraba entre aquellas cosas malas, no sabía dónde, allá lejos, en el fondo.

Bruscamente se volvió. Habría jurado que alguien caminaba por la habitación; diría, incluso, que una mano suave le había rozado la espalda. Pero la habitación permanecía vacía en el pesado desorden en que Elena la había dejado; el peinador seguía tendido, sin dejar de llorar, aplastado contra la almohada. Entonces Juana recorrió con una mirada toda la habitación y sintió que su corazón se desgarraba. Estaba sola, sola. ¡Dios mío! Su madre, al marcharse, la había empujado tan fuerte que podía haberla echado al suelo. Volvía a sentir la misma angustia y el dolor de esta brutalidad repercutía en sus muñecas y en sus hombros. ¿Por qué la había maltratado? Era buena y no tenía que reprocharse nada. Generalmente, le hablaban con todo cariño, que aquella corrección la indignaba. Tenía la misma impresión que le producían sus temores infantiles, cuando la amenazaban con el lobo y ella miraba y no lo veía en ninguna parte; pero en la sombra había algo que podía destruirla. Con la carita pálida, sospechaba algo y, poco a poco, iba aumentando en ella una cólera desesperada. De pronto, pensó que su madre debía querer más que a

ella a aquellas personas cerca de las cuales había ido, empujándola tan fuerte, y tuvo que llevarse las manos al pecho. Ahora comprendía: su madre la estaba traicionando.

Sobre París gravitaba una gran ansiedad, a la espera de una nueva borrasca. El aire, oscurecido, lanzaba como un murmullo y las espesas nubes se cernían. Juana, en la ventana, tosió violentamente; pero se sentía como vengada al sentir frío y hubiese querido ponerse enferma. Con las manos apretándose el pecho, sentía que su malestar aumentaba. Era una angustia a la que su cuerpo se abandonaba. Tiritaba de miedo y no se atrevía a volverse, temblando de frío con sólo pensar en mirar hacia la habitación. Cuando se es pequeña, no se tiene fuerza. ¿Qué era este nuevo mal cuya crisis la llenaba de vergüenza y de una amarga dulzura? Cuando la hacían rabiarse, cuando le hacían cosquillas, pese a sus risas, sentía a veces este estremecimiento exasperado. Esperaba, rígida, en la rebelión de sus miembros inocentes y virginales. Desde el fondo de su ser, de su sexo de mujer despierta, surgió un vivo dolor como si hubiese recibido un golpe desde lejos. Entonces, desfalleciendo, lanzó un grito ahogado: «¡Mamá, mamá!», sin que pudiera saberse si llamaba a su madre en su ayuda o si la acusaba de mandarle aquel mal del cual se sentía morir.

En este momento estalló la tempestad. En el silencio grávido de ansiedad, por encima de la ciudad, que se había puesto negra, aullaba el viento y se oyó el crujido persistente de París, las persianas que golpeaban, las tejas de pizarra que volaban, los tubos de las chimeneas y los canalones de desagüe que rebotaban sobre la calzada de las calles. Hubo unos momentos de silencio; pero de inmediato surgió un nuevo soplo, llenó el horizonte de tan colosal impulso que el océano de tejados estremecido pareció elevarse en un oleaje y desaparecer en un torbellino. Durante un momento fue el caos. Enormes nubes, ensanchándose como manchas de tinta, corrían entre otras más pequeñas, dispersas y flotantes, parecidas a pingajos que el viento desmenuzaba y se llevaba hilo a hilo. Hubo un momento en que dos nubes se embistieron, rompiéndose en pedazos que sembraron el espacio de fragmentos color de cobre. Cada vez que el huracán se desencadenaba de este modo, soplando desde todos los puntos del cielo, había en el aire un chocar de ejércitos, un derrumbamiento inmenso cuyos escombros suspendidos iban a aplastar París. No llovía todavía... De pronto una nube reventó sobre el centro de la ciudad y una tromba de agua remontó por el curso del Sena. La cinta verde del río, acribillada y sucia por el chapoteo de las gotas, se cambió en un torrente de cieno y, uno a uno, tras el chaparrón, los puentes reaparecieron, adelgazados, más ligeros en el vapor de agua, en tanto que, a derecha e izquierda, los muelles desiertos sacudían furiosamente sus árboles a lo largo de las rayas grises de las aceras. Al fondo, sobre Notre-Dame, se partió la nube, lanzando tal torrente de agua que la Cité quedó sumergida; únicamente, por encima del distrito anegado, flotaban las torres, en un claro, como los

restos de un naufragio. Pero, por todas partes, se abría el cielo y por tres veces la orilla derecha pareció sumergida. Un primer aguacero asoló los barrios lejanos y, ensanchándose, azotó las puntas de Saint-Vincent-de-Paul y de la torre Saint-Jacques, que se aclaraban bajo el agua. Otros dos, uno tras otro, se volcaron sobre Montmartre y sobre los Campos Elíseos. Por un momento, se distinguieron las vidrieras del Palacio de la Industria, humeando bajo la lluvia. San Agustín, cuya cúpula oscilaba al fondo de la bruma como una luna apagada; la Magdalena, que extendía su tejado plano, semejante a las losas lavadas con grandes baldes de algún atrio en ruina; mientras detrás, la mole enorme y sombría de la «Opéra» hacía pensar en un barco desmantelado, cuya quilla, atrapada entre dos rocas, resistiera los asaltos de la tempestad. Sobre la orilla izquierda, velada por una polvareda de agua, se percibían la cúpula de los Inválidos, las flechas de Santa Clotilde, las torres de San Sulpicio, reblandeciéndose y como fundidas en el aire empapado de humedad. Una nube se dilató y por la columnata del Panteón descargaron torrentes de agua que parecía iban a inundar los barrios bajos. A partir de este momento, las ráfagas de lluvia se abatieron sobre la ciudad por todas partes; se diría que el cielo se abatía sobre la tierra, que las calles se hundían, sumergiéndose hasta el fondo en medio de las sacudidas que, por su violencia, parecían anunciar el fin de la ciudad. Se alzaba un rugido constante, la voz de los arroyos crecidos, el tronar de las aguas vaciándose por los canalones de desagüe. Al mismo tiempo, por encima de aquel París cenagoso que los mismos nubarrones ensuciaban con un igual tono amarillo, las nubes se deshilachaban, adquiriendo una lívida palidez, extendida por igual, sin una resquebradura ni una mancha. La lluvia se hacía más fina, recta y punzante; y cuando todavía soplaba alguna ráfaga, grandes oleadas ponían reflejos en las sombras grises y se oían las gotas oblicuas, casi horizontales, asaeteando los muros con un silbido, hasta que, al cesar el viento, volvían a ser rectas, hiriendo el suelo con un apaciguamiento obstinado, desde la colina de Passy hasta la plácida campiña de Charenton. Entonces, la inmensa ciudad, como destruida y muerta a consecuencia de una suprema convulsión, extendió sus piedras derrumbadas bajo un cielo borroso.

Juana, abatida sobre el repecho de la ventana, había balbuceado de nuevo: «¡Mamá!, mamá!», y una inmensa fatiga la hacía abandonarse totalmente débil frente a aquel París sumergido. En aquella postración, con los cabellos sueltos, el rostro mojado por las gotas de la lluvia, seguía sintiendo el sabor de la amarga dulzura que acababa de estremecerla, en tanto que la añoranza de algo irremediablemente perdido lloraba en su corazón. Le parecía que todo había terminado y comprendía que se estaba volviendo muy vieja. Podían pasar las horas; ni siquiera miraba la habitación. No le importaba saberse olvidada y sola. Llenaba tal desesperación su corazón de niña, que todo era noche a su alrededor. Si la reñían, como otras veces cuando se ponía enferma, sería una injusticia. Aquello la quemaba, le daba dolor de cabeza. Seguro que, hacía un



momento, algo le habían roto en algún sitio. No podía evitarlo. Estaba obligada a dejarse hacer lo que quisieran. Después de todo, estaba demasiado cansada. Había anudado sus dos bracitos en la barra del alféizar y la acometía una somnolencia; sólo abría sus grandes ojos de vez en cuando, para ver los chaparrones.

La lluvia caía persistente, sin pausa; el cielo, pálido, se fundía en agua. El último vendaval había pasado y se oía todavía su retumbar monótono. En medio de una solemne inmovilidad, la lluvia, soberana, azotaba sin tregua la ciudad conquistada por ella, silenciosa y desierta. Tras el cristal rayado por aquel diluvio, había tan sólo un París fantasma, de líneas trémulas y borrosas, que producía en Juana una necesidad de dormir, con feos sueños, como si todo cuanto desconocía, el mal que ignoraba, se hubiese exhalado en niebla para penetrarla y hacerla toser. Cada vez que abría los ojos, la sacudían accesos de tos, y después permanecía quieta unos segundos mirando la ciudad; luego, dejando caer la cabeza, se llevaba su imagen, y ésta parecía que se extendía sobre ella y la aplastaba.

La lluvia no cesaba. ¿Qué hora sería ya? Juana no hubiese podido decirlo. Quizá el reloj se había parado. Volverse para mirar le parecía demasiado fatigoso. Hacía por lo menos ocho días que su madre se había marchado. Había dejado de esperarla, resignada ya a no volver a verla. Lo olvidó todo: las malas pasadas que le habían hecho, el extraño mal que acababa de sufrir, incluso el abandono en que todo el mundo la dejaba. Un peso, como el de una fría losa, gravitaba sobre ella. No era más que una desgraciada. ¡Oh!, tan desgraciada como las niñas pobres abandonadas en los portales y a las que ella daba dinero. Esto no cesaría jamás y ella permanecería así durante años... Era demasiado enorme y demasiado duro para una niña pequeña. ¡Dios mío, cómo se tose, cuánto frío se tiene cuando nadie nos quiere! Cerró los pesados párpados, con el vértigo de una modorra febril, y su último pensamiento fue un vago recuerdo de infancia, una visita a un molino donde los pequeñitos granos de trigo, amarillo, caían bajo muelas grandes como casas.

Pasaban horas y horas, y cada minuto era como un siglo. La lluvia caía sin parar con el mismo ritmo tranquilo, como si contara con todo el tiempo, con la misma eternidad, para inundar la llanura. Juana dormía. Junto a ella estaba la muñeca, doblada sobre la barra del antepecho, con las piernas dentro de la habitación y la cabeza fuera, como una ahogada, con la camisa pegada a su piel rosada, sus ojos inmóviles, sus cabellos chorreando agua; estaba tan delgada, que daba ganas de llorar, con su postura cómica y desconsolada de pequeña muerta. Juana, dormida, tosía; pero ya no abría los ojos. Su cabeza se agitaba sobre los brazos cruzados y la tos terminaba con un silbido sin que ella despertara. Ya nada quedaba: dormía en la oscuridad, y ni siquiera retiraba la mano, cuyos dedos, enrojecidos, dejaban resbalar las claras gotas, una a una,

hacia el fondo de los vastos espacios que se abrían bajo la ventana. Esto duró horas todavía. En el horizonte, París se había desvanecido como la sombra de una ciudad, mientras el cielo se confundía con el caos borroso de su inmensidad y la lluvia gris seguía cayendo obstinada.

\*\*\*\*

## QUINTA PARTE

### I

Había oscurecido ya mucho antes cuando regresó Elena. Mientras subía penosamente la escalera, apoyándose en la barandilla, el agua de su paraguas se escurría sobre los peldaños. Ante su puerta, se detuvo unos instantes para respirar, aturdida todavía por el repiqueteo de la lluvia a su alrededor, por los empujones de la gente que corría y por el reflejo de las luces danzando sobre los charcos. Caminaba como en sueños, sorprendida por aquellos besos que acababa de recibir y de dar, y mientras buscaba la llave pensaba que no sentía remordimiento ni satisfacción. Así eran las cosas, y nada podía hacer para que fuesen de otro modo. No encontró la llave: sin duda la había dejado olvidada en otro traje. Esto la contrarió sobremanera y tuvo la impresión de que se había echado a sí misma de su propia casa. No tuvo más remedio que llamar.

— ¡Ah!, es la señora —dijo Rosalía al abrir—. Ya empezaba a inquietarme. —Y, cogiendo el paraguas para llevarlo a la cocina y ponerlo sobre la pila añadió—: ¡Vaya modo de llover!... Ceferino, que acaba de llegar, estaba empapado como una sopa... Me he permitido decirle que se quede a cenar, señora. Tiene permiso hasta las diez.

Elena la siguió maquinalmente. Parecía que sintiera necesidad de ver todas las habitaciones de su departamento antes de quitarse el sombrero.

—Hizo usted bien, hija mía —respondió.

Permaneció un instante a la entrada de la cocina mirando los fogones encendidos. Con un gesto instintivo, abrió un armario y lo cerró de nuevo. Todos los muebles estaban en su sitio; sólo con verlos sentía una satisfacción. Entretanto, Ceferino se había levantado respetuosamente, y ella le sonrió dirigiéndole un leve gesto con la cabeza.

—Ya no sabía si debía o no preparar el asado —prosiguió la criada.

— ¿Qué hora es, pues? —preguntó.

—Cerca de las siete.

— ¡Cómo! ¡Las siete ya!

Quedó muy sorprendida. Había perdido la noción del tiempo. Era como si estuviera despertándose.

— ¿Y Juana? —interrogó.

— ¡Oh!, ha sido muy formalita, señora. Me parece incluso que se ha dormido, pues ni siquiera la he oído.

— ¿No le ha llevado usted luz?

Rosalía se quedó perpleja, sin querer confesar que Ceferino le había llevado unas estampas. Puesto que la señorita no se había movido, esto quería decir que no necesitaba nada. Pero Elena ya no la escuchaba. Al entrar en la habitación tuvo la sensación de que hacía mucho frío.

— ¡Juana, Juana! —llamó.

Ninguna voz contestó. Tropezó con una butaca. La puerta del comedor, que había dejado entreabierta, iluminaba un trozo de alfombra. Sintió un escalofrío; diríase que la lluvia caía dentro de la pieza, con sus ráfagas de humedad y su ininterrumpido chorrear. Entonces, al volverse, percibió el pálido cuadro de la ventana recortándose sobre el cielo gris.

— ¿Quién ha abierto la ventana? —gritó—. ¡Juana! ¡Juana!

Tampoco ahora hubo respuesta. Una mortal inquietud oprimía su corazón. Quiso mirar por la ventana, pero, tanteando, tropezó con una cabellera: allí estaba Juana. Rosalía llegó con una lámpara, y la niña, completamente blanca, apareció durmiendo con la mejilla apoyada en los brazos cruzados mientras la salpicadura de las gotas que caían del tejado la mojaba. Apenas respiraba, abatida por la desesperación y la fatiga. Sus grandes párpados azulados retenían entre las pestañas dos grandes lágrimas.

— ¡Mi pobre niña! —balbuceó Elena—, ¡a quién se le ocurre!... ¡Dios mío! Está completamente fría... Dormirse así, con semejante tiempo, teniendo prohibido que abriera la ventana... ¡Juana! ¡Juana! Contéstame, despierta.

Prudentemente, Rosalía se había escabullido. La pequeña, a la que su madre había cogido en brazos, dejaba caer su cabeza como si no pudiera sacudir aquel sueño de plomo que se había apoderado de ella. No obstante, por fin abrió los párpados; pero seguía amodorrada, atontada, con los ojos heridos por la claridad de la lámpara.

—Soy yo, Juana... ¿Qué te pasa? Mírame, acabo de llegar.

Pero la niña no parecía entenderla y seguía murmurando, como pasmada:

— ¡Ah!... ¡Ah!...

Miraba a su madre como si no la reconociese. De pronto se estremeció y pareció sentir el intenso frío de la habitación. Sus ideas reaparecieron y las lágrimas, desprendidas de sus pestañas, rodaron por las mejillas. Se debatía, no quería que la tocasen.

—Eres tú, eres tú... Pero déjame, me aprietas demasiado. Estaba tan a gusto...

Soltóse de sus brazos como si le tuviera miedo. Su mirada, inquieta, la seguía desde las manos hasta los hombros; una de las manos estaba sin guante, y retrocedió ante la muñeca desnuda, la palma húmeda, los dedos tibios, y tuvo el mismo gesto arisco con que evitaba la caricia de una mano extraña. Ya no era el mismo perfume de verbena, los dedos parecían más largos y la palma más blanda; la desesperaba el contacto de aquella piel, que le parecía cambiada.

—Vamos, no voy a reñirte —prosiguió Elena—. Pero, verdaderamente, es insensato... Anda, bésame.

Juana seguía retrocediendo. No recordaba haber visto jamás aquel vestido ni aquel abrigo de su madre. La cintura era demasiado ancha y los pliegues caían de tal manera que la irritaban. ¿Por qué volvía tan mal vestida, con un no sé qué tan feo y triste en todas sus cosas? Llevaba barro en la falda, sus zapatos estaban rotos, y nada se le sujetaba al cuerpo, como ella misma decía cuando se enfadaba con las niñas que no sabían vestirse.

—Bésame, Juana.

La niña tampoco reconocía la voz, que le parecía más fuerte. Ahora le estaba mirando la cara y se sorprendía de la pequeñez de fatiga de los ojos, del rojo febril de los labios, de la extraña sombra en que todo el rostro parecía sumergido. Nada le gustaba, y empezaba a sentir un dolor en el pecho como el que experimentaba cuando la disgustaban. Entonces, nerviosa por el acercamiento de aquellas cosas sutiles y duras que olfateaba, comprendió que estaba respirando el aire de la traición y estalló en sollozos.

—No, no, por favor... ¡Oh!, me dejaste sola y he sido muy desgraciada.

—Pero, puesto que he vuelto, querida... No llores más; ya he vuelto.

—No, no, se acabó... Ya no te quiero... ¡Oh!, te he esperado, te he esperado y me siento demasiado mal.

Elena la había cogido de nuevo y la atraía dulcemente, mientras la niña repetía testaruda:

—No, no, no es lo mismo; ya no eres la misma.

— ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, hija mía?

—No sé; pero no eres la misma.

— ¿Quieres decir que ya no te quiero?

—No sé; no eres la misma... No lo niegues... No hueles igual que antes. Se acabó, se acabó. Quiero morirme.

Elena, muy pálida, la tenía de nuevo en sus brazos. Entonces, ¿es que se le notaba en la cara? La besó, pero la pequeña temblaba con un aire de tan profundo malestar, que no puso en su frente un nuevo beso. La retuvo, no obstante. Ni una ni otra hablaron más. Juana lloraba muy bajito, en su rebelión nerviosa, que le daba cierta tiesura. Elena pensaba que no debía darse mayor importancia a los caprichos de una chiquilla. Pero en el fondo, sentía una secreta vergüenza y el peso de su hija sobre su hombro la hacía enrojecer. Entonces dejó a Juana en el suelo. Ambas se sintieron aliviadas.

—Ahora, sé juiciosa y sécate los ojos —repuso Elena—. Ya hablaremos de todo esto.

La niña obedeció y se mostró muy mimosa, un tanto atemorizada, mirándola de reojo. Pero de pronto la sacudió un acceso de tos.

— ¡Dios mío! Ahora vas a ponerte enferma. Verdaderamente, no puedo dejarte un segundo... Has cogido frío.

—Sí mamá, en la espalda.

— ¡Vaya! Ponte este chal. La estufa del comedor está encendida. Vas a entrar en calor... ¿Tienes apetito?

Juana dudó. Iba a decir la verdad, contestar que no; pero la miró de nuevo de reojo, retrocedió y dijo en voz baja:

—Sí, mamá.

—Vamos, esto no es nada —declaró Elena, que tenía necesidad de tranquilizarse—. Pero, te lo ruego, no vuelvas a darme estos sustos de niña mala.

Cuando Rosalía vino a decir que la señora estaba servida, la riñó severamente. La muchacha bajaba la cabeza, murmurando que tenía razón, que debió ocuparse de la señorita. Para tranquilizar a su señora, la ayudó a desvestirse. ¡Dios mío! ¡Cómo iba la señora! Juana miraba aquellas prendas que, una a una, se iba quitando como si esperase ver caer, de entre aquellas telas manchadas de barro, las cosas que le ocultaban. La cinta de una de las enaguas, sobre todo, no quería ceder. Rosalía tuvo que esforzarse para desatar el nudo, y la niña se acercó, atraída, compartiendo la impaciencia de la criada, enojándose contra este nudo, acometida por la curiosidad de saber cómo

estaba hecho. Pero no pudo quedarse y se refugió tras una butaca, lejos de aquellas vestiduras cuya tibieza la enojaba. Volvió la cabeza, a pesar de que jamás se había sentido molesta viendo a su madre mudarse de ropa.

—La señora se sentirá cómoda ahora —decía Rosalía—. Cuando uno se ha mojado, la ropa seca resulta muy agradable.

Elena, arropada en su peinador de muletón azul, lanzó un ligero suspiro como si, en efecto, sintiese cierto bienestar. Se sentía de nuevo en su casa, aliviada al no llevar ya encima de sus hombros aquellos vestidos que había arrastrado. La muchacha le repetía en vano que la sopa ya estaba puesta, pero ella quiso lavarse la cara y las manos con abundante agua. Cuando apareció, completamente blanca, húmeda todavía, con el peinador abrochado hasta la barbilla, Juana se le acercó, le cogió una mano y se la besó.

No obstante, en la mesa, madre e hija no se hablaron. La estufa roncaba y el pequeño comedor se hacía más alegre con su caoba reluciente y sus claras porcelanas. Pero Elena parecía caer de nuevo en aquel aturdimiento que le impedía pensar; comía maquinalmente, aparentando tener apetito. Juana, frente a ella, levantaba sus ojos por encima del vaso, disimuladamente, sin perder ninguno de sus gestos. Tosió. Su madre, que la había olvidado, se inquietó de pronto.

— ¡Cómo! ¡Todavía toses!... ¿Es que no entras en calor?

— ¡Oh sí, mamá! Tengo mucho calor.

Quiso cogerle la mano para ver si decía la verdad, y entonces se dio cuenta de que su plato seguía lleno.

—Decías que tenías apetito... ¿Es que esto no te gusta?

— ¡Claro que sí, mamá! Estoy comiendo.

Juana hizo un esfuerzo y se tragó una cucharada. Elena la vigiló un momento y luego su recuerdo volvió allí, a aquella habitación llena de sombras. La niña se daba cuenta de que ella ya no contaba. Hacia el final de la comida, sus pobres miembros fatigados parecían desmayados sobre la silla; parecía una viejecita, con sus pálidos ojos de solterona a la que jamás amaría nadie.

— ¿La señorita no va a tomar mermelada? —preguntó Rosalía—. Entonces, ¿puedo recoger la mesa?

Elena seguía con la mirada extraviada.

—Mamá, tengo sueño —dijo Juana con una voz distinta—. ¿Me dejas que me acueste? Estaré mejor en la cama.

De nuevo su madre pareció despertar con un sobresalto.

— ¿Te sientes mal, querida? ¿Dónde te duele? Dilo de una vez.

—No, ¡ya te lo dije!... Tengo sueño, y ya es hora de ir a dormir.

Se levantó de la silla y se irguió para que creyeran que no le dolía nada. Sus piecitos, entumecidos, tropezaban sobre el entarimado. En la habitación, se apoyó en los muebles y tuvo la valentía de no llorar, pese al fuego que la quemaba. Su madre vino a acostarla, pero sólo pudo anudar sus cabellos para la noche, tanta había sido la prisa que se diera la niña en quitarse ella misma sus vestidos. Se metió en la cama ella sola y cerró de prisa los ojos.

— ¿Estás bien? —preguntó Elena, subiéndole los cobertores y arrebujándola.

—Muy bien. Déjame, no me muevas... Y llévate la luz.

Sólo deseaba una cosa: estar a oscuras para abrir los ojos y sentir su mal sin que nadie la mirase. En cuanto desapareció la lámpara, abrió los ojos de par en par.

Entretanto, en la habitación de al lado, Elena iba y venía. Una necesidad de movimiento la mantenía de pie, la idea de acostarse le era insoportable. Miró el reloj: eran las nueve menos veinte. ¿Qué iba a hacer? Buscó en un cajón sin acordarse de lo que buscaba. Después se acercó a la biblioteca y echó un vistazo a los libros sin decidirse, aburrida ya en la sola lectura de los títulos. El silencio de la habitación zumbaba en sus oídos; aquella soledad, aquella atmósfera pesada, se le convertían en un sufrimiento. Hubiese deseado oír ruido, que hubiese gente, algo que la distrajera de sí misma. Por dos veces escuchó junto a la puerta de la habitación en la que la pequeña Juana no parecía respirar siquiera. Todo dormía. Todavía dio otra vuelta, colocando y desplazando los objetos que le venían a mano. Pero de pronto recordó que Ceferino debía de estar todavía con Rosalía. Entonces, tranquilizada, feliz con la idea de no estar sola, se dirigió hacia la cocina arrastrando las zapatillas.

Cuando ya estaba en el recibidor e iba a empujar la puerta de cristales del pequeño pasillo, la sorprendió el chasquido sonoro de un bofetón soltado con toda el alma. La voz de Rosalía gritaba:

— ¡Eh! Cuidado con que vuelvas a pellizcarme... ¡Quita las patas!

Mientras, Ceferino murmuraba con voz contenida:

—Eso no es nada, guapa; es así como me gustas... Eso es.

Pero la puerta había crujido. Cuando Elena entró, el soldadito y la cocinera, sentados muy tranquilamente, tenían las narices metidas en el plato. Hacían como si nada hubiese ocurrido. Únicamente se les notaba muy colorados, sus ojos ardían como brasas y la inquietud les hacía saltar sobre sus sillas de paja. Rosalía se levantó precipitadamente.

— ¿Se le ofrece algo a la señora?

Elena no había preparado ningún pretexto. Había venido para verlos, para hablar, para estar con alguien. Pero le dio vergüenza y no se atrevió a decir que no quería nada.

— ¿Hay agua caliente? —preguntó al fin.

—No, señora; y ya se apagó el fuego... Pero poco importa, se la puedo llevar dentro de cinco minutos. Hervirá en seguida.

Echó carbón y puso el calentador al fuego. Después, viendo que la señora seguía allí, en el umbral, dijo:

—Dentro de cinco minutos se la traigo, señora.

Entonces Elena, con un vago ademán, repuso:

—Esperaré; no tengo prisa. No se moleste, hija mía... Coman, coman... Este mozo tendrá que volver a su cuartel.

Rosalía consintió en sentarse de nuevo. Ceferino, que permanecía de pie, saludó militarmente y cortó otra vez la carne, apartando los codos para demostrar que sabía comportarse. Cuando comían juntos, después de la cena de la señora, ni siquiera ponían la mesa en el centro de la cocina; preferían comer uno al lado del otro, de cara a la pared. De ese modo podían darse golpes con las rodillas, pellizcarse, soltarse bofetones sin perder bocado y, si levantaban la vista, no veían más que el divertido espectáculo de las cacerolas. Un ramillete de laurel y tomillo estaba allí colgado y del bote de las especias emanaba un olor a pimienta. A su alrededor, la cocina, que no estaba arreglada todavía, mostraba el desorden de las sobras de la cena; pero seguía siendo muy agradable, de todos modos, para dos enamorados de buen apetito que se regalaban con cosas que jamás se servían en el cuartel. Olía sobre todo a asado, acusado por el vinagre, el vinagre de la ensalada. Los reflejos del gas danzaban en los cobres y el hierro colado. Como el fogón calentaba terriblemente, habían entreabierto la ventana y unas ráfagas de aire fresco, procedente del jardín, hinchaban la cortina de percal azul.

— ¿Tiene usted que volver a las diez en punto? —preguntó Elena.

—Sí, señora, con su permiso —respondió Ceferino.

—Es que hay un buen trecho... ¿Toma usted el ómnibus?

— ¡Oh!, a veces, señora. ¿Sabe usted?, con una buena carrerita se llega antes todavía.

Elena había dado un paso en la cocina y ahora se apoyaba en la alacena, con las manos caídas y cruzadas sobre su peinador. Siguió hablando del mal tiempo que había hecho durante el día, de cómo se comía en el cuartel, de lo



caro que estaban los huevos. Pero cada vez, cuando había hecho una pregunta y ellos habían respondido, la conversación cesaba. Se sentían cohibidos sabiéndola a sus espaldas: ni siquiera se volvían, hablaban con la cabeza metida en el plato, se encogían de hombros bajo su mirada y tragaban pequeños bocados para parecer más pulcros. Ella, tranquilizada, se encontraba bien allí.

—No se impaciente la señora —dijo Rosalía—. El agua ya empieza a cantar... Si el fuego fuera más vivo...

Elena no permitió que se levantara. Después. Sólo sentía un gran cansancio en las piernas. Maquinalmente, cruzó la cocina y se acercó a la ventana, donde estaba la tercera silla, una silla de madera muy alta que se transformaba en escalera cuando se la desplegab. Pero no se sentó enseguida. Había visto, en un extremo de la mesa, un montón de estampas.

— ¡Vaya! —dijo cogiéndolas, con el deseo de ser agradable a Ceferino.

El soldadito rio silenciosamente. Estaba radiante siguiendo las estampas con la mirada, inclinando la cabeza cuando un bello ejemplar caía bajo los ojos de la señora.

—Esta —dijo de pronto— la encontré en la calle del Temple... Es una mujer guapetona que lleva flores en un cesto...

Elena se había sentado. Examinaba a la hermosa mujer, tapadera de una caja de grajeas, dorada y barnizada, que Ceferino había limpiado con esmero. Sobre el respaldo de la silla, una rodilla no le permitía apoyarse. Elena la separó y se quedó de nuevo absorta. Entonces los dos enamorados, viendo a la señora tan amable, ya no se sintieron cohibidos y acabaron incluso por olvidarla. Elena había dejado caer, una a una, las estampas sobre sus rodillas, y con una vaga sonrisa los miraba y los escuchaba.

—Oye, chico —murmuró la cocinera—. ¿No quieres un poco más de pierna de cordero?

El no dijo ni sí ni no; se balanceaba como si le hicieran cosquillas y luego se hinchaba de gusto cuando ella le ponía en el plato una gruesa tajada. Sus charreteras rojas saltaban en tanto que su redonda cabeza de grandes orejas separadas, se meneaba como la de un chino de porcelana en su cuello amarillo. Su risa agitaba la espalda de su guerrera, que jamás se desabrochaba en la cocina, por respeto a la señora.

—Esto sabe mejor que los nabos del tío Rouvet —acabó por decir con la boca llena.

Se trataba de un recuerdo de su pueblo. Los dos se desternillaron de risa y Rosalía tuvo que apoyarse en la mesa para no caerse. Un día (la cosa ocurrió

antes de que hiciera la primera comunión), Ceferino había robado tres nabos al tío Rouvet. ¡Qué duros estaban! ¡Oh!, duros como para partirse los dientes; pero, de todos modos, Rosalía se había comido su parte detrás de la escuela. Desde entonces, cada vez que comían juntos, Ceferino no dejaba de decir:

—Esto está mejor que los nabos del tío Rouvet. Y cada vez Rosalía se reía tan fuerte, que rompía los cordones de sus enaguas. Esta vez se oyó como saltaban.

— ¡Viva! ¿Ya los rompiste? —dijo el soldadito triunfalmente.

Alargó las manos para averiguarlo, pero recibió un buen sopapo.

—Estate tranquilo, que no vas a ser tú quien lo componga... Vaya bobada romperme el cordón. Lo he de poner nuevo todas las semanas.

Pero, como de todos modos seguía palpando, ella le dio un buen pellizco en la mano y lo retorció. Esta amabilidad le hubiese excitado más todavía si ella, con una furiosa mirada, no le hubiese mostrado a la señora, que los estaba mirando. Él, sin turbarse demasiado, se hinchó un carrillo con un enorme bocado y, guiñando un ojo con gesto de soldado avisado, dejó entender que a las mujeres no les desagrada esto, ni que sean señoras. A los que se quieren, siempre gusta verlos.

— ¿Todavía le quedan a usted cinco años de ser soldado? —preguntó Elena, abandonándose sobre la alta silla de madera.

—Sí señora; puede que sólo cuatro, si no les hago falta.

Rosalía comprendió que la señora estaba pensando en su boda y exclamó fingiendo estar enojada:

— ¡Oh señora!, se lo pueden guardar diez años si quieren, que no he de ser yo quien vaya a reclamárselo al gobierno. Se está volviendo demasiado atrevido. Me parece que lo están descarriando... Sí, ya puedes reírte, pero conmigo esto no vale. Cuando estemos en presencia del señor alcalde será el momento de bromear.

Y, como él se riese más alto para presumir de seductor delante de la señora, la cocinera se enfadó de veras.

— ¡Vamos! Te lo aconsejo... ¿Sabe usted, señora?, en el fondo sigue siendo un paleta. No tiene usted idea de cómo el uniforme los vuelve tontos. Todo es para presumir con los camaradas. Si le echara a la calle, le oiría usted llorar en la escalera... Me importas un bledo, chiquillo. Si yo quisiera, te pasarías el día de rodillas para saber de qué color llevo las medias.

Le miraba desde muy cerca; pero al verle así, con su cara bobalicona color salvado, que empezaba a inquietarse, se sintió enternecida de pronto y, sin

transición aparente, dijo:

— ¡Ah!, no te dije que recibí carta de la tía... Los Guignard quieren vender la casa. Sí, casi por nada... Tal vez más tarde podríamos...

— ¡Diablos! —exclamó Ceferino satisfecho—. Allí estaríamos bien... Caben por lo menos dos vacas.

Entonces se callaron. Estaban en los postres. El soldadito lamía el arrope extendido sobre su pan con la fruición de un muchacho, mientras la cocinera mondaba una manzana cuidadosamente, con aire maternal. No obstante, Ceferino, había metido la mano que le quedaba libre tajo la mesa y le estaba acariciando las rodillas, pero con tanta suavidad, que ella fingía no darse cuenta. Cuando se comportaba decentemente, no se enfadaba. Incluso debía gustarle, sin confesárselo, pues daba ligeros brincos de satisfacción en su silla. En fin, aquel día había sido una verdadera delicia.

—Señora, el agua ya está hirviendo —dijo Rosalía después de un silencio.

Elena no se movía. Se sentía como envuelta en su ternura. Seguía con ellos sus sueños y los imaginaba allá, en casa de los Guignard, con sus dos vacas. Le hacía sonreír verle a él tan serio con la mano debajo de la mesa, mientras la criadita se mantenía muy rígida para disimular. Todas las distancias se habían acortado y ya no tenía conciencia clara de ella misma ni de los demás, ni del lugar donde se encontraba, ni de lo que había venido a hacer allí. Los cobres centelleaban en las paredes y una lasitud la retenía allí, con la cara sofocada, sin que le molestase el desorden de la cocina. Este rebajamiento de sí misma le proporcionaba el profundo placer de una necesidad satisfecha. Únicamente sentía mucho calor; el hornillo ponía gotas de sudor en su pálida frente y, tras ella, la ventana, entreabierta, soplaba en su nuca escalofríos deliciosos.

—Señora, su agua está hirviendo —repitió Rosalía—. No va a quedar nada en el calentador.

Y lo puso ante ella. Elena, sorprendida de repente, tuvo que levantarse.

— ¡Ah!, sí... Muchas gracias.

Ya no le quedaba ningún pretexto y tuvo que marcharse contra su voluntad. Una vez en su cuarto, el calentador la estorbaba. Pero toda la pasión estallaba en su interior. Aquel entumecimiento que la había mantenido como atontada se fundía ahora en una oleada de vida ardiente cuyos destellos la quemaban. La estremecía una voluptuosidad que antes no había sentido. Volvían los recuerdos, y sus sentidos despertaban demasiado tarde con un inmenso deseo insatisfecho. De pie en el centro de la habitación, todo su cuerpo se estiró, y con las manos levantadas y retorcidas hizo crujir sus miembros debilitados. ¡Oh!, le amaba, le quería, y se le entregaría sin reservas la próxima vez.

En el instante en que se quitaba el peinador, contemplando sus brazos desnudos, la inquietó un ruido, creyendo que Juana había tosido. Entonces cogió la lámpara. La niña, con los párpados cerrados, parecía dormida. Pero cuando su madre, tranquilizada, hubo vuelto la espalda, abrió los ojos de par en par, unos ojos negros que la siguieron mientras volvía a su habitación. No dormía todavía; no quería que la hicieran dormir. Una nueva crisis de tos le desgarró la garganta, mas, hundiendo la cabeza bajo las mantas, logró sofocarla. Ahora ya podría desaparecer, que su madre ni se daría cuenta. Mantenía los ojos abiertos en la noche, enterada de todo, y muriendo por ello sin una queja.

## II

Al día siguiente, a Elena se le ocurrieron toda clase de ideas prácticas. Despertó sintiendo la imperativa necesidad de velar por sí misma, por su felicidad, temblorosa ante el temor de perder a Enrique por cualquier imprudencia. A esta hora friolera del levantarse, mientras la habitación, abotargada, dormía todavía, ella le adoraba, le deseaba con un arrebató de todo su ser. Jamás había sentido esta necesidad de mostrarse hábil. Su primer pensamiento fue que debía ver a Julieta aquella misma mañana. Así evitaría las explicaciones enojosas, las investigaciones, que podían comprometerlo todo.

Cuando llegó a casa de la señora Deberle, hacia las nueve, la encontró ya levantada, pálida y con los ojos enrojecidos como los de la heroína de un drama. En cuanto la vio, la pobre mujer se lanzó en sus brazos llorando y llamándola su ángel bueno. Podía jurarle que no amaba, en absoluto, a Malignon; se trataba de la más estúpida de las aventuras. ¡Dios mío! Habría sido la causa de su muerte, pues ahora comprendía que ella no estaba hecha para esta clase de aventuras, con las mentiras, los sufrimientos, las obligaciones de un sentimiento siempre igual. ¡Cuán agradable le resultaba saberse todavía libre! Se reía a gusto, aunque luego sollozó de nuevo, suplicando a su amiga que no la despreciara. En su febril estado, lo que había en el fondo era miedo, pues temía que su marido lo sabía todo: la víspera había vuelto agitado a casa.

Acosó a Elena a preguntas. Entonces ésta, con una audacia y una facilidad que la sorprendían a sí misma, le contó una historia de la cual iba inventando los detalles, uno a uno, en gran abundancia. Le juró que su marido no sospechaba nada. Era ella que, enterada de todo y queriendo salvarla, se le había ocurrido ir a interrumpir la cita. Julieta la escuchaba y aceptaba esta

novela con la expresión resplandeciente por una alegría desbordada, en medio de sus lágrimas. De nuevo se colgó del cuello de Elena, a la que no molestaban, en absoluto, estas caricias, pues ya no sentía aquellos escrúpulos de lealtad que tanto la habían hecho sufrir antes. Cuando la dejó, después de haberle hecho prometer que se mostraría tranquila, en el fondo se reía de su pericia y salía encantada.

Pasaron unos días. Toda la existencia de Elena había quedado desplazada: ya no vivía en su casa, sino en la de Enrique, por sus pensamientos de cada hora. No existía nada, excepto el pequeño hotelito vecino por el que latía su corazón. En cuanto se le ocurría un pretexto, allí acudía y se entretenía, satisfecha de respirar el mismo aire. En este primer arrebato de la posesión, la vista de Julieta la enternecía como algo que pertenecía a Enrique. No obstante, éste no había podido todavía encontrarla a solas un solo instante. Parecía como si ella pusiera cierto refinamiento en retardar la hora de una segunda cita. Una noche, cuando él la acompañaba hasta el vestíbulo, le hizo jurar únicamente que jamás volvería a ver la casa del pasaje des Eaux, añadiendo que la comprometería. Ambos temblaban en espera del abrazo apasionado en que se pertenecerían de nuevo, sin saber dónde, en algún sitio, alguna noche. Elena, fascinada por el deseo, sólo vivía para este momento, indiferente a todo lo demás, aguardándolo dichosa, turbada únicamente, en su felicidad, por la inquieta sensación de que Juana estaba tosiendo cerca de ella.

Juana tosía con una tosecita seca, frecuente, que se acentuaba hacia el anochecer. Tenía entonces pequeños accesos de fiebre, y el sudor la debilitaba en su sueño. Cuando su madre la interrogaba, contestaba que no estaba enferma, que nada le dolía. Sin duda se trataba de un resfriado ya en declive; y Elena, tranquilizada con esta explicación, sin tener clara conciencia de lo que ocurría a su alrededor, experimentaba no obstante, en el enajenamiento en que vivía, el sentimiento confuso de una pena, como un peso cuya herida la hacía sangrar en algún sitio que no hubiese podido localizar. A veces, en medio de una de esas alegrías sin causa que la inundaban de ternura, la acometía una ansiedad y le parecía que la desgracia la estaba persiguiendo. Cuando se es demasiado feliz, se vive temblando. No había nadie junto a ella. Juana acababa de toser, pero tomaba tisana, y no sería nada.

Sin embargo, una tarde, el viejo doctor Bodin, que visitaba su casa como amigo, demoró el despedirse, preocupado y examinando a Juana con el rabillo de sus ojos azules. La interrogaba como si estuviese jugando con ella. Ese día no dijo nada, pero reapareció dos días más tarde, y esta vez, sin examinar a Juana, con la jovialidad de un anciano que ha visto muchas cosas, llevó la conversación al tema de los viajes. En otros tiempos había servido como cirujano militar, por lo que conocía toda Italia. Era un país soberbio que había que admirar especialmente durante la primavera. ¿Por qué la señora Grandjean

no llevaba allí a su hija? Llegó así, con hábiles transiciones, a aconsejar una estancia en el país del sol, como él lo llamaba. Elena le miraba fijamente. Entonces él protestó: seguro que ni una ni otra estaban enfermas, pero cambiar de aires siempre rejuvenece. Ella se puso muy pálida, sintiendo un frío mortal ante la idea de abandonar París. ¡Dios mío!, irse tan lejos, tan lejos... Perder a Enrique de pronto, abandonar sus amores sin la perspectiva de un mañana... Experimentó un dolor tan desgarrador, que tuvo que inclinarse hacia Juana para ocultar su turbación. ¿Acaso a Juana le gustaría partir? La niña, friolera había juntado sus manitas. ¡Oh, seguro que le gustaría! Ir hacia el sol, las dos, ella y su madre. ¡Oh sí, completamente solas! Sobre su pobre carita enflaquecida, cuyas mejillas quemaba la fiebre, resplandeció la esperanza de una nueva vida. Pero Elena ya no escuchaba, rebelde y desconfiada, persuadida ahora de que todo el mundo se ponía de acuerdo, el sacerdote, el doctor Bodin, la misma Juana, para separarla de Enrique. Al verla tan pálida, el viejo doctor creyó que había cometido una imprudencia y se apresuró a decir que no había prisa alguna, decidido a insistir otro día sobre aquello.

Precisamente este día la señora Deberle tenía que quedarse en casa. En cuanto el doctor se hubo marchado, Elena se apresuró a ponerse el sombrero. Juana se negaba a salir; se sentía mejor cerca del fuego, sería muy buena y no abriría la ventana. Desde hacía algún tiempo había dejado de atormentar a su madre, queriendo acompañarla, y se limitaba a dirigirle una larga mirada. Después, en cuanto estaba sola, se hacía un ovillo en su butaca, y así permanecía horas y horas sin moverse.

—Mamá, ¿está lejos Italia? —preguntó cuando Elena se acercaba para besarla.

— ¡Oh!, muy lejos, chiquilla mía.

Pero Juana la había cogido por el cuello y no la dejó que se incorporara en seguida, murmurando:

— ¿Eh? Rosalía se quedaría para guardar tus cosas... No nos haría ninguna falta... Si lo piensas, con un baúl no muy grande... ¡Oh, qué bonito sería, mamita!... ¡Las dos solitas!... Al volver, habría engordado. Mira: así.

Hinchaba las mejillas y arqueaba los brazos. Elena contestó con una evasiva y se escapó, encargando a Rosalía vigilara atentamente a la señorita. Entonces la niña se acurrucó en el rincón de la chimenea, mirando arder el fuego y sumida en sus ensueños. De vez en cuando avanzaba maquinalmente las manos para calentarlas. El reflejo de la llama fatigaba sus grandes ojos. Estaba tan distraída, que no oyó entrar al señor Rambaud. Este multiplicaba sus visitas con el pretexto de la mujer paralítica que el doctor Deberle no había hecho entrar, todavía, en los Incurables. Era enojoso; aquella pobre mujer esperaba desde hacía una semana; pero luego él bajaría y vería al doctor, que

quizá le diese una respuesta. Sin embargo, no se movía. Cuando encontraba a Juana sola, se sentaba en el otro rincón de la chimenea y hablaba con ella como con una persona mayor.

— ¿Tu madre no te llevó con ella? —preguntó.

Juana se encogió de hombros con un ademán de cansancio. La fatigaba demasiado ir a casa de los demás. No había nada que le gustara. Y añadió:

—Me hago vieja; no puedo estar jugando todo el tiempo... Mamá se divierte fuera y yo me divierto dentro; por esto no estamos juntas.

Hubo un silencio. La niña se estremeció y acercó las manos a las brasas, que ardían con un resplandor rosado. Recordaba, en efecto, a una buena mujer arropada con una inmensa manteleta, con un pañuelo al cuello y otro en la cabeza. Al fondo de todos estos ropajes, se la adivinaba menudita, como un pájaro enfermo, despeluznado y soplándose las plumas. El señor Rambaud, con las manos cruzadas sobre las rodillas, contemplaba el fuego. Después, volviéndose hacia Juana, le preguntó si su madre había salido la víspera. Ella contestó con un signo afirmativo. ¿Y la antevíspera, y el día anterior? Ella contestaba siempre que sí inclinando la barbilla. Su madre salía todos los días. Entonces el señor Rambaud y la pequeña se miraron largamente, con rostros pálidos y graves, como si tuviesen en común una gran pena. No hablaron más de ella, pues una chiquilla y un hombre viejo no pueden hablar de eso entre sí; pero sabían perfectamente por qué estaban tan tristes y por qué les gustaba permanecer así, a derecha e izquierda de la chimenea, cuando la casa estaba vacía. Esto los consolaba mucho. Se apretaban uno contra el otro para sentir menos su abandono. Cuando estas efusiones de cariño los acometían, hubiesen querido abrazarse y llorar.

—Tienes frío, buen amigo; estoy segura... Acércate al fuego.

—No, querida, no tengo frío.

—Mientes. Tus manos están heladas... Acércate o me enfado.

Después era él quien se inquietaba:

—Apuesto cualquier cosa a que no te dejaron tisana... Voy a hacerte, ¿quieres? ¡Oh!, la hago muy bien... Si yo te cuidara, verías como no te faltaría nada.

No se permitían alusiones más claras. Juana, con viveza, contestaba que la tisana le daba asco; le hacían tragar demasiada. No obstante, a veces consentía que el señor Rambaud diese vueltas a su alrededor como una madre; le deslizaba un almohadón tras de la espalda, le daba la medicina que ella había olvidado, la sostenía cuando daba vueltas por la habitación, pendiente de su abrazo. Eran mimos que enternecían a los dos. Como decía Juana, con su

profunda mirada, cuya llamada tanto turbaba al buen hombre, jugaban al papá y a la hija, en tanto que mamá no estaba allí. Pero de pronto los acometía la tristeza y dejaban de hablar, observándose a escondidas, sintiendo una lástima del otro.

Aquel día, después de un largo silencio, la niña repitió la pregunta que ya había hecho a su madre:

— ¿Está lejos Italia?

— ¡Oh, ya lo creo! —dijo el señor Rambaud—. Está por allí, detrás de Marsella, por el quinto pino... ¿Por qué me preguntas esto?

—Porque sí —dijo ella gravemente.

Entonces se dolió de no saber nada. Siempre estaba enferma y jamás había estado en un pensionado. Ambos se callaron, el gran calor del fuego los adormilaba.

Entretanto, Elena había encontrado a la señora Deberle y a su hermana Paulina en el pabellón japonés, donde a menudo pasaban la tarde. Hacía mucho calor allí; una boca de calefacción soplaba un aliento sofocante. Las amplias cristaleras estaban cerradas. Se percibía el estrecho jardín, con su atuendo de invierno, semejante a una gran sepia tratada con un maravilloso acabado, destacando sobre la tierra parda las pequeñas ramas negras de los árboles. Las dos hermanas disputaban agriamente.

— ¡Déjame tranquila! —gritaba Julieta—. Nuestro interés, bien entendido, está en sostener a Turquía.

—Yo he hablado con un ruso —respondió Paulina, igualmente agresiva—. En San Petersburgo se nos quiere; nuestros verdaderos aliados están de este lado.

Pero Julieta adoptó un aire grave y, cruzándose de brazos, replicó:

—Entonces, ¿cómo te las arreglas con el equilibrio europeo?

La cuestión de Oriente apasionaba a París. Esta era la conversación corriente; ninguna mujer que frecuentara un poco la sociedad podía decentemente hablar de otra cosa. De modo que, desde hacía dos días, la señora Deberle se dedicaba con convicción a la política exterior. Tenía ideas muy firmes sobre las diversas eventualidades que amenazaban producirse. Su hermana Paulina la fastidiaba mucho porque se permitía la originalidad de sostener a Rusia contra los intereses evidentes de Francia. Trataba de convencerla, pero pronto se enfadaba.

— ¡Vaya! Cállate, porque estás hablando cómo una tonta... Si por lo menos hubieses estudiado el problema conmigo...



Se interrumpió para saludar a Elena, que entraba.

—Buenos días, querida... Ha sido usted muy amable al venir. ¿No sabe usted nada? Esta mañana se hablaba de un ultimátum. La sesión de la Cámara de los Comunes ha sido muy agitada.

—No, no sé nada —respondió Elena, a quien la pregunta había dejado estupefacta—. Salgo tan poco...

Por otra parte, Julieta no había esperado la contestación. Estaba explicando a Paulina por qué había que neutralizar el mar Negro, y mencionaba de vez en cuando generales ingleses y rusos con mucha soltura y una pronunciación muy correcta. Pero Enrique acababa de entrar, llevando en la mano un paquete de periódicos. Elena comprendió que bajaba para verla a ella. Sus ojos se habían buscado y sus miradas se habían fijado fuertemente una en otra. Luego se dieron por entero en un largo y silencioso apretón de manos.

— ¿Qué traen los periódicos? —preguntó febrilmente Julieta.

— ¿Los periódicos, querida? —dijo el doctor—. Los periódicos nunca dicen nada.

Entonces se olvidó por un momento la cuestión de Oriente y, reiteradamente, se habló de alguien con quien se contaba y que no venía. Paulina hizo notar que iban a dar las tres. La señora Deberle afirmaba que vendría: lo había prometido demasiado en serio; pero no nombró a nadie. Elena escuchaba sin comprender. Todo lo que no fuese Enrique dejaba de interesarla. Ahora no traía consigo la labor; hacía visitas de un par de horas, ajena a la conversación, con la cabeza ocupada a menudo por el mismo sueño infantil, imaginando que los otros desaparecían gracias a un prodigio y que ella se quedaba a solas con él. No obstante, contestó a Julieta algo que le preguntaba, mientras la mirada de Enrique, siempre puesta en la suya, la fatigaba deliciosamente. Pasó tras ella como para levantar uno de los transparentes y, por el temblor con que rozó su cabello comprendió claramente que exigía una cita. Y ella consentía; ya no le quedaban fuerzas para esperar.

—Han llamado; debe de ser él —dijo Paulina de pronto.

Las dos hermanas adoptaron una actitud indiferente. Fue Malignon quien se presentó, todavía más correcto que de costumbre, con cierto deje de seriedad. Estrechó las manos que se le tendieron, pero evitó sus habituales bromas; volvía ceremonioso a la casa donde no había aparecido desde hacía algún tiempo. En tanto que Paulina y el doctor se dolían de la escasez de sus visitas, Julieta se inclinó hasta el oído de Elena, quien, pese a su suprema indiferencia, no dejó ahora de sorprenderse.

— ¿Qué? ¿Esto la sorprende? ¡Dios mío!, no le guardo rencor. En el fondo,

es un buen muchacho con el que una no puede enfadarse... Figúrese usted que ha descubierto un marido para Paulina. Es gracioso, ¿no le parece?

—Sin duda —murmuró Elena, complaciente.

—Sí, un amigo suyo muy rico que no pensaba en absoluto en casarse y que juró que iba a traernos... Le esperábamos hoy para conocer la respuesta definitiva... Por esto, ¿comprende usted?, he tenido que pasar por encima de muchas cosas. ¡Oh, no hay ningún peligro! Ahora ya nos conocemos.

Soltó una risita gentil, enrojeció un poco con el recuerdo que acababa de evocar y se apoderó vivamente de Malignon. Elena también sonrió. Aquellas condescendencias de la existencia también la excusaban a ella. Era totalmente equivocado pensar en negros melodramas: todo se desarrollaba con una sencillez encantadora. Pero, mientras se complacía en la cobarde felicidad de decirse que nada estaba prohibido, Julieta y Paulina acababan de abrir la puerta del pabellón y se llevaban a Malignon hacia el jardín. De pronto sintió tras de su nuca la voz baja y ardiente de Enrique:

—Se lo ruego, Elena; ¡oh!, se lo ruego...

Ella se estremeció y miró a su alrededor con súbita inquietud. Estaban completamente solos; vio a los otros tres caminando lentamente por una avenida. Enrique se había atrevido a cogerla por los hombros y estaba temblando; y su mismo terror la embriagaba a ella.

—Cuando tú quieras —balbuceó, comprendiendo que le pedía una cita.

Rápidamente cruzaron algunas palabras.

—Espérame esta tarde en la casa del pasaje des Eaux.

—No, no me es posible... Ya te lo expliqué y me juraste...

—En otro sitio entonces, donde tú quieras, con tal de que pueda verte... ¿En tu casa esta noche?

Ella se indignó, pero sólo pudo negarse con un gesto, asustada de nuevo al ver que las dos mujeres y Malignon volvían. La señora Deberle había simulado llevarse a Malignon para enseñarle una maravilla: unos macizos de violetas en flor, pese a lo frío del tiempo. Aligeró el paso y entró la primera, radiante:

— ¡Ya está decidido! —dijo.

— ¿Pero qué? —preguntó Elena, todavía emocionada, sin acordarse de nada.

— ¡Pues la boda!... ¡Uf, qué desahogo! Paulina empezaba a hacerse pesada. El joven la ha visto y le parece encantadora. Mañana comeremos todos

en casa de papá... Hubiese dado un beso a Malignon por su buena noticia.

Enrique, con una sangre fría perfecta, había maniobrado de modo que se encontrara lejos de Elena. Él también encontraba a Malignon encantador. Pareció regocijarse mucho, junto con su esposa, de ver a su hermanita colocada. Luego advirtió a Elena que iba a perder uno de sus guantes. Ella le dio las gracias. En el jardín se oía la voz de Paulina bromeando; se inclinaba hacia Malignon cuchicheando palabras entrecortadas y se echaba a reír cuando él le contestaba igualmente al oído. Sin duda él le hacía confidencia sobre su futuro. Por la puerta abierta del pabellón, Elena respiraba con delicia el aire frío procedente del jardín.

En este mismo momento, en el dormitorio, Juana y el señor Rambaud callaban amodorrados por el gran calor del hogar. La niña salió de su largo silencio preguntando de pronto, como si esta pregunta fuese la conclusión de su sueño:

— ¿Quieres que vayamos a la cocina?... A lo mejor, vemos a mamá.

—De acuerdo —respondió el señor Rambaud.

Aquel día se sentía más fuerte. Fue, sin que nadie la ayudara, a apoyar su frente en un vidrio. El señor Rambaud también miraba hacia el jardín. No había hojas y se distinguía perfectamente el interior del pabellón japonés a través de las grandes y claras cristalerías. Rosalía, mientras iba preparando su cocido, trató a la señorita de fisgona. Pero la niña había reconocido el traje de su madre y la señalaba, aplastando su carita contra el vidrio para ver mejor. En este momento Paulina levantó la cabeza haciendo señas. Elena apareció y llamó a Juana con la mano.

—La han visto, señorita —repetía la cocinera—. Le dice que baje. Fue forzoso que el señor Rambaud abriera la ventana. Le rogaban que trajese a Juana. Todo el mundo se lo pedía. Juana había huido a su cuarto, negándose violentamente, acusando a su buen amigo de haber dado un golpe en los cristales expresamente. Le gustaba mirar a su madre, pero se negaba a ir a aquella casa, y a todas las súplicas que le dirigía el señor Rambaud contestaba con su terrible «porque sí», que lo explicaba todo.

—No eres precisamente tú quien debería forzarme —dijo al fin con aire sombrío.

Pero él le repetía que causaría mucha pena a su madre, que no se podían hacer aquellas tonterías con la gente. Él la taparía bien, no tendría frío; y hablando anudaba el chal alrededor de su talle y le quitaba el pañuelo que llevaba a la cabeza para cubrísela con un gorrito de punto. Cuando estuvo dispuesta, protestó todavía. Por fin se dejó llevar a condición de que la volvería a subir en seguida si se sentía demasiado enferma. La portera les

abrió la puerta de comunicación y fueron recibidos en el jardín con alegres exclamaciones. La señora Deberle, sobre todo, demostró mucho cariño por Juana; la instaló en una butaca junto al chorro de la calefacción y quiso que se cerraran en seguida todas las vidrieras, haciendo notar que el aire era demasiado frío para su querida niña. Malignon ya se había ido; y como Elena le arreglara un poco el pelo, desgreñado, un poco avergonzada de que apareciese de tal modo en sociedad, cubierta con un chal y su gorrito puesto, Julieta le dijo:

— ¡Déjela tranquila! ¿Acaso no estamos en familia?... Esta pobre Juana... La echábamos de menos.

Llamó y preguntó si la señorita Smithson y Luciano habían vuelto de su paseo cotidiano. No, no habían vuelto. Por otra parte, Luciano estaba insoportable; el día antes había hecho llorar a las cinco señoritas Levasseur.

— ¿Qué les parece si jugáramos a las adivinanzas? —preguntó Paulina, que estaba medio loca pensando en su próxima boda—. Esto no es cansado.

Pero Juana se negó con un gesto de la cabeza. Lentamente, por entre sus cerradas pestañas, iba mirando a todas las personas que la rodeaban. El doctor acababa de notificar al señor Rambaud que su protegida había sido, por fin, admitida en los Incurables, y éste, muy emocionado, le estrechaba las manos como si acabara de recibir un gran favor personal. Cada uno se arrellenó en su sillón y la conversación derivó hacia una deliciosa intimidad. Las palabras eran lentas y a menudo se producía el silencio. Como la señora Deberle y su hermana hablaban entre ellas, Elena dijo a los dos hombres:

—El doctor Bodin nos ha aconsejado un viaje a Italia.

— ¡Ah!, entonces es por esto que Juana me preguntaba —dijo el señor Rambaud—. ¿Te gustaría ir allí?

La niña, sin responder, se llevó las manitas al pecho y su pálido rostro se iluminó. Su mirada se había dirigido hacia el doctor como temiéndole, pues había comprendido que su madre le estaba consultando. Él había sentido un ligero estremecimiento, pero permanecía indiferente. Bruscamente, Julieta se mezcló en la conversación, queriendo, como siempre, intervenir en todos los asuntos.

— ¿Cómo dice? Estaban hablando de Italia... ¿No decía usted que pensaba ir a Italia?... ¡Bueno! La casualidad resulta divertida. Precisamente esta mañana yo insistía cerca de Enrique para que me llevase a Nápoles. Todas las primaveras me lo promete, pero luego no cumple su palabra.

—No te he dicho que no quisiera —murmuró el doctor.

— ¿Cómo que no lo has dicho?... Te has negado rotundamente, diciendo

que no podías dejar a tus enfermos.

Juana escuchaba. Una gran arruga cortaba su pura frente, en tanto que, maquinalmente, se retorció los dedos uno tras otro.

— ¡Oh, mis enfermos!... Por unas semanas podría confiarlos a un compañero... Si ello ha de darte tanto gusto...

—Doctor —interrumpió Elena—, ¿acaso usted también opina que tal viaje sería bueno para Juana?

—Excelente; esto la restablecería del todo... A los niños siempre les prueba un viaje.

—Entonces —exclamó Julieta—, nos llevamos a Luciano y vamos todos juntos... ¿Quieres?

— ¡Claro! Yo siempre quiero lo que tú quieras —respondió él con una sonrisa.

Juana, agachando la cabeza, secó dos lágrimas de dolor y de cólera que le quemaban los ojos. Y se dejó escurrir hasta el fondo de su butaca para no oír ni ver más, mientras que la señora Deberle, encantada con esta diversión inesperada que se le presentaba, prorrumplía en bulliciosas palabras. ¡Oh, qué amable era su marido! Le dio un beso para recompensarle y en seguida empezó a hablar de los preparativos.

Se irían la semana próxima. ¡Dios mío!, ni siquiera tendría tiempo para prepararlo todo. En seguida quiso trazar el itinerario: era preciso pasar por tal sitio; se quedarían ocho días en Roma, se detendrían en un pequeño paraje encantador del que le había hablado la señora Guiraud; y acabó por pelearse con Paulina, que pedía que retrasaran el viaje para que ella pudiese ir con su marido.

— ¡Ah, no; ni hablar! —dijo—. Celebraremos la boda a nuestro regreso.

Se olvidaban de Juana, que examinaba fijamente a su madre y al doctor. Seguro que ahora Elena aceptaría este viaje que le acercaría a Enrique. Era delicioso: partir los dos al país del sol, vivir unos días uno al lado del otro, aprovecharse de las horas libres. Una risa de alivio subía a sus labios; tenía tanto miedo de perderle, que la idea de partir con todos sus amores la hacía feliz. Y, mientras Julieta describía las comarcas que cruzarían, los dos imaginaban ya que caminaban por una primavera ideal, y con una mirada decían que se querrían allí, y allí también, y por todas partes donde pasasen juntos.

Entretanto, el señor Rambaud, que se había puesto triste y silencioso, notó el malestar de Juana.

— ¿No te encuentras bien, querida? —le preguntó a media voz.

— ¡Oh no!, me siento muy mal... Súbeme, por favor.

—Debemos advertir a tu madre.

—No, no; mamá está ocupada, no tiene tiempo... Súbeme, súbeme.

La cogió en brazos y dijo a Elena que la niña se sentía un poco fatigada. Entonces ella le rogó que la esperase arriba, que iba a subir en seguida.

La pequeña, aunque era muy ligera, se le escurría de las manos, por lo que tuvo que detenerse en el segundo piso. Había apoyado la cabecita en su hombro y los dos se miraron con mucha pena. Ningún ruido turbaba el silencio helado de la escalera. El murmuró:

— ¿Estás contenta, verdad, de ir a Italia?

Pero ella rompió en sollozos, diciendo que ya no quería, que prefería morirse en su cuarto. ¡Oh!, seguro que no iría: adivinaba que se pondría enferma. A ningún sitio, no iría a ningún sitio. Ya podían dar sus zapatitos a los pobres. Y seguidamente, en medio de su llanto, le habló muy bajo.

— ¿Te acuerdas de lo que me pediste una tarde?

— ¿Qué fue ello, monada?

—Quedarte siempre con mamá; pero siempre, siempre. Bueno; pues, si todavía lo quieres, yo también.

Las lágrimas acudieron a los ojos del señor Rambaud. La besó tiernamente mientras ella añadía bajando más la voz:

—A lo mejor estás enfadado porque yo me enojé. Yo no sabía, ¿comprendes?... Pero es a ti a quien quiero. ¡Oh!, en seguida, dímelo en seguida... Te quiero más que al otro.

Abajo, en el pabellón, Elena se olvidaba de nuevo. Se seguía hablando del viaje. Sentía una necesidad imperativa de abrir su corazón, de decir a Enrique toda la felicidad que la ahogaba. Entonces, mientras Julieta y Paulina discutían sobre los trajes que habría que llevar, se inclinó hacia él y le dio la cita que una hora antes había rehusado.

—Ven esta noche; te esperaré.

Cuando por fin subió, se cruzó con Rosalía, trastornada, que descendía la escalera corriendo. En cuanto vio a su ama, la criada gritó:

— ¡Señora! ¡Señora! ¡Dese prisa!... La señorita no está bien. Está escupiendo sangre...

### III

Al levantarse de la mesa, el doctor habló a su esposa de una señora que estaba de parto y a cuyo lado, sin duda, tendría que pasar la noche. Se marchó a las nueve, descendió hasta la orilla del río y se paseó a lo largo de los muelles desiertos, en la noche oscura. Soplaba un airecillo húmedo y el Sena, hinchado, hacía rodar sus oleajes de tinta negra. Cuando dieron las once, subió la cuesta del Trocadero y vino a rondar alrededor de la casa, cuya gran masa cuadrada parecía un amasijo de tinieblas. Los cristales del comedor lucían todavía. Dio la vuelta y vio que la ventana de la cocina despedía también una viva claridad. Entonces esperó sorprendido y cada vez más inquieto. Cruzaban sombras detrás de las cortinas y se notaba cierta agitación en el departamento. ¿Tal vez el señor Rambaud se había quedado a cenar? Pero nunca el buen señor se demoraba más allá de las diez. No se atrevía a subir. ¿Qué diría si era Rosalía la que salía a abrirle? Por fin, hacia medianoche, loco de impaciencia, olvidando toda precaución, llamó y pasó sin responder ante la portería de la señora Bergeret. Arriba, fue Rosalía quien le abrió.

—Es usted, señor. Entre. Voy a decir que usted ha llegado. La señora debe de esperarle.

No demostraba la menor sorpresa viéndole llegar a aquella hora. Mientras él entraba al comedor sin saber qué decir, ella seguía hablando, trastornada:

— ¡Oh!, la señorita está muy mal, señor... ¡Qué noche! No puedo con mi alma.

Le dejó. Maquinalmente, el doctor se sentó. Se olvidaba de que era médico. A lo largo del muelle había soñado con aquella habitación a la que Elena iba a introducirle poniéndose un dedo en los labios para no despertar a Juana, la cual dormiría en la habitación contigua; la lamparilla estaría encendida, el dormitorio, lleno de sombras, y sus besos no harían ningún rumor. Y ahora él estaba allí, como de visita, con el sombrero ante sí, esperando. Tras la puerta, sólo una tos pertinaz desgarraba el gran silencio.

Rosalía reapareció, cruzó rápidamente el comedor, con una jofaina en la mano y le lanzó esta sencilla frase:

—La señora dice que no entre usted.

Permaneció sentado, sin poderse ir. Entonces, la cita, ¿sería para otro día? Aquello le pasmaba como algo imposible. Luego se puso a reflexionar: esta pobre Juana no tenía salud, verdaderamente; con los chicos, todo eran disgustos y preocupaciones. Pero la puerta se abrió de nuevo y apareció el doctor Bodin pidiéndole mil perdones. Durante algunos momentos estuvo

hilvanando frases: habían ido a buscarle, pero siempre se sentiría muy honrado consultando a su ilustre colega.

—Sin duda, sin duda —repetía el doctor Deberle, al que le zumbaban los oídos.

El anciano médico, tranquilizado, simuló estar perplejo y dudoso sobre el diagnóstico. Bajando la voz, discutió los síntomas con expresiones técnicas que interrumpía, y terminaba guiñando un ojo. Notaba una tos sin expectoración, un decaimiento muy grande, una fiebre alta. Quizá se trataba de una fiebre tifoidea; no obstante, no osaba pronunciarse; la neurosis cloroanémica, de la que se cuidaba desde hacía tanto tiempo a la enferma, le hacía temer cualquier complicación imprevisible.

—Y, usted, ¿qué opina? —preguntaba después de cada frase.

Poco a poco el doctor Deberle, mientras su colega seguía hablando, fue sintiéndose un tanto avergonzado de encontrarse allí. Contestó con un ademán evasivo. ¿Por qué habría subido?

—Le he puesto dos vejigatorios —siguió diciendo el anciano—. ¿Qué quiere usted? Aguardo... Pero usted va a verla y luego me dirá su parecer.

Le llevó al dormitorio. Enrique entró temeroso. La habitación estaba débilmente iluminada por una lámpara. Recordó otras noches parecidas, el mismo olor cálido, el mismo aire sofocante y recoleto, con profundidades de sombras en que dormían los muebles y los cortinajes. Nadie vino a su encuentro, como otras veces, con las manos tendidas. Elena, de pie ante el lecho, con peinador blanco, ni se volvió; su pálida figura le pareció muy alta. Luego, durante un minuto, examinó a Juana. Su debilidad era tan grande, que no abría los ojos sin fatigarse. Bañada en sudor, seguía postrada, con su pálida cara iluminada como por una llama en los pómulos.

—Es una tisis galopante —murmuró al fin, hablando sin querer en voz alta y sin demostrar ninguna sorpresa, como si ya hubiese previsto el caso desde hacía mucho tiempo.

Elena le oyó y le miró. Estaba completamente fría, con los ojos secos, con una serenidad terrible.

— ¿Usted cree? —dijo simplemente el doctor Bodin, bajando la cabeza con el gesto aprobatorio de un hombre que no hubiese querido ser el primero en pronunciarse.

Auscultó a la niña de nuevo. Juana, con los miembros inertes, se prestó al examen sin que pareciera comprender por qué la atormentaban. Los dos médicos cambiaron rápidamente unas palabras. El anciano murmuró «respiración anfórica» y «sonido de vasija agrietada», aparentando dudar



todavía, y habló luego de una bronquitis capilar. El doctor Deberle explicó que una causa accidental había determinado la enfermedad, un resfriado sin duda; pero que él había observado ya muchas veces que la cloroanemia favorecía las afecciones del pecho. Elena, de pie detrás de ellos, esperaba.

—Escuche usted mismo —dijo el doctor Bodin cediendo el puesto a Enrique.

Este se inclinó y quiso sostener a Juana. Ella ni había levantado los párpados; se abandonaba, ardiente de fiebre. Su camisa, abierta, dejaba ver un pecho de niña en el que apenas se insinuaban las formas nacientes de mujer; nada podía haber más casto ni más lastimoso que aquella pubertad marcada ya por la muerte. Las manos del viejo doctor no habían provocado ninguna rebeldía; pero, en cuanto los dedos de Enrique la rozaron, se produjo como una sacudida. Un pudor frenético la despertó del anonadamiento en que estaba sumida. Hizo los gestos de una joven sorprendida y forzada, apretó sus dos pobres brazos descarnados sobre el pecho y balbuceó con voz temblorosa:

—Mamá... mamá...

Abrió los ojos. Cuando reconoció al hombre que estaba allí, sintió verdadero terror. Se vio desnuda y sollozó de vergüenza, cubriéndose rápidamente con la sábana. Era como si, de golpe, hubiese envejecido diez años en su agonía y, próxima a la muerte, sus doce años fuesen suficientemente maduros para comprender que este hombre no debía tocarla y encontrar a su madre en ella. Llamó de nuevo, pidiendo socorro:

—Mamá... mamá... Por favor...

Elena, que todavía no había hablado, vino de prisa junto a Enrique. Le miró fijamente con semblante de mármol. Cuando estuvo a punto de tocarle, le dijo esta única palabra con voz ahogada:

— ¡Váyase!

El doctor Bodin trataba de calmar a Juana, a la que una crisis de tos sacudía sobre la cama. Le juraba que no la molestarían más, que todos iban a salir para dejarla tranquila.

—Váyase —repitió Elena, con voz baja y profunda, al oído de su amante—. Ya ve usted que nosotros la hemos matado.

Y Enrique, sin encontrar ni una sola palabra que decir, salió de la habitación. Se quedó todavía un momento en el comedor sin saber qué esperaba, algo que tal vez ocurriría. Después, viendo que el doctor Bodin no salía, se marchó, descendiendo la escalera a tientas, sin que Rosalía se tomase la molestia de darle luz. Pensaba en el veloz proceso de la tisis aguda, caso que había estudiado mucho: los tubérculos miliares se multiplicarían con

rapidez y el ahogo aumentaría. Juana no duraría más de tres semanas.

Ocho días transcurrieron. El sol se levantaba y se ponía sobre París, en el gran espacio de cielo que recortaba la ventana, sin que Elena tuviera conciencia del tiempo, implacable y rítmico. Sabía a su hija condenada y permanecía como aturdida por el horror del desgarramiento que en ella se producía. Era una espera sin esperanza, con la certeza de que la muerte no perdonaría. Ya no tenía lágrimas; caminaba silenciosamente por la habitación, permaneciendo siempre de pie y cuidando a la enferma con gestos lentos y precisos. A veces, vencida por la fatiga, caía sobre una silla y la miraba durante horas. Juana iba debilitándose; los vómitos, muy dolorosos, la destrozaban; la fiebre ya no desaparecía. Cuando el doctor Bodin venía, la examinaba un momento y dejaba una receta; y su vencida espalda, al retirarse, expresaba una impotencia tal, que la madre ni le acompañaba para interrogarle.

Desde el día siguiente al de la crisis, el reverendo Jouve las visitaba. Él y su hermano llegaban cada tarde y cambiaban un apretón de manos con Elena sin atreverse a pedir noticias. Se habían ofrecido para velar a la niña por turno, pero ella los despedía hacia las diez; no quería a nadie por la noche en la habitación. Una tarde, el sacerdote, que parecía muy preocupado desde la víspera, la llevó aparte:

—He pensado una cosa —murmuró—: la pobre pequeña, a causa de su salud, ha ido un tanto retrasada... Podría hacer aquí su primera comunión...

Elena pareció no comprender de momento. Aquella idea, con la cual, pese a su tolerancia, reaparecía el cura por entero, con sus preocupaciones sobre el cielo, la sorprendía, incluso la hería un poco. Tuvo un gesto de despreocupación al decir:

—No, no; no quiero que se la atormente... Déjelo; si existe un paraíso, a él irá directamente.

Pero aquella tarde Juana experimentaba una de esas mejorías que ilusionan a los moribundos. Había oído al sacerdote con su agudeza auditiva de enferma.

—Eres tú, mi buen amigo —dijo—. Hablas de la comunión... Será pronto, ¿verdad?

—Sin duda, querida.

Entonces quiso que él se acercara para hablarle. Su madre la había incorporado sobre la almohada; estaba sentada, tan pequeñaja. Sus labios, quemados, sonreían en tanto que por sus claros ojos rondaba ya la muerte.

— ¡Oh!, me siento muy bien —añadió—. Me podría levantar si quisiera. Dime: ¿llevaré un traje blanco con un ramillete de flores?... ¿Y la iglesia

estará tan bonita como en el mes de María?

—Más bonita, pequeña mía.

— ¿De veras? ¿Habrá tantas flores y cantarán cosas tan dulces?... Pues que sea pronto, pronto; ¿me lo prometes?

Se sentía llena de satisfacción. Miraba las cortinas del lecho diciendo, como en éxtasis, que ella quería mucho a Dios y que le había visto cuando entonaban los cánticos. Oía el órgano y veía las luces que giraban, mientras las flores, en los vasos, viajaban como mariposas. Pero una tos violenta la sacudió y la aplastó de nuevo en la cama. Seguía sonriendo sin darse cuenta de que tosía y repetía:

—Voy a levantarme mañana; aprenderé mi catecismo sin una falta y todos estaremos muy contentos.

A Elena, que estaba al pie de la cama, se le escapó un sollozo. Escuchando la risa de Juana, ella, que no podía llorar, sintió una oleada de lágrimas que le subía a la garganta. Sofocada, escapó hacia el comedor para ocultar su desesperación. El sacerdote la siguió. El señor Rambaud se había levantado de inmediato para entretener a la pequeña.

— ¡Oye!, mamá ha gritado. ¿Es que se hizo daño?

— ¿Tu mamá? —respondió él—. No ha gritado, se ha reído porque te encuentras mejor.

En el comedor, Elena, con la cabeza caída sobre la mesa, ahogaba sus sollozos entre las manos juntas. El sacerdote se inclinó rogándole que se contuviera; pero ella, levantando la cara bañada en llanto, se acusó a sí misma diciendo que había matado a su hija; y toda una confesión se escapaba de sus labios con palabras entrecortadas. Nunca habría cedido a ese hombre si Juana hubiese estado a su lado. Fue preciso que lo encontrara en aquella habitación desconocida. ¡Dios mío!, el cielo debía habérsela llevado junto con su hija. No podía seguir viviendo. El sacerdote asustado, la tranquilizaba prometiéndole el perdón.

Llamaron. Un rumor de voces llegó del recibidor. Elena se secaba los ojos cuando entró Rosalía.

—Señora, es el doctor Deberle...

—No quiero que entre.

—Pide noticias de la señorita.

—Dígale que se va a morir.

La puerta había quedado abierta y Enrique pudo oírlo. Entonces, sin

esperar a la criada, volvió a bajar. Subía todos los días, recibía la misma respuesta y se retiraba.

Lo que destrozaba a Elena eran las visitas. Algunas señoras, que había conocido en casa de los Deberle, creían obligado ofrecerle sus consuelos. La señora de Chermette, la señora Levasseur, la señora Guiraud y otras más, se presentaron; no solicitaban entrar, únicamente preguntaban a Rosalía, pero en voz tan alta, que su conversación atravesaba los delgados tabiques del pequeño departamento. Entonces, llena de impaciencia, Elena las recibía en el comedor, de pie, con breves palabras. Permanecía todo el día en peinador, olvidándose de mudarse de ropa, con sus hermosos cabellos sencillamente retorcidos y anudados hacia arriba. Sus ojos se cerraban de cansancio, su rostro estaba enrojecido, y su boca, amarga y pastosa, no encontraba las palabras. Cuando Julieta las visitaba, no podía cerrarle el dormitorio y permitía que se instalara un momento junto al lecho.

—Querida —le dijo un día amistosamente—, se abandona usted demasiado. Tenga un poco de valor.

Elena no había aún contestado cuando Julieta, para distraerla, pasó a hablarle de los acontecimientos que preocupaban a los parisienses.

—Ya sabe usted que, decididamente, vamos a tener guerra... Me fastidia mucho, pues tengo dos primos que deberán partir.

Subía así, al regreso de sus correrías por París, animada por toda una tarde de parloteo, trayendo el torbellino de sus largas faldas a esta habitación recoleta de enferma. Era inútil que bajara la voz, que adoptara actitudes lastimeras; su feliz indiferencia se traslucía, y se la veía dichosa y triunfante, rebotante ella misma de salud. Elena, abatida ante ella, sufría una angustia celosa.

—Señora —murmuró Juana una tarde—, ¿por qué no viene Luciano a jugar conmigo?

Julieta, cortada por un momento, se limitó a sonreír.

— ¿Es que también está enfermo? —prosiguió la pequeña.

—No, querida; no está enfermo... Está en el colegio.

Cuando Elena la acompañaba hasta el recibidor, quiso explicar a ésta su mentira:

— ¡Oh!, desde luego, me gustaría traerle; ya sé que estas cosas no son contagiosas... Pero los chiquillos en seguida se asustan, y Luciano es tan bobo... Sería capaz de llorar viendo a su pobre angelito.

—Sí, sí, tiene usted razón —interrumpió Elena, con el corazón destrozado

al pensar que esta mujer tan alegre tenía en su casa un hijo rebosante de salud.

Había pasado la segunda semana. La enfermedad seguía su curso y se llevaba cada hora un poco de la vida de Juana. No se apresuraba en absoluto en su relativa rapidez, empleando en destruir aquella débil y adorable carne todas las fases previstas, sin perdonarle una sola. Los esputos sanguinolentos habían desaparecido, y había momentos en que la tos cesaba. Pero ahogaba a la niña una opresión, que, por la creciente dificultad de su aliento, se podían seguir los estragos del mal en su pequeño pecho. Era algo demasiado brutal para tanta debilidad, y los ojos del sacerdote y del señor Rambaud se llenaban de lágrimas al escucharla. Durante el día, durante la noche, se oía su soplo a través de las cortinas; la pobre criatura, a la que cualquier tropiezo podía matar, no acababa de morir en un esfuerzo que la llenaba de sudores. La madre, al término ya de sus fuerzas, no pudiendo soportar más el sonido de su estertor, se fue a la habitación vecina, donde apoyó la cabeza contra la pared.

Poco a poco, Juana se aislaba. Ya no veía a nadie, y su cara, ahogada y borrosa, tenía una expresión como si ya estuviese viviendo sola en alguna parte. Cuando las personas que la rodeaban pronunciaban su nombre para llamar su atención, para que las reconociera, ella las miraba fijamente, sin una sonrisa, y luego se volvía hacia la pared en una actitud de cansancio. Una sombra la envolvía, y sólo desaparecía con el enfurruñamiento irritado de sus malos momentos de celos. No obstante, algunos caprichos de enferma la despertaban todavía. Una mañana preguntó a su madre:

— ¿Hoy es domingo?

—No, no, mi niña —respondió Elena—. Sólo estamos a viernes... ¿Por qué querías saberlo?

Parecía que ya ni se acordara de la pregunta que había hecho. Pero dos días más adelante, estando Rosalía en el cuarto, le dijo a media voz:

—Es domingo... Ceferino está ahí; ruégale que venga.

La criada dudaba; pero Elena, que había oído, le hizo una seña de consentimiento. La niña repitió:

—Tráelo; venid los dos. Estaré contenta.

Cuando Rosalía entró con Ceferino, medio se incorporó, apoyándose en la almohada. El soldadito, con la cabeza descubierta y las manos lacias, se balanceaba para disimular su gran emoción; pues apreciaba mucho a la señorita. Por esto, pese a las advertencias de Rosalía, que le había recomendado que estuviera sonriente, puso su cara más estúpida, profundamente conmovido al verla tan pálida, reducida a casi nada. Seguía siendo un sentimental, pese a sus aires de conquistador. No dio con ninguna de

aquellas frases bonitas que ahora sabía decir. La criada, por detrás, le pellizcó para que se riera, pero él sólo logró balbucear:

—Con permiso de la señorita... y la compañía...

Juana seguía incorporada, apoyada en sus brazos enflaquecidos. Abrió sus grandes ojos vacíos como si buscara algo. Un temblor agitaba su cabeza, cegada, sin duda, por la gran claridad que penetraba la sombra en que se iba sumiendo.

—Acérquese usted, amigo —dijo Elena al soldado—. Es la señorita quien quiere verle.

El sol entraba por la ventana, que era como un ancho agujero amarillo en que danzaba el polvo desprendido de la alfombra. Marzo había llegado y, fuera, nacía la primavera. Ceferino dio un paso y quedó recortado por el sol; su pequeña cara redonda, cubierta de pecas, tenía el reflejo dorado del trigo maduro, en tanto relucían los botones de su guerrera y su pantalón rojo sangraba como un campo de amapolas. Entonces Juana le vio; pero sus ojos se inquietaron de nuevo, vacilantes, yendo de un lado a otro.

— ¿Qué quieres, niña mía? —preguntó su madre—. Todos estamos aquí. —Luego comprendió—: Acérquese, Rosalía... La señorita quiere verla.

A su vez, Rosalía avanzó hacia el sol. Llevaba una cofia cuyas cintas, abandonadas sobre los hombros, volaban como las alas de una mariposa. Una polvareda dorada caía sobre sus recios cabellos negros y sobre su bondadosa cara, de nariz aplastada y gruesos labios. Se diría que estaban únicamente ellos en la habitación: el soldadito y la cocinera, codo a codo, bajo los rayos del sol. Juana los miraba.

—Bueno, hija mía —prosiguió Elena—, ¿no les dices nada?... Ahí los tienes juntos.

Juana los miraba temblándole la cabeza, con el leve temblor de una mujer muy anciana. Allí estaban ellos, como marido y mujer, a punto de cogerse del brazo para volverse a su tierra. La tibieza de la primavera los caldeaba, y, queriendo animar a la señorita, acabaron por reírse, mirándose a la cara con aire embobado y enternecido. Un perfume de salud se desprendía de sus redondas espaldas. Si hubiesen estado solos, seguro que Ceferino habría agarrado a Rosalía y recibido de ella un magnífico bofetón. Se adivinaba en sus ojos.

—Bueno, querida, ¿no se te ocurre nada que decirles?

Juana los miraba ahogándose cada vez más. No dijo ni una palabra. Bruscamente rompió a llorar y Ceferino y Rosalía tuvieron que abandonar el dormitorio en seguida.

—Con permiso de la señorita... y la compañía... —repitió el soldadito, turbado, al marcharse.

Este fue uno de los últimos caprichos de Juana. Cayó en un humor sombrío del que nada lograba sacarla. Se desentendía de todo, incluso de su madre. Cuando ésta se agachaba por encima del lecho buscando su mirada, la niña mantenía su semblante mudo, como si únicamente la sombra de las cortinas pasase sobre sus ojos. Permanecía en silencio, con la negra resignación de una persona abandonada que se siente morir. A veces permanecía largo rato con los párpados medio cerrados, sin que se pudiera adivinar en su mirada adelgazada qué pensamiento tenaz la absorbía. Para ella, únicamente existía su gran muñeca, acostada a su lado. Se la habían dado una noche para distraerla de sus intolerables sufrimientos y se negaba a devolverla, defendiéndola con un gesto huraño cuando intentaban quitársela. La muñeca, con su cabeza de cartón puesta sobre la almohada, estaba tendida como una persona enferma y cubierta hasta los hombros. Sin duda la niña la cuidaba, pues de vez en cuando, con sus manos ardientes, palpaba aquellos miembros de piel rosada, desprendidos y vacíos de serrín. Durante horas sus ojos no perdían de vista aquellos ojos de esmalte siempre fijos, aquellos dientes blancos que no cesaban de sonreír. Después, en un acceso de ternura, sentía la necesidad de estrecharla contra el pecho, de apoyar la mejilla en su pequeña peluca, cuya caricia parecía tranquilizarla. Se refugiaba así en el amor de su gran muñeca, asegurándose, al salir de sus modorras, de que estaba todavía allí, sin ver más que a ella, hablando con ella, apareciendo a veces en su rostro la sombra de una sonrisa, como si la muñeca le hubiese murmurado algo al oído.

Finalizaba la tercera semana. El anciano doctor se instaló allí una mañana y Elena comprendió que su hija no pasaría de aquel día. Desde la víspera había caído en un estupor que le quitaba incluso la conciencia de sus actos. Ya no se luchaba contra la muerte: se contaban las horas. Como la enferma sufría de una sed ardiente, el médico había recomendado simplemente que le diesen una bebida opiada para facilitarle la agonía. Este abandono de todo remedio dejaba a Elena como atontada. Mientras las pociones llenaron la mesita de noche, esperaba todavía el milagro de la curación; pero ahora los frascos y las cajitas ya no estaban allí, y con ellas había desaparecido la última esperanza. Sólo sentía un impulso: estar junto a Juana, no separarse de ella, mirarla. El doctor, queriendo sacarla de esta contemplación espantosa, trataba de alejarla, encargándole pequeños cuidados; pero ella volvía, atraída por la necesidad física de ver. Rígida, con los brazos caídos, con una desesperación que le hinchaba la cara, esperaba.

Hacia la una llegaron el reverendo Jouve y el señor Rambaud. El médico salió a su encuentro y les dijo unas palabras. Ambos palidieron. Permanecieron de pie, sobrecogidos, y sus manos temblaron. Elena ni se había

vuelto.

Hacía un día soberbio, una de esas tardes soleadas de primeros de abril. Juana se agitaba en su lecho. La sed que la devoraba producía, por instantes, un leve movimiento penoso de los labios. Había sacado de los cobertores sus pobres manos transparentes y las agitaba dulcemente en el vacío. El sordo trabajo de la enfermedad había terminado; ya no tosía, y su voz, extinguida, era como un soplo. Luego, por un momento, volvía la cabeza y buscaba la luz con los ojos. El doctor Bodin abrió la ventana de par en par. Entonces Juana dejó de agitarse y apretó la mejilla contra la almohada, fija la mirada sobre París, mientras su respiración, oprimida, iba espaciándose.

Durante aquellas tres semanas de sufrimientos, muchas veces se había vuelto hacia la ciudad que se extendía en el horizonte. Su faz se hacía más grave y parecía pensar. En esta hora última, París sonreía bajo el sol dorado de abril. Llegaban del exterior soplos tibios, risas de niños, llamadas de gorriones. La moribunda hacía un esfuerzo supremo para ver todavía, para seguir la humareda que ascendía de los suburbios lejanos. Encontraba de nuevo a sus tres conocidos: los Inválidos, el Panteón, la torre Saint-Jacques; después seguía lo desconocido; y sus párpados, cansados, se cerraban a medias ante el mar inmenso de los tejados. Tal vez soñaba que se hacía cada vez más ligera, que volaba como un pájaro. Por fin iba a saber: se posaría sobre las cúpulas y sobre las flechas, y vería en unos pocos aleteos las cosas prohibidas que se ocultan a los niños. Pero una nueva inquietud la agitaba, sus manos buscaban todavía; y no se tranquilizó hasta que tuvo a su gran muñeca en los brazos, apretada contra el pecho. Quería llevársela consigo. Sus miradas se perdían a lo lejos, entre las chimeneas completamente rosadas por el sol.

Acababan de dar las cuatro y la tarde dejaba ya caer sus sombras azules. Era el fin, un ahogo, una agonía lenta y sin sobresaltos. El ángel querido ya no tenía fuerzas para defenderse. El señor Rambaud, extenuado, cayó de rodillas sacudido por unos sollozos silenciosos, deslizándose tras una cortina para ocultar su pena. El sacerdote se había arrodillado a la cabecera, con las manos juntas, susurrando las oraciones de los agonizantes.

—Juana, Juana... —murmuró Elena, helada por el horror, que soplaba un viento frío en sus cabellos.

Había rechazado al doctor y se echó al suelo, apoyándose contra el lecho, para ver a su hija más cerca. Juana abrió los ojos, pero no miró a su madre. Sus miradas siempre iban a lo lejos, hacia París, que desaparecía. Apretó más fuerte su muñeca, su último amor. Un profundo suspiro hinchó su pecho y siguieron luego dos suspiros más ligeros. Sus ojos se apagaron y su cara, por un momento, expresó una viva angustia. Pero pronto pareció aliviada; con la boca abierta, ya no respiraba.



—Se acabó —dijo el doctor, cogiéndole la mano.

Juana miraba París con los ojos vacíos. Su cara de cabritilla se había alargado todavía en sus severas líneas, y una sombra gris descendía de su entrecejo fruncido: de ese modo, aun en la muerte, conservaba su pálido rostro de mujer celosa. La muñeca, con la cabeza echada hacia atrás y los cabellos colgando, parecía muerta como ella.

—Se acabó —repitió el doctor, dejando caer la fría manita.

Elena, con el semblante tenso, estrechó su frente entre los puños como si sintiera que su cráneo se abría. Ya no lloraba, miraba a su alrededor como loca. Después, un sollozo se quebró en su garganta; acababa de ver, a los pies del lecho, un par de zapatos olvidados. Todo había terminado; Juana ya no volvería a ponérselos, ya se podían dar sus zapatitos a los pobres. Seguía en el suelo, restregando su rostro contra la mano caída de la muerta. El señor Rambaud sollozaba. El sacerdote había levantado la voz en tanto que Rosalía, junto a la puerta entreabierta del comedor, mordía su pañuelo para no hacer ruido.

En aquel preciso momento llamó el doctor Deberle. No podía dejar de ir a informarse.

— ¿Cómo sigue? —preguntó.

— ¡Ay señor! —tartamudeó Rosalía—, ha muerto.

Permaneció inmóvil, asombrado de este acontecimiento que él esperaba todos los días. Después murmuró:

— ¡Pobre pequeña! ¡Dios mío, qué desgracia!

No se le ocurrieron más que estas palabras, estúpidas y lastimeras.

La puerta se había cerrado, y él descendió.

#### IV

Cuando la señora Deberle supo la muerte de Juana, lloró y sufrió uno de esos arrebatos apasionados que la mantenían en vilo durante cuarenta y ocho horas. Era una desesperación ruidosa, sin ninguna ponderación. Fue a la casa y se lanzó a los brazos de Elena. Luego, habiendo oído algo de una conversación, le vino la idea de hacer a la pequeña muerta unos funerales conmovedores, y ya no pudo pensar en otra cosa. Se ofreció y se encargó de los menores detalles. La madre, agotada por las lágrimas, permanecía anonadada en una silla. El señor Rambaud, que actuaba en su nombre, perdió

la cabeza. Asentía a todo con grandes muestras de reconocimiento. Elena, recobrándose un instante, dijo tan sólo que quería flores, muchas flores.

Entonces, sin perder un instante, la señora Deberle puso manos a la obra con indecible impulso. Dedicó el día siguiente a visitar a todas las señoras para darles la espantosa noticia. Su sueño consistía en organizar un desfile de niñas vestidas de blanco. Necesitaba por lo menos treinta, y no paró hasta que le salió la cuenta. Había ido ella misma a la administración de pompas fúnebres, para discutir la clase y elegir las colgaduras. Se empavesarían las rejas del jardín y se expondría el cuerpo en el centro de las lilas, que ya estaban llenas de brotes verdes. Estaría precioso.

— ¡Dios mío! ¡Ojalá mañana haga buen tiempo! —dejó escapar por la noche, una vez terminadas ya todas las gestiones.

La mañana fue radiante: un cielo azul, un sol de oro, con todo el impulso puro y vivaz de la primavera. El entierro tendría lugar a las diez, pero ya a las nueve quedó listo el empavesado. Julieta vino a dar unos consejos a los obreros. Quería que los árboles no quedasen totalmente cubiertos. Las colgaduras blancas, con franjas de plata, abrirían un pórtico entre los dos batientes de la reja que conducía hasta las lilas. Pero volvió pronto al salón, donde tenía que recibir a las señoras. Se reunirían en su casa para no entorpecer las dos habitaciones de la señora Grandjean. Únicamente una cosa la molestaba: su marido había tenido que salir aquella mañana para Versalles, para una consulta que no podía aplazarse, según dijo. Estaba sola, pero sabría salirse de todo.

La señora Berthier fue la primera en llegar, con sus dos hijas.

— ¿Querrá usted creerlo? —exclamó la señora Deberle—. Enrique me ha dejado sola... Vamos a ver, Luciano, ¿no sabes decir «buenos días»?

Luciano estaba allí, dispuesto para el entierro, con sus guantes negros. Pareció sorprendido al ver a Sofía y a Blanca, vestidas como si fuesen a ir a una procesión. Una cinta de seda ceñía sus trajes de muselina, y su velo, que caía hasta el suelo, ocultaba su pequeña cofia de tul ilusión. Mientras las dos madres charlaban, los tres niños se miraban, un tanto cohibidos por sus trajes. Luego dijo Luciano:

—Juana ha muerto.

Sentía el corazón oprimido, pero seguía sonriendo, con una sonrisa sorprendida. Desde la víspera, la idea de que Juana había muerto le hacía ser juicioso. Puesto que su madre, demasiado ocupada, no le respondía, preguntó a los sirvientes. ¿Así que uno no se movía cuando estaba muerto?

—Está muerta, está muerta —repetieron las dos hermanas muy sonrosadas

bajo sus velos blancos—. ¿Podremos verla?

El niño reflexionó un momento y, con la mirada perdida y la boca abierta, como queriendo adivinar lo que había más allá de lo que él podía comprender, dijo en voz baja:

—Ya no la veremos más.

Mientras, llegaron otras niñas y Luciano, a una indicación de su madre, fue a recibirlas. Margarita Tissot, en su nube de muselina, con sus grandes ojos, parecía una virgen niña; sus rubios cabellos se escapaban de su cofia como si fuera una esclavina de oro puesta debajo de la blancura del velo. Una sonrisa discreta acogió la llegada de las cinco hermanas Levasseur: iban las cinco iguales, parecían un pensionado, la mayor delante y la más pequeña a la cola; sus falditas, ahuecadas, ocupaban todo un ángulo de la estancia. Pero cuando apareció la pequeña Guiraud se acentuó el cuchicheo de los comentarios; la gente se reía y se la pasaba de uno a otro para verla y besarla. Parecía una tórtola blanca con el plumaje revuelto, y no era mucho mayor que un pájaro, en medio del susurro de gasas que la hacían parecer enorme y redonda como una bola. Ni su misma madre daba con sus manos. Poco a poco el salón iba llenándose con su blancura de nieve. Algunos niños, de levita, manchaban de negro tanta pureza. Luciano, puesto que su pequeña compañera había muerto, estaba escogiendo otra. Permanecía indeciso, pues hubiese preferido una muchacha mayor que él, como era Juana. No obstante, pareció decidirse por Margarita, cuyos cabellos le asombraban. Ya no se separó de ella.

Paulina vino a decir a Julieta:

—Todavía no han bajado el cadáver.

Se movía como si se tratara de los preparativos de un baile. A su hermana le había costado mucho lograr que no viniera también de blanco.

— ¿Cómo? —exclamó Julieta—. ¿En qué están pensando?... Voy a subir. Quédate con estas señoras.

Salió rápidamente del salón, en el que las madres, de traje oscuro, hablaban a media voz, mientras los niños no se atrevían a moverse por miedo a arrugarse la ropa. Arriba, en cuanto entró en la cámara mortuoria, sintió un gran frío. Juana estaba todavía en su lecho, con las manos juntas; y, al igual que Margarita y las señoritas Levasseur, le habían puesto un traje blanco, una cofia blanca y unos zapatitos blancos. Una corona de rosas blancas coronaba su cofia y la convertía en reina de sus amiguitas, festejada por toda la gente que la esperaba abajo. Ante la ventana, el féretro de roble, forrado de satén, colocado sobre dos sillas, se abría como el estuche para una joya. Habían retirado los muebles y ardía un cirio; la habitación, cerrada, oscurecida, desprendía el olor y la paz húmedos de una sepultura tapiada desde largo

tiempo. Julieta, que venía del sol y de la vida sonriente del exterior, se quedó muda, suspensa de pronto, sin atreverse ya a decir que se dieran prisa.

—Ya ha llegado mucha gente —acabó por musitar. Y, viendo que no recibía respuesta, añadió, para decir algo—: Enrique ha tenido que ir a Versalles para una consulta. Le ruego que le disculpe.

Elena, sentada junto al lecho, levantó hacia ella sus ojos vacíos. No había manera de arrancarla de esta habitación. Desde hacía treinta y seis horas, estaba allí, pese a las súplicas del señor Rambaud y del reverendo Jouve, que velaban junto a ella. Las dos noches, sobre todo, la habían tronchado en una agonía sin fin. Luego siguió la pena espantosa del último tocado, los zapatitos de seda blanca con que se había empeñado en calzar ella misma los pies del pequeño cadáver. No se movía agotadas sus fuerzas, como adormecida por el exceso de dolor.

— ¿Tiene usted las flores? —murmuró con esfuerzo, con los ojos siempre fijos en la señora Deberle.

—Sí, sí, querida —respondió ésta—. No se preocupe.

Desde que su hija había rendido el último suspiro, no tenía más que esta preocupación: flores, montañas de flores. A cada persona que llegaba, se impacientaba; parecía temer que no se encontraran flores bastantes.

— ¿Tiene rosas? —preguntó después de un silencio.

—Sí. Le aseguro que quedará usted satisfecha.

Inclinó la cabeza y volvió a su inmovilidad. Entre tanto, los empleados de las pompas fúnebres esperaban en el descansillo de la escalera. Había que terminar. El señor Rambaud, que también se tambaleaba como un hombre ebrio, hizo una señal a Julieta para que la ayudase a llevarse a la pobre mujer. Los dos la cogieron suavemente por debajo del brazo, la levantaron y la condujeron al comedor. Pero, cuando ella se dio cuenta, los rechazó en una suprema crisis de desesperación. Fue una escena desgarradora. Se puso de rodillas ante el lecho, aferrándose a las sábanas, llenando la habitación con el tumulto de su rebeldía; mientras, Juana, tendida en el eterno silencio, rígida y completamente fría, mostraba su rostro de piedra. La cara se había oscurecido un poco, la boca adquiría una mueca de chiquilla vengativa; y era esa máscara sombría y sin perdón, de niña celosa, lo que enloquecía a Elena. Había visto bien, desde hacía treinta y seis horas, cómo se helaba su rencor, cómo se hacía más hosco a medida que se acercaba a la tierra. ¡Qué alivio si Juana, por última vez, hubiese podido sonreírle!

— ¡No! ¡No! —gritó—. Se lo ruego, déjenla un momento... No pueden quitármela. Quiero besarla... ¡Oh!, un momento, sólo un momento...

Con brazos temblorosos la cogía, la disputaba a esos hombres que se escondían en el recibidor, vueltos de espaldas, con un ademán de fastidio. Pero sus labios no caldearon la frialdad de aquel rostro; sintió que Juana se obstinaba y la rechazaba. Entonces se abandonó en manos de los que se la llevaban y cayó sobre una silla del comedor con esta súplica sorda, repetida mil veces:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

La emoción había agotado al señor Rambaud y a la señora Deberle. Después de un corto silencio, cuando ésta entreabrió la puerta, todo había terminado. No se hizo ningún ruido, apenas un roce ligero. Los tornillos, previamente engrasados, cerraron para siempre la tapa. La habitación estaba vacía; una tela blanca ocultaba el ataúd.

Entonces la puerta quedó abierta y dejaron libre a Elena. Cuando entró, su mirada perdióse entre los muebles y alrededor de las paredes. Acababan de llevarse el cuerpo. Rosalía había estirado la cobertura para hacer desaparecer hasta la huella del liviano peso de la que se había ido. Abriendo los brazos, en un gesto de locura, con las manos extendidas, Elena se precipitó hacia la escalera. Quería bajar. El señor Rambaud la retenía mientras la señora Deberle le decía que aquello no debía hacerse. Pero ella juraba que sería razonable, que no seguiría el entierro. Bien podían permitirle que lo viera; se estaría quieta, en el pabellón. Los otros dos lloraban escuchándola. Hubo que vestirla. Julieta ocultó bajo un chal negro su bata de andar por casa. Lo único que no encontraba era el sombrero, pero por fin descubrió uno, del que arrancó un ramillete de verbenas rojas. El señor Rambaud, que debía presidir el duelo, cogió a Elena por el brazo. Cuando estuvieron en el jardín, la señora Deberle murmuró:

—No la deje usted. Yo he de hacer un montón de cosas. Y se fue rápidamente. Elena caminaba penosamente, buscando con la mirada ante sí. Al penetrar en el hermoso día, lanzó un suspiro. ¡Dios mío! ¡Qué mañana más hermosa! Pero sus ojos habían ido directamente hacia la verja y acababa de ver el pequeño ataúd, bajo las colgaduras blancas. El señor Rambaud no le permitió que se acercara más que dos o tres pasos.

—Vamos, sea usted valiente —le dijo en tanto que él mismo temblaba.

Miraron el estrecho féretro bañado por un rayo de sol. Sobre un almohadón de encaje, a sus pies, estaba puesto un crucifijo de plata. A la izquierda había un hisopo sumergido en un acetre, para las aspersiones.

Los altos cirios ardían sin que se viera la llama, manchando únicamente el sol las pequeñas pavesas danzantes que revoloteaban. Bajo las colgaduras, las ramas de los árboles hacían como una cuna con sus brotes violáceos. Era un

rincón de primavera en que penetraba, por una separación de los cortinajes, el polvo de oro de un ancho rayo de sol bajo el cual se abrían las flores recién cortadas que cubrían el féretro. Era un alud de flores, gran cantidad de ramos de rosas blancas, de camelias blancas, de lilas blancas, de claveles blancos, como una gran nevisca amasada con pétalos blancos. El cuerpo desaparecía entre los blancos racimos, que se deslizaban por los paños; y por el suelo se deshojaban las vincapervincas blancas y los blancos jacintos. Los raros transeúntes de la calle de Vineuse se detenían, con una sonrisa emocionada, ante este jardín soleado donde dormía, entre flores, una pequeña muerta. Toda aquella blancura cantaba, una resplandeciente pureza ardía en la luz, y el sol calentaba los paramentos, los ramos y las coronas con un estremecimiento de vida. Por encima de las rosas, zumbaba una abeja.

—Las flores... las flores... —murmuró Elena, que no sabía decir otras palabras.

Apretaba el pañuelo sobre los labios y los ojos se le llenaban de lágrimas. Le pareció que Juana debía sentir calor, y esta idea la atormentaba más todavía, con una ternura en que había agradecimiento para todos aquellos que acababan de cubrir a su niña con aquellas flores. Quiso adelantarse y el señor Rambaud ya no hizo nada para retenerla. ¡Qué bien se estaba bajo las colgaduras! Se expandía el perfume, y en el aire, tibio, no había el menor soplo. Entonces ella se agachó y escogió sólo una rosa. Era una rosa lo que había venido a buscar, para guardarla en su seno. Pero un temblor la acometió, y el señor Rambaud tuvo miedo.

—No se quede aquí —dijo llevándosela—. Me prometió usted no ponerse enferma.

Quería conducirla hacia el pabellón, cuando la puerta del salón se abrió de par en par. Paulina fue la primera en aparecer. Se había encargado de organizar el cortejo. Una a una, las niñas fueron descendiendo. Parecía la eclosión prematura de los majuelos, milagrosamente floridos. Los blancos vestiditos se ahuecaban al sol y se irisaban de transparencias en que todos los matices del blanco pasaban como sobre las alas de un cisne. Un manzano dejaba caer sus pétalos, los acianos flotaban y los vestidos eran como el mismo candor de la primavera. No paraban de descender; ya rodeaban todo el césped y seguían descendiendo por las escalinatas, ligeras, revoloteando como la pelusilla, abriéndose de pronto al aire libre.

Entonces, cuando el jardín estuvo completamente blanco, ante aquella suelta bandada de chiquillas, Elena tuvo un recuerdo. Se acordó del baile de la pasada temporada y del júbilo danzarín de los piececitos. Veía de nuevo a Margarita de Lechera, con su jarrita colgada de la cintura; Sofía, de Criadita, dando vueltas del brazo de su hermana Blanca, cuyo disfraz de Locura hacía

sonar un cascabel. Luego seguían las cinco hermanas Levasseur, de Caperucitas Rojas, que multiplicaban sus gorros de raso amapola con franjas de terciopelo negro, en tanto que la pequeña Guiraud, con su mariposa de Alsaciana en los cabellos, saltaba como loca ante un Arlequín dos veces mayor que ella. Hoy iban todas de blanco. Juana también iba de blanco sobre el almohadón de satén blanco, entre las flores. La fina Japonesa, con el moño traspasado por largos alfileres y su túnica púrpura bordada de pájaros, se iba ahora vestida también de blanco.

— ¡Cómo han crecido! —murmuró Elena, rompiendo a llorar.

Todas estaban allí, únicamente su hija faltaba. El señor Rambaud la hizo entrar en el pabellón; pero ella se quedó en la puerta: quería ver cómo el cortejo se ponía en marcha. Unas señoras vinieron a saludarla discretamente, y los niños la miraban con sus claros ojos asombrados. Entre tanto, Paulina circulaba dando órdenes. Bajaba la voz en atención a las circunstancias, pero había momentos en que se le olvidaba hacerlo.

—Vamos, sed juiciosas... Mira, tonta, ya te has manchado... Ya vendré a buscaros; no os mováis.

El coche fúnebre había llegado y podían partir. La señora Deberle apareció chillando:

—Se olvidaron de los ramilletes... Paulina, de prisa, trae los ramilletes.

Se produjo entonces cierta confusión. Se había preparado un ramillete de rosas blancas para cada niña. Hubo que repartir las rosas; las chiquillas, encantadas, llevaban los gruesos ramos, delante de ellas, como si fuesen cirios. Luciano, que no se había separado de Margarita, respiraba con delicia cuando ella le rozaba la cara con las flores. Todas estas muchachitas, con sus manos floridas, reían al sol; pero de pronto se ponían muy serias y seguían con la mirada al féretro, que unos hombres cargaban en el coche fúnebre.

— ¿Está ahí metida? —preguntó Sofía en voz muy baja.

Hablaba del féretro y alargaba los brazos tanto como le era posible. Pero la pequeña Margarita se echó a reír con la nariz metida entre las rosas, diciendo que éstas le hacían cosquillas. Entonces las otras hundieron también la nariz para ver qué ocurría. Les llamaron la atención y volvieron a ser juiciosas.

Fuera, desfiló el cortejo. En la esquina de la calle de Vineuse, una mujer, con la cabeza descubierta y los pies calzados con chanclas, lloraba y se secaba las mejillas con una punta de su delantal. Algunas personas se habían asomado a las ventanas, y exclamaciones compasivas rompieron el silencio de la calle. El coche fúnebre avanzaba sin hacer ruido, empavesado de damasco blanco con franjas de plata; se oían sólo los pasos cadenciosos de los dos caballos

blancos, amortiguados por el piso de tierra de la calzada. Era como si ese carro llevase una cosecha de flores, de ramos y coronas; el féretro no se veía, y las ligeras sacudidas movían los haces amontonados, con lo que el carro iba sembrando detrás de sí las ramas de las lilas. De las cuatro esquinas colgaban anchas cintas de muaré blanco que sostenían cuatro niñas: Sofía y Margarita, una señorita Levasseur y la diminuta Guiraud, tan pequeñaja, tan tambaleante, que su madre tenía que acompañarla. Las otras, en un grupo apretado, rodeaban el coche con sus ramos de rosas en la mano. Caminaban lentamente y las ruedas giraban, en medio de aquella muselina, como llevadas sobre una nube en que sonreían las delicadas cabezas de los querubines. Luego, detrás del señor Rambaud, con la cara pálida y agachada, seguían las señoras, algunos muchachos, Rosalía y Ceferino y los criados de los Deberle. Seguían cinco coches de luto vacíos. En la calle, llena de sol, unas palomas blancas emprendieron el vuelo al paso de este carro de primavera.

— ¡Qué fastidio, Dios mío!... —repetía la señora Deberle, viendo partir el cortejo—. Enrique debió aplazar esa consulta. Bien se lo dije.

No sabía qué hacer con Elena, desplomada en una butaca del pabellón. Enrique se hubiese quedado con ella. La hubiese consolado un poco. Era muy desagradable que no estuviese allí. Afortunadamente, la señorita Aurelia se ofreció para ello; no le agradaban las cosas tristes, y, al mismo tiempo, se ocuparía de la merienda de los chiquillos, que debían encontrar a su regreso. La señora Deberle se apresuró a alcanzar el cortejo, que se dirigía hacia la iglesia por la calle de Passy.

Ahora el jardín estaba vacío, y unos obreros recogían las colgaduras. Únicamente quedaban, sobre la arena, en el lugar por donde Juana había pasado, los pétalos de una camelia deshojada. Elena, inmersa de pronto en esta soledad y este gran silencio, sentía de nuevo la angustia y el desgarramiento de la eterna separación. ¡Sólo una vez! ¡Estar junto a ella una sola vez! La idea fija de que Juana se iba enfadada, con su rostro mudo y negro de rencor, la atravesaba con la quemadura de un hierro al rojo vivo. Entonces, dándose cuenta de que la señorita Aurelia la vigilaba, tuvo la astucia suficiente para eludirla y correr al cementerio.

—Sí, es una gran pérdida —repetía la solterona, instalada cómodamente en una butaca—. Yo hubiese adorado a los niños, sobre todo a las niñas. Pues bien, cuando lo pienso, estoy contenta de no haberme casado. Esto evita muchas penas.

Creía que la distraía. Le habló de una de sus amigas que había tenido seis hijos y todos habían muerto. Otra señora vivía sola con su hijo mayor que le pegaba; éste es el que tenía que haber muerto: su madre se hubiese consolado sin mucha pena. Elena parecía escucharla. Permanecía quieta, agitada sólo por



cierto temblor de impaciencia.

—Ya está usted más tranquila —dijo al fin la señorita Aurelia—. ¡Dios mío!, siempre hay que acabar haciéndose cargo.

La puerta del comedor comunicaba con el pabellón japonés. Se había levantado, empujó la puerta y estiró el cuello. Bandejas de pasteles llenaban la mesa. Elena, apresuradamente, huyó por el jardín. La reja estaba abierta, y los obreros de las pompas fúnebres se llevaban la escalera.

A la izquierda, la calle de Vineuse da a la calle des Réservoirs. Allí se encuentra el cementerio de Passy. Un muro de contención colosal se eleva desde el bulevar de la Muette, de manera que el cementerio es como una terraza inmensa que domina la altura del Trocadero, las avenidas, todo París. En veinte pasos, Elena se encontró ante la puerta abierta y la extensión desierta de tumbas blancas y cruces negras. Entró. Dos grandes lilas empezaban a echar brotes en los ángulos de la primera avenida. Rara vez había allí enterramientos; crecían malas hierbas y algunos cipreses cortaban el verdor con sus trazos sombríos. Elena avanzó en línea recta; una bandada de gorriones se asustó y un sepulturero levantó la cabeza después de haber lanzado al vuelo una paletada de tierra. Sin duda el cortejo no había llegado todavía, pues el cementerio parecía vacío. Cortó hacia la derecha y siguió hasta el parapeto de la terraza; cuando estaba dando la vuelta, percibió, detrás de un bosquecillo de acacias, a las niñas de blanco, arrodilladas ante la sepultura provisional a la que acababan de bajar el cuerpo de Juana. El reverendo Jouve, con la mano extendida, acababa de dar la última bendición. Oyó únicamente el ruido sordo de la losa del sepulcro, que caía de nuevo. Era el final.

En aquel momento la vio Paulina y la mostró a la señora Deberle. Esta, casi se enfadó, murmurando:

— ¡Cómo! ¡Acabó viniendo! Esto no se hace; es de muy mal gusto.

Se acercó y con un gesto le dio a entender su desaprobación. Otras señoras se acercaron a su vez, curioseando. El señor Rambaud se había reunido con ella y estaba a su lado, silencioso. Ella se había apoyado en una de las acacias sintiéndose desfallecer, cansada de tanta gente. Mientras contestaba con inclinaciones de cabeza a las palabras de pésame, un solo pensamiento la ahogaba: había llegado demasiado tarde, había oído únicamente el ruido de la losa al caer. Y sus miradas volvían siempre a la sepultura, de la que un guardián del cementerio barría la grada.

—Paulina, vigila a los niños —dijo la señora Deberle.

Las chiquillas, arrodilladas, se levantaron como un vuelo de pájaros blancos. Algunas, demasiado pequeñas, con las rodillas perdidas entre tanta

falda, se habían sentado en el suelo y hubo que recogerlas. Mientras bajaban a Juana, las mayores adelantaron la cabeza para ver el fondo del agujero. Era muy negro, y un estremecimiento las hizo palidecer. Sofía aseguraba que allí abajo se pasaban años y años. ¿De noche también?, preguntaba una de las señoritas Levasseur. Seguro, también por la noche, siempre. ¡Oh!, por la noche, Blanca se moriría. Todas se miraron con los ojos muy abiertos, como si acabasen de oír contar una historia de ladrones. Pero, cuando estuvieron de pie, sueltas alrededor de la tumba, volvieron a ser de color de rosa; todo aquello no podía ser verdad: eran historias de mentirijillas. Hacía demasiado buen tiempo y este jardín estaba precioso con sus altas hierbas. ¡Qué bien se podría jugar al escondite, ocultándose detrás de tantas piedras! Sólo con pensarlo, los piecitos parecían volar y los blancos trajes batían como si fuesen alas. En el silencio de las tumbas, la caricia lenta y tibia del sol daba mayor vida a tanta chiquillería. Luciano había acabado por meter la mano por debajo del velo de Margarita; le tocaba los cabellos y quería saber si no se ponía nada para que apareciesen tan amarillos. La pequeña se ufanaba. Entonces él le dijo que se casarían juntos. Margarita ya quería, pero temía que fuese a tirarle de los pelos. Él seguía tocándolos y le parecían tan suaves como el papel de escribir cartas.

—No os vayáis tan lejos —gritó Paulina.

—Bueno, volvamos ya —dijo la señora Deberle—. Aquí ya no hacemos nada, y los niños deben de tener hambre...

Hubo que reunir a las niñas, que se habían desperdigado como las de un pensionado durante el recreo. Las encontraron, pero faltaba la pequeña Guiraud; por fin dieron con ella muy lejos, en una avenida, paseándose muy formalita con la sombrilla de su madre. Entonces las señoras se dirigieron hacia la puerta, empujando ante ellas la oleada de trajes blancos. La señora Berthier felicitó a Paulina por su matrimonio, que tendría lugar el mes próximo. La señora Deberle explicaba que se iría a Nápoles, dentro de tres días, con su marido y Luciano. Todo el mundo iba marchándose. Ceferino y Rosalía se quedaron los últimos.

Se alejaron a su vez, cogiéndose del brazo y encantados con este paseo, pese a la mucha pena que sentían; demoraban el paso y sus espaldas de enamorados, por un momento, se recortaron a contraluz al final de la avenida.

—Venga usted —murmuró el señor Rambaud.

Pero Elena, con un gesto, le rogó que esperara. Se quedaba sola; parecía que había sido arrancada una página de su vida. Cuando vio desaparecer las últimas personas, se arrodilló penosamente ante la tumba. El reverendo Jouve, en sobrepelliz, no se había levantado todavía. Los dos rogaron largo rato. Después, sin hablar, con una hermosa mirada de caridad y perdón, el sacerdote

le ayudó a ponerse de pie.

—Dale el brazo —dijo sencillamente al señor Rambaud.

En el horizonte, París se doraba bajo la ardiente mañana de primavera. En el cementerio cantaba un pinzón.

## V

Dos años habían transcurrido. Una mañana de diciembre, el pequeño cementerio dormía bajo un frío intenso. Nevaba desde la víspera, una nieve fina que el viento del norte impulsaba. Del cielo, que palidecía, los copos de nieve caían, espaciados, con el vuelo ligero de una pluma. La nieve iba cuajando y un alto manto de cisne bordeaba el parapeto de la terraza. Más allá de esta línea blanca, en la palidez confusa del horizonte, París se extinguía.

La señora Rambaud seguía rezando, de rodillas, sobre la nieve, ante la tumba de Juana. Su marido acababa de levantarse silenciosamente. Se habían casado en noviembre, en Marsella. El señor Rambaud había vendido su casa de Les Halles y se encontraba en París desde hacía tres días para terminar este asunto; el coche que les esperaba, en la calle des Réservoirs, debía pasar por el hotel para recoger su equipaje y conducirlos inmediatamente a la estación. Elena había hecho el viaje con el único propósito de arrodillarse allí. Permanecía inmóvil, con la cabeza gacha, como enajenada, sin notar la fría tierra, que le helaba las rodillas.

Mientras tanto el viento cesó. El señor Rambaud se había alejado por la terraza para dejarla sola con el mudo dolor de sus recuerdos.

La bruma se levantaba por las lejanías de París, cuya inmensidad se hundía en la vaga palidez de esta nebulosa. Al pie del Trocadero, la ciudad, color de plomo, parecía muerta bajo la lenta caída de los últimos copos de nieve. Era, en el aire que se había quedado inmóvil, como un pálido moteado sobre fondo sombrío, deslizándose con un balanceo insensible y continuo. Más allá de las chimeneas de la Manutención, cuyas torres de ladrillo tomaban el tono del cobre viejo, el resbalar sin fin de toda esa blancura iba haciéndose más espeso; se diría que eran como gasas flotantes que se deshacían hilo a hilo. No subía ni un suspiro de esta lluvia de ensueño, encantada en el aire, cayendo adormecida y como acunada. Los copos parecían moderar su vuelo al acercarse a los tejados; se posaban uno a uno sin cesar, por millones, con un silencio tal, que las flores, al deshojarse, hacen más ruido. Un olvido de la tierra y de la vida, una paz soberana llegaba desde esa multitud en movimiento, cuya marcha no se dejaba sentir en el espacio. El cielo clareaba más y más por todas partes al

mismo tiempo, con un tinte lechoso que las humaredas turbaban todavía. Poco a poco, los islotes brillantes de las casas iban destacándose; la ciudad aparecía a vuelo de pájaro, cortada por sus calles y plazas, cuyos surcos y agujeros de sombra dibujaban la osamenta gigantesca de los barrios.

Elena se había levantado lentamente. En el suelo, la huella de sus rodillas quedaba marcada sobre la nieve. Envuelta en un amplio abrigo oscuro, ribeteado de pieles, parecía más alta y de soberbios hombros sobre tanta blancura. La hebilla de su sombrero, formada por una trenza de terciopelo negro, ponía en su frente la sombra de una diadema. Había recobrado su bello rostro tranquilo; sus ojos grises, sus dientes blancos, su barbilla redonda, un tanto gruesa, le daban un aire razonable y firme. Cuando volvía la cabeza, su perfil tomaba de nuevo una pureza grave de estatua. La sangre dormía bajo la palidez reposada de las mejillas y se notaba que había vuelto a la altivez de su honestidad. Dos lágrimas se habían desprendido de sus párpados, y la serenidad de ahora se asentaba en su antigua pena. Permanecía de pie ante la tumba, una simple columna en que dos fechas medían la corta existencia de la pequeña muerta de doce años.

A su alrededor, el cementerio extendía la blancura de su manto, sólo manchado por unos ángulos de tumbas enmohecidas y los hierros de las cruces, parecidos a brazos en duelo. Únicamente los pasos de Elena y del señor Rambaud habían marcado un sendero en este rincón desierto. Era una soledad sin mancha en que los muertos dormían. Las avenidas hundían los ligeros fantasmas de sus árboles. Por unos momentos, una pella de nieve caía, sin ruido, de una rama demasiado cargada; y ninguna otra cosa se movía. Al otro extremo, un negro pisoteo había pasado y se estaba enterrando bajo aquel sudario. Un segundo cortejo avanzaba por la izquierda. Los ataúdes y los cortejos desfilaban en silencio, como sombras recortadas en la palidez de un lienzo.

Elena salió de su ensueño cuando vio junto a ella, una mendiga que se rezagaba. Era la tía Fétu. La nieve apagaba los pasos de sus grandes zapatos de hombre, destrozados y reparados con trozos de delgados cordeles. Jamás la había visto temblar con tan negra miseria, cubierta de andrajos más sucios, todavía más gorda y con aire embrutecido. La vieja, pese al mal tiempo, a las fuertes heladas y a las lluvias que cayeran, seguía ahora los entierros para especular con la compasión de la gente caritativa. Sabía que, en los cementerios, el miedo a la muerte hace soltar las perras; visitaba las tumbas, se acercaba a las personas que estaban de rodillas, en el momento en que se deshacían en llanto, porque entonces no podían rechazarla. Desde hacía un instante, habiendo entrado con el último cortejo, espiaba a Elena desde lejos. Pero no había reconocido a la buena señora y contaba, entre pequeños sollozos y con la mano extendida, que tenía en su casa a dos niños que se morían de

hambre. Elena la escuchaba, muda ante esta aparición. Los niños carecían de lumbre, y el mayor se moría enfermo del pecho. De pronto, la tía Fétu se detuvo; un esfuerzo se produjo en los mil pliegues de su rostro y sus diminutos ojos bizquearon. ¡Cómo! ¡Era la buena señora! ¡El cielo había acogido, por fin, sus oraciones! Y, sin enmendar la historia de sus pequeños, se puso a gemir con un alud de palabras inagotable. Le faltaban los dientes y apenas se llegaba a comprenderla. Todas las miserias que Dios puede mandar se habían abatido sobre su cabeza. Su señor había desalojado la casa y ella acababa de pasar tres meses en la cama: sí, aquello seguía doliéndole; ahora la hormigueaba por todas partes, y una vecina decía que era cosa segura que una araña le había entrado por la boca mientras dormía. Si por lo menos tuviese un poco de fuego, se habría calentado el vientre; no había nada como esto para aliviarla. Pero no tenía nada de nada, ni siquiera unos pedazos de cerilla. ¿Tal vez la señora había estado de viaje? Esto era cosa suya. En fin, la encontraba con muy buen semblante, lozana y hermosa. Mientras Elena sacaba su bolsillo, la tía Fétu resopló apoyándose en la verja de la tumba de Juana.

Los cortejos se habían marchado. En alguna parte, en una tumba vecina, se oían los rítmicos golpes de pico de algún sepulturero. Entretanto la vieja había cobrado aliento, con la mirada fija en el bolsillo. Para que aumentase la cuantía de la limosna, se mostró muy zalamera y empezó a hablar de la otra señora... No se podía negar que era muy caritativa, pero no sabía cómo actuar, y su dinero no resultaba provechoso. Prudentemente iba mirando a Elena mientras decía estas cosas. En seguida se atrevió a nombrar al doctor. ¡Oh, éste sí que era un hombre más bueno que el pan! El verano pasado había hecho un viaje con su esposa. Su pequeño crecía y era un muchacho muy guapo. Pero los dedos de Elena, que abrían el bolsillo, temblaron, y la tía Fétu, de pronto, cambió de voz. La muy imbécil, hasta entonces no se había dado cuenta de que la buena señora se encontraba ante la tumba de su hija. Tartamudeó, suspiró y trató de hacerla llorar. ¡Una chiquilla tan cariñosa, con unas manitas encantadoras que todavía veía alargándole monedas de plata! ¡Qué largos cabellos tenía, y cómo miraba a los pobres con sus ojos llenos de lágrimas! ¡Ah!, un ángel semejante no puede reemplazarse, ya no los hay; por mucho que buscaran por todo Passy, no encontrarían otro igual. Cuando llegara el buen tiempo, todos los domingos le traería un ramillete de margaritas cogidas en el foso de las fortificaciones. Se calló, inquieta por el gesto con que Elena le cortó la palabra. ¿Acaso no acertaba ya con lo que había que decir? La buena señora no lloraba y sólo le dio una pieza de un franco.

El señor Rambaud, entretanto, se había acercado al parapeto de la terraza. Elena fue a reunirse con él. Entonces la vista del caballero iluminó los ojos de la tía Fétu. A éste no le conocía; debía de tratarse de alguno nuevo. Arrastrando los pies, caminó detrás de Elena impetrando para ella todas las bendiciones del paraíso, y cuando estuvo junto al señor Rambaud volvió a

hablar del doctor. Este sí que tendría un hermoso entierro cuando muriera, si todos los pobres a quienes había cuidado por nada siguiesen el cortejo. Es verdad que era un poco mujeriego, nadie podía negarlo. Las damas de Passy le conocían bien. Pero esto no le privaba de adorar a su esposa, una señora tan buena que, habiendo podido comportarse mal, ya no pensaba en ello. Un verdadero matrimonio de tórtolos. ¿Los había visto la señora? Seguro que los encontraría en casa, pues acababa de ver las persianas abiertas en la calle de Vineuse. ¡Querían tanto a la señora en otros tiempos, que era seguro que estarían contentos de abrazarla! Mascullando estas frases a medias, la vieja observaba al señor Rambaud. Este la escuchaba con su calma de buena persona. Los recuerdos evocados ante él no pusieron ninguna sombra en su tranquilo semblante. Creyó notar tan sólo que la insistencia de esta pordiosera importunaba a Elena, por lo que, buscando en su bolsillo, le dio a su vez una limosna, alejándola con un gesto. Cuando vio una nueva moneda de plata, la tía Fétu se deshizo en demostraciones de agradecimiento. Compraría un poco de leña y se calentaría el vientre; no había nada mejor que esto para calmarle el dolor... Sí, un verdadero matrimonio de tórtolos, y la prueba estaba en que la señora había dado a luz a un segundo hijo, una preciosa niñita rubia y gordinflona que debía andar ahora por los catorce meses. El día del bautizo, en la puerta de la iglesia, el doctor le puso en la mano una moneda de cinco francos. ¡Ah!, los buenos corazones se encuentran, la buena señora le traía suerte. ¡Dios mío!, haced que la señora no tenga ningún disgusto; colmadla con todas las prosperidades... En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

Elena permanecía erguida ante París mientras la tía Fétu se alejaba por entre las tumbas mascullando tres padrenuestros y tres avemarías. La nieve había cesado, los últimos copos se habían posado sobre los tejados con una lentitud cansada y en el vasto cielo color de perla, tras las brumas que se fundían, el tono dorado del sol encendía una claridad rosada. Una sola franja azul sobre Montmartre festoneaba el horizonte de un azul tan acuoso y tierno, que mejor se diría la sombra de un satén blanco. París se desprendía de sus humos, se ensanchaba con sus campos de nieve y el deshielo le fijaba en una inmovilidad de muerte. Ahora el revoloteo de los copos ya no daba a la ciudad ese gran temblor cuyas ondas pálidas hacían estremecer las fachadas color de herrumbre. Las casas surgían completamente negras de las masas blancas en que dormían, como enmohecidas por siglos de humedad. Calles enteras parecían en ruinas, devoradas por el salitre, con los tejados a punto de hundirse y las ventanas ya destrozadas. Una plaza, cuyo cuadrado gredoso se percibía, se llenaba de montañas de escombros. Pero, a medida que la franja azul de Montmartre se agrandaba, una claridad se filtraba, límpida y fría, como agua de un manantial, colocando a París bajo una capa de hielo en que las mismas lejanías adquirirían una nitidez de estampa japonesa.

Arropada en su abrigo de pieles, con las manos perdidas en las bocamangas, Elena meditaba. Sólo una idea volvía a ella como un eco. Habían tenido un hijo, una pequeña rubia y gordita, y ella la veía de la edad adorable en que Juana empezaba a hablar. ¡Son tan preciosas las niñitas a los catorce meses! Contaba los meses: catorce; esto hacía casi dos años, teniendo en cuenta los otros; precisamente en aquella época, con quince días de diferencia. Entonces tuvo una visión soleada de Italia, un país ideal, con frutos de oro, en el que los amantes iban cogidos por la cintura en la noche embalsamada. Enrique y Julieta caminaban ante ella bajo el claro de luna. Se querían como esposos que se convierten de nuevo en amantes. Una niñita rubita y gorda cuya carne desnuda reía al sol mientras intentaba balbucear unas palabras confusas que su madre ahogaba con sus besos. Pensaba en estas cosas sin cólera, con el corazón en silencio, ensanchando todavía su serenidad en la tristeza. El país del sol había desaparecido y ella paseaba ahora sus lentas miradas sobre París, cuyo enorme cuerpo había puesto rígido el invierno. Colosos de mármol parecían acostados en la paz soberana de su frialdad, como miembros cansados por un sufrimiento que ya no sentían. Un agujero azul se había abierto por encima del Panteón.

Estos recuerdos le traían los de los últimos tiempos. Había vivido en pleno estupor en Marsella. Una mañana, pasando por la calle des Petites-Maries, se puso a sollozar ante la casa de su infancia. Fue la última vez que lloró. El señor Rambaud venía a menudo y ella le sentía a su alrededor como una protección. Nada exigía y jamás descubría su corazón. Hacia el otoño, una tarde le vio entrar con los ojos enrojecidos, destrozado por una gran pena: su hermano, el reverendo Jouve, había muerto. A su vez, ella le consoló. Después, ya no recordaba exactamente. El sacerdote parecía estar siempre tras ellos, y ella cedió a la resignación con que él la envolvía. Puesto que él la quería todavía, no encontraba razones para rehusar. Le parecía muy sensato. Ella misma, cuando terminó su luto, decidió tranquilamente los detalles con el señor Rambaud. Las manos de su viejo amigo temblaban con una ternura desesperada. Como ella quisiera; la estaba esperando desde hacía meses, y una seña le bastaba. Se casaron de negro. La noche de la boda, también él besó sus pies desnudos, sus hermosos pies, que parecían de estatua de mármol. Y la vida siguió de nuevo.

Mientras el cielo azul se agrandaba en el horizonte, este despertar de su memoria era una sorpresa para Elena. ¿Es que había estado loca durante un año? Ahora, cuando evocaba la mujer que había vivido cerca de tres años en aquella habitación de la calle de Vineuse, creía representar un personaje extraño cuya conducta la llenaba de desprecio y asombro. ¡Qué ataque de rara locura, qué mal abominable, ciego como el rayo! No obstante, no era ella quien lo había provocado. Ella vivía tranquila, escondida en su rincón, perdida en la adoración de su hija. El camino se estiraba ante ella, sin una curiosidad,

sin un deseo. Había pasado una ráfaga y ella había caído por el suelo. Aun ahora, no se explicaba lo ocurrido. Su ser había cesado de pertenecerle, otra persona mandaba en ella. ¿Era posible? ¡Ella había hecho aquellas cosas! Luego, un gran frío la heló; Juana desaparecía bajo las rosas. Entonces, en el embotamiento del dolor, ella volvió a estar tranquila, sin un deseo, sin una curiosidad, siguiendo su lenta marcha por el camino recto. La vida renacía con su severa paz y su orgullo de mujer honesta.

El señor Rambaud dio un paso queriendo llevársela de este lugar de tristeza. Con un ademán, Elena le indicó su deseo de quedarse todavía. Se había acercado al parapeto y miraba hacia abajo, hacia la avenida de la Muette, donde un estacionamiento de carruajes ponía al borde de la acera una cola de viejos coches arruinados por el tiempo. Las capotas y las ruedas blanquecinas, los caballos cubiertos de moho, parecían estar pudriéndose allí desde tiempos antiguos. Los cocheros permanecían inmóviles, tiesos bajo sus abrigos helados. Sobre la nieve, uno tras otro, avanzaban penosamente otros coches. Los animales resbalaban y tendían el cuello, mientras los hombres, descendiendo de su asiento, los tiraban de las riendas entre denuestos; y tras los cristales se veían las figuras de los pacientes viajeros echados sobre cojines, resignados a hacer en tres cuartos de hora una carrera de diez minutos. La nieve, como una capa de guata, ahogaba los ruidos; en aquellas calles mortecinas, únicamente se oían las palabras, con una vibración especial, chillona y distinta; las llamadas, las risas de la gente sorprendida por la helada, la rabia de los carreteros, que hacían restallar sus trallas, el bufido de un caballo resoplando de miedo. Más lejos, a la derecha, los grandes árboles del muelle eran una maravilla. Se habría dicho que eran árboles de cristal hilado, inmensas arañas de Venecia a las que el capricho de los artistas había retorcido los brazos salpicados de flores. El viento, por el lado norte, había cambiado los troncos en fustes de columnas. En lo alto se entrelazaban las ramas velludas, penachos de pluma, un exquisito recorte de ramitas negras bordeadas de blanco. Helaba y ni el menor aliento cruzaba aquel aire límpido.

Elena se decía que no conocía a Enrique. Durante un año, le había visto casi todos los días; había pasado horas y horas apretándose contra ella, estrechándola, hablándole con los ojos junto a los suyos. Una tarde, ella se le entregó y él la hizo suya. Pero no le conocía; hacía un esfuerzo enorme, pero no llegaba a comprenderlo. ¿De dónde venía? ¿Cómo se encontraba junto a ella? ¿Qué clase de hombre era para que ella se le entregase; ella, que antes hubiese muerto que ceder a cualquier otro? Lo ignoraba; había allí un vértigo en que la razón vacilaba. En el último momento, como en el primer día, seguía siendo para ella un extraño. En vano acoplaba los pequeños hechos dispersos, sus palabras, sus actos, todo cuanto recordaba de su persona. Amaba a su mujer y a su hijo, sonreía muy discreto, mantenía una actitud correcta de hombre bien educado. Después veía su rostro ardoroso, sus manos agitadas



por el deseo. Pasaban las semanas y él desaparecía, arrastrado. En este momento, no podría decir dónde le habló por última vez. Pasó, su sombra se fue con él. Su historia no tenía otro desenlace. Ella no le conocía.

Sobre la ciudad se extendía un cielo azul sin mancha. Elena levantó la cabeza cansada por los recuerdos, feliz de tanta pureza. Era un azul límpido, muy pálido, apenas un reflejo azul bajo la blancura del sol. El astro, bajo en el horizonte, tenía el brillo de una lámpara de plata. Ardía sin calor, en la reverberación de la nieve, en medio del aire helado. Abajo, los dilatados tejados, las tejas de la Manutención, la pizarra de las casas del muelle, eran como sábanas orladas de negro. Al otro lado del río, el cuadrilátero del Campo de Marte se extendía como una estepa en que los puntos sombríos de los coches perdidos hacían pensar en los trineos rusos deslizándose con un repicar de campanillas. Los olmos del muelle de Orsay, achicados por la distancia, alineaban una floración de finos cristales erizando sus agujas. En la inmovilidad de este mar de hielo, el Sena discurría con sus aguas terrosas entre las orillas cubiertas de armiño; arrastrados desde la víspera, se distinguía claramente, entre las columnas del puente de los Inválidos, el rompimiento de los bloques de hielo que se precipitaban con violencia bajo los arcos. Luego, los puentes se escalonaban semejantes a encajes blancos, cada vez más delicados, hasta las rocas centelleantes de la Cité, que las torres de Notre-Dame coronaban con sus picos nevados. Otras agujas, a la izquierda, agujereaban la planicie uniforme de los barrios. San Agustín, la «Opéra», la torre Saint-Jacques, eran como montañas en que reinasen las nieves eternas; más cerca, los pabellones de las Tullerías y del Louvre, unidos por las nuevas construcciones, dibujaban la cresta de una cadena de cimas inmaculadas. Quedaban todavía, a la derecha, los montes blancos de los Inválidos, de San Sulpicio, del Panteón, muy lejano este último, perfilando sobre el azul un palacio de ensueño, con sus revestimientos de mármoles azulados. No se oía una voz. Las calles se adivinaban por los surcos grises, y los cruces parecían haberse hundido con un crujido. Filas enteras de casas habían desaparecido. Únicamente las fachadas vecinas eran reconocibles por las mil rayas de sus ventanas. Las capas de nieve, luego, se confundían, perdiéndose en una lejanía deslumbradora, como en un lago cuyas sombras azules prolongaban el azul del cielo. París, inmenso y claro, en la intensidad de la helada, brillaba bajo un sol de plata.

Entonces Elena abrazó por última vez con una mirada la impasible ciudad, que también seguía desconocida para ella. La encontraba de nuevo, tranquila y como inmortal en la nieve, tal como la había dejado, tal como la había visto cada día durante tres años. París, para ella, estaba lleno de pasado. Con él había amado, con él Juana había muerto. Pero este compañero de todos los días mantenía la serenidad de su faz gigantesca, sin ninguna ternura, mudo testigo de las risas y las lágrimas, cuya oleada parecía que el Sena arrastrara.

Según las horas, le había creído de una ferocidad de monstruo o de una bondad de coloso. Ahora comprendía que lo ignoraría siempre, indiferente y vasto. Seguía su curso: era la vida.

El señor Rambaud, entonces, la tocó ligeramente para llevársela. Su bondadoso semblante parecía inquieto. Murmuró:

—No te apenes.

Lo sabía todo y no encontró más que esta frase. La señora Rambaud le miró y se sintió tranquila. Tenía la cara sonrosada por el frío y los ojos claros. Ya se sentía lejos. La existencia comenzaba de nuevo.

—No recuerdo si cerré bien el baúl grande —dijo.

El señor Rambaud prometió que lo revisaría. El tren partía a mediodía; les sobraba tiempo. Enarenaban las calles; su coche no necesitaría más de una hora. Pero de pronto levantó la voz:

—Estoy seguro de que olvidaste las cañas de pescar.

— ¡Oh, completamente! —exclamó ella, sorprendida y enojada por su falta de memoria—. Debimos recogerlas ayer.

Eran unas cañas muy cómodas, cuyo modelo no se vendía en Marsella. Tenían, junto al mar, una casita de campo donde iban a pasar el verano. El señor Rambaud consultó su reloj. Camino de la estación podrían todavía comprar las cañas. Las atarían con los paraguas. Se la llevó presuroso, cortando por medio de las tumbas. El cementerio estaba vacío; no había más que las huellas de sus pasos sobre la nieve. Juana, muerta, se quedaba sola frente a París, para siempre.

FIN